

El aliento del cuervo.

(Ryan y Bradbury 02).

M.J. Fernández

Es posible que nuestros hermanos sean los guardianes de nuestra identidad, las únicas personas que tienen acceso a nuestro yo real.
(Marian Sandmaier)

Capítulo 01

El intruso sonrió para sí mismo cuando comprobó que la llave bajo la falsa piedra del macetero seguía allí. Demasiado fácil, demasiado previsible. Por un momento albergó el temor de que hubieran cambiado el escondite después de mencionarlo, pero el exceso de confianza sería su perdición.

Arropado por el estruendo del martillo neumático que reparaba la calle de atrás, el acechador se encaminó hacia la puerta principal. Giró despacio la llave en la cerradura para que los habitantes de la casa no advirtieran su presencia, entró y dejó el estuche en el suelo antes de abrirlo. Se agachó junto al cofre para coger su contenido. Sintió el peso ominoso del arma en sus brazos. Por un momento se quedó inmóvil, mientras prestaba atención a las voces que hablaban entre sí a gritos por encima del infernal ruido.

—¿Estás en la cocina, cariño? —preguntó ella.

—Sí, ¿quieres algo?

—Tráeme un café, por favor.

—Enseguida lo preparo.

El intruso aguardó unos segundos, mientras calculaba los movimientos de él en la cocina. Entonces se enderezó y avanzó despacio. Ella sería la primera, por supuesto. Lo decidió después de horas de repasar en su cabeza cada paso y cada movimiento que llevaría a cabo. Sin dejar de prestar atención a la puerta de la cocina, donde Matthew se mantenía ocupado, él se acercó en silencio al estudio. Ella estaba concentrada en la pantalla de su ordenador.

El asesino levantó el rifle, apuntó a la cabeza de su víctima y disparó. Emma cayó sobre el teclado, y un hilo de sangre se deslizó

entre las teclas. El intruso se volvió de inmediato para recibir a Matthew, quien a pesar del ruido atronador del martillo, fue capaz de discernir el estampido y se apresuró a averiguar qué había ocurrido.

—Emma, ¿qué…?

La pregunta nunca salió de la garganta de Rowland. Antes de que tuviera oportunidad de comprender lo que ocurría, la bala le atravesó la cabeza y cayó muerto en el acto.

Ya estaba hecho. El asesino bajó el arma y la sostuvo con una sola mano. Los brazos le dolían por la tensión de los músculos, y sentía que el rifle pesaba mucho más que antes. Contempló a sus víctimas por un momento. Se preguntó qué sentía. ¿Debería sentir algo? ¿Miedo? ¿Remordimiento? ¿Satisfacción? Nada. El enojo seguía allí, palpitando en cada célula de su cuerpo, igual que el primer día. Ahora sabía que nunca desaparecería. De repente, el golpeteo del martillo cesó. Ya no importaba.

El intruso volvió a guardar el rifle en el estuche, y con toda su sangre fría se lo colgó al hombro. Tendría que deshacerse de él. El río Hudson sería una buena opción. El sonido de una llave en la cerradura lo alertó. Corrió escaleras arriba y se escondió en la habitación principal. Aguardó un minuto, dos, diez… escuchó los pasos en el piso inferior, y se anticipó a los gritos, el llanto, la sorpresa. Se imaginó a la Policía rodeando la casa y descubriéndolo *in fraganti* . El resto de su vida lo pasaría tras las rejas o tal vez, lo condenarían a muerte. No. Se recordó a sí mismo que la pena capital había sido abolida en el Estado de Nueva York hacía tan solo unas pocas semanas. El corazón le latía en el pecho y el miedo se apoderó de sus entrañas, pero para su sorpresa, nada ocurrió. Volvió a escuchar los pasos, esta vez apresurados, la llave en la cerradura, y luego el silencio… Solo entonces se atrevió a salir.

Bajó las escaleras con precaución, y el rifle listo para disparar. El olor a pólvora ya comenzaba a desaparecer, para dar paso al hedor metálico de la sangre. Antes de cruzar la puerta principal, el asesino volvió a guardar el arma en el estuche, comprobó que no hubiera ningún vecino paseando al perro ni asomado a la ventana. Entonces salió con paso tranquilo, sin siquiera mirar atrás, al mismo tiempo que el martillo reanudaba su golpeteo.

Capítulo 02

Josh apartó la mirada de la pantalla de su ordenador cuando escuchó el inconfundible taconeo que anunciaba los pasos de Evelyn. En efecto, la elegante y eficiente secretaria de Powers avanzaba en línea recta a través de la oficina de los detectives, y llevaba una nota en la mano. Las cabezas se alzaron a su paso con una muda pregunta en la mirada. ¿A quién le caería el marrón esta vez? Bradbury le dio un puntapié en el tobillo a su hermano, quién permanecía concentrado en su trabajo, ajeno a lo que ocurría a su alrededor. Cody miró a Josh con el ceño fruncido y se disponía a protestar, cuando Bradbury le señaló a Evelyn con la cabeza. El ceño de Ryan se frunció aún más. La secretaria ya estaba junto a ellos, y eso solo podía significar problemas con Powers o más trabajo.

—Me alegra encontraros aquí. ¿Cuánto habéis avanzado en el caso Stevens?

—Redactábamos los informes finales para que Keen se los presente al juez.

—Que los termine Becket. Tenemos un doble homicidio en Adelphi Street. Powers os quiere allí lo antes posible.

—¿Un robo? —preguntó Josh.

—Esa es la pregunta que tendréis que responder.

Cody torció la boca sin disimular su descontento. Todos sabían que no le gustaba dejar el trabajo sin terminar. Por su parte, Josh agradeció la oportunidad de delegar la redacción de los aburridos informes burocráticos. Sintió un poco de lástima por el novato que tendría que escribirlos en su lugar. Aunque pensándolo bien, que apechugara. Él también había sido novato.

Después de ponerse la chaqueta, Josh apremió a su hermano, quién lanzó una última mirada nostálgica a su mesa de trabajo antes de seguirlo.

Ambos detectives llegaron a la dirección que les dio Evelyn en la calle Adelphi. Escucharon el ruido atronador del martillo neumático, incluso antes de llegar a su destino. Identificaron su destino con facilidad, pues ya los agentes habían levantado el perímetro, y la furgoneta de Criminalística se encontraba aparcada a pocos metros. Josh se quedó de pie junto al coche y echó un vistazo a la casa. No se diferenciaba mucho de sus vecinas. Se trataba del típico adosado de tres pisos y fachada de piedra rojiza, construido en el siglo XIX y tan propio de esa zona de Nueva York. Después de identificarse, Ryan y Bradbury cruzaron las cintas que delimitaban la escena del crimen. En las escaleras del frente encontraron sentado a un hombre larguirucho que lloraba con desconsuelo. A su lado, un sargento sostenía una libreta, y aguardaba con paciencia que se calmara para poder continuar el interrogatorio.

Cuando el sargento vio a los detectives suspiró con alivio, y se apartó del testigo para acercarse a sus colegas.

—¿Quién es? —preguntó Ryan.

—Su nombre es James Rowland. Se trata del hijo de las víctimas. Encontró sus cuerpos esta mañana, temprano. Dice que recibió una llamada del centro donde laboraba su madre. Les sorprendió que no se presentara a trabajar sin previo aviso y al no poder comunicarse con ella, llamaron al hijo. James también intentó contactarla por teléfono, pero como nadie le respondió, se trasladó hasta aquí y los encontró muertos. Asesinados de un disparo. Está muy alterado, pero conseguí que me proporcionara algunos datos.

—Te escuchamos —lo animó Josh.

El sargento consultó su libreta de notas.

—Las víctimas son Matthew Rowland de setenta y cinco años, y su esposa Emma, de setenta.

—Acabas de decir que ella no se presentó en su trabajo. ¿No estaban jubilados?

—No, señor. Ambos se negaban a jubilarse. El señor Rowland trabajaba como ejecutivo en una fábrica de cosméticos, donde también era el accionista principal. La señora Rowland dirigía una escuela con albergue para niños huérfanos. Se trataba de una labor

sin fines de lucro.

Los gemelos se miraron entre sí.

—Es interesante —reconoció Josh—. Después de que el señor Rowland termine de declarar, puedes enviarlo a casa.

—¿No lo entrevistarán ahora, señor?

Bradbury sacudió la cabeza.

—Esperaremos a disponer de más información.

—Sí, señor.

Ryan y Bradbury se acercaron al hijo de las víctimas, y se presentaron como los investigadores encargados del caso. Luego lo dejaron en manos del eficiente sargento.

—Veamos qué nos espera adentro —dijo Cody, al mismo tiempo que abría la marcha hacia el interior de la casa.

Se detuvieron en la puerta principal, donde uno de los técnicos del laboratorio se ocupaba de revisar la cerradura.

—¿La forzaron? —preguntó Cody.

El perito levantó la mirada por un instante, y luego volvió a centrarla en la puerta.

—No, señor. Aunque todavía debemos desmontarla, la cerradura parece intacta. Tampoco usaron una palanca.

—Así que el asesino tenía llave…

—O las víctimas le abrieron la puerta.

Cody asintió para manifestar su satisfacción por la respuesta, y siguió adelante. Josh iba a dos pasos de su hermano.

En cuanto cruzaron la puerta principal, se encontraron en un pequeño vestíbulo con una escalera en el lado derecho y un pasillo a la izquierda. Al fondo del pasillo, el agente que hacía guardia los reconoció enseguida. Después de todo, no había muchos detectives en la Estación de la calle Class que fueran gemelos idénticos, y que trabajaran juntos.

El agente les hizo señas para que se aproximaran. El pasillo se abría a la cocina en el lado derecho y a un estudio en el izquierdo. La atención de los policías se dividió entre los dos cadáveres. Uno yacía en el estudio y el otro en el propio pasillo, junto a la puerta de la cocina. Ryan y Bradbury se acercaron al segundo, donde se encontraban Tash, el forense, y Harry Ellison, el jefe del laboratorio de Criminalística. El olor metálico de la sangre inundó las fosas nasales de los gemelos en cuanto llegaron junto al cadáver. El estruendo del martillo neumático los obligó a comunicarse casi a gritos.

—¿Un robo que salió mal? —preguntó Cody.

Ellison negó con la cabeza, al mismo tiempo que respondía:

—No lo creo. Encontramos algunos billetes de cien dólares a la vista en el estudio, y toda la casa está en perfecto orden. A mi juicio, el asesino entró, les voló la cabeza de un disparo a cada uno, y se fue. Las explosiones pasaron desapercibidas por culpa de ese condenado ruido de las obras. El homicida fue cuidadoso y evitó dejar rastros. Ya veremos si aparece algo en los aspirados.

Josh sacudió la cabeza

—¡Demonios! Esto no pinta bien.

—Blasfemar no resolverá nada —lo reprendió Harry.

—No, pero me sirve para desahogarme. ¿A qué hora iniciaron las reparaciones de la calle?

—No se esfuerce, detective —respondió el forense—. El proceso de descomposición está avanzado. Las víctimas llevan varios días muertas.

El martillo neumático se detuvo, y los cuatro dejaron escapar el aire con alivio.

—¿Significa eso que la hora de la muerte no será precisa? —preguntó Cody.

—Más que eso. Significa que ni siquiera podré darles una hora aproximada. Llevan muertos dos o tres días.

Josh miró hacia la puerta de la cocina, como si pudiera ver a través de las paredes hacia la calle de atrás.

—Hoy es lunes. No realizan ese tipo de reparaciones durante el fin de semana. Las quejas de los vecinos se escucharían hasta en la Casa Blanca, lo cual significa…

—Que trabajaron hasta el viernes y reanudaron obras esta mañana —continuó Cody—. Si nadie escuchó los disparos a causa del ruido, y los Rowland tienen varios días muertos, la conclusión más lógica es que los asesinaron el viernes.

—Sí, pero ¿a qué hora? Sin ese dato, no podremos saber quién tiene coartada.

Ambos policías fijaron la mirada en el forense, que al comprender la pregunta implícita sacudió la cabeza.

—Es un buen razonamiento, y tal vez la autopsia lo confirme, pero si esperan que les pueda decir a qué hora ocurrieron los decesos, ya pueden olvidarlo.

—¿Qué pueden decirnos?

Tash intercambió una mirada con Ellison. Era evidente que

ya lo habían discutido entre ellos. Harry tomó la palabra:

—El asesino entró por la puerta principal. No hay evidencias de que forzara la cerradura, así que debió tener la llave o ser muy hábil con las ganzúas…

—¿Existe la posibilidad de que alguno de los Rowland le abriera la puerta? —lo interrumpió Josh.

Ellison sacudió la cabeza.

—No. Por la posición en que encontramos a las víctimas, estamos seguros de que no se dieron cuenta de que había un intruso en la casa, hasta que fue demasiado tarde —Harry cruzó el pasillo en dirección al estudio y los policías lo siguieron. El jefe de Criminalística se detuvo en el umbral—. Creemos que asesinó primero a la señora Rowland desde este punto. Aun con el estruendo del martillo neumático, Matthew debió escuchar algo y acudió para ver qué ocurría…

—Y el maldito lo esperó con el arma preparada —concluyó Josh.

Ellison asintió. El martillo neumático reinició su actividad y Harry no tuvo más remedio que alzar la voz para hacerse escuchar.

—Le disparó a la cabeza antes de que tuviera tiempo de comprender lo que pasaba.

—¿Quién querría dañar con tanta saña a una pareja de ancianos? —se preguntó Cody en voz alta.

—Recuerda que estos ancianos han vivido toda una vida, y que tuvieron mucho tiempo para hacerse con amigos y enemigos.

—Aun así. Me resulta incomprensible.

—El homicidio es incomprensible —afirmó Tash—, pero no estamos aquí para filosofar al respecto.

A Cody no le quedó más alternativa que darle la razón al forense. Después de que tanto Tash como Ellison se comprometieron a enviarles sus respectivos informes lo antes posible, Cody y Josh salieron de la casa.

Al hijo de los Rowland ya no se le veía por ninguna parte. El sargento los esperaba, libreta en mano.

—¿Qué más puedes decirnos?

—Me temo que no mucho, señor. El hijo no aportó más información, y aunque ya tengo el reporte de los agentes que interrogaron a los vecinos, nadie vio ni oyó nada. Con excepción de ese condenado martillo, por supuesto.

—¿Alguien más vivía con los Rowland?

—No, señor. El hijo vive con su familia en Union Street. Su hermana también está casada y tiene su residencia en Buckingham Road. Su nombre es Diana Green.

Cody y Josh le dieron las gracias al sargento, se despidieron, y subieron al coche para regresar a la Estación de Policía.

Capítulo 03

De vuelta en la Estación, Cody y Josh iniciaron la investigación de las víctimas y su familia. Estaban seguros de que el asesino de los Rowland formaba parte de su círculo cercano o los conocía bien.

Josh se ocupó de Matthew y James, mientras Cody indagaba sobre Emma y Diana, la hija de las víctimas. Al cabo de un par de horas de trabajo, una llamada en el móvil de Bradbury lo sacó de su concentración. El detective cogió el teléfono, miró la pantalla y dejó que continuara comunicando, hasta que la persona que trataba de contactarlo desistió. Solo entonces, Josh volvió a guardar el teléfono en su bolsillo. Cody miró de reojo a su compañero, y volvió a su trabajo. Se convenció a sí mismo de que no le concernía.

Veinte minutos después, Bradbury declaró que había concluido su indagación, pero Ryan reconoció que todavía necesitaría algunos minutos más. Josh se estiró como un gato y se puso de pie.

—¿Quieres un café?

Cody lanzó una mirada fugaz a su hermano y asintió.

—Con leche y sin azúcar.

Bradbury salió al pasillo sin muchas prisas. Necesitaba estirar las piernas, y el café solo era una excusa. Al parecer no fue el único con esa idea, pues junto a la dispensadora se encontraba Keen, quién ya disfrutaba de su bebida. Natalie se hizo a un lado para que él pudiera acceder a la máquina. Después de saludarla, Josh introdujo las primeras monedas y presionó los botones correspondientes: con azúcar y sin leche.

—Evelyn me dijo que tenéis un caso nuevo entre manos.

Bradbury cogió su infusión y dio algunos sorbos.

—Así es. Un doble homicidio en Adelphi Street.

Keen enarcó las cejas.

—No es un barrio donde ocurran este tipo de crímenes con frecuencia. ¿Se trató de un robo con violencia?

Josh negó con la cabeza.

—No lo creo. Demasiado personal.

—¿Quiénes fueron las víctimas?

—Una pareja de ancianos.

Natalie terminó su café, aplastó el vaso y lo tiró a la papelera.

—Este tipo de crímenes me enerva —reconoció la fiscal—. Mantenedme informada. Os daré prioridad.

Natalie avanzó unos pasos en dirección a su oficina y se detuvo. Josh ya había terminado su café y presionaba los botones correspondientes para conseguir el de Cody.

—Josh…

—Veo que ya no nos confundes.

—Es fácil distinguiros por la forma de vestir… Cody es más formal, en tanto que tú… Lo que quiero decir… ¿Te gustaría que saliéramos un día de estos? Tan solo una buena cena y una copa.

—Tal vez. Supongo que los próximos días estaremos muy ocupados con este caso.

—Claro. No hay prisa, cuando se presente la oportunidad.

Josh asintió sin mucha convicción. Keen regresó a su oficina, mientras Bradbury cogía el vaso y se lo llevaba a su hermano.

—¿Todavía no has terminado? ¿Por qué la demora?

Ryan apoyó la espalda en la silla y cogió el vaso de manos de Josh.

—Hago bien mi trabajo.

—¿Y yo no?

—No perdamos el tiempo con discusiones estériles. Tú primero. ¿Qué averiguaste sobre Matthew?

Josh cogió un marcador para escribir en la pizarra blanca que Evelyn hizo que colocaran frente a sus escritorios. Anotó los elementos más importantes de la investigación, conforme hablaban.

—Matthew tenía setenta y cinco años. Estuvo casado con Emma desde los veinte. Tuvieron dos hijos, James y Diana. A su vez, James tiene un hijo de dieciséis años y una niña de diez.

—Diana también es madre —puntualizó Cody—. Tiene tres niñas, de dos, seis y doce años. ¿El chico adolescente es

problemático?

Josh encogió un hombro.

—Tendremos que preguntárselo a sus allegados para estar seguros, pero no tiene antecedentes.

—Apuntado. Continúa.

—De acuerdo. Matthew era el accionista principal de Kasahor, una empresa de cosméticos pequeña, que él mismo dirigía.

—¿Cuántos empleados?

—Entre administrativos y técnicos, no más de una docena.

—Pues sí es bastante pequeña.

Josh asintió y encerró el nombre de Kasahor en un círculo.

—Sin embargo, se hizo su propio nicho en el mercado. Pese a no ser conocida, es bastante sólida y sus clientes son fieles. De manera que los Rowland no tenían problemas financieros.

—¿Corría riesgos con el dinero? ¿Era jugador o inversionista?

—Nada de eso, aunque sí hizo una inversión peculiar hace once años.

—¿Qué tipo de inversión?

—Creó una agencia para incursionar en el negocio inmobiliario, y puso a su hijo al frente.

—Interesante. ¿Cómo fue el negocio?

—Los Rowland no escogieron un buen momento, pues la burbuja inmobiliaria estaba a punto de explotar, y siendo una agencia con tan poco recorrido, no fueron capaces de superar el bache. Perdieron su inversión. Al parecer, Matthew aprendió la lección, pues no volvió a arriesgar su dinero.

—¿Se ganó algún enemigo durante el proceso?

Josh sacudió la cabeza.

—Nadie que aparezca en los archivos. De cualquier forma, ya ha pasado más de una década. Si alguien más resultó perjudicado por la aventura financiera de los Rowland, no sería previsible que esperara once años para desquitarse.

—Tienes razón, pero…

—Lo sé. No podemos descartar esa posibilidad, sin hacer comprobaciones.

—¿Por qué una persona tan prudente en los negocios se lanza a una aventura empresarial tan alejada de sus intereses?

—¿Porque la idea fue de su hijo y lo hizo para ayudarle? —respondió Josh.

Ryan asintió para demostrar su conformidad. Bradbury tomó nota en el vinil de la pizarra.

—¿Rowland perdió mucho dinero en la inmobiliaria?

—Algunos cientos de miles. Fue bastante prudente en su inversión. Tal vez no confiaba del todo en el mercado.

—O en su hijo —puntualizó Cody.

—En cualquier caso, aquello no pareció tener consecuencias, más allá de la cuenta bancaria.

—Solo estaremos seguros después de que lo investiguemos. ¿Qué más encontraste sobre Matthew?

—Pasó de largo la jubilación y continuó asistiendo a su trabajo cada día. Su empresa cumplía con las normas y pagaba sus impuestos. No hay nada reseñable por ese lado. Con respecto a James, después de su fracaso en la agencia cambió de rumbo y sacó la licencia de bróker.

—¿Es exitoso?

Josh se encogió de hombros.

—Su casa está libre de hipotecas y no tiene grandes deudas. Nunca ha tenido problemas legales. Todo indica que se trata de un ciudadano próspero y respetuoso de la Ley.

—¿Investigaste al chaval, al hijo de James? —preguntó Cody.

—Se me hace difícil imaginar a un chiquillo de dieciséis años cometiendo un crimen como ese. Descuida, lo tendremos en cuenta.

—Concuerdo contigo en que no es el tipo de crimen que se le atribuye a un adolescente, pero tampoco podemos descartarlo con tanta facilidad.

Josh asintió y encerró el nombre de Phillip en un círculo.

—Y tú, ¿qué puedes decirme sobre Emma?

Cody cogió aire antes de hablar.

—Pertenecía a una ONG que protege los derechos de la infancia, y ocupaba el cargo de dirección de un hogar comunitario para menores. Trabajaba *ad honorem* .

—¿Menores con problemas?

—Cualquier chico que crezca lejos de su familia tiene problemas —filosofó Cody—. Sin embargo, si te refieres a chavales con mala conducta, no es el caso. Aunque supongo que habrá de todo.

—Es una línea de investigación interesante. La tendremos en cuenta —Josh hizo algunas anotaciones en la pizarra—. ¿Qué encontraste sobre la hija?

Ryan se acomodó en el asiento antes de responder.

—Diana Green se ocupa del hogar. Está casada con Peter Green desde hace quince años.

—¿Cuál es la profesión del señor Green?

—Es contador.

—¿Y dónde trabaja?

—Su último empleo formal fue en una financiera. Ahora se ocupa de los impuestos de algunos clientes particulares, pero no son suficientes como para llegar a final de mes.

—¿Recibía ayuda de Matthew?

—Es lo más probable, aunque supongo que tendremos que indagar un poco más en las finanzas de los Green.

—¿Qué sabemos sobre la herencia? ¿Cómo se repartirán los bienes de las víctimas?

Cody se removió en el asiento.

—Me comuniqué con el abogado de Matthew y fue bastante receptivo. Sin embargo, el secreto profesional no le permitió darme detalles acerca de los términos sucesorios del testamento de los Rowland.

—¿Existe un testamento?

—Sí, pero necesitaremos la orden de un juez para acceder a su contenido.

—¿Y qué estamos esperando?

Cody frunció el ceño ante el apremio de su hermano, y usó la centralita para comunicarse con Keen. Después de explicarle a la fiscal lo que necesitaban, le prometió que le enviaría de inmediato toda la información de la que disponía acerca del caso. Natalie le aseguró que conseguiría la orden del juez para que les revelaran las disposiciones testamentarias de las víctimas.

Apenas Cody cortó la comunicación, el timbre del móvil de Josh atrajo su atención. Su hermano sacó el teléfono del bolsillo con expresión de aburrimiento, pero cobró interés en cuanto vio la pantalla. Respondió de inmediato.

Capítulo 04

En la preocupación que se reflejó en el rostro de su hermano, Josh comprendió la metamorfosis que sufrió él mismo al comprobar quién lo llamaba.

—Me alegra encontrarte, Bradbury.

—Teniente, asumo que si me llama a esta hora es porque tiene algo importante para mí.

—Te estás volviendo más listo en Nueva York… Sí, tengo algo para ti. Y te aseguro que no ha sido fácil. He tenido que tirar de viejos amigos y favores pendientes. La indagación que me pediste tiene que hacerse durante el tiempo libre. Y ya sabes que los policías no andamos sobrados de eso.

—No tiene idea de cuán agradecido estoy por su ayuda.

—Si lo estuvieras, regresarías a Florida, que es adónde perteneces. ¿Qué diablos se te ha perdido en Nueva York? Allí no hay sino contaminación y neoyorquinos.

—Le puedo asegurar que hay alguna que otra cosa más, pero no me ha llamado por eso.

—Tienes razón. Voy al grano… Ya tengo la dirección que me pediste.

Josh tensó los músculos de la espalda y su voz subió medio tono.

—¿Encontró a Betsy?

—Betsy Sherman —confirmó Flores—, de soltera Nichols… Vive en Catalina, Arizona. ¿Puedo saber qué interés tienes en esta mujer?

—Es un asunto familiar.

—De acuerdo. En ese caso, no volveré a preguntar. Te

enviaré el número telefónico. Y a ver cuándo recuperas la cordura y regresas… Debes estar pasando más frío que un pingüino.

—Muchas gracias, teniente. Le debo uno de esos favores de los que habla.

—Sí, de acuerdo. Te lo recordaré cuando sea necesario. Adiós.

Flores terminó la llamada sin darle tiempo a responder. Pocos segundos después, el móvil anunció la entrada de un mensaje. Josh lo abrió de inmediato. Cody no le quitaba la vista de encima. En cuánto su hermano mencionó a Betsy, él comprendió de qué iba la conversación, y su interés fue en aumento.

Josh abrió el chat y comprobó que Flores había cumplido su palabra. Entonces levantó la mirada hacia Cody.

—Es…

—Sé lo que es. Llama de una vez.

Bradbury miró a los lados para asegurarse que no había nadie cerca de ellos. Estaban rodeados de compañeros, pero cada uno iba a lo suyo. Josh guardó el número de Betsy en la lista de contactos y llamó. El tiempo se le hizo eterno mientras esperaba que respondieran. Del otro lado de la línea, el tono grave de la voz delató la madurez de la mujer que respondió.

—¿Diga?

—¿La señora Betsy Sherman?

—Sí, ¿quién habla?

Josh se quedó sin voz por algunos instantes. Miró a Cody, quien mantenía todos los músculos en tensión. Su hermano lo animó con un gesto de la cabeza. Bradbury tragó saliva y respondió a la pregunta suavizando su voz todo lo posible. Lo último que quería era asustar a su tía, diciéndole que la llamaba un policía.

—Señora Sherman… Yo… Mi nombre es Josh Bradbury. Yo… soy hijo de Haylie.

En el otro lado de la línea hubo un silencio prolongado, al punto de que Josh se preguntó si Betsy habría cortado la comunicación. Sin embargo, ella respondió al cabo de pocos segundos.

—¡Dios mío! Llevo tantos años esperando esta llamada, que ahora no puedo creerlo.

Josh comprendió que tenía los ojos anegados en lágrimas, parpadeó y respiró profundo para recuperar el control de sí mismo.

—Yo… quisiera hablar con usted. Necesito saber más sobre

mi madre.

—Por supuesto, hijo. Te enviaré mi dirección. ¿Dónde estás?

—En Nueva York, pero iré a verla lo antes posible.

La voz de Betsy reflejó una emoción imposible de disimular.

—Esperaré con impaciencia.

Josh terminó la llamada, se limpió las lágrimas con las palmas de las manos, y fijó la mirada en su hermano sin decir palabra. Cody también estaba mudo. Las explicaciones no eran necesarias, así que tan solo sacó un pañuelo del bolsillo y se lo entregó a Josh. Al cabo de pocos segundos, el anuncio de la entrada de un mensaje los sacó de su estupor. Bradbury consultó su teléfono y asintió.

—Betsy me envió su dirección.

—De acuerdo, terminaremos con el caso Rowland y…

—¡No pretenderás que posponga esta visita hasta que concluyamos la investigación! Sabes que podrían pasar días o semanas.

—No podemos largarnos a Arizona como si no tuviéramos ninguna responsabilidad, Josh —protestó Cody.

—Le solicitaremos permiso a Powers.

—Claro, solo necesitamos decirle que abandonaremos el trabajo para largarnos a Arizona a resolver un asunto personal, que por si fuera poco, tiene treinta y cinco años pendiente.

—No es necesario que los dos viajemos a ver a Betsy. Tú podrías quedarte y continuar con el asunto Rowland, mientras yo me ocupo de contactar a la hermana de nuestra madre. Regresaré lo antes posible.

—No es a mí a quién tienes que convencer.

—Lo conseguiré. Déjalo de mi cuenta. Vamos a hablar con el teniente. No tienes que decir nada. Solo respáldame.

Cody lo pensó por un momento. Luego suspiró con resignación y asintió. Ambos hermanos abandonaron sus mesas de trabajo y se encaminaron a la oficina de Powers. Le dijeron a Evelyn que necesitaban hablar con el jefe y que era urgente. La secretaria los observó con preocupación, y luego se asomó a la oficina de su superior.

—El teniente los atenderá, pero deben darse prisa.

—Solo serán un par de minutos —prometió Josh. Cody se limitó a seguirlo.

Powers los esperaba con la espalda apoyada en el respaldo de

la silla y el ceño fruncido.

—¿Qué queréis? Será mejor que sea importante, porque tengo mucho trabajo. ¿Ya resolvisteis el caso?

—Tendríamos que haber encontrado al asesino con el arma humeante junto a los cadáveres para poder resolverlo tan pronto, teniente —protestó Bradbury.

—La esperanza es lo último que se pierde. A ver, ¿por qué queréis hablar conmigo?

—¿Recuerda el caso que involucró al FBI la primavera pasada?

—¿Te refieres a la clínica clandestina que funcionaba hacía más de treinta años, y que encontramos oculta en Queens? —Bradbury asintió—. Ya me gustaría a mí olvidarlo. Ha traído más papeleo que media docena de casos actuales juntos.

—Muchos de los involucrados en esos delitos continúan libres hoy.

—Creí que el FBI lo había resuelto después del tiroteo en el que os visteis involucrados.

Josh suspiró con tristeza y negó con la cabeza.

—Me temo que los más importantes consiguieron escapar de las redes de la Agencia. El caso continúa abierto.

—¿Y qué tiene que ver eso con vosotros o con esta Estación? Es un asunto que concierne al FBI.

—Recuerde que también nos involucra a Cody y a mí, porque fuimos víctimas de la red criminal cuando esa clínica en Queens estaba activa.

—Termina de una vez. ¿Qué queréis?

—Debo ausentarme por algunas horas para realizar una entrevista en Arizona.

Powers abrió mucho los ojos y enarcó las cejas.

—¿Te volviste loco, Bradbury? Los federales tienen sus propios agentes y recursos. No te necesitan para ninguna entrevista. Además, no he recibido ninguna comunicación oficial al respecto.

—La localización de esta testigo todavía no es oficial —reconoció Josh—. Se trata de la hermana de una de las jóvenes que murió en la sala de partos clandestina de Queens. Es una persona inocente que perdió a un familiar cercano. Es evidente que será más comunicativa con alguien a quién identifique como otra víctima.

Powers frunció el ceño.

—Es un procedimiento muy inusual.

—La situación es inusual —respondió Bradbury de inmediato.

—No puedo prescindir de uno de mis detectives en medio de una investigación. Ni siquiera tratándose de ti.

—Cody continuará trabajando en el caso Rowland —argumentó Josh—. Yo solo me ausentaré algunas horas. Además, estamos en la fase en que dependemos de los resultados del CSI y del forense. Le aseguro que la investigación del doble homicidio no resultará perjudicada.

—Pareces muy interesado en colaborar con la Agencia. ¿No estaréis pensando pasaros a las filas de los federales?

—Por supuesto que no, teniente —lo tranquilizó Josh—. Recuerde que tenemos un interés personal en este caso.

—Eso es lo que me preocupa. Ese interés personal puede haceros poner menos empeño en vuestro trabajo aquí.

—Eso no va a ocurrir —intervino Cody—. Le doy mi palabra.

Powers fijó la mirada en el hermano más juicioso y suspiró.

—Muy bien, te tomo la palabra, Ryan. Te hago responsable de que el atolondrado de tu hermano no se salga del carril —El teniente se volvió hacia Josh—. Tienes hasta mañana para hacer lo que tengas que hacer. A partir de entonces, no quiero escuchar nada acerca del FBI ni de la clínica en Queens. ¿Está claro?

—Sí, señor. Muchas gracias.

Ryan y Bradbury abandonaron la oficina del jefe y no perdieron el tiempo. Cody regresó a su mesa de trabajo para poner más empeño que antes en las indagaciones, mientras Josh salía de la Estación en busca de un taxi que lo llevara hasta el aeropuerto La Guardia. Lo esperaban casi cinco horas de vuelo hasta Phoenix, además del recorrido entre la capital de Arizona y Catalina. Tenía una dura jornada por delante, pero valía la pena. En pocas horas estaría frente a la persona que conoció mejor que nadie a su verdadera madre.

Capítulo 05

Durante el trayecto al aeropuerto, Josh sintió una opresión en el estómago y la boca se le secó. La impaciencia lo dominaba, y estuvo a punto de pedirle al taxista que se diera prisa, pero lo último que necesitaba era que los detuvieran por exceso de velocidad, así que se contuvo. Después de pasar por varios atascos, por fin llegaron a La Guardia.

—Son treinta y ocho dólares.

El policía ni siquiera comprobó el taxímetro. Le dio un billete de cincuenta dólares al taxista, y salió del auto sin darle tiempo a reaccionar. Josh avanzó a paso apresurado entre la multitud, esquivando personas y maletas, hasta que por fin llegó hasta la taquilla de una aerolínea, donde le informaron que el próximo vuelo hacia Phoenix saldría en media hora.

Esos fueron los treinta minutos más largos de su vida. Incapaz de quedarse quieto, se paseó de un lado a otro de la sala de espera, ignorando las miradas de desaprobación de una anciana, que también esperaba la salida del vuelo, junto a su familia.

Por suerte no hubo retrasos, así que pocos minutos después, Bradbury volaba al suroeste, mientras hacía cábalas acerca de lo que iba a encontrar. Betsy fue muy receptiva cuando él se identificó como el hijo de Haylie, así que estaba seguro de que colaboraría en lo que pudiera, pero ¿sabría lo suficiente como para despejar todas sus dudas? ¿Tendría alguna noticia de su hermano perdido? ¿Qué habría sido de él? Las interrogantes daban vueltas en su cabeza y convirtieron el viaje en una pesadilla.

Habían transcurrido casi seis horas, cuando el piloto por fin anunció a los pasajeros que debían regresar a sus asientos y

abrochar sus cinturones, porque estaban a punto de aterrizar.

En cuanto salió del ambiente climatizado del aeropuerto, a Josh comenzó a estorbarle la ropa abrigada, más apropiada para el otoño neoyorquino que para la temperatura que encontró en Arizona. Se preguntó cuál sería la mejor forma de llegar a Catalina. Podía alquilar un coche, pero no conocía bien el Estado, así que optó por coger un taxi.

Salieron de la ciudad, y frente a ellos se abrieron kilómetros de carretera. Las casas que se distribuían a ambos lados estaban rodeadas de amplios terrenos áridos o cubiertos por hierba seca. Solo los árboles de Mezquite y algunos arbustos les concedían cierto verdor. Abandonaron la carretera y se internaron en un camino de tierra, que aunque no tenía grandes irregularidades, ocasionó un gesto de preocupación en el taxista, quien debía estar pensando en los amortiguadores de su coche. Se detuvieron frente a una pequeña granja. El sol comenzaba a ocultarse en el horizonte. Bradbury pagó la carrera y le dejó una buena propina al desconsolado chófer, quien se apresuró a marcharse cuando Josh puso los pies en el camino.

El calor agobió al policía en cuanto abandonó el taxi. No fue suficiente con quitarse la chaqueta. La camisa de lana y la camiseta térmica con las que se protegía del frío de Nueva York eran demasiado para aquel ambiente caldeado, más verano que otoño, en pleno octubre. En la medida en que se acercó a la casa, lo alcanzó un penetrante olor ácido y agrio tan característico, que hasta un citadino como él supo reconocer la cercanía de un gallinero.

Josh se quedó plantado frente a la casa por un momento. Era una vivienda modesta de una sola planta. Una techumbre de cinc daba sombra a la entrada, y tanto la puerta principal como las ventanas estaban protegidas por mosquiteros.

Tal vez Haylie pasó su infancia en esa casa o en una muy parecida. Se habría levantado temprano para alimentar a las gallinas, y luego correr a la carretera principal para coger el autobús que la llevaría a la escuela y al instituto. Y en su cabeza rondaría la ilusión de convertirse en bailarina y triunfar en la Gran Manzana. Un sueño que se vería truncado, y que terminaría en su muerte.

Josh experimentó una profunda tristeza, y sintió crecer su enojo contra Spardise, contra su padre adoptivo, que ordenó la muerte de esa niña, y contra su padre biológico, quienquiera que

fuera, por abandonarla a su suerte.

—¿Puedo ayudarle en algo?

Bradbury se volvió hacia la voz femenina de tono grave que lo sacó de sus pensamientos y emociones. Frente a él vio a una mujer de casi sesenta años, cuya fortaleza demostraba que estaba acostumbrada al trabajo duro.

—¿La señora Betsy Sherman? —la mujer asintió—. Soy Josh Bradbury, el hijo de Haylie. Hablamos por teléfono esta mañana.

Betsy se llevó una mano a los labios y perdió el color.

—¡Dios nos proteja! Yo… no esperaba que vinieras tan pronto… Quiero decir… Tan solo han pasado algunas horas y…

—Lo comprendo, señora Sherman. Si no es buen momento, puedo regresar otro día.

—¡Por supuesto que no! Hiciste el viaje desde Nueva York solo para verme. Es evidente que es importante para ti. Pasa, hijo, te prepararé un café. Y deja de llamarme señora Sherman. Para ti, soy la tía Betsy.

La señora Sherman abrió la marcha hacia el interior de la casa, y Josh la siguió. Cruzaron tan rápido el salón, que el detective no tuvo tiempo de percatarse de los detalles. Solo vio media docena de muebles viejos en un espacio pulcro y ordenado. La casa olía a desinfectante de pino. Y cuando entró en la cocina, lo alcanzó el aroma de galletas recién horneadas.

Sin decir una palabra, Betsy le hizo un gesto a su visitante para que se sentara a la mesa de la cocina, y comenzó a preparar café. Luego cogió una tartera que reposaba junto a la ventana, y que era el origen del fabuloso olor que inundaba la cocina. Betsy cortó una ración generosa de tarta de manzana y la puso frente a Josh. Un par de minutos después, el dulce recibía la compañía de una generosa taza de café.

Josh se sintió abrumado por las atenciones de su tía, a quién aquella misma mañana, todavía no conocía.

—Come, hijo. Te hará bien, después de un viaje tan largo.

Bradbury se disponía a protestar. Él no estaba allí para eso, pero entonces recordó que no había comido nada desde el desayuno, así que atacó la tarta con entusiasmo. No recordaba haber probado nada mejor en toda su vida. Después de algunos bocados, levantó la mirada del plato para elogiar las habilidades culinarias de Betsy, y se encontró con unos viejos ojos azules anegados en lágrimas. Josh dejó el tenedor junto al plato y

enderezó la espalda.

—¿Qué ocurre? ¿La he molestado de alguna forma?

Betsy sacudió la cabeza.

—No seas tonto. Por supuesto que no. Es que te pareces mucho a mi padre … Te veo y no puedo evitar pensar lo feliz que habría sido si te hubiera conocido… Y pensar que murió sin saber que Haylie había tenido un hijo. Lo lamento, soy una vieja tonta y sentimental.

Josh sacó un pañuelo del bolsillo y se lo dio a su tía. Ella lo usó para enjugarse las lágrimas, mientras le regalaba una sonrisa, que él correspondió de inmediato.

—Hay algo que debes saber, tía Betsy… —Ella prestó atención— Yo… no soy el único hijo de Haylie.

—Pero qué dices, insensato. Haylie era casi una niña cuando se fue de aquí para seguir su sueño. Murió cuando naciste… No es posible que tuviera más hijos, a menos que…

—Así es, a menos que fuéramos gemelos. Nos separaron al nacer, pero después de mucho buscar, por fin pude encontrar a mi hermano.

—¿Cómo es que nadie me lo dijo? Haylie me ocultó por meses que estaba embarazada, porque se sentía avergonzada. Para cuando me lo confesó en una carta, ya se había comprometido con una agencia de adopciones. Yo quería hacerme cargo del chiquillo… de ti, pero ya todo estaba arreglado y no me lo permitieron. Nadie me avisó que tuvo gemelos, pero sí… en nuestra familia es frecuente.

Josh aguardó unos instantes para que la buena mujer asumiera la noticia, antes de la siguiente sorpresa. Apoyó la mano en el antebrazo de Betsy que reposaba sobre la mesa.

—Hay más, tía Betsy… Verás, no fuimos gemelos, sino trillizos.

La mujer abrió los ojos y enarcó las cejas.

—¿Trillizos? ¿Y dices que encontraste a tus hermanos?

—A uno de ellos. Del otro no tenemos noticias todavía. Esperaba que tú supieras algo.

Betsy dejó escapar el aire con desaliento.

—Lo lamento mucho, hijo. Ni siquiera sabía que Haylie había tenido más de un hijo. Pobrecilla. Debió sentirse muy sola y asustada.

Josh se acomodó en el asiento y tensó los músculos de la

espalda.

—Tía, escúchame. Necesito que me digas todo lo que sepas acerca de lo que pasó entonces.

—Me temo que no es mucho. Tu madre era tres años más joven que yo. La idea de ser bailarina se le metió en la cabeza, después de que participó en clases de danza en el instituto. Tenía talento y este lugar se le hacía pequeño, así que decidió irse a vivir su sueño en Nueva York. Me rompió el corazón, pues éramos muy unidas, pero la apoyé porque sabía que merecía vivir su vida.

»Al principio, Haylie me escribía cada semana. Sus primeros días en la Gran Manzana fueron muy difíciles, por supuesto. Sus ahorros se le agotaron enseguida, pero encontró empleo en una tienda por departamentos, mientras se abría camino. Lo que ganaba, apenas le alcanzaba para subsistir y para pagar las clases de baile en una Academia. Era muy duro, pero no desistió. Un día me escribió una carta que tenía un tono más optimista. Gracias a la recomendación de su profesora de baile, le dieron un papel en una coreografía. La representarían en un teatro poco conocido, que apenas estaba cerca de Broadway, pero era el comienzo de una promesa.

»Durante la representación conoció a un chico. Otro bailarín, al que siempre llamaba Richie. Comenzaron a salir y ella estaba muy contenta, pues a raíz de su primera actuación le hicieron un contrato fijo como bailarina del elenco. Yo me alegré mucho por ella, pero dejé de recibir noticias por varios meses. Al final me llegó una carta que resultó desgarradora. Había quedado embarazada, y el sinvergüenza de Richie se desentendió. Además, en cuanto se supo su estado, la despidieron del teatro. Fue entonces cuando me comunicó su decisión de entregar a su bebé en adopción. Le escribí para tratar de hacerle cambiar de opinión. Yo estaba dispuesta a recibir a su hijo, pero nunca me respondió. Tres meses después, me avisaron de su muerte durante el parto y se negaron a darme ninguna información acerca del niño. Y eso fue todo.

Josh sintió una congoja que fue en aumento, conforme escuchaba la historia de su madre. Se preguntó si debía contarle a su tía acerca de Spardise. Decidió no hacerlo. No ayudaría a nadie, y haría más profundo el pesar de Betsy. Solo atinó a hacer una pregunta:

—¿Mi madre te dijo alguna vez cuál era el apellido de Richie?

Betsy sacudió la cabeza.

—Me temo que no —De repente, la señora Sherman dio un respingo—. Espera, no sé su nombre, pero Haylie me envió una foto.

La buena mujer se levantó antes de que Josh pudiera responder, desapareció por unos minutos y volvió con una fotografía en la mano. Josh la cogió y la observó con cuidado. Se trataba de una instantánea muy vieja que comenzaba a perder los colores. En ella se veía a una pareja joven y sonriente. Parecían muy enamorados. Era la primera vez que veía el rostro de su madre. Josh tragó saliva para contener las lágrimas.

—¿Puedo…?

—Por supuesto, hijo. Llévatela. Nadie tiene más derecho sobre ella, que tú y tu hermano.

Capítulo 06

Josh se despidió de Betsy con la promesa de que se volverían a ver, y que en cuanto fuera posible le enviaría un billete, para que los visitara tanto a él como a Cody y su familia en Nueva York. Tal vez para entonces ya habrían encontrado a su hermano perdido. Después de treinta y cinco años de separación, tenían mucho de qué hablar. Ya la noche había avanzado sobre Catalina, cuando Betsy convenció a un chófer del pueblo de que llevara a su sobrino hasta Phoenix. Bradbury decidió asegurarse de tener albergue esa noche, así que usó su móvil para hacer una reservación en un pequeño hotel junto al aeropuerto.

El chirrido de los grillos recibió a Josh cuando abandonó la casa de su tía, para subir al taxi. Aquella noche quedaría envuelta en su memoria en un extraño halo de irrealidad, al punto de que no fue consciente de la oscuridad que los arropó mientras recorrían las solitarias carreteras rumbo a Phoenix. Su cabeza se sumió en imágenes de Haylie y Richie, con escenas que se desarrollaron a partir de lo que le contó Betsy, y su imaginación se ocupó de completar los espacios en blanco del relato. La insistente melodía que anunciaba una llamada entrante sacó a Josh de su ensoñación. La pantalla mostraba un escudo de la Policía de Nueva York. Por supuesto, era Cody.

Josh respondió sin mucho ánimo. No le entusiasmaba sostener una conversación en ese momento, pero comprendió que Cody se sentía ansioso acerca de la entrevista, y reconoció que su hermano tenía derecho a que le informara de sus resultados. Después de hacerle un corto resumen de los escasos datos que le proporcionó Betsy, hubo un prolongado silencio al otro lado de la

línea.

—Cody, ¿estás ahí?

—Sí, claro. Es solo que esperaba que la señora Sherman supiera más acerca de las circunstancias de nuestro nacimiento, y del destino de nuestro hermano.

—La tía Betsy solo es una buena mujer, que no tiene idea del tamaño de la tragedia que alcanzó a su familia.

—¿La tía Betsy?

—Es como me pidió que la llamara.

—¿No vas demasiado deprisa, Josh? En realidad, todavía no sabemos nada acerca de ella.

—Es nuestra tía. Y tal vez la persona viva que mejor conoció a nuestra madre.

—También es una perfecta desconocida. Debemos ser prudentes acerca de todas las personas que se relacionan con este asunto.

—¿No estarás sugiriendo que Betsy Sherman tiene algo que ver con Spardise?

—Solo te digo que durante los últimos días de su vida, Haylie estuvo rodeada de gente muy peligrosa, y que todavía no sabemos quiénes formaron parte del complot que la empujó a su muerte. Eso pone bajo sospecha a todas las personas que se relacionaron con ella, aunque fueran parte de su familia.

Josh dejó escapar el aire en un suspiro.

—Detesto cuando tienes razón. ¿Hubo algún avance en el caso Rowland?

—Ninguno significativo. Estuve investigando a todos los miembros de la familia. Te pondré al día cuando regreses. Criminalística y el forense todavía no entregan sus informes. Espero que el CSI encuentre algo, porque sospecho que las autopsias no van a resultar muy reveladoras.

—¿Powers te ha dado problemas?

—No más de los habituales. Solo salió un par de veces a preguntarme por los avances y a despotricar contra ti.

—En ese caso, no hay de qué preocuparse. Todo está normal.

—¡Soltad esos creyones de inmediato! —dijo Cody, subiendo el volumen y con voz autoritaria—. Si queréis pintar, hacedlo en un papel —Regresó a su tono normal—. Seguimos esta conversación mañana, Josh. Eleonora todavía no regresa, y las gemelas decidieron que las paredes de la sala son un buen lienzo…

—Ja, ja… Deberías dejarlas expresarse. Eres un padre represor. Dales un beso a mis sobrinas de mi parte.

—Si su educación dependiera de ti, no tendrían límites. Acabarían con antecedentes antes de los diez años. Adiós.

Cody terminó la llamada, antes de que su hermano pudiera responderle. Josh sonrió para sí mismo. Supuso que la integridad de la casa de los Ryan corría un verdadero peligro a merced de sus sobrinas. Por unos instantes, se quedó pensativo con el teléfono en la mano. ¿Por qué no le mencionó la fotografía a Cody? Bradbury la sacó del bolsillo y contempló los rasgos delicados de la adolescente. La vida de Haylie se truncó, y sus ilusiones terminaron en tragedia por un embarazo que llegó en el peor momento posible… El mismo que a él le dio la vida… ¿Debería sentirse culpable? No, en realidad, lo que mató a Haylie no fue el embarazo, sino el egoísmo de Richie, y la avaricia de unos sujetos sin moral que se aprovecharon de la vulnerabilidad de su madre para beneficio propio.

Aquel rostro ingenuo y lleno de ilusiones se le clavó en el alma como una espina. Cuando se encontrara con su hermano se la mostraría, por supuesto, pero hasta entonces, la imagen de su madre le pertenecería por completo. Josh comprendió que el nexo que le unía a Haylie traspasaba la barrera de la muerte. Nunca le dio un beso de buenas noches, nunca lo abrazó ni secó sus lágrimas. Y sin embargo, la conexión existía. Tal vez porque tampoco recibió ese calor de su madre adoptiva, cuyo trato siempre fue distante y frío.

—¿Se encuentra bien, señor? —preguntó el taxista, echando un vistazo por el retrovisor.

Josh se sorprendió por la pregunta, se enderezó en el asiento y se dio cuenta de que tenía las mejillas bañadas en lágrimas. Le había dejado su pañuelo a Betsy, así que se secó con las palmas.

—Sí, por supuesto. Solo tengo alergia.

—¿En otoño? No hay un ápice de polen en todo el Estado.

—Pero seguís teniendo polvo, ¿No es así?

El taxista se encogió de hombros y volvió a centrarse en la carretera. Josh guardó la fotografía de vuelta en el bolsillo, y trató de mantener la compostura. Llegaron a su destino al cabo de diez minutos. El hotel en el que había reservado por sugerencia de su tía, resultó ser un lugar pequeño y con las comodidades básicas, pero muy limpio. Sería perfecto para pasar la noche hasta que pudiera coger el primer vuelo que lo regresaría a Nueva York. Era extraño,

tenía la certeza de que detestaba la ciudad y que lo único que lo unía a ella era su familia, pero se encontró deseando que pasara la noche para poder regresar.

Josh no vio cumplido su anhelo. Fue la noche más larga de la que tenía memoria, pues fue incapaz de dormir. A la mañana siguiente, el atribulado policía abordó el primer avión con destino a Nueva York. Haylie todavía ocupaba sus pensamientos, pero su mayor preocupación era su hermano perdido. Después de entrevistarse con Betsy, se esfumó su última esperanza de conseguir alguna pista que les permitiera encontrarlo. La única persona que podría decirles cuál fue su destino, se negaba a hablar. Ni siquiera el FBI había sido capaz de obligar al Cazador a que revelara qué hicieron con el tercer hijo de Haylie.

Bradbury desconectó el modo avión del móvil en cuanto desembarcó. Los anuncios de mensajes y llamadas perdidas se sucedieron uno tras otro, así que se subió al primer taxi que encontró y consultó sus bandejas de inmediato. Tenía dos mensajes de Cody, recomendándole que se fuera directo del aeropuerto a la Estación, pues Powers había amanecido de un humor de perros, y él podía convertirse en un buen objetivo de desahogo. Ignoró el resto de los mensajes.

Josh siguió el consejo de su hermano y le dijo al taxista que lo llevara a la Avenida Class. Ya eran más de las once de la mañana cuando por fin puso un pie en el departamento de investigaciones.

Cody apartó la vista del ordenador en cuanto escuchó sus pasos.

—¡Te ves terrible! Parece que hubieras dormido con la ropa puesta.

—Si es un chiste, no tiene gracia.

Cody torció la boca en una media sonrisa.

—Tienes razón. Me alegra que hayas llegado. Sospecho que el teniente se arrepintió de haberte concedido el permiso, pero ya era demasiado tarde para cuando quiso revocarlo.

—¿Conseguiste avanzar en el caso Rowland?

Ryan resopló por toda respuesta.

—Ahora te pongo al día, pero antes quiero que me digas si hay algo más que deba saber acerca de nuestra madre. Tengo la impresión de que no me lo contaste todo.

—No sé más que tú —sentenció Josh, al mismo tiempo que sacaba la fotografía del bolsillo—, pero Betsy me dio esto.

Cody cogió la instantánea y la miró con detenimiento. Su rostro se quedó sin color de inmediato.

—¿Es…?

—Son nuestros padres biológicos.

Los ojos de Ryan regresaron a la foto, como si los atrajera un imán.

—Es extraño… Hasta ahora, Haylie solo había sido para mí… No sé cómo describirlo… Es como si en realidad nunca hubiera existido como persona, como si solo fuera un personaje ficticio que formaba parte de una historia… De mi propia historia, pero ahora…

Josh apoyó la mano en el hombro de su hermano.

—Lo sé. Ahora tiene un rostro, y no puedes ignorar que tuvo una vida, que albergó sueños e ilusiones, que sufrió y lloró, pero también sonrió y sobre todo, que quería vivir. Algo que los malnacidos de Spardise le impidieron.

—Josh, tenemos que encontrar a nuestro hermano. No podemos saber qué destino le deparó esa gente.

Bradbury cogió aire. Entre «esa gente» estaba su propio padre adoptivo.

—Estoy de acuerdo contigo. Solo que reconozco que no encuentro por dónde empezar. Tenía la esperanza de que Betsy nos pudiera revelar algo.

Cody no había retirado la vista de la fotografía.

—¿Y si lo intentamos con Richie? Él es nuestro padre biológico. Es posible que continúe con vida, y quizá sepa algo que nos dé un hilo del cual tirar.

—¿Ese desgraciado?

—No te sugiero que demos con él para darle un abrazo, sino para exigirle que nos diga lo que sabe.

El desánimo abandonó el rostro de Josh.

—Es una buena idea. ¿Dónde crees que podríamos comenzar a buscarlo?

—Lo más directo y sencillo es indagar si tiene antecedentes criminales a partir de su fotografía y el programa de reconocimiento facial.

—¿Y qué esperamos?

Con la fotografía en la mano, Cody se acercó a Jezebel y sostuvo una corta conversación con su compañera. Ella contempló la instantánea, lanzó una mirada fugaz a Josh y asintió. Bradbury comprendió de inmediato que su hermano acababa de agenciarse la

ayuda de su colega. Josh sonrió y levantó el pulgar. Jez imitó el gesto, escaneó la fotografía con el móvil y se la devolvió a Cody. De inmediato, Ryan regresó junto a su hermano con la instantánea en la mano y se la devolvió.

—Jezebel se ocupará de buscar en los archivos de antecedentes criminales. Lo hará durante la hora del almuerzo.

—Buena idea. ¿Y si no los tiene? —Cody se encogió de hombros—. Espera, se me ocurre algo: También era bailarín, así que es posible que trabaje en Broadway o al menos, que podamos encontrar a alguien en los teatros que lo haya conocido.

Cody lo pensó por un momento y asintió.

—De acuerdo, pero me temo que esa indagación tendrá que esperar a que dispongamos de tiempo libre. Nuestra prioridad debe ser averiguar quién mató a los Rowland.

Capítulo 07

Josh no tuvo más remedio que aceptar las condiciones de Cody, aunque lo hizo a regañadientes. Su juicioso hermano tenía razón: localizar a Richie era un asunto personal, y no podían darle prioridad sobre el caso que investigaban. De modo que Bradbury volvió a guardar la fotografía de Haylie en el bolsillo, y le pidió a Ryan que lo pusiera al día con respecto a sus indagaciones.

—Todavía esperamos el informe del forense, pero Ellison ya envió los primeros resultados: me temo que no encontraron ninguna evidencia reveladora. La cerradura no estaba forzada y no había huellas. Lo único interesante que encontraron fue un par de cabellos, que tenemos la esperanza de que no pertenezcan a las víctimas. Veremos qué resultados arroja el ADN. Lo compararemos con el código genético de los Rowland y de todos los visitantes asiduos a la casa. En cualquier caso, mi conclusión es que el homicida fue muy precavido o permaneció muy poco tiempo en la escena del crimen. Me inclino por esta última opción.

Bradbury cambió el peso del cuerpo de un pie al otro.

—El perpetrador de este crimen debe tener una enorme sangre fría y haber sentido un profundo odio hacia las víctimas. Además, es evidente que los conocía bien y era muy cercano.

—Estoy de acuerdo contigo. Y es por eso por lo que ayer me dediqué a hacer una investigación a fondo de los Rowland y su entorno.

—¿Qué encontraste?

Cody cogió una libreta de notas y la consultó antes de responder.

—Veamos: Matthew y Emma eran ciudadanos muy

respetados en su comunidad. No encontré ni una multa de tráfico pendiente. No hay indicios de ningún vicio oculto. Su conducta era ejemplar y disfrutaban de holgura financiera.

—¿Deudas?

Cody negó con la cabeza.

—Al menos ninguna por los canales oficiales.

—Eso no excluye a los prestamistas.

—Por supuesto, y es una de las líneas de investigación que debemos seguir —reconoció Ryan—, pero si mi instinto no me miente, nos llevará a un callejón sin salida.

—¿Y los hijos?

Cody suspiró.

—Con respecto a James, tres cuartos de lo mismo. Hace doce años se graduó en Ciencias Económicas y fue entonces cuando emprendió el negocio inmobiliario con su padre. Ya sabemos el resultado de esa aventura.

Josh se animó. Ocupó la silla de su escritorio y se inclinó hacia adelante.

—Un fallo así puede llevar a la ruina a cualquiera. Tal vez el endeudado es el hijo de los Rowland. ¿Qué pasó con James después de la quiebra?

—Consiguió la licencia de bróker y desde entonces se dedica a ello. Sus allegados afirman que es exitoso y que su padre estaba orgulloso de él.

—¿Recuperó la solvencia?

—En realidad, gracias a Matthew nunca la perdió.

—Si ya pasaron doce años y en su momento no hubo mayores consecuencias, no parece que James tuviera motivos para cometer un homicidio como ese, justo ahora —opinó Josh.

Cody asintió.

—Sí, yo pensé lo mismo. Ahora déjame hablarte de la hermana, que también tiene su historia —Josh enderezó la espalda —. Diana no trabaja. Se dedica a labores del hogar. Y con respecto a su marido… ¿recuerdas que te dije que lo despidieron, y que ahora se dedica a llevar las cuentas de clientes particulares?

Bradbury asintió.

—Lo recuerdo.

—Muy bien, pues solo tiene tres clientes. Y como supondrás, semejante cartera no es suficiente para sostener una familia de cinco personas.

—Déjame adivinar: Matthew pagaba las cuentas de los Green.

Cody cogió aire y lo soltó de repente.

—Es justo eso. Así que ya tienes el panorama completo de los Rowland.

—Los Green me parecen sospechosos más interesantes que James —afirmó Bradbury—. Es posible que decidieran que era mejor disponer del capital completo, que esperar las migajas de parte de sus padres. Lo he visto antes.

—Sí, yo también. Sin embargo, antes de centrarnos en Diana y Peter, debemos asegurarnos de que la pareja no tenía enemigos en su entorno. Hay demasiado ensañamiento y sangre fría en este crimen como para explicarlo con un motivo económico.

—Tal vez esa actitud sea una característica del asesino y no consecuencia del motivo.

Cody meditó por un momento el argumento de su hermano.

—Aun así. Quiero conocer en detalle a todos los que rodeaban a los Rowland. Por muy buenas y ejemplares que fueran las víctimas, no me trago que todos sus conocidos los querían mucho y les deseaban lo mejor. Algo así no ocurre en la vida real. Donde se reúnen dos personas o más existen roces, celos, envidia, malentendidos… Es humano.

—Por fortuna, lo que no es humano es que esos roces terminen en homicidio —declaró Bradbury—, pero tienes toda la razón. Los Green resultan muy interesantes como sospechosos, aunque todavía sabemos muy poco como para enfocarnos solo en ellos. ¿Por dónde comenzamos?

Cody lo pensó por un momento.

—Los entornos laborales de las víctimas. Vamos primero al albergue donde trabajaba Emma. Muchos de los chicos están en una edad difícil en la cual los jóvenes suelen rebelarse contra la autoridad, que en este caso estaba representada por la señora Rowland.

—De acuerdo, comenzaremos por ahí, pero tienes que reconocer que tu argumento es muy débil. Si la rabieta de un adolescente conflictivo fuera suficiente para causar un doble homicidio como este, no daríamos abasto con los crímenes de chicos contra padres y maestros. Si quieres saber mi opinión, el asesinato de los Rowland lo cometió un adulto. Y uno que sabía lo que hacía.

Cody dejó escapar el aire.

—Supongo que tienes razón, pero…

—Ya —lo interrumpió Josh—. No dije que no estuviera de acuerdo contigo acerca del procedimiento. Solo quería que supieras lo que pienso al respecto.

Ryan se recostó en el respaldo y se quedó pensativo por un momento.

—Te aseguro que no voy con ningún prejuicio respecto a esos chicos. Tan solo es un paso del procedimiento que debemos cumplir, y si surge alguna pista, la seguiremos y la investigaremos como siempre. ¿Más tranquilo?

—Mucho —reconoció Josh.

Cody se levantó de la silla.

—En ese caso, no perdamos el tiempo. Si no queremos que Powers nos eche una bronca, será mejor que no nos encuentre aquí cuando salga de su oficina.

Bradbury también se levantó, pero lo hizo más despacio.

—¿Qué haremos con respecto a Richie?

—¿A qué te refieres? Ya habíamos acordado que le daríamos prioridad al caso Rowland.

—Prioridad no significa que pospondremos la búsqueda de nuestro hermano…

Cody miró a Josh a los ojos y comprendió que no desistiría con tanta facilidad. Ya tenía constancia de lo testarudo que podía ser.

—De acuerdo, esperaremos el resultado de la indagación de Jez. Y si no descubrimos nada, pondremos en práctica tu idea de usar la instantánea para encontrar alguien que lo conozca. ¿Conforme?

—Es todo lo que necesito —sentenció Bradbury— ¿Qué diablos estas esperando? Vamos a ese albergue.

Capítulo 08

Cody y Josh se mantuvieron en silencio durante el trayecto hacia el Brooklyn Children's Shelter, la institución a la que Emma Rowland dedicó sus últimos años. Después de superar los atascos, se encontraron frente a un edificio de tan solo cinco pisos que contrastaba con las enormes construcciones que lo rodeaban. La arquitectura propia de mediados del siglo XX, y la enorme cantidad de ventanas con arco de medio punto eran indicios de la finalidad que cumplía el inmueble.

El portero les permitió entrar, después de leer con cuidado sus identificaciones y tomar nota de sus nombres. Aceptó con naturalidad tener a dos policías iguales frente a él.

—¿Podría decirnos su nombre, por favor? —le preguntó Cody.

—Soy Clem Walters —Ryan tomó nota—. Supongo que están aquí por la trágica muerte de la pobre señora Rowland. Es espantoso. ¿Ya atraparon al asesino?

—Trabajamos en ello.

—Es inconcebible. Que ya no estés seguro ni en tu propia casa —Walters lanzó una mirada de reproche a los policías, como si fueran los responsables directos de su queja.

—Necesitamos hablar con la persona encargada en ausencia de la señora Rowland —dijo Josh con firmeza.

El empleado torció la boca y suspiró.

—Se refieren al señor Gardyner. Síganme, por favor.

Clem salió de su cabina y abrió la marcha hacia el interior del albergue. El viejo edificio olía a humedad, papel y madera vieja. Cruzaron un amplio pasillo con aulas a puertas cerradas. A través

de una pequeña ventanilla en cada una de ellas, las luces encendidas en su interior les indicaron a los policías que todas estaban ocupadas. Los chicos asistían a clases a esa hora.

Cody y Josh siguieron al portero, quién avanzó hasta el final del pasillo cojeando, pero a paso decidido. Luego cruzó a la derecha y siguió adelante hasta el final. A diferencia de los salones de clases, la puerta batiente que Walters abrió sin llamar no tenía ventanilla. Una mujer de edad indefinida, con cara afilada y cabello teñido de verde, levantó la mirada ante la intrusión del portero.

—Penny, estos policías quieren hablar con el señor Gardyner.

—Gracias, Clem. Yo me ocuparé…

Los gemelos se miraron entre sí, ante esa conversación sobre ellos que los excluyó, como si Walters hubiera entregado un paquete o encomienda. Después de volver a mirar a los policías con desaprobación, Clem salió de la oficina.

—¿Vienen por lo que le pasó a Emma? —Cody asintió—. A mí todavía no me cabe el alma en el cuerpo. Me parece inconcebible.

—¿Se llevaba usted bien con la señora Rowland?

—Por supuesto. Emma era muy amable y considerada. Todos la queríamos mucho.

—Cuándo dice todos, ¿se refiere a los empleados y a los chicos? —preguntó Josh.

—Por supuesto.

Cody desvió la mirada hacia una litografía que adornaba la pared, antes de volver a fijarla en la secretaria.

—Si la señora Rowland era la directora de este lugar, debió verse en la necesidad de imponer alguna que otra sanción. ¿Nadie le guardaba rencor?

Penny suspiró.

—Ya comprendo por dónde viene, señor…

—Ryan. Detective Cody Ryan.

—Muy bien, detective Ryan. Ya estamos acostumbrados a los prejuicios. Si hay un robo en cien metros a la redonda, si alguien rompe una vidriera o dos borrachos se pelean en un bar, el primer lugar donde busca la Policía es aquí. Los niños de este albergue son chicos huérfanos, abandonados o apartados de sus familias porque fueron víctimas de malos tratos. Su único tutor es el Estado. Así que si ocurre algo malo, debieron ser ellos. De cualquier forma, piensan que no hay nadie a quién le importen lo suficiente como para

respaldarlos. Y es ahí donde se equivocan, porque Emma siempre los defendió, y ahora que ella no está, Stefan y yo recogeremos el relevo.

—¿Stefan?

—Stefan Gardyner es el subdirector —aclaró Penny—. La persona con la que ustedes quieren hablar.

—¿Lo que quiere decir es que los niños de este albergue consideraban que Emma Rowland los protegía?

—No es que lo consideraban, es que era así.

—No vinimos a acusar a nadie ni tampoco a buscar culpables —argumentó Cody—, pero si queremos arrestar al asesino de los Rowland, tendremos que hacer preguntas a las personas que los conocieron en vida.

Penny bajó la mirada y lo pensó por un momento.

—Supongo que está en lo cierto. Aguarden un momento. Iré a preguntarle a Stefan si puede recibirlos.

Antes de que los policías pudieran responder, la secretaria cogió el auricular y presionó un botón de la centralita.

—Stefan, aquí hay dos policías que quieren hablar contigo… De acuerdo —Penny colgó y miró a los gemelos—. Pueden pasar. Es la puerta de la izquierda.

Josh fue el primero en reaccionar a las palabras de la secretaria. Cody lo siguió a dos pasos. Stefan Gardyner los esperaba atrincherado detrás de su escritorio. Su aspecto era más juvenil de lo que anticiparon, a pesar del cabello que comenzaba a ceder espacio en las sienes. Cuando se acercaron, los invadió el olor a una colonia aplicada con demasiada generosidad. Josh pudo discernir el aroma cítrico y especiado sobre un fondo de madera y cuero. Conocía la marca, y él mismo la usó en alguna ocasión, pero no fue capaz de recordar el nombre en ese momento.

—Penny me dijo que quieren hablar conmigo. ¿En qué puedo ayudarles, caballeros?

A Josh le desagradó la petulante cordialidad del subdirector. Cody no dio muestras de sentir algo al respecto. Ryan tomó la palabra.

—Venimos a hacerle algunas preguntas acerca de la señora Rowland.

Gardyner dejó escapar un suspiro como un globo que se desinfla, y su aire de supremacía moral se desvaneció.

—Emma. Sí, claro. Temía que hubieran venido para culpar a

alguno de los chicos de lo que ocurrió.

—Todavía es pronto para repartir culpas —sentenció Josh con sarcasmo—. Nuestro trabajo no es encontrar un chivo expiatorio viable, señor Gardyner. No nos conformaremos con menos que el verdadero asesino.

—Desde luego, discúlpenme. Reconozco que estamos a la defensiva. Nuestros chicos suelen ser los primeros sospechosos en cualquier delito que se comete en el barrio, y nos sentimos un poco cansados al respecto.

—Los policías también estamos cansados de que se nos atribuya ligereza a la hora de realizar nuestro trabajo —sentenció Josh.

—¡*Touché* ! ¿Qué les parece si dejamos los prejuicios a un lado y volvemos a empezar?

—Le aseguro que no tenemos ningún prejuicio con respecto a los chicos, señor Gardyner. Nuestro único interés es resolver el crimen contra los Rowland.

—Emma era una gran mujer, que dedicó su vida al bienestar de los demás, y no merecía lo que le pasó. También era una persona muy querida para todos los que hacemos vida en este albergue. Y con eso me refiero a todos. Por supuesto que pueden contar con mi colaboración incondicional. Por favor, tomen asiento y díganme qué quieren saber.

Los detectives ocuparon las sillas frente al escritorio del subdirector. Cody sacó su libreta de notas y su bolígrafo.

—¿La señora Rowland tenía problemas con alguien del personal o con alguno de los chicos?

—Por supuesto que no. Como le dije antes, todos la queríamos mucho.

—Sin embargo, por su trabajo en el albergue debió verse en la necesidad de imponer disciplina en alguna ocasión —intervino Josh—. ¿Eso nunca ocasionó ningún conflicto?

—Aunque le cueste creerlo, detective, no lo ocasionó. Permítame explicárselo: la mayor parte de estos chicos provienen de hogares rotos o disfuncionales. Y me refiero a aquellos cuyos padres continúan con vida. Lo que esto significa es que casi todos sienten que no le importan a nadie. Y créame que esa es una sensación de vacío demasiado profunda para un niño. En la situación de estos chicos, incluso una reprimenda representa que existe alguien que se preocupa por ellos.

—Habla como si usted hubiera pasado por esa experiencia —observó Josh.

Gardyner asintió.

—Y así fue. Yo también crecí en un albergue y por eso estoy aquí. Soy psicólogo y podría ganar mucho dinero trabajando en una consulta privada en Manhatan, pero eso no sería suficiente para mí. Siento que les debo algo a estos chicos, pues yo también fui uno de ellos. Emma lo comprendía muy bien.

Cody retomó la palabra.

—¿De manera que no considera posible que uno de estos chavales albergara resentimientos contra la señora Rowland?

—Estoy seguro de que ninguno de ellos sería capaz de hacer algo así. Para estos chiquillos, Emma era una abuela estricta, pero cariñosa. La idolatraban. Estoy seguro de que su muerte representó un golpe muy duro. Otro más.

—¿Y qué nos dice del personal? ¿También la querían como a una abuela? —preguntó Josh con cierto sarcasmo.

Gardyner miró al policía a los ojos con evidente disgusto.

—Emma era muy maternal, detective. Así que no era difícil verla como una madre o una abuela, según la edad de cada uno. Lo que cada empleado pensaba acerca de ella tendrá que averiguarlo por usted mismo, pero puedo confirmarle que nunca tuvo problemas con ninguno de los trabajadores de esta institución. De haber ocurrido algo así, me lo hubiera contado.

—Entonces tenía mucha confianza con usted.

—Por supuesto, de lo contrario no hubiéramos podido hacer bien nuestro trabajo.

Josh intervino.

—Si se tenían tanta confianza y se contaban todo, tal vez usted tenga idea de quién podía desear la muerte de Emma en su círculo cercano.

—Nadie, detective. Estoy seguro de que el asesino no iba a por Emma.

—Y sin embargo, alguien la mató —insistió Josh.

—También a su marido —argumentó Gardyner—. Tengo la convicción de que el verdadero objetivo era el señor Rowland. Emma tuvo la desgracia de estar presente en el peor lugar y momento posibles.

Capítulo 09

Antes de que pudieran llegar al coche, el móvil de Cody anunció la entrada de un mensaje. Ryan lo consultó, y después de leerlo levantó la mirada hacia su hermano.

—Es de Jezebel. Usó el reconocimiento facial para buscar en los archivos, pero Richie no tiene antecedentes.

Bradbury soltó un bufido de decepción.

—Una opción fácil de encontrarlo que se va por el desaguadero.

—Esa no debe ser nuestra mayor preocupación en este momento —protestó Cody—. Ahora debemos centrarnos en la investigación de los Rowland.

Josh hizo un esfuerzo por apartar a Haylie de su cabeza. Era consciente de que salieron del albergue con las manos vacías. Otro motivo de frustración que sabía que Cody compartía. Estaba convencido de que no les dijeron toda la verdad con respecto a Emma Rowland. La única certeza que tenían era que existía una persona que entró a su casa y le metió una bala en la cabeza, sin mediar palabra. Era un acto que implicaba un profundo odio. Bradbury tampoco creyó la teoría de Gardyner de que se trataba de una víctima colateral, y que el verdadero objetivo había sido Matthew. Josh estaba seguro de que el asesino hizo justo lo que quería: matar a la pareja.

—Y ahora, ¿qué? —preguntó sin disimular su frustración.

Ryan lo miró como si no lo reconociera.

—Realizaremos la misma indagación en la empresa de Matthew, por supuesto. Es probable que allí tengamos más suerte.

—No estoy seguro. Ya casi puedo escucharlos: el señor

Rowland era un abuelo generoso al que todos le tenían cariño… Es inconcebible que nadie quisiera verlo muerto…

—¿Qué demonios pasa contigo? Sabes que no debemos hacer ninguna suposición antes de llevar a cabo las entrevistas. No tenemos idea de lo que nos dirán los empleados de Rowland.

Bradbury se detuvo y suspiró, al mismo tiempo que desviaba la mirada de su hermano. La fotografía de Haylie continuaba en el bolsillo interno de su chaqueta y le quemaba el pecho.

—No es necesario que los dos estemos presentes durante la indagación en la empresa de cosméticos.

—¿Qué pretendes, Josh?

—Tú podrías hacer esas entrevistas solo… Eso me permitiría acercarme hasta Broadway e indagar un poco acerca de Richie.

—No me parece buena idea. Acordamos que nuestra investigación personal la llevaríamos a cabo durante nuestro tiempo libre, ¿recuerdas? Además, si Powers llegara a saberlo…

—¿Y cómo podría enterarse? —insistió Bradbury—. Vamos, Cody. No olvides que nuestro principal objetivo es encontrar a nuestro hermano. ¿Y si necesita ayuda? No tenemos idea de qué fue lo que los malnacidos de Spardise hicieron con él.

—Estoy de acuerdo en investigar lo que sea necesario para encontrar a ese hermano perdido… Si es que todavía vive.

—Estoy seguro de que está vivo —sentenció Josh.

—No podemos tener la certeza. No sabemos en qué condiciones nació o qué destino le depararon. Lo único que tenemos claro es que las condiciones en que sucedió el parto no fueron las mejores.

—Del mismo modo en que yo no debo hacer suposiciones con respecto al caso Rowland, tú tampoco deberías asumir que el tercer hijo de Haylie murió. No seas tan rígido, Cody. La investigación Rowland no se verá perjudicada si acudes solo a Kasahor a hacer las preguntas. Si tú me cubres, yo podría hacer avances sobre Richie. Hazlo por nuestro hermano.

Cody dejó escapar el aire en un suspiro de resignación.

—Estoy seguro de que me arrepentiré, pero adelante, coge un taxi y vete a Broadway. Yo me encargo de los interrogatorios a los empleados de Rowland.

Josh desplegó una amplia sonrisa.

—Gracias, Cody. Eres el mejor.

Antes de que Ryan pudiera responder, Bradbury ya se había

alejado en dirección a la avenida principal, con la intención de coger un taxi. Cody subió al automóvil y se incorporó al tráfico con rumbo a Kasahor, la empresa de cosméticos de los Rowland.

Ryan demoró cuarenta y cinco minutos en llegar a su destino. Kasahor funcionaba en un edificio de cinco pisos en *Washington Avenue* . Se identificó con el vigilante de la entrada, quien de inmediato lo hizo pasar y le dio instrucciones para llegar hasta la oficina de la presidencia, en el segundo piso.

El detective optó por usar las escaleras. Lo alcanzó un inusual olor a perfumes y cosméticos. Intuyó que los laboratorios de la empresa estarían cerca. A su pesar, Cody reconoció para sí mismo que la ausencia de su hermano le causaba un extraño desasosiego. Tenía la sensación de que le faltaba algo.

El policía se sacudió semejantes pensamientos de la cabeza y siguió las instrucciones del portero, hasta que dio con la oficina correcta. No fue difícil, pues se trataba de una amplia puerta de vidrio de doble batiente. Accedió a la antesala, donde se encontraba una secretaria. A Cody le pareció demasiado joven para la plaza que ocupaba.

—¿En qué puedo ayudarlo? Me temo que hoy mantenemos las operaciones cerradas por duelo, pero si regresa mañana…

El detective sacó su identificación del bolsillo y se la mostró a la chica.

—Policía. Estoy aquí para investigar el asesinato del señor Rowland y de su esposa. Le agradecería que respondiera a algunas preguntas.

—Por supuesto, detective. Colaboraré en lo que sea posible, pero me temo que yo no sé nada.

—¿Podría decirme su nombre, por favor?

—Rosie Phillips.

—¿Era usted la secretaria del señor Rowland?

—No, mi responsabilidad tiene que ver con el trabajo administrativo de los laboratorios. Me refiero a mantener el inventario, llevar las facturas y ese tipo de tareas.

—Entonces, ¿por qué está aquí?

—Para sustituir a Michelle, quién sí era la asistente del señor Rowland. Cuando nos enteramos de la tragedia esta mañana, ella se sintió muy mal. El jefe de laboratorio decidió suspender actividades por hoy, y la envió a casa.

—¿Usted conocía bien a Matthew Rowland?

—Sí, por supuesto. Él se involucraba en todas las áreas de la empresa y visitaba el laboratorio con frecuencia.

—Hábleme acerca de él, por favor. Le agradecería que fuera honesta, y olvidara las convenciones sociales acerca de no hablar mal de los muertos.

—Le aseguro que no necesito ninguna convención social para hablar bien del señor Rowland. Era una buena persona. Su trato con los empleados era correcto y amable. Todos lamentamos mucho su pérdida.

—¿Tuvo problemas con algún cliente o empleado?

Rosie negó con la cabeza.

—¿Está segura?

—Por supuesto. Los conflictos laborales acaban trascendiendo. El señor Rowland se llevaba bien con sus empleados, y puedo asegurarle que todos en Kasahor lamentamos mucho su muerte.

Las palabras de la secretaria le recordaron a Cody la presunción de Josh. Al parecer, su irritante hermano estaba en lo cierto. Ryan cambió el peso del cuerpo de un pie a otro. Los seres humanos en general no solían ser tan perfectos. O los Rowland sabían ocultar muy bien su lado oscuro o alguien mentía. Decidió insistir.

—¿Cuándo comenzó a trabajar el señor Rowland en esta empresa?

—Desde el principio, hace cuarenta años.

—¿Y cuánto tiempo lleva usted aquí?

—Cinco años.

—¿Y pretende que acepte que durante todo ese tiempo no se presentó ningún conflicto que involucrara a su jefe? Perdóneme, pero me resulta muy difícil de creer.

Rosie parpadeó, pero su rostro no mostró ninguna señal de que la hubiera pillado en una mentira. Después de meditar por un par de segundos, la chica suspiró.

—Si hubiera conocido al señor Rowland, me creería. Sin embargo, ahora recuerdo un incidente que ocurrió hace seis meses y que lo mantuvo molesto por un par de semanas.

—¿De qué se trata?

—Bien… Antes de que una fórmula nueva salga al mercado debemos comprobar que es segura para las personas que la usarán, de manera que en el laboratorio se usan roedores para hacer las

pruebas.

—¿Ratas de laboratorio? —Rosie asintió—. Continúe.

—Hace seis meses, un grupo de protección a los animales se manifestó frente a nuestras puertas.

Cody se encogió de hombros.

—Vivimos en una democracia. Estaban en su derecho.

—Sí, pero uno de ellos siguió al señor Rowland.

Cody enderezó la espalda.

—¿Lo agredió o lo amenazó?

—Lo insultó y le tiró un tomate cuando el señor Rowland se bajó del coche.

—¿Sabe el nombre de esta persona? —La joven secretaria negó con la cabeza—. ¿Y del grupo que organizó la manifestación?

—Eso sí. Se trató de *Animal Rights* . Tienen su sede en *New Lots Avenue* . Son bastante activos.

Cody tomó nota y le agradeció a Rosie por su ayuda. Luego abandonó Kasahor. Su próximo destino era la ONG que luchaba por los derechos de los animales.

Capítulo 10

Después de programar la dirección de Animal Rights en el GPS, Cody se incorporó al tráfico y se encaminó al este, en dirección a New Lots Avenue. Llamó a Evelyn a través de la función manos libres del móvil, para que le proporcionara información acerca de la ONG que se disponía a visitar. Se encontraba en un atasco en Ocean Hill, cuando la secretaria de Powers le devolvió la llamada.

—Ya hice las averiguaciones que me pediste, Cody. Como podrás deducir por su nombre, *Animal Rights* es una organización sin fines de lucro que lucha por los derechos de los animales. Hace dos años la fundó Wilfred Combs, un profesor de veterinaria, que cuenta con la colaboración de un grupo de sus estudiantes.

—¿Son violentos?

—No hay ninguna denuncia al respecto. Sus actividades son las habituales: organizan protestas frente a farmacéuticas, laboratorios de cosmética y mataderos. También colaboran con un par de albergues para animales abandonados.

—¿Cómo colaboran?

—Los ayudan a recaudar fondos para la alimentación y el cuidado de las mascotas. Sus cuentas están en orden y no hay ninguna denuncia contra ellos.

Cody suspiró con alivio cuando consiguió superar el nudo que le impedía avanzar, a causa de una reparación de la calle.

—De acuerdo, Evelyn. Gracias por la información. Voy en camino de la ONG. Veremos si tienen algo que ver con lo que les pasó a los Rowland.

—¿Vas? ¿Tú solo? ¿Dónde está Bradbury?

—Yo… él… Fue a interrogar a otro testigo…

Evelyn tardó un par de segundos en responder.

—De acuerdo. No tienes que darme explicaciones, Cody. Confío en ti, pero será mejor que Powers no se entere.

—Gracias.

Ryan terminó la llamada con una sensación de alivio y se reprochó su propia estupidez, pues casi delata a Josh y a sí mismo. Él no servía para ese tipo de cosas. Era demasiado directo y transparente.

Aparcó frente a la sede de la ONG. Estaba en medio de una zona residencial. En el patio delantero de dos casas colindantes se levantaba una habitación, que violaba todas las normas urbanísticas y estéticas. Tal vez los registros y libros contables de *Animal Rights* estuvieran en orden, pero Ryan estaba seguro de que aquella construcción era ilegal y que si el ayuntamiento la detectaba, ordenaría su demolición.

Cody entró a la oficina de un único ambiente. Aunque no sufría de claustrofobia, se sintió agobiado por el encierro. Aquel lugar no tenía ni ventanas. Solo había dos escritorios y las paredes estaban repletas de carteles, que denunciaban el maltrato de los animales. Uno de los escritorios lo ocupaba una chica que no tendría más de veintidós años. Lo recibió con una sonrisa repleta de cordialidad, y le soltó la lección de carrerilla.

—Hola, bienvenido a *Animal Rights* . ¿Desea hacer una donación, quiere prestar colaboración de otra forma o desea que le pongamos en contacto con un albergue, para que rescate a una de nuestras mascotas abandonadas?

Cody sintió lástima por el susto que se iba a llevar la chiquilla. Cogió su identificación del bolsillo y se la mostró a la joven, al mismo tiempo que la sacaba de su error.

—Me temo que no estoy aquí para colaborar, señorita.

—¿Policía? ¿Qué puede querer la Policía con nosotros? —preguntó ella con el rostro pálido—. Toda nuestra documentación está en orden.

—Lo sé. No estoy aquí por esa razón. ¿Podría decirme su nombre?

—Jazmyn Hunt.

—De acuerdo, señorita Hunt. Soy el detective Cody Ryan, del departamento de investigaciones de la Estación de Policía de la Avenida Class. Investigo el homicidio de una pareja en Adelphi Street.

Jazmyn abrió mucho los ojos y su piel se volvió casi transparente.

—Lo vi en las noticias, fue terrible, pero ¿qué tiene que ver con nosotros?

—Una de las víctimas, el señor Rowland, fue objeto del interés de su organización. Hace seis meses, ustedes protestaron contra su empresa de cosméticos.

Jazmyn cogió aire y se enderezó en la silla. Habló con voz firme y recitó un argumento bien aprendido.

—Lo recuerdo, pero estamos en nuestro derecho. Alguien tiene que hablar en defensa de los derechos de aquellos que no tienen voz, y son víctimas de la crueldad de quiénes los ven como objetos descartables. Los animales también sienten y merecen consideración.

—Estoy de acuerdo con usted. Sin embargo, en este momento mi interés se centra en el homicidio que se cometió contra el señor Rowland y su esposa.

—Sigo sin comprender qué tenemos que ver con ello. La manifestación que hicimos contra él y su empresa fue legal. No agredimos a nadie ni dañamos ninguna propiedad. Tan solo nos reunimos frente a su sede y protestamos por los crímenes que se cometen contra animales inocentes en sus laboratorios.

—Me temo que su intervención no fue tan inocente, señorita Hunt —argumentó el policía—. Se nos informó que uno de los miembros de su grupo siguió al señor Rowland hasta su casa y además de insultarlo, le lanzó un tomate.

Jazmyn parpadeó.

—Hay mucha diferencia entre lanzar un tomate y matar a alguien.

—No lo niego, pero por algo se empieza… Con su conducta, su compañero traspasó la línea de lo personal, y al hacerlo demostró que para él no era suficiente la protesta como mecanismo de lucha.

—Tal vez solo está cansado de que nos ignoren.

—Si conoce sus motivaciones es porque sabe de quién se trata. Le agradecería que me diera su nombre.

Jazmyn dio un respingo.

—Me pide que comprometa a un compañero y revele su nombre a la Policía para que puedan culparlo a él, y a nuestro movimiento de un delito. Eso les gustaría, ¿verdad? Cerrar nuestra

sede.

—Le aseguro que no tengo ningún interés en cerrarlos. De hecho, le confieso que simpatizo con sus ideas. Sin embargo, aquí no se trata de planteamientos morales. Se cometió un homicidio brutal, y mi trabajo es investigar a todas las personas que se relacionaron con las víctimas. En especial, si en esa relación hubo conflictos y manifestaciones de agresividad de cualquier tipo.

—No delataré a mi compañero —sentenció Jazmyn con firmeza.

—En ese caso, tendré que acusarla de obstrucción, y ordenar la auditoría de esta organización.

Jazmyn cogió aire y cerró los ojos.

—Haga lo que quiera. Estoy segura de que un abogado hará valer mis derechos. Y con respecto a la organización, tenemos todo en regla, así que pueden auditarla cuando quieran.

—¿Todo está en regla? —Cody miró a su alrededor—. ¿Qué me dice de esta oficina donde nos encontramos? ¿Tienen los permisos de construcción? Lo dudo.

Hunt volvió a perder el color del rostro y respondió atropellando las palabras:

—Solo estamos alquilados. Esta oficina pertenece a los Hill. Ellos son los propietarios de las dos casas de atrás. Es propiedad privada, así que la Policía no tiene nada que opinar aquí.

—Señorita Hunt: aunque «esto» se construyó sobre propiedad privada, hay ciertas normas urbanísticas que se deben cumplir. Y para cualquier modificación, en especial si afecta la fachada, deben solicitarse permisos, los cuales es evidente que aquí nunca se concedieron. Sin embargo, quiero que comprenda que mi intención no es perjudicarla a usted ni a su ONG ni a los Hill. Mi único interés es sostener una conversación con la persona que siguió y agredió a Matthew Rowland… —Jazmyn se dispuso a protestar, pero Cody levantó la palma de la mano para que no lo interrumpiera— Si esta persona es inocente, no tiene nada que temer. Lo que no puedo permitir es que una lealtad mal entendida dificulte mi trabajo.

Hunt suspiró y bajó la mirada. Las siguientes palabras las pronunció en un murmullo:

—Usted gana. El compañero que siguió al señor Rowland hasta su casa, le dijo lo que merecía, y le lanzó un tomate, fue Tommy Alberici.

Capítulo 11

Josh bajó del taxi en 156 W 42nd St., y solo entonces comprendió que se enfrentaba a una tarea hercúlea. Si contaba los grandes y pequeños teatros, tendría que investigar en más de cuarenta recintos que se repartían a lo largo de cincuenta kilómetros. La fórmula de la aguja en el pajar hubiera resultado optimista. Él, que nunca se desanimaba, se sintió agobiado. Entonces pensó en Haylie y trató de imaginarla: una chiquilla que recién salía del High School, y que vivió toda su vida en un pequeño pueblo de Arizona. La experiencia debió ser emocionante y aterradora. Haylie murió por perseguir su sueño, y lo menos que él podía hacer por ella era seguir adelante, sin importar las circunstancias.

Los grandes carteles que inundaban la avenida anunciaban los últimos estrenos. Después de sacudirse el pesimismo, se encaminó al primer teatro. La puerta estaba cerrada, por supuesto, así que se acercó a la que daba acceso a los artistas. Allí encontró a un vigilante, que le dio el alto en cuanto comprendió sus intenciones de entrar. Josh, que ya iba preparado, le mostró la identificación que llevaba en la mano. El portero frunció el ceño.

—¿Policía? ¿Qué puede querer la Policía aquí? No los hemos llamado.

—Algunas veces actuamos por nuestra cuenta —respondió el detective, en tono sarcástico.

—¿Tiene una orden?

Bradbury suspiró. ¡Cuánto daño hacían las series y películas al trabajo policial!

—Necesitaría una orden si fuera a hacer un registro o

arrestar a alguien. No la requiero para hablar con un testigo.

—¿Y tiene que entrar?

—Sería de agradecer —respondió el policía con un encogimiento de hombros—, aunque también podría solicitar a nuestra fiscal que emita una citación.

Josh cruzó los dedos después de soltar el farol. Le resultaría imposible conseguir citar a nadie para interrogarlo en un caso que no existía a nivel oficial. El portero le devolvió la identificación.

—Espere aquí, mientras pregunto. No llega en buen momento. Los artistas están en medio de un ensayo y no se les puede interrumpir.

El detective aguardó con paciencia a que el vigilante consultara con sus jefes. Un par de minutos después, el portero lo invitó a pasar.

—El señor Skinner hablará con usted, pero sea breve. Hoy estrenan y todos están muy nerviosos.

—Solo serán unos minutos.

El vigilante acompañó a Josh por el laberinto de pasillos que conformaba las entrañas del teatro. El olor a ambientador que recordaba como espectador, se mezclaba con el de los perfumes y cosméticos de los artistas. Cuando pasaron frente a los camerinos, de uno de ellos salieron dos chicas vestidas con chándal. Conversaban emocionadas acerca del estreno de esa noche. De acuerdo con lo que Josh alcanzó a escuchar, comprendió que eran bailarinas del coro. De inmediato pensó en Haylie. Habían pasado treinta y cinco años, pero la historia se repetía una y otra vez. Jóvenes con talento y un sueño que llegaban de todos los estados, para tratar de alcanzar el tan ansiado estrellato. La mayoría se perdían en el camino. Las más afortunadas se hacían un hueco en el medio. Otras cambiaban de rumbo. Haylie no tuvo tanta suerte.

Por fin llegaron al final del pasillo. El portero anunció a Josh y le permitió entrar a una oficina en la que apenas había espacio. Luego se marchó. La atención del policía se centró en el hombre detrás del escritorio. De mediana edad y con entradas que anunciaban una calvicie incipiente, Skinner lo recibió con una mueca de disgusto. Josh se presentó y le mostró su placa de detective. Su interlocutor se acomodó las gafas, leyó con cuidado la identificación, y luego se la devolvió.

—Soy Joe Skinner, el productor de la obra que estrenaremos esta noche, y de la mayoría de las que se representan en este teatro.

Como comprenderá estoy muy ocupado, así que le agradeceré que sea breve.

—Muy bien —Josh sacó la fotografía de Haylie del bolsillo interno de su chaqueta, y la puso frente a Skinner—. Seré lo más conciso posible: busco información sobre cualquiera de estas personas. La chica falleció hace treinta y cinco años, pero es muy probable que el hombre trabaje aquí en Broadway. Su nombre es Richie. Desconocemos su apellido.

Skinner miró la fotografía y levantó la mirada hacia el policía.

—¿Esto es una broma? Me muestra una instantánea de pésima calidad con más de treinta y cinco años y pretende que identifique a una persona, de la cual no sabe ni el nombre completo. ¿Tiene idea de cuánta gente trabaja en Broadway entre productores, directores, coreógrafos, personal técnico y artistas? Lo que me pide es absurdo.

Bradbury suspiró con desaliento. Skinner tenía razón, por supuesto. Lo que quería conseguir tenía las mismas probabilidades de éxito que ganar la lotería, y sin embargo, no se sentía capaz de desistir.

—Sé que lo que pido no es fácil, pero es importante que encuentre a este hombre.

—¿Por qué? ¿Qué hizo?

—No es lo que hizo, sino lo que puede saber.

—¿Lo que puede saber? ¿Así que ni siquiera están seguros de que sabe algo?

—Señor Skinner, tan solo le pido que me permita mostrarle esta instantánea a las personas que trabajan en este teatro. Tal vez alguna de ellas conozca a cualquiera de los que aparecen en la fotografía.

Joe cogió aire, volvió a mirar la foto y luego al detective. Entonces asintió.

—No estoy seguro de que sirva de algo y supondrá un retraso en el programa de hoy, pero me considero un buen ciudadano y por eso lo ayudaré. Sin embargo, no quiero que la presencia de la Policía altere a los artistas un día como hoy. Los necesito centrados en su trabajo, así que aguarde aquí.

Sin darle tiempo a Josh de responder, Skinner abandonó la oficina y se llevó la fotografía. El tiempo de espera se le hizo interminable al policía. Tuvo que contenerse para no salir en busca

del productor y comprobar que no dejaba a nadie por fuera de la indagación. Joe regresó al cabo de quince minutos.

—Lo lamento, detective. Me temo que nadie en este teatro conoce a ninguna de estas personas.

—¿Les preguntó a todos?

—Por supuesto. Parece usted muy ansioso por encontrar a este hombre. ¿Puedo preguntarle por qué?

—Es una historia muy larga. Es un caso muy complejo que también involucra al FBI.

—Vaya, entonces el asunto debe ser grave —Skinner meditó por un momento—. Si lo desea, yo podría tomarle una foto a su instantánea con mi móvil e indagar un poco. Algunas veces me reúno con profesionales de otras compañías.

—Se lo agradecería mucho, señor Skinner.

Joe le devolvió la fotografía a Josh, después de escanear la imagen con su móvil. Bradbury le agradeció su buena disposición, le dejó una tarjeta con sus datos y salió en dirección al siguiente teatro.

Visitó tres recintos más con el mismo resultado: el rostro de Richie y Haylie era el de perfectos desconocidos. Con cada entrevista aumentaba su frustración, y después de salir del tercer teatro con las manos vacías, consultó el reloj. Pasaba del mediodía. Comprendió que perdía el tiempo, además de que había dejado solo a Cody con todo el peso del caso que investigaban.

Muy a su pesar, Bradbury buscó un taxi para regresar a la Estación. Tendría que encontrar otro procedimiento para conseguir resultados. A ese paso no encontraría a Richie hasta que alcanzara la edad de jubilación.

Cuarenta minutos después, el taxi lo dejó en la calle Class. Josh se apresuró mientras subía hasta el departamento de investigaciones. Cody ya debía estar trepándose por las paredes, y esperaba que hubiera podido eludir a Powers.

—¡Vaya! Por fin apareces. Ya creí que habías regresado a Florida, con tu antiguo jefe.

—En verdad lo lamento mucho, Cody. Me sumergí en la indagación y no fui consciente del paso del tiempo.

—Espero que al menos consiguieras averiguar algo —Josh respondió con una expresión de desamparo que no ameritaba explicaciones—. De acuerdo, me lo cuentas después. De momento, nos espera un testigo y posible sospechoso en la sala de

interrogatorios. Su nombre es Tommy Alberici, y tiene mucho que explicar.

Capítulo 12

Después de que Cody puso al día a su hermano con respecto a sus últimas indagaciones, ambos se dirigieron al piso donde se encontraban las salas de interrogatorio. El enorme espacio ocupaba toda la planta y se dividía en pequeñas habitaciones, que estaban destinadas a recibir a testigos y sospechosos. Equipadas con cámaras, cada una se correspondía con un cuarto de vigilancia, en el cual se observaba y grababa todo el procedimiento.

Desde allí, los detectives observaron a Alberici y su defensor. El abogado permanecía sentado en actitud tranquila con el portafolio en el regazo. En cambio, el chico parecía tener hormigas debajo de la ropa, pues no paraba de moverse. Se levantaba y caminaba cuatro pasos, luego se sentaba y movía la pierna de arriba abajo sin pausa, como si accionara un fuelle.

—Se ve muy nervioso —comentó Josh—. ¿Tiene antecedentes?

Cody soltó un suspiro y abrió la carpeta que tenía en la mano, antes de responder:

—Sí, los tiene. Se relacionan con vandalismo, daño a la propiedad privada y alteración del orden público. Sus protestas no siempre son tan pacíficas como pretendió hacerme creer su compañera.

—¿Hay algún arresto por agresión?

Cody negó con la cabeza.

—Ninguno que fuera denunciado.

—Bien, veamos qué tiene que decir sobre Rowland.

Cody y Josh encendieron la grabadora y se encaminaron a la habitación donde esperaba el sospechoso. Alberici parpadeó cuando

vio frente a él a dos policías iguales, pero no hizo ningún comentario. Para el abogado no fue una sorpresa, pues ya había visitado esa Estación en relación con otros casos. Bradbury fue el primero en hablar:

—Hola, Tommy. Me alegra que estés aquí. Tenemos mucho interés en sostener una conversación contigo.

—Mi cliente tiene derecho a no declarar.

—El señor Alberici está aquí como testigo —argumentó Cody—. No hay ninguna acusación contra él… Todavía.

—Lo que quiere decir mi compañero es que nos resultaría muy sospechoso que te niegues a colaborar, si en realidad no tienes nada que ver con el asunto que investigamos.

—Mi cliente tiene derecho a no hacer declaraciones que lo incriminen.

Cody y Josh intercambiaron una mirada. Las palabras del defensor solo sirvieron para animarlos.

—Abogado, ¿nos está diciendo que si su cliente declara se incriminará a sí mismo?

El defensor palideció.

—Nunca dije algo así. Solo dejé claro un hecho legal. Estoy aquí para asegurarme de que se respeten los derechos del señor Alberici.

—Tal vez defienda sus derechos —insistió Bradbury—, pero está arrojando una gran sombra de duda acerca de su inocencia.

Alberici no soportó más la presión, y desatendió los evidentes consejos de su abogado, respondiendo a los policías:

—Jazmyn ya me comentó acerca de su visita a la ONG. Estoy seguro de que les complacería hacerme cargar con las culpas de la muerte de Rowland. Eso les permitiría desprestigiar nuestra labor en defensa de los animales.

—El objetivo que persigue vuestra ONG es encomiable —reconoció Cody—, pero tu conducta solo la perjudica. Perseguir y agredir al propietario de una empresa no es la mejor forma de conseguir lo que queréis.

—Ese tío ganaba grandes cantidades de dinero con el sufrimiento de animales inocentes, solo para vender cremas y potingues que satisfacen la vanidad de sus clientes.

—No estamos aquí para emitir juicios de valor acerca del negocio de la víctima —intervino Josh—, sino para descubrir por qué los asesinaron en su propia casa a él y a su esposa.

Tommy miró a su abogado.

—No es necesario que responda a esa afirmación, señor Alberici.

El joven lo pensó por un momento, se subió las mangas y se recostó en el respaldo de la silla.

—No sé nada sobre ese asunto. El día de la protesta fue la última vez que vi a ese sujeto, así que no tengo idea de quién lo mató o por qué.

—¿Se supone que debemos creerte? —le preguntó Josh con sarcasmo.

Alberici se encogió de hombros.

—Crean lo que quieran. Antes de acusarme, se supone que deben tener pruebas.

Cody y Josh se miraron entre sí. La verdad era que no tenían mucho más que una sospecha contra Alberici. Josh habló primero, asumiendo el papel de poli malo:

—Te citamos como testigo. Si eres tan inocente, ¿por qué te presentaste con un abogado?

—El señor Alberici solo ejerció su derecho —intervino el defensor.

Tommy llenó sus pulmones de aire, se enderezó y su tono de voz se volvió más firme.

—Me crean o no, yo no hice nada contra Rowland que ustedes no sepan ya. Si pretenden acusarme por haberle tirado un tomate hace seis meses, adelante. Necesite o no al abogado, tengo derecho a exigir su presencia. Y también me asiste el derecho de no declarar.

—Lo seguiste hasta su casa —insistió Josh.

Alberici se mordió los labios y guardó silencio. Cody comprendió que tenían que cambiar de estrategia.

—Escucha, Tommy: eres la única persona a quién se le relaciona con agresiones a una de las víctimas. Todavía estás aquí en calidad de testigo, pero eso podría cambiar. Si en realidad no tienes nada que ver con el asesinato, negarte a colaborar no es la mejor forma de apartar las sospechas de ti.

—Ustedes lo único que quieren es encontrar a alguien a quién puedan cargarle las culpas, para así cerrar el caso. No se los voy a poner tan fácil.

—Te equivocas, Tommy —intervino Josh, ofendido—. No queremos «un culpable», sino «el culpable».

—Pues busquen al verdadero asesino y déjenme en paz. Yo no hice nada contra Rowland ni mucho menos contra su mujer, a quién ni siquiera conocía. ¿Por qué iba a querer matarla a ella?

El abogado dio un respingo ante el evidente error de su cliente. No se podía tranquilizar a los sabuesos, dándoles a oler un jugoso hueso. Demasiado tarde…

—Tal vez la mataste para no dejar testigos —argumentó Bradbury.

—Yo…

—Será mejor que guarde silencio, señor Alberici —le advirtió el abogado con voz firme, luego se dirigió a los detectives—. La carga de la prueba recae sobre ustedes. Si tienen alguna evidencia concreta contra mi cliente, procedan al arresto, pero en caso contrario, el señor Alberici no sabe nada sobre su investigación, así que nos marchamos.

El abogado se puso de pie y Tommy lo imitó. Cody y Josh se quedaron sentados rumiando su frustración, mientras el testigo y su defensor abandonaban la pequeña habitación. Ya los detectives estaban solos, cuando Josh le preguntó a su hermano qué opinaba.

—Si te soy honesto, no estoy seguro. Alberga el resentimiento suficiente como para ser agresivo, pero cometer un doble homicidio… Sin embargo, no lo sé… Su motivación no me parece suficiente como para llegar tan lejos.

—Pues yo sí lo veo probable. Podría tratarse de un fanático que pretende «salvar el mundo», siendo capaz de traspasar cualquier barrera de contención para alcanzar sus objetivos. Es evidente que odiaba a Matthew Rowland y lo que representaba.

—Es posible que tengas razón, pero la realidad es que no tenemos ninguna prueba concreta contra Alberici. Tan solo sospechas circunstanciales, y nuestro mejor argumento es que era el único «enemigo» aparente de la víctima.

—¿Te parece poco?

—No es suficiente, y lo sabes.

Josh torció la boca con disgusto.

—Detesto cuando tienes razón. ¿Y ahora, qué?

Cody suspiró y meditó por algunos segundos.

—Bien, que en este momento no tengamos pruebas concretas contra Alberici, no significa que no las encontremos en la medida en que avance la investigación, así que pienso que no debemos descartarlo por completo.

—De acuerdo.

—Por otro lado, creo que todavía tenemos varios frentes abiertos en este caso. El asunto de la inmobiliaria, por ejemplo.

—Creí que no había tenido mayores consecuencias.

—Es lo que parece en una primera evaluación, pero me gustaría indagar más a fondo…

—¿Sospechas que acudieron a un prestamista?

—Creo que vale la pena investigarlo.

Josh asintió.

—Estoy de acuerdo, pero también creo que no debemos centrarnos solo en Matthew. Tal vez el verdadero objetivo del asesino era Emma.

Cody parpadeó.

—¿Estás pensando en los chicos del albergue?

Bradbury encogió un hombro.

—Solo tenemos la palabra de Gardyner de que ninguno de ellos tenía motivos para matar a la señora Rowland, pero no debemos olvidar que él tiene un nexo afectivo con esos chicos. Su opinión no es imparcial.

—Muy bien, me convenciste. Ocúpate tú de investigar a los chavales, que yo me ocuparé de profundizar un poco más en el asunto de la quiebra de la inmobiliaria. Aparte de la reposición del dinero, también debemos averiguar si hubo algún perjudicado por el fracaso de la aventura financiera de los Rowland.

Capítulo 13

Ryan y Bradbury regresaron a sus mesas de trabajo para poner manos a la obra. Apenas Josh se sentó frente al ordenador, su móvil comenzó a sonar. Él miró la pantalla, hizo una mueca de disgusto y rechazó la llamada. Su hermano lo observó con curiosidad y un poco de preocupación.

—¿Ocurre algo?

—Nada —respondió Bradbury en tono cortante—. Sigamos. Tenemos mucho trabajo por delante.

Ryan enarcó las cejas sin hacer ningún comentario. Ambos se centraron en sus correspondientes ordenadores. Keen apareció de repente, como si los hubiera estado esperando. Tal vez era así.

—Ya tenemos acceso al testamento de Matthew Rowland. El abogado de la familia nos lo envió tan pronto como el juez se lo autorizó.

—¿Contiene algún dato interesante para la investigación?

—Es bastante corriente, así que si esperabais alguna revelación sorprendente, os decepcionará bastante.

—Nos conformamos con saber a cuánto asciende la herencia y cómo se repartirá.

—De acuerdo. La empresa está valorada en cinco millones de dólares, la casa de los Rowland en cuatrocientos mil, además del capital en cuentas bancarias, que asciende a novecientos mil dólares. Emma era la heredera de todo, en caso de que le sobreviviera.

Josh dejó escapar un silbido.

—Muchos matarían por menos que eso. Con Emma muerta, ¿cómo se reparten los bienes?

—Bien, en este caso, la empresa pasa a manos de James y Diana a partes iguales. La casa de los Rowland debe venderse, y el beneficio se donará a una ONG que se ocupa de la infancia abandonada. Con respecto al dinero… Dos tercios serán para los hijos a partes iguales. El tercio restante se repartirá entre los nietos.

Josh hizo algunos cálculos mentales rápidos.

—Eso significa trescientos mil dólares para James y Diana y sesenta mil para cada nieto. No son cantidades despreciables.

—Por lo visto, deberemos prestarle más atención a la familia de las víctimas —opinó Cody—. Gracias, Natalie.

—De nada. Solo hago mi trabajo. Ya sabéis dónde encontrarme.

Keen les dejó una copia del testamento y regresó a su oficina. Ryan se puso de pie y centró su atención en la pizarra. Bradbury siguió la mirada de su compañero.

—El testamento de Matthew me despertó el interés por otro sospechoso —dijo Cody.

—¿De quién hablas?

—De Peter Green.

—¿El cónyuge de Diana?

Ryan agitó el índice en dirección a la fotografía del yerno de los Rowland.

—No tiene una fuente de ingresos estable ni suficiente, y su mujer recibirá una cuantiosa herencia. Eso lo pone a la cabeza de los sospechosos. Creo que cometimos un error al no centrarnos en él desde el principio. ¿Cómo nos pudimos distraer de ese modo?

Josh negó con la cabeza, aunque en realidad sí lo sabía: para él, la búsqueda de su hermano perdido era un importante elemento de distracción, con lo cual dejó recaer todo el peso de la investigación sobre Cody. Demasiado para una sola persona. Bajo esas circunstancias el desliz era normal, pero sería mejor que no tuvieran que explicárselo a Powers.

—No es tan grave, Cody. Podemos entrevistarlo ahora.

—Muy bien. Supongo que mejor tarde que nunca.

Josh suspiró con alivio. Todavía estaban a tiempo de corregir el error, sin que la investigación resultara perjudicada.

—Estoy de acuerdo. Vamos a hacerle una visita, pero antes de salir, quiero que averigüemos un poco más acerca de los chicos del albergue. La conversación con Gardyner me dejó la sensación de que no fue del todo sincero con nosotros.

Se repartieron el trabajo: Josh se ocuparía de los chicos del refugio, mientras Cody indagaba en las finanzas de los Rowland. La hora del almuerzo ya había pasado, pero a ninguno le importó. Ya estaban acostumbrados a que durante una investigación tan complicada como la que tenían entre manos, se comía cuando se podía.

Al cabo de dos horas, Josh fue el primero en apartar los ojos de la pantalla. Su hermano continuaba concentrado y él no quiso distraerlo, así que se levantó de su silla para estirar las piernas y se acercó a la máquina de café del pasillo. Se tomó la infusión despacio, y al terminar compró una segunda bebida.

De regreso a su mesa de trabajo, encontró a Cody con la mirada todavía centrada en el ordenador, así que le puso el vaso de polipropileno frente a la nariz.

—Con leche y sin azúcar, ¿no es así?

Ryan echó los hombros hacia atrás y movió el cuello hasta conseguir un crac liberador.

—Justo lo que necesitaba. Gracias, Josh. ¿Ya terminaste? —Bradbury asintió—. ¿Algún avance?

—No sé qué decirte. En el albergue viven niños de todas las edades. Desde bebés hasta adolescentes. Ninguno tiene antecedentes.

Cody frunció el ceño.

—¿Cómo es posible?

—Es por las políticas del *Brooklyn Children's Shelter* . Cualquier infracción que implique agresión o involucre delito, tiene como consecuencia la expulsión inmediata.

Las palabras de Josh despertaron el interés de su compañero, quién se sentó y se inclinó hacia adelante.

—Josh, ¿te das cuenta de que ahí podría estar la clave?

Bradbury conservó la calma.

—Lo sé, por eso hice una lista de chicos expulsados.

—¿Es muy larga?

—Solo son tres nombres, pero a dos de ellos podemos descartarlos, porque se encuentran en reformatorios.

—¿Qué pasa con el tercero?

—Su nombre es Marcus Hansen. Cumplió la mayoría de edad durante el lapso de su condena y lo trasladaron a la cárcel, donde pasó seis meses. Sus abogados consiguieron que le dieran libertad condicional.

—¿Desde cuándo está libre?
—Desde el invierno pasado.
—¿Por qué fue la sentencia?
—Tuvo una discusión con otro chico que llegó a los puños. Hansen golpeó a su compañero con saña, al punto de que lo envió al hospital con múltiples fracturas.
—Así que es agresivo.
—Según el expediente, fue la primera vez que se involucró en una pelea, y nunca había causado problemas hasta ese día.
—Algo lo hizo estallar —concluyó Cody. Josh asintió—. Necesitamos averiguar de qué se trató. Y si existe la posibilidad de que Emma pudiera ser blanco de esa furia. ¿Tienes la dirección de Hansen?
—Estaba a punto de llamar a su oficial de libertad bajo palabra para conseguirla.
—De acuerdo, creo que vale la pena sostener una conversación con Marcus.
—¿Y tú qué encontraste?
—Me temo que mis indagaciones no fueron tan fructíferas. Seguí la ruta del dinero. Matthew Rowland cubrió las pérdidas de la inmobiliaria con su propio capital. Ni siquiera pidió un crédito al Banco.
—¿Encontraste algún perjudicado?
Cody negó con la cabeza.
—La inmobiliaria llevaba menos de un año funcionando, así que tenían muy pocos clientes. La burbuja solo afectó a dos personas, pero Matthew fue capaz de indemnizarlas, al punto de que ni siquiera los demandaron. La aventura de James le costó una buena parte de su capital a su padre, pero la empresa cosmética es un negocio muy rentable, y Rowland padre consiguió remontar al cabo de cinco años, más o menos.
—Por lo que cuentan sus conocidos, al hijo tampoco parece haberle ido mal.
Cody se encogió de hombros.
—Todo indica que la quiebra del negocio inmobiliario no tuvo relación con el homicidio de los Rowland. Los Green, en cambio, dependían por completo de la «generosidad de Matthew».
Josh cogió un rotulador y encerró el nombre de Peter Green en un círculo.
—Debemos considerarlo nuestro principal sospechoso, sin

duda alguna. Aunque sin olvidar a Marcus Hansen.

—¿Emma tuvo algo que ver en su arresto?

—No en forma directa. La pelea ocurrió en un momento en el que Emma no estaba en el refugio, y fue Gardyner quién apartó a Marcus del otro chico, y llamó al 911. Sin embargo, después de que Hansen se declaró culpable, ella hizo los trámites burocráticos para la expulsión.

—En ese caso, tal vez él albergaba resentimiento contra ella por privarlo de su hogar.

—Tal vez, aunque los trámites de la señora Rowland solo fueron burocráticos, y no marcaron diferencia. Aun cuando no lo hubieran expulsado, ya el juez había ordenado su reclusión en un reformatorio. Sin embargo, estoy de acuerdo contigo en que debemos sostener una entrevista con él.

Ryan consultó su reloj.

—Son más de las doce. ¿Qué te parece si averiguas la dirección de Hansen y vamos a verlo? Luego le haríamos una visita de cortesía a Green. Nos podemos detener a comer algo rápido por el camino.

—No estaría mal, pero fue tu idea, así que tú invitas.

—Siempre que solo se trate de una hamburguesa…

—Habló el generoso «*Mr. Scrooge* ».

—¿Y qué esperabas? Tengo una familia que mantener.

—Eres un quejica —sentenció Josh, al mismo tiempo que descolgaba el teléfono de su escritorio.

Mientras su compañero se comunicaba con el oficial a cargo de Hansen, Cody hizo algunas anotaciones en la pizarra donde se exponían las evidencias del caso.

—De acuerdo, estamos listos —afirmó Josh, al mismo tiempo que se ponía de pie.

Cody dejó el rotulador sobre el escritorio y se encaminó con prisa hacia la puerta. Su hermano tuvo que apurar el paso para alcanzarlo.

Capítulo 14

Los detectives ya casi alcanzaban el pasillo, cuando la entrada de un mensaje en los móviles de ambos los detuvo en seco. Semejante sincronización solo podía significar que acababan de recibir un informe.

Cody fue el primero en sacar su teléfono del bolsillo y consultarlo.

—El mensaje viene de la oficina de Tash.

—Esta vez se dieron prisa con las autopsias.

Cody no hizo ningún comentario, pero ambos sabían lo que significaba esa prisa: el doble asesinato tenía un enorme peso en la opinión pública, y los jefes azuzaban a sus subalternos para que le dieran prioridad. Ellos no tardarían mucho en sentir esa presión.

—Será mejor que lo revisemos antes de salir —sugirió Cody—. Podría proporcionarnos información importante para los interrogatorios.

—Como la hora del crimen —precisó Josh esperanzado.

De vuelta en sus mesas de trabajo, Cody encendió su ordenador y descargó el informe. Josh esperó a que su compañero le hiciera un resumen de su contenido.

—¡Maldición! —exclamó Ryan.

Bradbury enarcó las cejas ante el exabrupto tan poco habitual en su hermano.

—¿Qué ocurre?

Cody dejó escapar el aire, y se echó hacia atrás en el asiento con la mirada fija en Josh.

—Como ya suponíamos, los Rowland murieron por heridas de bala. Se trató de un rifle calibre 22.

—Un arma deportiva. Cualquiera podría hacerse con una.

Ryan asintió.

—Eso no es lo peor. Aunque ya Tash nos lo advirtió, tenía esperanzas de que se equivocara —Cody sacudió la cabeza—. Cuando se descubrieron los cadáveres, ya estaba avanzado el proceso de descomposición, así que no es posible determinar la hora precisa del crimen.

—¡*Shit* ! ¿Cómo demonios vamos a establecer las coartadas?

—Me temo que no va a ser posible.

—¿El forense ni siquiera tiene una idea?

Cody se encogió de hombros.

—Los asesinaron entre el viernes y el sábado, pero el lapso es demasiado amplio como para que nos sirva de algo.

—¿Las autopsias revelan algo más?

—Confirman lo que ya sospechábamos. Ninguno de los cadáveres tenía heridas defensivas, lo cual significa que el asesino los sorprendió.

—Por la posición de los cuerpos es evidente que la primera en morir fue Emma, ¿crees que sea significativo?

—Tal vez sí o tal vez no. Es posible que ella fuera el objetivo, y quizá el asesino disparó contra Matthew porque presenció el crimen, pero también podría ser que fuera a por los dos, en cuyo caso, el orden en que murieron perdería importancia.

—Hay una tercera posibilidad: que en realidad quisiera matar al señor Rowland, y decidió eliminar a su mujer primero para que no le estorbara durante la ejecución.

—En pocas palabras, el orden en el que se cometieron los crímenes no nos permite llegar a ninguna conclusión.

—De acuerdo, ¿qué hacemos ahora?

—No nos queda más remedio que seguir adelante con lo que tenemos.

—En ese caso, vamos… Nos ceñiremos al plan original.

—Espera, antes averigüemos un poco más sobre el rifle. Es lo único concreto que sabemos acerca del asesino.

A regañadientes, Josh volvió a sentarse frente a su ordenador y se repartieron el trabajo. Cody se ocupó de los registros de rifles en la ciudad de Nueva York, mientras Josh lo hacía en el resto del estado. Si no conseguían resultados, ampliarían el radio de búsqueda hasta alcanzar todo el país.

No habían transcurrido ni cinco minutos, cuando Ryan llamó la atención de su compañero.

—Aquí hay algo —anunció con tono triunfal.

—¿De qué se trata?

—James Rowland tiene un rifle calibre 22 registrado a su nombre. Según la ficha, lo adquirió para actividades deportivas, aunque si nos guiamos por los controles de las armerías, ni siquiera llegó a comprar municiones.

—Hay que conseguir ese rifle —afirmó Josh—. Yo me ocuparé de redactar el informe para la orden de registro.

—De acuerdo, yo seguiré con las comprobaciones en todo el estado. Es posible que Rowland hijo no sea el único dueño de un arma como esa dentro de la lista de sospechosos.

Los policías continuaron trabajando en silencio. Bradbury fue el primero en terminar, así que mientras Cody completaba la revisión, él se acercó a la oficina de Keen para entregarle el informe. Ella lo leyó sin detenerse en los detalles, y le pidió a Josh que le resumiera la situación.

—¿Creéis que fue el hijo?

El detective se encogió de hombros.

—El arma es la única prueba concreta de este caso, y que James sea dueño de un rifle 22, lo sube en el *top ten* de los sospechosos. En especial, si balística comprueba que el rifle de Rowland es el arma homicida.

—¿Y si no lo es?

—Quedaremos tan desorientados como al principio.

—De acuerdo, solicitaré la orden y veremos hacia dónde os llevan las evidencias. ¿Algo más?

Josh sacudió la cabeza y se apresuró a alejarse, antes de que la conversación se desviara hacia un curso más personal.

Cuando regresó junto a su hermano, Bradbury encontró a Cody con la mirada fija en la pantalla, así que se sumó a él en la comprobación de las listas.

Pasaron quince minutos más, antes de que terminaran la revisión de los registros de armas en todo el estado. No apareció ninguna más que pudieran relacionar con alguien del entorno cercano de las víctimas, así que apagaron los ordenadores y decidieron continuar con sus planes iniciales.

—¿Hansen o Green? —preguntó Josh—. ¿A quién visitamos primero?

—Los dos me parecen interesantes, pero entrevistemos primero a Hansen. ¿Cómo fue su comportamiento en la cárcel?

—Se trató de un reo modelo. Eso facilitó que le concedieran la provisional.

Cody meditó por algunos instantes.

—¿A cuánto tiempo lo sentenciaron?

—Veintiséis meses y doce días. Cumplió dieciocho meses.

—La golpiza debió ser grave.

—El chico con el cual tuvo la pelea sufrió varias fracturas en la cara y daño cerebral. Quedó con secuelas irreversibles.

—Vaya, eso nos da la medida de sus niveles de agresividad. ¿Hansen tiene trabajo?

Josh asintió.

—Su oficial le ayudó a conseguir empleo en el turno de noche de una tienda que permanece abierta las 24 horas, así que ahora debe estar en casa.

—Será interesante saber qué tiene que decir acerca de Emma Rowland.

Cody y Josh abandonaron la Estación de Policía en dirección a Brownsville. En el camino se detuvieron en un local de comida rápida, y engañaron a sus estómagos sin bajar del coche. Luego reiniciaron la marcha hasta que llegaron a la dirección proporcionada por el oficial de libertad condicional de Hansen.

Aparcaron frente a una casa estrecha de tres pisos, con la fachada rojo granate. El frente recién pintado contrastaba con el lateral blanco, con chorretones de humedad. Una estrecha escalera daba acceso a la puerta principal.

—Hansen tiene una habitación alquilada en el tercer piso —dijo Josh, ante la mirada interrogadora de su compañero.

Cody asintió sin decir una palabra. Ambos se acercaron y llamaron a la puerta. Les abrió una mujer mayor, con bata de casa y el cabello bastante revuelto. Era evidente que la habían despertado de una siesta, y no parecía de buen humor. Después de comprobar la identificación de los detectives, los acompañó escaleras arriba hasta una puerta que tenía más capas de pintura que madera. La patrona golpeó un par de veces.

—Ya voy. Un momento.

Marcus Hansen abrió la puerta, y los policías se llevaron una sorpresa.

Capítulo 15

Cody y Josh se miraron entre sí, desconcertados. Frente a ellos vieron a un chico, cuya estatura no pasaba del metro sesenta, y con una contextura tan delgada que daba tristeza. Josh fue el primero en reaccionar:

—¿Es usted el señor Marcus Hansen?

—Soy yo. ¿Quiénes son ustedes y qué quieren?

Ambos detectives volvieron a mirarse entre sí, con las cejas enarcadas. Josh volvió a tomar la palabra para identificarse. Hansen torció la boca con disgusto cuando supo que eran policías.

—¿Los envía mi oficial de libertad condicional? Ya me advirtió que vigilaría mis movimientos, pero nunca pensé que iba a mandar a dos polis a visitarme.

—Esa no es la razón por la que estamos aquí —intervino Cody.

—Entonces, ¿qué quieren?

—Usted pasó su infancia y parte de su adolescencia en el *Brooklyn Children's Shelter,* ¿no es así? —Marcus asintió—. Y de allí lo enviaron al reformatorio por conducta violenta.

—¿Conducta violenta? No soy violento ni nunca lo he sido.

—¿Cómo explica entonces que su compañero terminara en el hospital, a causa de la paliza que le dio?

—Ese desgraciado era el rey del *bullying* . Como supondrá por mi aspecto, yo era su víctima favorita. Me cansé de recibir humillaciones y maltratos, y me defendí. Eso fue todo.

—¿Cómo es que…? —Cody se interrumpió sin saber cómo terminar la frase.

—Si lo que quiere preguntar es cómo un esmirriado como yo

fue capaz de darle semejante paliza a un tío que me duplicaba en peso, la respuesta a eso es la misma por la que me sentenciaron a más de dos años… Me preparé. Los mayores de catorce años teníamos dos tardes libres a la semana, y nos permitían salir del refugio para ir al cine o donde quisiéramos. Yo empleé esas dos tardes en aprender artes marciales…

Josh comprendió enseguida.

—De modo que el juez interpretó la paliza como un acto premeditado y no como un impulso…

—Debo reconocer que así fue. Alguien tenía que darle una lección a ese cabrón, y fue lo que hice. No me arrepiento.

Cody meditó las palabras de Hansen por un momento.

—De manera que usted elaboró un plan, y asistió a clases de artes marciales durante… ¿cuánto tiempo?

—Tres meses.

—¿Tres meses? —repitió Cody con las cejas enarcadas—. Tuvo la paciencia y la constancia de prepararse para satisfacer su venganza, desquite o como quiera llamarlo.

Marcus cambió el peso de su cuerpo de un pie al otro y torció la boca.

—Escuchen, detectives. No sé a qué viene todo esto. Ya me juzgaron por agresiones y pagué mi condena, así que no comprendo qué hacen aquí.

—¿Recuerda a Emma Rowland?

—Por supuesto. La señora Rowland es el único buen recuerdo que tengo de mi infancia. ¿Qué pasa con ella?

—Estamos a cargo de la investigación de su asesinato y el de su marido.

Marcus palideció. Si su sorpresa fue fingida, era un actor digno de un Oscar.

—¿Emma asesinada? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—¿No ha visto el noticiero o leído el periódico? —intervino Josh—. Está en todos los titulares.

Hansen sacudió la cabeza.

—No me preocupo mucho de leer noticias. Son deprimentes y para eso, ya tengo suficiente con mi propia vida.

—¿Tuvo usted algún conflicto con la señora Rowland durante su permanencia en el refugio? —preguntó Cody.

Hansen dio un paso atrás y tensó los músculos.

—Oiga, espere un momento. No pretenderán cargarme las

culpas de eso. Jamás hubiera lastimado a Emma. Era lo más parecido a la familia que hubiera querido tener. De hecho, escogí darle la lección a Travis un día que ella no estaba en el refugio. Quise salvaguardarla de las consecuencias de mi decisión.

—¿Está usted en posesión de un arma, señor Hansen? —preguntó Ryan.

—¿Qué clase de pregunta es esa? Usted sabe muy bien que mi condición de libertad bajo palabra me impide estar armado.

—Eso no responde mi pregunta.

—No, no la tengo. Les repito que yo no maté a Emma.

—¿Dónde estuvo el viernes y sábado pasados?

Hansen frunció el ceño.

—El viernes salí a comprar y me corté el pelo. Por la noche fui a trabajar, como todas las noches. El sábado pasé el día aquí, durmiendo. Mi casera se lo puede corroborar.

—¿Guarda los recibos de las compras que hizo el viernes?

Marcus se encogió de hombros.

—Supongo que deben estar por ahí.

Josh asintió.

—En ese caso, reúnalas y llévelas a la Estación de Policía de Class en un sobre a nombre del detective Bradbury.

Marcus dejó escapar el aire.

—Supongo que no tengo alternativa.

Cody resopló como un toro.

—Podría negarse, pero en ese caso nos obligaría a pedirle una orden de registro al juez.

—Si es lo que hace falta para que me dejen en paz, lo haré.

La disposición del chico a colaborar, aunque fuera a regañadientes, le hizo preguntarse a Josh si no estarían perdiendo el tiempo. En realidad, no tenían nada contra Hansen, salvo por sus antecedentes.

—Nos mantendremos en contacto con usted y con su oficial de custodia —le advirtió Bradbury—. Cumpla con las restricciones de su libertad bajo palabra si no quiere tener problemas.

Los detectives dieron por concluido el interrogatorio, comprobaron la coartada de Marcus para el sábado con la casera, y se marcharon en busca del coche.

—¿Qué opinas? —preguntó Josh.

—Que estamos pescando sin carnada.

Bradbury asintió.

—Tal vez su relación con Emma no fue tan buena como quiso hacernos creer.

—Supongo que la gente del refugio podrá confirmar o negar su versión.

—Es cierto, necesitamos volver a hablar con Gardyner.

Cody asintió.

—De acuerdo, pero será después. Ahora mismo quiero que nos centremos en Peter Green. No le hemos prestado suficiente atención.

Apenas se subieron al auto, el móvil de Ryan comenzó a sonar. Cody miró la pantalla y atendió de inmediato.

—Harry, ¿tienes algo para nosotros?... De acuerdo… ¿Es la única muestra que encontrasteis?... Muy bien. ¿Podrías ocuparte tú mismo del registro de la casa de James?… Gracias, esperaré a que me avises.

Cody terminó la llamada y se quedó mirando el móvil por unos segundos. Josh no pudo contenerse más.

—¿Qué te dijo Ellison?

—Están a punto de comenzar el registro de la casa de James. Y ya tienen los resultados de la prueba rápida de ADN de los cabellos que encontraron junto a los cadáveres en la escena del crimen... Pertenecen a James Rowland.

Bradbury sacudió la cabeza.

—¡Demonios! Otra prueba que perdemos. Es evidente que visitaba a sus padres, así que sus cabellos en la casa no significan nada.

—Yo no los descartaría con tanta facilidad —opinó Cody, encogiéndose de hombros—. Tal vez por sí sola, la evidencia de los cabellos no sea suficiente, pero si el rifle registrado a nombre de James resulta ser el arma homicida…

Josh llenó sus pulmones de aire antes de poner en palabras lo que ambos pensaban:

—Tendremos al asesino y habremos cerrado el caso.

Capítulo 16

Mientras Cody se incorporaba al tráfico en dirección a la casa de los Green, Josh iba calculando las probabilidades de que Peter fuera el asesino. A pesar de que no tenían indicios concretos en su contra, su situación económica era la más precaria en el entorno de los Rowland. Quizá se cansó de recibir las migajas de sus suegros y decidió echarle mano a la parte de la herencia que le correspondía a su mujer. Si alguien tenía un buen motivo para cometer el doble crimen, ese era el esposo de Diana.

Al cabo de una hora y después de superar un par de pequeños atascos, Ryan y Bradbury llegaron a Buckingham Rd. Aparcaron frente a la pequeña casa de madera, y cruzaron el jardín para llegar hasta la entrada principal. El césped estaba recortado y la casa recién pintada. Los policías llamaron a la puerta. Diana se sorprendió al verlos, aunque ya su hermano debió advertirle que los detectives encargados del caso eran gemelos.

Después de las presentaciones y formalidades, la hija de los Rowland levantó la barbilla y centró su atención en Cody.

—¿Ya atraparon al culpable? —preguntó en tono desafiante.

—Todavía estamos indagando.

—¿Qué tan difícil puede ser? Estoy segura de que ningún ladrón pasaría desapercibido en un barrio tan tranquilo.

—¿Qué le hace pensar que se trató de un robo?

—¿Qué más pudo ser? Todos los que conocieron a mis padres, les tenían cariño.

Cody cogió aire antes de replicar.

—Me temo que nosotros no podemos basarnos en ese tipo de convicciones.

—Si todavía no tienen resultados, ¿qué hacen aquí?

Josh enarcó las cejas. Hablando de agresividad…

—Queremos hablar con su esposo, ¿se encuentra en casa?

—¿Con Peter?

—¿Tiene más de un esposo?

Diana parpadeó ante la impertinencia del detective.

—Sí, eh… Está en el patio trasero, reparando el calentador de agua.

—En ese caso, ¿podemos pasar?

—¿No necesitan una orden o algo así?

Josh envaró la espalda. Estaba harto de esa frasecita aprendida en las series de televisión.

—No podemos entrar en su casa si usted no nos lo permite, pero en cambio, podemos citar al señor Green para que acuda a declarar a la Estación de Policía. Usted decide.

Diana se hizo a un lado para que pasaran y los acompañó a través de la casa hasta el patio trasero, donde un hombre de mediana edad se afanaba en cambiarle la resistencia a un calentador de agua. Perdió el interés en lo que hacía cuando vio a su mujer acompañada por los gemelos.

—¿Qué ocurre? ¿Ya atraparon al asesino?

Cody y Josh se miraron entre sí. Siendo la primera vez que veían a los Green, era evidente que habían sido motivo de conversación en la familia.

—Trabajamos en ello. Estamos interesados en saber cómo era su relación con sus suegros.

—¡No pretenderán insinuar que Peter tuvo algo que ver con lo que pasó! —protestó Diana a espaldas de los policías.

Josh se volvió hacia ella y frunció el ceño.

—Gracias por acompañarnos hasta aquí, señora Green. Si nos puede dejar solos con el testigo, por favor.

Diana se preparó para protestar, pero el propio Peter le hizo un gesto con el que le pidió que se marchara.

—¿Y bien, señor Green? —lo presionó Cody, que no le había quitado la vista de encima.

—Disculpen a mi mujer. Comprenderán que todo esto la tiene descentrada. Ella tiene la certeza de que sus padres murieron a manos de una banda de ladrones que pretendían desvalijar la casa. Está convencida de que nadie que los conociera hubiera sido capaz de hacerles daño.

—Pero usted no cree eso.

—Yo no sé qué creer. Tengo claro que no es posible transitar por la vida sin hacerse de ningún enemigo. En especial, tratándose de alguien tan exitoso en los negocios como Matthew.

—¿Conoce usted a alguno de esos enemigos?

—Si existía, me temo que mis suegros nunca hablaron sobre ese tema.

—Todavía no responde a nuestra pregunta, señor Green —lo presionó Cody—. ¿Tenía usted problemas con los Rowland?

—Ninguno que no fuera normal en cualquier familia.

Josh sacudió la cabeza.

—Seré más específico, señor Green: No creo que a su suegro le contentara sufragar los gastos de esta casa.

El rostro de Peter perdió color, pero había que reconocer que supo mantener la calma.

—No, no se sentía a gusto con ello y yo tampoco. Trabajé en una corporación durante mucho tiempo, y me echaron durante una reducción de personal.

—¿Cuándo ocurrió eso? —preguntó Cody

—Hace cinco años.

—¿Y no ha vuelto a encontrar trabajo?

—Nada fijo. Conseguir un trabajo después de los treinta y cinco años es casi imposible. Aunque algunas veces me presionaba, Matthew era consciente de ello.

—¿Y la señora Rowland?

—Emma era muy comprensiva con nuestra situación. Siempre se preocupaba de que a su hija y sus nietas no les faltara nada.

Cody cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—¿En qué consistía la ayuda que recibía de su suegro?

—Nos depositaba una cuota mensual en una cuenta corriente que está a nombre de Diana.

—¿Cuánto depositaba? —preguntó Cody

Peter guardó silencio por un momento.

—¿Señor Green?

—Lo suficiente para cubrir los gastos de vivienda, alimentación y la escuela de las niñas —Ryan lo miró a los ojos y enarcó las cejas—. Está bien… Dos mil quinientos dólares al mes.

—Para una familia de cuatro personas que vive en una urbanización como esta, es bastante justo, ¿no cree?

—Es suficiente… bien administrado.

—¿Cuánto heredara su esposa? —preguntó Josh.

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—La clase de pregunta que le hace un policía en medio de una investigación de homicidio.

Una pátina de sudor cubrió la frente de Green.

—No lo sé.

—¿En serio?

Peter se encogió de hombros.

—Como comprenderá, nunca le pregunté a mi suegro a cuánto ascendía su capital.

—Pero es muy probable que su mujer sí tenga una idea —lo presionó Josh.

—Es posible, pero nunca hablamos de ese tema. Resulta muy incómodo para mí.

—¿Dónde estuvo el viernes y sábado pasados?

Peter lanzó una mirada fugaz a los policías y luego la fijó en la punta de sus zapatos. Respondió después de pensarlo unos instantes.

—El viernes me reuní con un amigo para tomar unas cervezas.

—¿Dónde se reunieron? ¿En un *pub* ?

Green sacudió la cabeza.

—En su casa.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó Josh.

—Ron Stuart.

—Nos dará su teléfono y su dirección —le ordenó Cody. Peter asintió con expresión resignada—. ¿Qué hizo el sábado?

—Llevé a la familia de compras a un *mall* . Mi hija mayor cumple años la próxima semana —Peter se encogió de hombros—, aunque supongo que debido a las circunstancias suspenderemos la celebración.

—¿Quién costeó esos gastos?

—Matthew. Adoraba a sus nietos, como todos los abuelos, así que le hizo una transferencia extra a Diana para el regalo y la celebración del cumpleaños de Karen.

—Muy bien, señor Green. Por favor vaya a la Estación con su esposa lo antes posible, y pregunte por Evelyn Thorne. Ella escribirá la declaración para los expedientes.

—Iremos hoy mismo.

Antes de salir de la casa de los Green, Cody y Josh se aseguraron de concertar una cita para que Evelyn recibiera a la pareja. Diana no disimuló su alivio cuando los policías se dieron por satisfechos y se marcharon.

Una vez en el auto, Cody le preguntó su opinión a su compañero.

—Green nos mintió —sentenció Josh.

—Sí, tuve la misma impresión.

Ya se habían incorporado al tráfico, cuando el móvil de Ryan comenzó a sonar. A petición de Cody, Josh comprobó la pantalla y cuando vio que era Ellison activó la llamada y puso los altavoces.

—Harry, ¿hay novedades?

—Sí las hay, aunque no sé si sea una buena o mala noticia.

—¿De qué se trata?

—Cuando fuimos a buscar el rifle de James Rowland encontramos el estuche vacío. Él dice que está seguro de haberla guardado allí. El arma tan solo desapareció.

—¿Dónde la guardaba?

—En el garaje.

Cody resopló.

—¿En serio? ¿Existe alguien que pueda ser tan estúpido?

—Él se excusó con el argumento de que no veía el rifle como un arma, sino como el instrumento para una afición deportiva.

—Suena a trola —opinó Josh.

—¿Quiénes tenían acceso al garaje?

—Todos los miembros de la familia, por supuesto. Eso incluye a James Rowland, su esposa, y su hijo mayor. Al menos tuvo la precaución de dejarlo fuera del alcance de la niña. Nos llevaremos el estuche para comprobar si dejaron alguna huella. Os llamaré en cuanto sepa algo más.

—Gracias, Harry.

Josh terminó la llamada e intercambió una mirada con su hermano. No necesitaban hablar para saber lo que el otro pensaba. James Rowland acababa de convertirse en persona de interés.

Capítulo 17

De vuelta en la Estación, Ryan y Bradbury decidieron ordenar las evidencias y hacer todo lo posible por descartar sospechosos, así que mientras Josh actualizaba la información de la pizarra donde estaba expuesto el caso, Cody se dedicó a comprobar las coartadas de Hansen y Green. Estableció un hilo temporal con las facturas que le entregó Marcus, y llamó al amigo que compartió la tarde del viernes con Peter. Media hora después, Cody colgó el teléfono y se recostó en la silla. Bradbury centró su atención en él.

—¿Y bien? —preguntó Josh.

—Hansen hizo compras en el centro comercial entre las siete y las nueve treinta del viernes, y el amigo de Green corroboró que estuvo con él desde las cuatro. Se marchó a las ocho.

Josh cogió aire y lo soltó despacio.

—Tal vez esa información nos ayudaría a descartarlos si supiéramos la hora de la muerte, pero nada impide que Hansen cometiera el crimen al terminar las compras o que Green asesinara a sus suegros, antes o después de reunirse con su colega.

—Con este caso tengo la impresión de que avanzamos en círculos, y siempre terminamos en el punto donde comenzamos.

—Es justo lo que ocurre.

Cody se inclinó hacia adelante y apoyó los codos en el escritorio.

—¿Qué opinas sobre la desaparición del rifle del hijo de los Rowland?

—Que resulta muy sospechosa, pero por otro lado, me pregunto si un tío como James puede ser tan estúpido como para asesinar a sus padres con el rifle que tiene registrado, y luego

deshacerse de él sin siquiera intentar reportarlo como robado.

—Fue tan estúpido como para guardar un arma de fuego en el garaje, pero ¿y si no lo hizo James, sino alguien más que tenía acceso al rifle? —preguntó Cody.

—¿En quién estás pensando? ¿En la esposa?

—Más bien en el hijo de James…—Ryan buscó en el expediente— Phillip.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciséis años.

—Es suficiente edad para ser capaz de empuñar un rifle. En algunas culturas lo considerarían adulto. ¿Qué sabemos de él? ¿Tiene antecedentes?

Cody se encogió de hombros.

—Todavía no lo investigamos.

—¿Y qué esperamos?

Ambos se pusieron manos a la obra y centraron su atención en el nieto mayor de los Rowland. Cody indagó si tenía antecedentes, y Josh se ocupó de averiguar en qué instituto cursaba sus estudios.

—Aquí hay algo… —anunció Ryan con tono triunfal— Lo ficharon por hurtar en una tienda por departamentos. Su abuelo pagó la fianza y solo lo condenaron a seis meses de trabajos comunitarios.

—¿Qué robó?

—Una gorra de beisbol.

—¿En serio? ¿Y el juez dictó una sentencia por eso? Pudo tratarse tan solo de una chiquillada. Teniendo en cuenta de que además es menor de edad, lo normal hubiera sido una amonestación y una multa.

—Es que no fue la primera vez. Lo pillaron robando en varias ocasiones en la misma tienda. Como se trataba de un chiquillo y en realidad eran objetos de poco valor, la seguridad se limitó a retenerlo y llamar a sus padres. No lo denunciaron, pero les advirtieron que si volvía a cometer un hurto, llamarían a la Policía. Y fue lo que hicieron en la tercera oportunidad.

—La estupidez debe ser un rasgo de familia —opinó Josh—. ¿Qué puede empujar a un chico que no tiene ninguna carencia a hurtar en una tienda?

Ryan lo pensó por un momento, y luego se encogió de hombros.

—Tal vez fue una prueba, algún tipo de iniciación para pertenecer a un grupo.

Su compañero asintió.

—Es una posibilidad, aunque yo me inclinaría más por un problema de adicción. Quizá necesitaba el dinero para comprar droga.

—No lo sé… El valor de los objetos que robó me parece demasiado insignificante como para que le permitiera pagar a un distribuidor.

—¿Y si es cleptómano? —propuso Josh, de repente.

—No es muy probable, pero supongo que sería una opción para tener en cuenta… En cualquier caso, debemos averiguar cuál es el motivo por el que Phillip comete esos hurtos. Podría tener relación con el asesinato de sus abuelos.

Josh ocupó su silla, al mismo tiempo que fijaba la mirada en su hermano.

—No olvidemos las disposiciones del testamento. Phillip heredará sesenta mil dólares, y estará más cerca del grueso de la herencia.

—Tienes razón, Phillip Rowland es un sospechoso muy interesante. ¿Averiguaste dónde cursa la secundaria?

Josh le entregó a Cody un papel con los datos de la institución.

—Estudia en una escuela privada: el *Washington High School.*

Ryan hizo una corta llamada desde el teléfono de su escritorio. Después de colgar, le informó a su compañero.

—La directora nos recibirá en media hora.

—De acuerdo, vamos.

Los policías abandonaron la Estación para acudir a la cita. Al llegar a la dirección se encontraron ante un edificio de arquitectura federal, con puertas de arco. Seis columnas jónicas sostenían un tejado triangular que daba cobijo a los cuatro pisos de la construcción. El conjunto era imponente.

Un bedel los interceptó en la entrada. Después de que se identificaron, los acompañó hasta la oficina de la directora. Los chicos permanecían en clases a esa hora, así que los pulidos pasillos estaban vacíos por completo. Olía a cera para suelos y pegamento escolar. Subieron hasta el tercer piso, donde se encontraban algunos salones destinados a las clases de arte, y las oficinas administrativas. La llegada del bedel en compañía de los policías

acaparó la atención de la secretaria de la directora, quién por lo visto, ya los esperaba.

La joven los recibió con un saludo formal y los hizo pasar de inmediato. En el despacho de la directora, los detectives se encontraron frente a una mujer de mediana edad, que irradiaba autoridad. Se presentó como Lucinda Tollers, los invitó a sentarse y les preguntó en qué podía ayudarles.

—Queremos hacerle algunas preguntas acerca de Phillip Rowland —le anunció Cody.

Lucinda frunció el ceño, y Josh anticipó que la entrevista no sería fácil.

—¿Por qué? ¿Qué tiene que ver Phillip con la tragedia de sus abuelos? Todavía es un niño.

—Un niño al que le faltan menos de dos años para alcanzar la mayoría de edad —argumentó Bradbury—. Nuestro trabajo exige hacer una indagación a fondo de todas las personas relacionadas con las víctimas. Y eso incluye a su nieto.

El ceño de la señora Tollers se frunció aún más.

—No me está diciendo toda la verdad, detective. Si ocuparon parte de su tiempo en trasladarse hasta aquí para hablar conmigo, es porque la investigación sobre Phillip se extiende más allá de su parentesco. ¿Qué es lo que no me están contando?

Cody se removió en el asiento y se inclinó hacia adelante.

—Señora Tollers, comprenda que se trata de la investigación de un crimen, y que no estamos autorizados a revelar sus detalles a civiles. Su deber ciudadano es colaborar y responder a nuestras preguntas.

Lucinda se envaró y pareció crecer en estatura. Josh la relacionó con la imagen de una cobra, lista para atacar.

—Detective…

—Ryan.

—Muy bien, detective Ryan. Es cierto que en mi posición tengo muchos deberes, pero el prioritario es proteger a los chicos que están bajo mi tutela como estudiantes de esta institución. Hagan las preguntas que consideren necesarias con respecto a Phillip Rowland, pero le advierto que solo responderé aquellas que no vulneren sus derechos ni su privacidad.

Josh entornó los ojos.

—Señora Tollers, todavía no hacemos la primera pregunta y usted ya está a la defensiva. ¿De qué quiere proteger a su alumno?

Lucinda abrió mucho los ojos y se echó hacia atrás.

—De nada…

—Phillip también ha cometido hurtos en el instituto, ¿verdad?

—Yo nunca dije eso… ¿De dónde saca…?

Cody intercambió una mirada con su hermano. Josh asintió. Habían metido el dedo en la llaga. Ryan continuó presionando.

—El joven Rowland captó nuestro interés debido a sus antecedentes por hurto repetido en una tienda. Ya escuchó la pregunta de mi compañero. ¿Cometió algún robo también en este instituto? Y si es así, ¿por qué no lo denunciaron?

La señora Tollers tensó los músculos del cuello y envaró la espalda.

—No estoy autorizada para…

—Si lo prefiere, podemos regresar con una orden judicial —sugirió Cody—, pero en ese caso, nos veríamos obligados a investigar también a esta institución, y determinar si tuvo alguna responsabilidad, al haber tenido conocimiento de un delito y no denunciarlo.

Lucinda dejó escapar el aire, como si se desinflara.

—Ustedes ganan. Les diré lo que sé, pero si quieren detalles, tendrán que hablar con el psicólogo de la escuela. Y a él lo ampara el secreto profesional.

—A él lo ampara, pero a usted no. Díganos lo que pueda —la presionó Cody—. Nosotros decidiremos si es necesario que solicitemos una orden para ver el expediente de Phillip.

—De acuerdo —claudicó la directora—. Todo comenzó hace un par de años. Desaparecieron pequeños objetos de los alumnos. Nada importante: un bolígrafo, una gorra, un jersey. Al principio ni siquiera nos dimos cuenta. Los chicos son chicos. Se distraen con facilidad y pierden las cosas, pero el problema fue a más, hasta que llegaron a desaparecer también móviles y relojes. No pudimos seguir ignorándolo.

»Como comprenderán, se trató de un asunto muy delicado, y en un primer momento sospechamos de algunos empleados, así que contratamos una agencia de detectives. Ellos instalaron cámaras de vigilancia ocultas en zonas estratégicas, lo que nos permitió descubrir al verdadero responsable.

—Era Phillip Rowland.

La señora Tollers entrecruzó los dedos sobre la mesa y asintió

antes de continuar su declaración.

—Llamamos a sus padres de inmediato, y estuvimos a punto de expulsarlo, pero nuestro psicólogo salió en su defensa. Argumentó que tal vez Phillip no era un ladrón, sino que sufría de cleptomanía. En vista de esa posibilidad, llegamos a un acuerdo con los padres. Llevaron al chico a la consulta de un renombrado psiquiatra, y nos trajeron el informe que confirmaba el trastorno de Phillip.

—Por eso decidieron no expulsarlo.

—Exigimos que se le sometiera a tratamiento y evaluaciones periódicas por el psicólogo del instituto. También lo mantenemos bajo vigilancia para que los demás estudiantes no resulten perjudicados.

Josh meditó las palabras de Tollers y sintió lástima por el chico.

—¿Phillip alguna vez dio muestras de conducta agresiva?

Lucinda sacudió la cabeza.

—Al contrario, él es consciente de su problema y siente una profunda vergüenza por lo que hace. Es más bien tímido, retraído y poco dado a la interacción social.

Cody y Josh se miraron entre sí. Lo que para Tollers eran virtudes, podía significar que Phillip Rowland era la persona que buscaban.

Capítulo 18

La noche caía sobre Brooklyn cuando los detectives salieron del Washington High School. Los recibió un viento húmedo y frío que obligó a Josh a arrebujarse en su chaqueta. Cody, más aclimatado al tiempo de Nueva York, miró de reojo a su hermano con una media sonrisa burlona.

—No tiene sentido que regresemos a la Estación a esta hora. Si quieres, puedo acercarte a casa.

—No tenía pensado ir a casa, todavía.

—¿Tienes alguna cita?

Josh asintió con el ceño fruncido.

—Tengo una cita con Haylie. Esperaba que me ayudaras a seguir mostrando su fotografía en los teatros. Ya estamos en nuestro tiempo libre, ¿recuerdas?

Cody llenó sus pulmones de aire y lo retuvo por unos segundos, antes de responder:

—Por supuesto que lo recuerdo, Josh. Y estoy tan interesado como tú en investigar el pasado y encontrar a nuestro trillizo, pero…

—Pero ¿qué? ¿Prefieres irte a casa a descansar y esperar a que la Providencia se encargue de reunirnos con nuestro hermano?

Cody sacudió la cabeza.

—No seas injusto. No se trata de eso… debo ser sincero contigo: hay más de cuarenta teatros en Broadway, sin contar con los de los alrededores. En cada uno trabajan varias compañías. Además de que han pasado más de treinta y cinco años. Pienso que mostrar la fotografía de teatro en teatro tiene muy pocas probabilidades de éxito.

Josh se detuvo en seco.

—¿Crees que no lo sé? No soy tan ingenuo Cody, pero si nos cruzamos de brazos y no lo intentamos, la probabilidad sería todavía más pequeña. De haber pensado como tú cuando todavía estaba en Florida, nunca nos hubiéramos conocido.

—Reconoce que es diferente. Entonces tenías referencia acerca de mi apellido, y por eso escogiste la Estación de Class para pedir traslado. El azar no tuvo nada que ver.

—No estoy confiando en el azar para encontrar a Richie, Cody. Tenemos su nombre, su fotografía y sabemos que pertenece o perteneció al medio teatral. ¿Será difícil y laborioso? Sin duda alguna, pero no pienso rendirme antes de comenzar. Si no estás dispuesto a ayudarme, lo comprendo. Necesitas dedicarle tiempo a tu familia, pero entonces seguiré adelante solo.

Ya habían llegado al coche, y Cody estaba de pie junto a la puerta abierta. Fijó la mirada en su hermano y sacudió la cabeza.

—¿Sabes que eres el tío más testarudo que he conocido en mi vida? Por supuesto que no te dejaré solo en la búsqueda de nuestro hermano. A mí también me preocupa, y quiero encontrarlo. No cuestiono el objetivo, sino el método.

—¿Y qué propones?

—Sube y lo hablaremos, mientras nos acercamos a Broadway.

Ambos entraron en el auto y Cody encendió el motor. Josh esperó a que el coche comenzara a moverse para presionar a su hermano.

—Todavía no me dices qué te propones.

—Estuve pensando acerca de cómo podríamos identificar a Richie con más rapidez. Y la respuesta es muy sencilla. Tendremos mejores oportunidades de éxito si elaboramos volantes con la foto, y un texto en el que solicitemos ayuda a cualquier persona que reconozca a la pareja de la fotografía.

—Como si se tratara de personas desaparecidas…

—Exacto.

—¿Crees que alguien nos avisará?

—Estoy seguro de que si redactamos bien la petición de ayuda, conseguiremos respuestas.

—¿Estás planteando solicitar esa colaboración desde un punto de vista oficial?

Cody sacudió la cabeza.

—Este sigue siendo un asunto personal, Josh. Y debemos mantenerlo así. Lo redactaremos como hijos que quieren encontrar a sus padres biológicos. Es todo.

Josh se recostó en el asiento y fijó la mirada en la vía.

—Podría funcionar. ¿Dónde hacemos los volantes?

—Conozco una copistería donde pueden hacernos el montaje. Nos queda de camino. ¿Estás de acuerdo?

—Es una buena idea. Me duele reconocerlo, pero de vez en cuando tienes ideas brillantes. Eso sí, muy de vez en cuando.

Cody sonrió.

—Eres un envidioso.

—*Hey* , más respeto hacia tu hermano mayor.

—¿Qué hermano mayor? Estoy seguro de que yo nací primero. Tú eres un inmaduro.

Josh se encogió de hombros.

—Es cierto, pero también soy más simpático.

Los chascarrillos entre los hermanos facilitaron que se relajara la tensión del momento. Después de visitar la copistería, salieron de allí con una caja de volantes en los que aparecía la foto de sus padres biológicos, y una solicitud de ayuda para localizarlos a cualquiera que los hubiera conocido. El texto incluía el número del móvil de Josh.

Tardaron tres horas y media en visitar los teatros de la Avenida Broadway, y entregar los volantes con el ruego de que se repartieran entre los miembros de las compañías.

Hubo algunos porteros que no fueron muy receptivos, pero uno que otro billete de veinte dólares cambiando de manos facilitó la colaboración.

—¿Crees que tendremos resultados? —preguntó Bradbury, cuando ya se encaminaban de vuelta a casa.

—Está en marcha, Josh. Solo sabremos si funciona si le damos tiempo.

Bradbury se quedó en silencio por algunos segundos, mientras meditaba.

—Nunca lo hemos hablado, Cody. ¿Qué crees que pasó con nuestro hermano?

Ryan suspiró. Hacía mucho tiempo que esperaba y temía esa pregunta.

—Lo más probable es que la gente de *Spardise* se lo entregara a una familia que pagó por él. Más o menos lo que te ocurrió a ti.

Josh negó con la cabeza, despacio.

—Es lo que me gustaría pensar, pero tú y yo fuimos de los afortunados que terminaron en familias más o menos normales. Sabes que no todos los chicos que nacieron en esa clínica clandestina tuvieron esa suerte.

—Lo sé.

—Solo espero que esté vivo.

Cody llenó sus pulmones de aire y lo soltó despacio.

—Estoy convencido de que está vivo y de que lo encontraremos.

Josh sonrió al escuchar las palabras de aliento de su hermano.

—No sueles ser tan optimista, y menos cuando no existen pruebas concretas. ¿Estás siendo honesto o solo tratas de hacerme sentir mejor?

—Supongo que las dos cosas. Si tú pudiste encontrarme, tengo la certeza de que sumando el esfuerzo de ambos, seremos capaces de localizar a nuestro hermano. Y sí, mi intención es hacerte sentir mejor.

—Gracias.

—¿Quieres acompañarnos a cenar? Estoy seguro de que Eleonora y los chicos se alegrarán mucho de verte.

Bradbury sacudió la cabeza.

—Te lo agradezco, Cody, pero hoy ha sido un día muy largo. Sin embargo, no te desvíes, Déjame frente a tu casa y yo daré un paseo hasta mi piso. Me hará bien para despejarme.

—De acuerdo, como quieras, pero recuerda que siempre serás bienvenido entre nosotros, y que ahora sí tienes una familia.

Josh se sintió conmovido y se disponía a responder, cuando una llamada entró en su móvil y lo desconcentró.

Capítulo 19

Mientras conducía, Cody miró de reojo cómo su hermano cancelaba la llamada, sin responder. No se sorprendió. Josh no se caracterizaba por su seriedad en las relaciones, de modo que no era difícil suponer que trataba de salir de un compromiso, y que no le estaba resultando fácil. Recorrieron el resto del trayecto en silencio, cada uno sumido en sus propios pensamientos.

Después de superar varios atascos, por fin llegaron al pequeño adosado donde Ryan vivía con su familia. Josh se despidió, le envió un cariñoso saludo a su cuñada y sus sobrinos, y comenzó a andar en dirección a su piso, que estaba a dos manzanas.

Ryan lo vio alejarse y reflexionó por un momento. Bradbury entró en su vida como una tromba y sacudió su realidad hasta los cimientos. Su resistencia al cambio no sirvió de nada frente a aquel hombre que le demostró una lealtad fraternal, como nunca la había experimentado. Ahora Josh era una parte crucial de su familia, y no concebía su día a día sin la presencia de su hermano. Se preguntó si les ocurriría lo mismo con el trillizo desaparecido, y maldijo para sus adentros a la gente de Spardise por haberlos separado al nacer.

Mientras meditaba acerca de su nueva realidad, Ryan cruzó la cancela y el pequeño jardín frontal, donde había uno que otro juguete desperdigado. Sonrió. Aunque siempre luchaba a brazo partido con sus hijos para que mantuvieran el orden, la verdad era que ver esos juguetes le proporcionaba la paz de saber que estaba en casa, y que su familia lo esperaba.

Escuchó el escándalo antes de llegar a la entrada principal, giró la llave en la cerradura y se preparó para lo que tendría que enfrentar. En cuanto abrió la puerta, sintió el peso sobre sus

hombros y la humedad en la cara, mientras el fuerte ladrido retumbaba en sus oídos.

—¡Ya basta, Charlie! —protestó Cody, al mismo tiempo que apartaba al enorme perro, quién se había levantado en dos patas sobre él para darle la bienvenida.

—¡Papá! ¡Kevin, llegó papá!

Carla y Cindy corrieron hacia él, con la emoción pintada en el rostro. Cody se agachó para abrazarlas, oportunidad que Charlie aprovechó para continuar su entusiasta recibimiento. Ryan alzó una niña en cada brazo y entró en la casa, escoltado por el descomunal perro negro.

Eleonora salió al pasillo cuando escuchó el alboroto, y esperó a que su marido llegara hasta ella para darle un beso de bienvenida. Kevin ya bajaba las escaleras, así que después de dejar a las gemelas en el suelo, Cody lo saludó revolviéndole el cabello.

—Gwow —El ronco ladrido hizo que el policía diera un respingo. Charlie exigía su cuota de atención. ¡Maldito Josh!

El día del cumpleaños de Kevin, Charlie llegó a sus vidas en brazos de su hermano. Josh se presentó con un cachorro peludo y encantador, desafiando las protestas de Cody, que no quería mascotas en su casa.

Kevin se emocionó tanto cuando vio a su nuevo y peludo amigo, que olvidó por completo la consola de videojuegos que le regalaron sus padres y que según él, era lo que más deseaba en la vida. Las gemelas también declararon su amor inmediato por el cachorrito. Además, se veía tan inocente, que Cody cedió en su negativa a recibirlo. Los chicos decidieron llamar Charlie al nuevo miembro de la familia.

En la medida en que pasaban las semanas, el pequeño y peludo cachorrito creció a pasos agigantados. Seguía siendo peludo, pero ya no tenía nada de pequeño. Cuando le preguntaron al veterinario si aquel ritmo de crecimiento era normal, la respuesta fue que lo era, cuando se trataba de un Terranova.

El conocimiento de Cody sobre perros era el mismo que sobre física cuántica, así que indagó acerca de la raza en cuanto llegó a su casa, y casi se cae de la silla por el susto. Un Terranova podía alcanzar 29 pulgadas, y ciento cincuenta y cuatro libras. En ese momento se preguntó si el perro representaría un peligro para sus hijos, pero tenía que reconocer que la conducta del enorme animal era pacífica y protectora con los más pequeños. Kevin

jugaba con él en el parque, y sus hijas lo usaban de almohada, mientras la familia se reunía frente al televisor. Charlie era un gigante amable. Lo que al final inclinó la balanza a favor del enorme peludo, fue el comentario que le hizo Eleonora, acerca de la influencia positiva que la mascota estaba ejerciendo en el comportamiento de sus hijos. Solo entonces, Cody dejó de refunfuñar contra Josh, aunque su hermano ya podía haber conseguido una mascota un poco más ajustada a las medidas de su casa. Ryan no tenía la menor duda de que el sentido del humor de su gemelo influyó mucho a la hora de la selección de Charlie. ¡Maldito Josh!

Después de cenar y compartir un rato con su familia, Cody se fue a dormir. Sus pensamientos volvían una y otra vez a Haylie y el trillizo desaparecido. Aunque no lo reconocía frente a nadie, él también temía por la suerte del hermano que todavía no encontraban. Al final, el cansancio venció a la preocupación y se quedó dormido. Un par de horas después de haber conciliado el sueño, el timbre del móvil lo despertó. Cody saltó de la cama, cogió el teléfono y se lo llevó a la cocina para que no despertara a Eleonora. Respondió sin mirar la pantalla, mientras se preguntaba qué habría ocurrido para que lo llamaran de la Estación a esa hora. Soltó una maldición cuando escuchó la voz de Josh, al mismo tiempo que miraba el reloj de pared de la cocina.

—¿Tienes idea de qué hora es?

—Lo sé, y lo siento mucho, Cody. Espero no haber despertado a Eleonora ni a los niños.

—Ellos siguen durmiendo, pero me despertaste a mí. ¿Qué demonios ocurre para que llames a las tres de la madrugada?

Josh respondió con la voz entrecortada por la emoción.

—Recibí una llamada. Una actriz de reparto de la compañía que actúa en el teatro Fairclough vio el volante y reconoció a Haylie y a Richie… Su nombre es Roxanne Frost… Dice que ella y Haylie fueron compañeras en la academia de baile y compartieron piso…

—¿Reconoció también a Richie?

—Sí. Su nombre completo es Richard Norhtrop. Ahora es un reputado coreógrafo de Broadway… Roxanne accedió a recibirme mañana… Cody, estamos tan cerca…

—Tómalo con calma, Josh. Todavía no tenemos idea de cuánto sabe Roxanne.

—Era su compañera de piso. Eran amigas… Haylie estaba

sola en Nueva York, lejos de su familia… Estoy seguro de que Roxanne fue su confidente.

Ryan suspiró. Le preocupaba el entusiasmo de su hermano y el consecuente bajón, si la entrevista con la señora Frost no tenía los resultados que esperaban.

—Escucha, Josh. Estoy de acuerdo en reunirnos con Roxanne y que ella nos revele todo lo que sabe, pero lo más probable es que no sea más de lo que sabía la propia Haylie. Y recuerda que nuestra madre no tenía idea del nido de alacranes en el que se estaba metiendo. Para ella, solo esperaba un hijo y lo iba a entregar en adopción. Toda la trama de Spardise le era ajena.

—Lo sé, Cody. No espero que Frost nos cuente todo lo que pasó durante el parto ni qué hicieron con nuestro hermano, pero es un paso en la dirección correcta. Con su ayuda y la de Richie, tal vez podamos reconstruir los últimos días de Haylie, y encontrar algún indicio de las intenciones de Spardise para con nosotros tres.

—Todavía no sabemos si Richie estará dispuesto a colaborar.

—Es nuestro padre biológico y se desentendió de nuestra madre y de nosotros. Nos lo debe.

—Muy bien. Mañana veremos qué podemos sacar en claro, pero esta noche no podremos hacer nada, así que lo mejor será que nos vayamos a dormir. Necesitaremos estar descansados y alertas.

—No creo que pueda dormir después de esto.

—Al menos debes intentarlo.

A Cody no le resultó fácil convencer a Josh de que esperara hasta el día siguiente. Cuando por fin lo consiguió, terminó la llamada, pasó por las habitaciones de sus hijos, los arropó, acarició el lomo de Charlie, que dormía junto a la cama de Kevin, y regresó a su dormitorio. Eleonora ni siquiera se había movido. Dormía como una bendita. Cody se metió debajo de las sábanas y trató de conciliar el sueño. No fue posible. A su cabeza acudieron imágenes de Haylie embarazada, dándole la noticia a Richie. Una noticia que hundía el futuro de ambos. Ella no podría ser bailarina, y él no podría ascender en el glamoroso mundo de Broadway. Imaginó a Richard Nohrtrop como un joven ambicioso, actor y bailarín, con aspiraciones de crear sus propias coreografías. En su vida no habría espacio para un bebé…

Dos jóvenes torpes y ambiciosos, un error muy humano, una pizca de egoísmo, y la tragedia estaba servida. Haylie no sobrevivió a su sueño, y la vida de sus tres hijos quedó marcada cuando ella

cedió su suerte en manos de extraños.

Josh idealizaba a Haylie, pero él no era tan generoso. Su madre biológica estuvo dispuesta a librarse de sus hijos, para poder alcanzar su propio sueño. En el camino, también perdió la vida, pero Haylie tampoco fue una víctima inocente. Los únicos inocentes fueron los tres niños que nacieron de esa aventura, y cuyo destino marcaron unos sujetos extraños y sin escrúpulos.

Cody tenía tanto interés como Josh en encontrar a su hermano perdido, pero su deseo no se relacionaba con su madre biológica. Él solo quería que se reparara la injusticia de la separación de tres hermanos que compartieron gestación y nacimiento, pero que después de treinta y cinco años, todavía no conseguían reunirse.

Las emociones que despertó la llamada de Josh acompañaron a Cody hasta el amanecer, cuando la luz se filtró por la hendidura de la ventana. Él se levantó con cuidado para no despertar a Eleonora. Se encaminó a la cocina, seguido por Charlie, que no perdía la esperanza de beneficiarse del insomnio de su dueño.

Eran apenas las seis treinta de la mañana. Cody preparó café, se tomó una taza y dejó el resto en la cafetera para Eleonora. Charlie no lo perdió de vista, con sus ojos redondos como canicas negras. El policía no soportó la presión, cogió un par de rebanadas de jamón de la nevera y se las arrojó a la bestia peluda que lo acosaba.

Charlie las atajó al vuelo y se las tragó sin masticar. De inmediato volvió a clavar en él una mirada inquisitiva.

—Es suficiente, Charlie —La respuesta del enorme Terranova fue un gemido suplicante—. Regresa con Kevin.

Charlie obedeció, y las uñas de sus enormes patas resonaron en el suelo de madera. Cody cogió el móvil y llamó a Josh. Como sospechaba, su hermano ya estaba despierto.

—¿Por qué tardaste tanto? —se quejó Bradbury.

—¿Estás listo?

—Hace más de una hora.

—De acuerdo, pasaré a recogerte. Si queremos disponer de tiempo para entrevistar a Roxanne Frost, será mejor que comencemos temprano con el caso Rowland.

Capítulo 20

Cody llegó a los cinco minutos de que Josh alcanzara el portal, pero a él se le hizo interminable la espera. Consultó varias veces el reloj, sin que el tiempo se dignara a transcurrir. El frío lo obligó a cerrar la chaqueta hasta el cuello, a pesar de que el sol iba ganando terreno.

Se movía de un lado a otro sin cesar para paliar el frío y la impaciencia, hasta que por fin vio aparecer el Ford Focus azul metálico de Cody. Josh subió en cuanto el coche se detuvo, y saludó a su hermano.

—Tú tampoco dormiste, ¿verdad?

—¿Tanto se nota?

Bradbury se encogió de hombros.

—Lo suficiente.

Cody puso la palanca en Drive y apretó el acelerador poco a poco. El auto reinició la marcha con suavidad. Bradbury se removió en el asiento, sin saber cómo abordar a su compañero.

—Cody… estuve pensando…

—No hay nada que me preocupe más, que tú pensando. ¿Qué ocurre?

—Roxanne me dio su dirección. Tal vez podrías cubrirme un par de horas, mientras voy a interrogarla.

Ryan miró de reojo a su hermano y soltó un bufido.

—Ni lo sueñes, Josh. Creí que ya estaba claro que nuestras indagaciones personales no interferirían con nuestro trabajo. Todavía hay mucho que hacer con respecto al caso Rowland.

—Solo serían una hora o dos… Cody, estamos tan cerca…

Ryan sacudió la cabeza.

—No, Josh, me temo que no lo estamos. Es posible que la señora Frost y Norhtrop nos proporcionen información relevante para encontrar a nuestro hermano, pero también podría ocurrir que no sepan nada al respecto. Que nos encontremos frente a un callejón sin salida. Debemos estar preparados para ambos escenarios, y desde luego, no podemos permitir que este asunto interfiera en nuestro trabajo.

Josh fijó la mirada en la vía y suspiró.

—Ya suponía que dirías eso. ¿Sabes que eres un petardo insufrible?

—Alguien tiene que poner orden.

—Muy bien, supongo que tienes razón. Aun así, no esperaré a concluir el caso Rowland para avanzar en nuestras indagaciones. Sabes muy bien que después de esta investigación, siempre habrá otra que ocupe nuestro tiempo.

—Ese es mi punto, Josh. No solo se trata del caso Rowland. Debemos organizarnos para investigar sobre nuestro pasado en el tiempo que nos quede libre. No es correcto que nos escabullamos del trabajo. Los contribuyentes no nos pagan para eso.

—De acuerdo, lo conseguiste.

—¿Te convencí?

—No, pero lograste hacerme sentir fatal por querer saltarme las reglas. Reconozco que tiene su mérito. ¿Qué propones que hagamos?

—Vamos a la Estación. Allí decidiremos cuál será nuestro siguiente paso.

Josh asintió, no muy convencido, pero sí resignado.

—Muy bien, pero en cuanto llegue la hora del almuerzo iré al Fairclough, estés de acuerdo o no.

—Yo mismo te acompañaré.

El resto del trayecto transcurrió en silencio. Ambos detectives llegaron a la Estación más temprano que el resto de sus colegas. El departamento de investigaciones estaba vacío, en silencio y con todos los ordenadores apagados. Josh fue más consciente que nunca de la inmensidad del salón, así como de su ambiente frío e impersonal.

Antes de ocupar sus mesas de trabajo, los gemelos se plantaron frente a la pizarra donde se exponía el caso. Después de unos minutos de contemplación, Josh fue el primero en hablar.

—¿Y ahora qué? Te confieso que me siento perdido en este

asunto. Todas las evidencias son circunstanciales. No hemos encontrado ni una condenada prueba concreta.

—Salvo el cabello de James en la escena del crimen.

Bradbury sacudió la cabeza, al mismo tiempo que se encogía de hombros.

—Cualquier defensor de medio pelo argumentaría que siendo el hijo de las víctimas, las visitaba con asiduidad, y por lo tanto, que encontráramos uno de sus cabellos en la casa no prueba nada.

—James contaba con los medios, y no hemos descartado que tuviera la oportunidad.

—Tampoco lo hemos demostrado —argumentó Josh—. Sin conocer el momento aproximado en que se cometió el crimen, no podemos establecer las coartadas con precisión. Vamos a ciegas. Además, ¿cuál sería el motivo? James es un bróker exitoso, así que sería el único que es solvente en la familia.

—Eso no lo exime de la avaricia —argumentó Cody—. Tal vez no necesitaba el dinero de sus padres, pero sí lo deseaba. Y no estaba dispuesto a esperar… Lo he visto antes.

—Yo también. Sin embargo, a menos que aparezcan nuevas evidencias, creo que enfocarnos en James sería un error.

—¿A quién tienes en mente?

—Peter Green —respondió Bradbury, y enumeró con los dedos—. Primero: con la muerte de sus suegros, su mujer heredará una fortuna, lo cual resuelve sus problemas económicos. Segundo: no es difícil que tuviera acceso al rifle de James. Tercero, y quizá lo más importante: estoy seguro de que nos mintió acerca de dónde estuvo el viernes y el sábado.

—¿Por qué estás tan seguro?

—No soy experto en kinesia como Jezebel, pero tengo suficiente experiencia interrogando como para reconocer un mentiroso cuando lo veo.

Cody volvió a centrar su atención en la pizarra.

—¿Y qué me dices de Phillip o Hansen? ¿Los descartas?

Josh sacudió la cabeza.

—Me temo que todavía no podemos descartar a nadie, pero no veo claras sus motivaciones. Según lo que sabemos, Hansen no tenía problemas con Emma, y los hurtos que comete Phillip no tienen relación con el valor de los objetos que sustrae. El chico no roba para lucrarse. Sufre de una enfermedad que lo empuja a hacerlo.

—Tal vez deberíamos indagar un poco más a fondo la versión de Hansen. Después de todo, solo tenemos su palabra de que no tenía problemas con la señora Rowland. Creo que debemos hablar de nuevo con Gardyner.

—Me parece buena idea —reconoció Bradbury—. Además, él también fue testigo de la pelea de Marcus con el otro chico.

Los detectives abandonaron la Estación, justo cuando sus colegas comenzaban a llegar. Estaban en plena hora punta, así que demoraron casi una hora en llegar al viejo edificio donde funcionaba la escuela refugio. El portero los reconoció enseguida y les dio paso sin hacer preguntas. La secretaria de Gardyner no fue tan receptiva.

—¿Qué hacen aquí sin una cita? Este no es un buen momento. Stefan está ocupado.

Cody frunció el ceño.

—Se trata de un asunto oficial, señorita Sands, así que no necesitamos una cita. ¿El señor Gardyner se encuentra en su oficina?

—Sí, pero está hablando por teléfono con el supervisor de… ¡Oiga, esperen, no pueden entrar!

Para cuando Penny se levantó de su silla, ya los detectives habían cruzado la antesala, llamaban a la puerta del subdirector del centro y la abrían. Gardyner miró hacia la puerta, enarcó las cejas, balbució una disculpa al teléfono y colgó.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué irrumpen así en mi oficina?

—Lo lamento Stefan —se disculpó la secretaria—. Traté de detenerlos, pero…

—Tenemos que hacerle algunas preguntas, señor Gardyner. Solo nos llevará unos minutos.

Stefan se dirigió a su secretaria.

—Está bien, Penny. No te preocupes. Yo me haré cargo —Sands abandonó la oficina, después de lanzar una mirada de desaprobación a los dos policías—. Ustedes dirán.

Josh tomó la palabra.

—Parece que usted olvidó mencionar algo importante, señor Gardyner.

Stefan perdió el color por unos instantes. Se recuperó de inmediato.

—¿A qué se refiere?

—A Marcus Hansen —intervino Cody—. Olvidó decirnos que

uno de sus chicos estuvo en prisión por agresiones contra un compañero.

Gardyner respiró profundo y se recostó en el respaldo de su silla antes de responder:

—Ya veo. Ustedes me preguntaron por chicos que tuvieran algo contra Emma, y no es el caso. Si alguien veneraba a la señora Rowland, ese era Marcus. Además, el juez cometió una injusticia al enviar a Hansen a un correccional.

—¿Una injusticia? Le dio una paliza a otro chico que lo envió al hospital y le dejó secuelas de por vida. ¿Qué quería? ¿Qué le dieran una palmadita en la espalda y lo enviaran a casa?

Gardyner suspiró.

—Usted conoce los hechos, detective, pero no los antecedentes. Travis provenía de un hogar muy conflictivo, donde la violencia era la única forma de comunicación. Además, es un chico con una constitución física que lo ponía en ventaja sobre sus compañeros. Por lo general, escogía uno o dos chicos como objetivo y se dedicaba a atormentarlos. Marcus fue uno de esos chicos, hasta que reaccionó.

—Y dónde estaban usted y Emma cuando eso ocurría —preguntó Cody—. ¿Por qué permitían el acoso escolar en su institución?

—No lo permitíamos, detective. Sin embargo, estos chicos conviven las veinticuatro horas del día, y nosotros somos una institución que funciona como escuela y refugio. No estamos en condiciones de controlar a chicos con problemas de conducta. Íbamos a trasladar a Travis a un centro con mejores recursos para afrontar el problema, cuando la situación explotó.

—¿Es posible que Hansen resintiera que usted y Emma no actuaran con mayor celeridad para protegerlo? —preguntó Cody.

Stefan sacudió la cabeza.

—Estoy seguro de que Marcus no albergaba ningún rencor contra Emma. Hablé con él en varias oportunidades en el transcurso del juicio. Su mayor preocupación era haber decepcionado a la señora Rowland.

Los detectives terminaron la entrevista y recibieron una mirada de reproche de parte de Penny cuando salieron de la oficina. Antes de llegar al coche, un mensaje entró en el móvil de ambos al mismo tiempo. Cody fue el primero en abrirlo.

—Ellison ya concluyó el peritaje del estuche del rifle. Hay

marcas de dedos, pero no huellas. Lo cual significa…

—Que alguien lo manipuló con guantes. Bien, parece que ya sabemos cuál fue el arma homicida.

Capítulo 21

Los detectives subieron al coche y emprendieron el regreso a la Estación. Josh fue el primero que rompió el silencio:

—¿Y ahora qué?

Cody meditó por un momento, antes de responder.

—Gardyner puede estar en lo cierto o equivocado acerca de los sentimientos de Hansen con respecto a Emma, pero ahora sabemos que es muy probable que usaran el rifle de James para matar a los Rowland, así que creo que debemos centrarnos en quiénes tenían acceso directo al arma homicida: James y Phillip.

Josh torció la boca y se recostó en el respaldo.

—No estoy seguro, Cody. El rifle tampoco estaba en una caja fuerte. El imbécil de James lo tenía en el garaje. Cualquiera que lo supiera pudo acceder a él.

—Tienes razón, y eso tal vez incluye a Green, pero en qué circunstancias crees que Hansen pudo enterarse de que James tenía un rifle, y dónde lo guardaba.

—De acuerdo, es poco probable, pero tampoco imposible. Tal vez el arma era un motivo de preocupación para Emma y por eso comentó su existencia en el refugio. No sería descabellado.

—Estás rizando el rizo, Josh. Si queremos llegar a la verdad, debemos centrarnos en los sospechosos más probables.

Bradbury iba a argumentar para defender su postura, cuando el timbre del móvil desvió su atención. Respondió sin mirar la pantalla. En un primer momento, el tono enojado le dificultó reconocer la voz femenina que lo increpó:

—Detective Bradbury. ¿Quiere decirme quién lo autorizó a meter sus narices en un asunto federal?

—Yo… Eh… ¿Agente Carpenter?

—Me alegra que me reconozca, pero todavía espero una explicación.

Por la mirada de reojo que le lanzó Cody, Josh fue consciente de que su expresión era de absoluto desconcierto. De inmediato comprendió que la llamada de la agente especial del FBI debía estar relacionada con sus investigaciones sobre Richie, así que conectó los altavoces del móvil para que Cody pudiera escuchar la conversación.

—Sigo esperando, detective.

—No sé a qué asunto federal se refiere, agente.

—Se lo pondré más claro. Usted y su hermano estuvieron haciendo indagaciones acerca de un hombre llamado Richard Nohrtrop. Un coreógrafo de Broadway…

—Y por lo que Cody y yo averiguamos, también es nuestro padre biológico.

En el otro lado de la línea hubo unos segundos de silencio. Carpenter suavizó su tono:

—En ese caso, tendré que presentarles mis condolencias. Esta mañana encontraron a Nohrtrop muerto en su oficina del teatro Downtown. Recibió un disparo en el corazón. También asesinaron a una actriz de reparto que el personal del teatro reconoció como una vieja amiga de su padre.

—¿Roxanne? —preguntó Josh, con un deje de angustia.

—En efecto, su licencia la identifica como Roxanne Frost. ¿Sabe quién era?

—Era amiga de Nohrtrop y de nuestra madre, desde los tiempos en que los tres aspiraban a trabajar en Broadway. Cody y yo teníamos pendiente una reunión con ella para que nos diera información acerca de nuestro padre.

—Pues me temo que esa reunión nunca se celebrará. Es evidente que Frost quiso advertir a su amigo antes de hablar con ustedes, y alguien más se enteró.

Josh apretó la mandíbula y los puños para contener su frustración. Cody conservó mejor la calma, y fue quién hizo la pregunta crucial:

—¿Por qué el FBI estaba interesado en Richard Nohrtrop?

Judy tardó unos segundos en responder.

—Lo teníamos bajo investigación porque sospechamos que era uno de los colaboradores de Spardise.

—¿El Cazador lo delató? —preguntó Ryan, ignorando el fruncimiento de ceño de su hermano, cuando mencionó a su padre adoptivo.

—Russell Bradbury o el Cazador, como usted lo llama, se ha negado desde el principio a colaborar con nosotros. Se declaró culpable de todos los cargos y se niega a delatar a sus cómplices. Sin embargo, las últimas evidencias apuntan a que solo era una marioneta en manos del verdadero jefe de la organización. Averiguamos que Nohrtrop era parte de la trama cuando investigamos algunas conexiones de la red.

—¿Cuál era la función de Nohrtrop?

—En un principio era reclutador. Aprovechaba su posición de joven aspirante para ganarse la confianza de las chicas que llegaban a Nueva York. Eran jóvenes vulnerables que dejaron atrás a sus familias y se sentían muy solas, así que muchas de ellas entraron en una relación poco recomendable, y quedaron embarazadas de sujetos que las abandonaban a su suerte. Por supuesto que eso representaba el fin de su sueño de estrellato. Entonces aparecía Richard con la solución: «Entrega al bebé en adopción, y así podrás seguir con tu vida y asegurarás el futuro del niño. Conozco una agencia que se encargará de todo».

—Hijo de… —Josh se mordió los labios para reprimirse—. Y con Haylie llegó mucho más lejos… Él mismo la embarazó.

Los gemelos escucharon el suspiro de Judy a través del teléfono.

—Si les sirve de consuelo, tenemos evidencias de que el primer contacto de Richard con Spardise se dio a raíz del embarazo de Haylie. En su desesperación por encontrar una salida hizo preguntas a la gente incorrecta, y fue entonces cuando la agencia lo reclutó. A partir de ese momento, Nohrtrop tuvo un ascenso meteórico, que muchos consideraron injustificado.

—Traicionó a Haylie y nos vendió a nosotros —sentenció Josh, con indignación—. Ahórrese las condolencias, agente Carpenter.

—Lo lamento mucho. En cualquier caso, los quiero a ustedes dos lejos de este asunto. Arruinaron seis meses de trabajo con su intervención, y no me resultará fácil convencer a mis superiores de que no presenten una denuncia formal por obstrucción.

Josh comprendió que Carpenter estaba a punto de terminar la llamada.

—Agente, antes de cortar la comunicación, por favor díganos si la Agencia Federal ha descubierto información acerca de nuestro hermano desaparecido.

Una nueva pausa.

—Lo lamento mucho, pero no sabemos nada al respecto. Russell se cierra en banda cada vez que se menciona el tema, y no encontramos ninguna evidencia acerca de qué hicieron con el tercer hijo de Haylie. Algunos de mis colegas están convencidos de que el niño nació muerto, y por eso no quedó ningún rastro de él.

Josh sintió que el corazón le daba un vuelco ante esa posibilidad, que era muy probable, aunque él no quisiera reconocerlo.

—Tal vez si me permiten conversar con mi padre… Me refiero a Russell. Quizá yo consiga…

—Consideraré su oferta. Sin embargo, esto no cambia nada con respecto a nuestra postura: No queremos que ni usted ni su hermano interfieran en la investigación acerca de Spardise. Cada vez que han intervenido, nos han arruinado semanas de trabajo…

—¡Eso no es cierto! —protestó Josh con indignación—. De no ser por nosotros, todavía estarían buscando la clínica clandestina, y preguntándose quién era el Cazador…

—Como venía diciendo —Judy remarcó sus palabras—. Su intervención resulta contraproducente, y varios de mis colegas quieren que se tomen represalias contra ustedes por interferir en un asunto federal… Mi consejo es que se mantengan al margen por su propio bien.

—Yo podría conseguir información de mi padre que él no compartiría con nadie más —insistió Josh. Carpenter dudó por unos instantes—. ¿Qué puede perder?

—Lo pensaré, pero no le prometo nada.

Antes de que Josh pudiera responder, Carpenter cortó la llamada. El policía se quedó con el móvil en la mano y clavó su mirada en él, como si fuera el responsable de toda su frustración. Cody lanzó una rápida mirada de reojo a su hermano, antes de volver a centrarse en la vía.

—Parece que tendremos que hacer una pausa en nuestras indagaciones sobre este asunto, Josh.

—¡No estarás hablando en serio!

—¿Pretendes desafiar al FBI? Ya escuchaste a Carpenter. Ellos se ocuparán. Tienen mejores recursos y siguen el caso desde

hace meses. Sus probabilidades de éxito son mejores que las nuestras. Nosotros solo les estorbamos.

—Para ellos solo es una investigación más. Si bien tienen más recursos, les falta la pasión que a nosotros nos sobra…

—Sabes muy bien que esa pasión es contraproducente. Impide ver las evidencias desde la lógica. Es comprensible que nos quieran lejos de su camino.

—Estorbamos, sí, pero a su ego —argumentó Bradbury—. No nos perdonan que un par de detectives de una Estación de Policía de Brooklyn, en un par de semanas consiguiéramos resultados que ellos no habían alcanzado en meses.

—Josh…

—No voy a renunciar a la búsqueda de nuestro hermano. Comprendo si quieres abandonar. Tú tienes que velar por tu familia y no puedes exponerte a las represalias de los federales si los desafías, pero yo no soy tan sensible a sus amenazas, así que seguiré adelante con la investigación.

Cody dejó escapar el aire y torció la boca.

—Estoy seguro de que me voy a arrepentir, pero no te dejaré solo contra Spardise y los federales, así que puedes contar conmigo.

Capítulo 22

Los gemelos permanecieron en silencio el resto del trayecto, hasta que llegaron a la Estación de Policía. En cuanto cruzaron la puerta, el agente que hacía guardia en la recepción los abordó:

—Detective Ryan, llegan en buen momento. Los espera un ciudadano que solicitó hablar con los encargados del caso Rowland. Dice que era vecino de las víctimas, y que tiene información de vital importancia para la investigación.

Cody y Josh intercambiaron una mirada.

—¿De quién se trata?

El agente consultó un libro que tenía delante, en el cual aparecían los nombres de todos los visitantes de la Estación.

—Se identificó como Dustin Loman, y afirma que sabe quién mató a los Rowland y por qué.

—Danos un par de minutos, y que un agente lo acompañe hasta el departamento de investigaciones, para que declare.

—Sí, señor.

Los detectives se apresuraron en llegar hasta sus mesas de trabajo y prepararse para la entrevista con el testigo. A Josh lo carcomía la impaciencia. Quería resolver el caso Rowland lo antes posible, porque necesitaba disponer de tiempo para continuar buscando a su hermano. Si el FBI creía que una amenaza lo iba a detener, se llevarían una sorpresa.

—¿Quieres quedarte quieto? —lo increpó Cody—. Parece que tuvieras hormigas en los pantalones.

—Lo lamento —Bradbury hizo un esfuerzo por dominarse y se enderezó en el asiento—. ¿Crees que este testigo tenga la información que dice?

—Lo sabremos pronto.

Apenas habían encendido los ordenadores y se preparaban para la entrevista, cuando un agente se presentó con un hombre de mediana edad, vestido con un traje oscuro y una corbata sobria. Saludó a los detectives estrechando sus manos y presentándose.

—Mi nombre es Dustin Loman, soy el gerente del North Bank of New York, en Brooklyn, y vivo en la misma calle donde asesinaron a los Rowland.

—¿Los conocía?

—Solo de vista. En ocasiones nos cruzábamos e intercambiábamos saludos, pero no llegamos a entablar una amistad.

—El agente de la recepción nos dijo que usted dispone de información importante acerca del asesinato de Matthew y Emma Rowland —precisó Cody.

Loman respondió con un asentimiento. Ryan lo invitó a sentarse con un gesto, al mismo tiempo que él ocupaba su propia silla. Josh observó al testigo en silencio con gesto distraído, mientras permanecía recostado, con el respaldo de la silla echado hacia atrás.

—Muy bien, señor Loman. Tal vez quiera explicarnos qué es lo que usted sabe acerca de este asunto.

Dustin se aflojó un poco la corbata antes de hablar:

—Como ya les mencioné, soy el gerente de una agencia bancaria en Brooklyn. Hace algunos meses, el Banco para el cual trabajo cambió sus políticas crediticias, y endureció los criterios de selectividad. Eso significó rechazar muchas de las solicitudes de préstamo, que en condiciones normales se hubieran concedido. Como era de esperarse, estos clientes no quedaron muy contentos…

—Al parecer, sus jefes lo pusieron en un disparadero —sentenció Josh.

Loman se encogió de hombros.

—Supongo que es parte de mi trabajo. La Junta Directiva toma las decisiones, pero somos los gerentes quiénes damos la cara frente a nuestros clientes.

—Es una situación desagradable, señor Loman —opinó Cody—, pero todavía no nos dice por qué está aquí.

—Muy bien, iré al grano. Casi todos los clientes a quiénes les negamos el crédito se enfadaron mucho, cerraron sus cuentas y se marcharon a otros bancos.

—Estaban en su derecho, ¿no cree?

—Por supuesto, pero no todos reaccionaron igual. Uno de ellos, Don Ranieri, se presentó en el Banco y me amenazó. Tuve que llamar a Seguridad para evitar que me agrediera… No es por excusarlo, pero se encuentra en una situación muy difícil. Su negocio está en quiebra, no puede pagar la hipoteca de su casa, y tiene una deuda de varios meses en la Residencia para Ancianos donde se aloja su madre. Le advirtieron que la echarían si no se ponía al día con los pagos. Es posible que ya lo hayan hecho.

—Así que al negarle el crédito, le hundieron la vida —precisó Bradbury.

—Eso me temo. Don no acepta que la decisión no depende de mí, y que no puedo hacer nada por ayudarlo.

—¿El señor Ranieri se presentó armado? —preguntó Cody.

—No. El día que le llegó la carta de rechazo del Banco, vino a mi oficina con actitud agresiva, me cogió por el cuello de la camisa y parecía dispuesto a golpearme. No llegó a hacerlo porque los vigilantes se lo impidieron y lo sacaron a rastras de la agencia. Tal vez debí llamar a la Policía en ese momento, pero si le soy honesto, me condolí de su situación.

—Han pasado varias semanas —precisó Ryan—. Si no lo denunció en su momento, ¿por qué lo hace ahora?

—La semana pasada recibí una llamada amenazante en mi casa, a medianoche. La persona no se identificó, pero era la voz de un hombre. Me dijo que era una sanguijuela, y que tendría que pagar por lo que había hecho.

—¿Era la voz de Ranieri?

—Es posible, pero no podría jurarlo, aun cuando la escuché muchas veces.

Los detectives intercambiaron una mirada.

—¿Quiere decir que grabó la llamada?

—Es frecuente que reciba instrucciones detalladas relacionadas con mi trabajo por vía telefónica, así que tengo mis teléfonos programados para que comiencen a grabar en cuanto se establece una comunicación. Quiénes me conocen, ya lo saben.

—Pero el señor Ranieri no estaba al tanto de esa información,

Loman sacudió la cabeza.

—Nuestros encuentros cuando era mi cliente siempre fueron en persona, así que nunca tuve que advertirle que lo estaba

grabando.

Josh tomó la palabra:

—Usted reconoció que hubo muchos clientes enfadados por esas nuevas restricciones de su Banco —Loman asintió—. Si no reconoció la voz de Ranieri, ¿por qué sospecha de él?

—Hay algo que todavía no les he dicho acerca de Don… En su juventud estuvo relacionado con personas poco recomendables…

—¿Qué tipo de personas?

—Era amigo de Anthony Pavone.

Josh dio un respingo y tensó todos los músculos de la espalda y el cuello.

—¿Sería posible que nos diera acceso a esa grabación? —preguntó Bradbury con interés.

Loman sacó un pequeño lápiz de memoria del bolsillo de su chaqueta.

—Por supuesto, aquí la tienen.

Cody cogió el pincho, lo metió en una bolsa de pruebas y lo rotuló. Luego escribió una nota, llamó a uno de los agentes, y le pidió que lo llevara al Laboratorio, y se lo entregara al jefe Ellison.

—Investigaremos quién hizo la llamada —le prometió Cody —. Sin embargo, usted le dijo al agente de la recepción que tenía información sobre el asesinato de los Rowland. Todavía no comprendo qué relación tiene lo que nos contó, con la investigación que llevamos. ¿Por qué pidió hablar con nosotros, señor Loman?

—Como ya les dije, al principio no tomé en serio las amenazas de Ranieri, pero me preocupé cuando vi la noticia del asesinato de los Rowland en la televisión. He pensado mucho en ello, y cada vez estoy más seguro de que ese crimen podría estar relacionado con el incidente que les estoy relatando.

Josh frunció el ceño.

—¿Por qué? ¿Qué tienen que ver los Rowland con usted o con Ranieri? ¿Acaso Matthew era prestamista o algo así?

—Por supuesto que no. Hasta dónde sé, los Rowland eran ciudadanos normales respetuosos de la Ley.

—Entonces, ¿cuál es la relación? —insistió Cody.

—Es que todavía no se los explico… Por algún error informático, cuando se busca mi dirección en Internet, el programa satelital señala la casa de los Rowland.

Cody y Josh intercambiaron una mirada. Ryan se apresuró a abrir la plataforma satelital, preguntarle la dirección a Loman, y

teclearla en el ordenador. Su hermano ya estaba inclinado sobre su hombro, sin perder de vista la pantalla. Entonces, comprobaron que el testigo decía la verdad, y en la mirada que intercambiaron, se preguntaron en silencio si el crimen contra los Rowland se trataba de una fatídica confusión de identidad.

Capítulo 23

Después de que Loman firmó la declaración para el expediente, los detectives le prometieron que pasarían un memorándum para proporcionarle seguridad, hasta que se aclarara el origen de la llamada amenazante.

Una vez que el gerente se marchó, Josh se apresuró a incluir a Ranieri en la lista de sospechosos. Luego trazó una línea colateral y anotó el nombre de Pavone.

—¿No te estás apresurando en llegar a conclusiones? —le advirtió Cody—. Todavía no tenemos ninguna evidencia de que Pavone tenga algo que ver.

—Te lo concedo, pero sabes que el buen Anthony está metido en cuanto negocio sucio existe en esta ciudad. Si su nombre surgió en forma espontánea durante la investigación, no debemos ignorarlo.

Ryan suspiró, lo pensó por un momento y sacudió la cabeza.

—No lo veo, Josh.

—Vamos, Cody. Sabes que Pavone sería capaz de ejecutar a su propia madre, si eso lo beneficia.

—Tú lo has dicho, «si eso lo beneficia», pero no soy capaz de comprender qué ganaría con la muerte de los Rowland. No creo que se involucre en un asesinato, solo para satisfacer las ansias de venganza de una tercera persona. Por muy amigo que sea.

Josh se quedó mirando la pizarra con el rotulador en la mano, sin disimular su decepción.

—¡Maldita sea! Detesto reconocerlo, pero tienes razón. Sin embargo, no sabemos lo suficiente de los Rowland como para descartar que tuvieran alguna conexión con Pavone. Solo te pido

que no lo perdamos de vista.

Cody cogió aire antes de responder.

—No seas obcecado, Josh. Ya investigamos los negocios de Matthew y las actividades de Emma. En ningún caso encontramos nada turbio que se relacione con la mafia. Sé que es tentador ir a por Pavone, pero su relación con este caso es muy tangencial. Si es que existe alguna relación.

A regañadientes, Josh borró el nombre del mafioso.

—De acuerdo, nos limitaremos a investigar a Ranieri. ¿Qué opinas de la teoría que plantea la declaración del gerente?

Ryan dejó escapar el aire en un suspiro y cruzó los brazos.

—Un asesinato por confusión de identidad… No lo veo tan claro… Si suponemos por un momento que Ranieri es el asesino, tendríamos que considerar que conocía bien a su objetivo. Pudo confundir la casa, pero no a las víctimas.

—¿Y si lo comprendió demasiado tarde?

—¿A qué te refieres?

—Digamos que Ranieri busca la dirección de Loman y llega por error a la casa de los Rowland… Entra con el rifle y encuentra primero a Emma. Pudo asumir que se trataba de la mujer de Loman y dispararle. Cuando aparece Matthew atraído por la detonación, Ranieri habría comprendido su error, pero ya sería demasiado tarde… Asesinó a una persona y hay un testigo, así que le dispara también al señor Rowland y sale de allí. No pudo concretar su venganza, pero es difícil que alguien lo relacione con el doble asesinato. Eso explicaría lo desconcertante que está resultando este caso.

Cody lo pensó por un momento y sacudió la cabeza.

—Demasiado enrevesado. Además, te olvidaste de explicar un detalle importante: El rifle. Recuerda que el asesino usó el rifle de James. ¿Cómo llegó a manos de Ranieri? Según tu teoría, ni siquiera sabría de la existencia de los Rowland.

—¿Y si estamos equivocados con respecto al arma? —insistió Josh—. Llegamos a la conclusión de que el rifle que se usó fue el de James porque coincide el calibre y hay huellas de guantes en el estuche de dónde lo sustrajeron, pero no hay ninguna prueba balística que lo compruebe.

—¿Sugieres existe un segundo rifle del mismo calibre involucrado?

—¿Por qué no? Es un arma muy común entre deportistas y

cazadores. Quizá el robo del rifle de James tenga otra explicación.

—Creo que te estás yendo por las ramas —opinó Cody.

—Así que según tú, debemos olvidarnos de Ranieri.

—No es eso lo que dije. Si su nombre surgió en forma espontánea, nuestro deber es investigarlo, pero eso no significa que nos olvidemos del resto de los sospechosos. Sigo pensando que debemos centrarnos en James, Peter y Phillip.

—¿Qué sugieres entonces?

—Para empezar, solicitemos una citación para interrogar al señor Ranieri. Tenemos el registro de la amenaza, así que después de que grabemos la entrevista, el Laboratorio de Criminalística podrá hacer una comparación de las voces, y confirmarnos si fue él quien llamó a Loman para amenazarle.

Josh asintió.

—De acuerdo, ¿qué más?

—Si se confirma que él hizo esa llamada, podremos procesarlo por acoso. De ese modo, garantizaremos su seguridad al señor Loman.

—¿Y con respecto a los Rowland?

—Espero que para entonces tengamos más clara la situación con respecto a los demás sospechosos. Si es necesario, corregiremos el rumbo de la investigación.

Josh centró la mirada en la pizarra, mientras meditaba acerca de la estrategia que planteó su compañero.

—Me parece razonable.

Ryan dejó escapar un suspiro de alivio, y levantó el auricular del teléfono de su mesa.

—Muy bien, en ese caso, lo primero será hablar con Keen para que cite a Ranieri a declarar.

Después de una corta conversación con la fiscal, en la cual le explicó la situación y lo que querían, Cody colgó y miró a su hermano.

—Ya está. Natalie se encargará de los trámites burocráticos y legales para que interroguemos a Ranieri.

—En ese caso, debemos prepararnos. Ocúpate tú de sus antecedentes. Yo indagaré en sus finanzas y su vida personal.

Sin más discusión, ambos policías se pusieron manos a la obra. Josh comenzó por solicitar información a la Agencia Tributaria acerca del nuevo sospechoso. También indagaría si existían registros de propiedad y empresariales a nombre de

Ranieri. La investigación de sus cuentas bancarias tendría que esperar a que tuvieran algo más concreto contra él, pues para acceder a esa información necesitarían la orden de un juez. Y con lo que tenían hasta ese momento, ningún jurista se las daría.

Una media hora después de centrarse en sus ordenadores, Cody llamó la atención de su hermano.

—¿Cómo vas?

—Más o menos. Todavía espero un par de respuestas, pero por lo que he visto hasta ahora, Ranieri tiene peor suerte que «el coyote». O es un evasor profesional o sus negocios van de mal en peor. Su declaración se ha reducido un siete por ciento cada año, durante los últimos cinco años.

—Coincide con lo que nos contó Loman.

Josh asintió.

—Lo reconozco, pero estaré más seguro cuando pueda ver sus saldos bancarios. ¿Y tú? ¿Encontraste algún antecedente?

—Sí, pero no creo que nos sirva de mucho. Lo arrestaron a los dieciséis años por vandalismo. Como era su primera falta, solo lo condenaron a una multa y trabajo comunitario por seis meses.

—¿En qué consistió el vandalismo?

—Le lanzó una piedra a la vidriera de una tienda y la rompió. Minutos antes había tenido una discusión subida de tono con el dueño.

—Así que es agresivo, y le gusta desquitarse.

—No nos apresuremos, Josh. Era un adolescente, eso fue hace casi veinte años, y desde entonces su expediente está limpio.

—Es posible que aprendiera la lección —reconoció Bradbury —, pero también pudo aprender a tirar la piedra y esconder la mano. Nunca mejor dicho.

El timbre del móvil de Cody acabó con la discusión. En la pantalla apareció la insignia del CSI de Nueva York, así que Ryan activó los altavoces. Ambos detectives prestaron atención al escuchar la voz de Ellison. El jefe de Criminalística no los llamaría, si no tuviera algún descubrimiento importante que informar.

—Ryan, me alegra que respondieras tan pronto. ¿Dónde estás?

—En la Estación.

—¿Bradbury está contigo?

—Sí, Harry.

—De acuerdo. Tengo información importante para vosotros.

Estoy seguro de que nuestro descubrimiento os conducirá por el camino correcto.

Capítulo 24

Los gemelos tensaron los músculos de la espalda al escuchar las palabras del jefe Ellison.

—Adelante, Harry —lo animó Cody.

—De acuerdo. El mérito es de Frank, nuestro perito informático… La señora Rowland se encontraba trabajando en el ordenador cuando recibió el disparo. Por suerte para vosotros, al momento de morir presionó una tecla…

—¿Por suerte para nosotros? —lo interrumpió Josh, con impaciencia.

—Es lo que dije. Gracias a ese hecho fortuito, Frank pudo determinar la hora exacta en que ocurrió el deceso.

Los gemelos intercambiaron una mirada, y cada uno vio su propia expresión de sorpresa en el rostro del otro.

—Harry, ¿lo que nos estás diciendo es que determinasteis la hora del crimen?

—Ni más ni menos.

—Es grandioso, jefe —intervino Josh, con entusiasmo—. Por fin podremos establecer las coartadas de los sospechosos.

—Por eso os llamé de inmediato. Emma Rowland murió el viernes a las cinco y cuarenta y dos de la tarde.

De inmediato, Bradbury anotó el dato en la pizarra del caso. Ryan le agradeció la información a Ellison y terminó la llamada. Luego centró su atención en Josh, quién tenía desplegada una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa, Cody? Por fin vamos a poder resolver este condenado caso.

—Sin duda alguna, es un paso gigante en la investigación,

pero no perdamos el norte, Josh. Todavía tenemos mucho trabajo por delante.

—Pero por fin podremos establecer coartadas y descartar sospechosos.

—¿Y qué esperamos? Ocúpate tú de averiguar dónde estuvieron Hansen, Alberici y Phillip. A Ranieri se lo preguntaremos durante el interrogatorio. Yo me ocuparé de James, Peter, y Diana.

—¿Diana?

—¿Por qué no? Que sea mujer no la incapacita para usar un rifle 22. Después de todo, tendría el mismo motivo que James y Peter: el dinero.

Bradbury asintió.

—Tienes razón.

Ambos policías se sentaron frente a sus correspondientes escritorios. Usaron los teléfonos de la Estación para llamar a los sospechosos, y precisar sus coartadas. De esa forma, las conversaciones quedarían grabadas. Después de localizar a cada una de las personas de la lista, les interrogaron acerca de sus movimientos en el momento del crimen, y tomaron nota. Una hora después, Bradbury concluyó su parte de la tarea y se estiró como un gato, mientras Ryan hacía las preguntas finales de su última entrevista.

Josh se levantó de su asiento para estirar las piernas, y salió al pasillo. Cuando Cody colgó, encontró a su hermano frente a él, ofreciéndole un vaso de café.

—Con leche y sin azúcar —dijo Josh.

—Gracias.

—¿Hubo suerte? ¿Pudiste descartar a alguien? ¿Tenemos sospechosos sin coartada?

Cody se levantó de su silla, cogió un rotulador y se lo entregó a su hermano.

—Hagámoslo en orden. Comienza tú.

Josh cogió el rotulador y comenzó a escribir debajo del nombre de cada sospechoso.

—De acuerdo, comencemos por Marcus Hansen: el viernes por la tarde estuvo reunido con su oficial de libertad condicional, desde las cuatro treinta hasta las seis.

—Uno menos —sentenció Cody—. Si he visto coartadas sólidas, esta es una de ellas. ¿Lo corroboraste con el oficial?

—Por supuesto. ¿Por quién me tomas?

—En ese caso, creo que podemos sacar a Hansen de la lista de los sospechosos. ¿Quién más?

—Gardyner estuvo trabajando en su oficina, en el Refugio. Su secretaria confirma que llegó a las tres de la tarde, y se marchó a las seis.

—De acuerdo.

—Phillip pasó la tarde en el cine. Conserva el tique, así que puede probarlo.

—¿Qué película vio y dónde?

—*«The devil all the time»* , en un cinema de la Quinta Avenida. Ya comprobé con ellos que esa película formó parte de la cartelera del viernes.

—¿Alguien lo acompañó?

—No. Phillip reconoció que no tiene muchos amigos ni es popular entre las chicas. Es aficionado al cine, así que suele ir solo.

Ryan se quedó pensando por unos segundos.

—No es un comportamiento habitual en un chico de esa edad.

—Tal vez influya su problema. No debe ser fácil mantener una vida social activa si eres cleptómano.

Cody se encogió de hombros.

—Es cierto, pero hay algo más que debemos tener en cuenta: si fue al cine sin compañía, nada impide que saliera de la sala en cuanto apagaron las luces. Habría tenido tiempo suficiente para llegar hasta la casa de sus abuelos, asesinarlos, y regresar antes de que terminara la película. Nadie lo habría notado.

—Ya lo pensé —reconoció Josh, al mismo tiempo que escribía un signo de interrogación junto a la coartada—. Requeriría de una enorme sangre fría, pero es posible.

—Todavía no podemos descartarlo como sospechoso.

—De acuerdo —Josh miró la pizarra y señaló otro de los nombres escritos en ella—. Alberici. Tommy pasó la tarde del viernes pintando carteles de protesta. No estuvo solo. Media docena de compañeros lo ayudaron con la tarea.
Hablé con dos de ellos, y lo confirmaron.

—En ese caso, tendremos que descartarlo. Un testigo puede mentir sobre algo así, pero media docena… Es una coartada sólida.

—Estoy de acuerdo. ¿Qué averiguaste tú?

Cody dejó escapar el aire como si se desinflara, y cogió la libreta donde había escrito algunas notas.

—Comencemos por James. Afirma que pasó la mañana trabajando desde su ordenador. Al mediodía se fue a casa de un amigo que vive en Walton Street… Thomas Ryley. Estuvo ayudándole a echar la lechada del baño hasta las cinco treinta de la tarde. Era su aniversario de boda, así que se detuvo en una tienda de Atlantic Avenue para comprarle un ramo de flores a su esposa. Me ofreció entregarnos el tique de compra como prueba.

Josh enarcó las cejas.

—¿Es muy previsor o sabía que necesitaría una coartada?

—Supongo que es uno de los detalles que tendremos que determinar.

—¿Qué hizo después de las seis?

—Se fue a casa, se dio una ducha, y se cambió de ropa. A las ocho, él y su esposa se reunieron con otra pareja en un restaurante de Manhatan para celebrar su aniversario de boda.

Josh llenó sus pulmones de aire.

—No quisiera tener que admitirlo, pero también es una buena coartada. ¿Qué me dices sobre Green?

—Repitió la historia que nos contó cuando lo interrogamos en su casa: según él, pasó la tarde del viernes bebiendo unas cervezas en la casa de un amigo.

—¿Lo comprobaste?

Cody asintió.

—Hablé con él y confirmó la reunión en su casa.

—Entonces, ¿por qué no pareces convencido?

—Porque presiento que me mintió. La misma impresión que tú tuviste cuando hablamos con Peter.

—Tal vez si preguntamos en el barrio, podamos comprobar si alguien vio a Green esa tarde.

—Buena idea.

—¿Y qué me dices sobre Diana?

—A la hora del crimen, la señora Green estuvo comprando en una tienda de víveres, a dos manzanas de su casa. Según ella, llegó a las cinco y quince y salió hacia las cinco y cuarenta y cinco.

—Tendremos que pedir las grabaciones de seguridad de la tienda. Si dice la verdad, podremos descartarla como sospechosa.

Una voz conocida sacó a los policías de sus reflexiones.

—Lamento interrumpiros —dijo Keen—, pero debo avisaros que el señor Don Ranieri está citado para las tres en punto.

Josh consultó el reloj.

—Perfecto. Tenemos algunas preguntas para él.

—Si os dais prisa, tendréis tiempo de comer algo antes de que llegue —les sugirió Natalie, y se volvió para regresar a su oficina.

Antes de que los policías tuvieran la oportunidad de decidir acerca del consejo de la fiscal, el teléfono de Josh comenzó a sonar con insistencia. En esta ocasión, la pantalla mostró la insignia del FBI.

Capítulo 25

Josh comprendió quién lo llamaba, así que respondió y activó los altavoces. La agente del FBI no se entretuvo en saludos de cortesía.

—Detective Bradbury. Quiero que usted y su hermano se presenten aquí de inmediato.

—Tenía entendido que nos querían fuera de la investigación —se regodeó Josh—. ¿Qué ocurre? ¿Comprendieron que necesitan nuestra ayuda para resolver el caso?

—No sea presuntuoso, detective. Ustedes interfirieron en un asunto federal, y como resultado hubo un doble homicidio. Una de las víctimas era persona de interés para la Agencia. Lo menos que pueden hacer usted y su hermano es colaborar, y responder a nuestras preguntas.

—Estamos en medio de una investigación —protestó Cody—. No disponemos de tiempo para ayudar a los federales.

Carpenter respondió en tono cortante:

—Tendrían que haberlo pensado mejor antes de inmiscuirse en un asunto que no les correspondía. Será mejor que vengan ahora mismo al teatro *Downtown* . Mis superiores no creen que su intervención sea fortuita. Están convencidos de que ambos trabajan para Spardise, y que la intención de sus indagaciones era colaborar en el asesinato de Nohrtrop. Quieren citarlos a declarar en la Agencia. Les aseguro que si eso ocurre, el sarcasmo no les servirá de nada. Como poco, sería el fin de sus carreras. Lo más probable es que terminen enfrentando cargos federales.

La agente cortó la llamada sin darles oportunidad de replicar.

—Es un farol —dijo Bradbury, y enseguida comprendió que trataba de convencerse a sí mismo.

—No estoy tan seguro, Josh. No creo que los federales pierdan el tiempo con faroles. Me temo que estamos metidos en un grave problema. Lo mejor será seguir las instrucciones de Carpenter. Tengo la impresión de que está de nuestro lado.

—¿Y qué hacemos con Ranieri?

—Todavía disponemos de tres horas hasta que llegue. Sacrificaremos el almuerzo.

Josh asintió. Aunque no quería reconocerlo, la llamada de la agente del FBI lo dejó preocupado. Después de apagar los ordenadores, los gemelos salieron de la Estación, y subieron al Ford Focus de Cody para desplazarse hasta Broadway. Llegaron en cuarenta y cinco minutos.

El cordón policial que rodeaba la escena del crimen obligó a los gemelos a aparcar a manzana y media del teatro. En la medida en que se acercaban, los viandantes eran sustituidos por curiosos que se agolpaban alrededor del perímetro. Media docena de agentes vigilaban que ninguno cruzara la cinta de seguridad. Los coches oficiales aparcados al frente no mostraban la insignia de la policía de Nueva York. En su lugar había dos camionetas negras sin identificación oficial, y una furgoneta del mismo color con un escudo a cada lado. El FBI ya había tomado el control.

Los detectives mostraron sus identificaciones a uno de los agentes que vigilaba el cordón de seguridad.

—Los esperan —fueron las escuetas palabras del policía, quién levantó la cinta para permitirles pasar por debajo, después de señalarles la puerta por la que podían entrar.

A pesar de estar en plena Avenida Broadway, el teatro no era muy impresionante. La puerta principal estaba cerrada, así que accederían por la de los artistas. Otro agente hacía guardia junto a ella, reforzando la seguridad.

Ryan y Bradbury le mostraron sus correspondientes identificaciones. El agente los miró con el ceño fruncido y les indicó que lo siguieran.

El olor a madera húmeda alcanzó a los detectives en cuanto cruzaron la puerta, pero en la medida en que se acercaban a los camerinos, lo sustituyeron los aromas a perfume y maquillaje. Los pasos de los policías resonaron en los pasillos vacíos. Sin decir una palabra, el agente los condujo hasta una oficina, les señaló la puerta y regresó a su puesto de vigilancia.

Los gemelos intercambiaron una mirada antes de acercarse a

la escena del crimen. Sabían lo que encontrarían, y Josh anticipó una experiencia desagradable.

El cadáver de su padre biológico permanecía en la silla detrás del escritorio. Solo era visible el cabello abundante y blanco. Después del disparo que le atravesó el pecho, cayó hacia adelante con la cabeza apoyada en la mesa y los brazos a lo largo del cuerpo, en una postura que le hubiera resultado muy incómoda, de haber estado vivo. Los rasgos de Nohrtrop no eran visibles. Junto a la silla para visitantes había una mujer que rondaba la cincuentena: Roxanne. Después de recibir el disparo en la nuca, su cuerpo se deslizó a un lado y quedó tendido en el suelo. Una capa gruesa de maquillaje disimulaba sus arrugas, y tenía el cabello teñido de rubio. La muerte los sorprendió compartiendo un vaso de wiski.

A un lado del escritorio, Judy Carpenter conversaba con dos hombres en trajes oscuros. En cuanto los policías cruzaron el umbral, los tres fijaron su atención en ellos. Los dos hombres fruncieron el ceño, y Carpenter se apresuró a intervenir.

—Yo me ocuparé.

A los colegas de Judy no pareció gustarles la idea, pero salieron sin discutir. Cuando pasaron junto a Cody y Josh, ambos les dedicaron una mirada que hubiera puesto a temblar a cualquier ciudadano normal, pero no a dos policías curtidos en las calles.

—¿Por qué nos hizo venir? —preguntó Josh, sin poder contenerse.

—Como es evidente, necesitamos hablar con ustedes, detective…

—Soy Bradbury, él es Ryan —precisó Josh. Algunas veces olvidaba que los demás no podían diferenciarlos a él y su compañero.

—Como le decía, queremos que nos informen de todo lo que saben. Es evidente que sus indagaciones causaron inquietud en Spardise, y por eso decidieron silenciar a Nohrtrop.

—Así que están seguros de que Spardise está detrás de estos asesinatos.

—Sin duda alguna.

—¿Tienen idea de quién ejecutó los crímenes? —preguntó Josh—. Hartell está muerto y su nieto en prisión. Estaba seguro de que la organización había perdido a sus sicarios.

—Spardise es más grande y poderosa de lo que creímos en un principio. Hartell y su nieto no eran los únicos asesinos a su

disposición. Sabemos que un sujeto mucho más peligroso ocupó su lugar. Sospechamos que él se ocupó de este encargo. Es su estilo.

—¿Encontraron alguna pista?

—Lo único que sabemos es que poco antes de terminar la última función de la noche, Roxanne Frost se presentó aquí y exigió hablar con Nohrtrop de inmediato. El ayudante de Richard dice que ella traía un volante con una fotografía en la mano, y que él se puso muy nervioso cuando lo vio. El empleado comprendió que se trataba de un asunto personal y se marchó.

—Es probable que su discreción le salvara la vida —opinó Cody.

—Llegamos a la misma conclusión. Ya terminamos la revisión de la escena del crimen, y el volante no aparece por ninguna parte. Estamos seguros de que se trató del mismo que ustedes repartieron por todo Broadway, y por eso están aquí. Queremos que nos entreguen un ejemplar de ese volante.

Cody sacudió la cabeza.

—Los distribuimos todos.

Josh metió la mano en el bolsillo de la chaqueta y sacó un papel doblado.

—Conservé este. Antes de que Roxanne se pusiera en contacto conmigo, tenía la intención de mostrarlo en los teatros de los alrededores de la Avenida Broadway.

Judy cogió el volante y lo ojeó, sin prestarle mucha atención.

—¿Roxanne se puso en contacto con usted?

Bradbury le relató a la agente los acontecimientos de los últimos días, desde que visitó a su tía en Catalina, hasta que Frost lo contactó la noche anterior. Después de tomarse unos segundos para pensarlo, Carpenter les dio su opinión.

—Es probable que Roxanne supiera más acerca de Richard y todo este asunto de lo que le convenía. Tal vez su intención era extorsionar a su viejo amigo, condicionando la información que les revelaría a ustedes. Por eso vino hasta aquí para presionarlo. Eso explicaría el nerviosismo de Nohrtrop cuando vio el volante.

—Lo que no comprendo es qué relación tiene este encuentro con su asesinato —reconoció Cody—. ¿Cómo supieron los de Spardise que Nohrtrop estaba bajo investigación?

—Es aquí donde la intervención de ustedes arruinó nuestro trabajo. Identificamos a Nohrtrop como uno de los esbirros al servicio de Spardise hace algunas semanas, y lo pusimos bajo

vigilancia con mucho sigilo. Esperábamos que nos condujera hasta sus actuales jefes. Entonces llegaron ustedes con sus volantes, y repartieron su fotografía con Haylie por todo Broadway. Fue lo mismo que pintarle un blanco en la espalda. Se convirtió en un peligro para su organización y lo eliminaron. Roxanne solo fue un daño colateral.

—*¡Shit!* —exclamó Josh.

—¿Ahora comprenden cuál es el cabreo de mis superiores y mis compañeros? Si estuviéramos en la Edad Media, ustedes dos habrían terminado en la picota.

—Todo lo que queríamos era encontrar a nuestro hermano —se justificó Josh.

—Pues les quedó bordado. Le permitieron a Spardise identificar cuál era el hilo por el que se podía ir el tejido, y cortarlo de raíz.

—¿Qué podemos hacer para ayudar? —preguntó Cody—. Somos los más interesados en que la investigación llegue a buen término.

—Lo más importante es que no vuelvan a interferir. En lo personal, comprendo sus motivaciones, pero cada vez me resulta más difícil justificarlas. Si vuelven a recibir cualquier información con respecto a Haylie o Spardise, comuníquense conmigo. Yo me haré cargo y les informaré de lo que pueda al respecto.

Josh frunció el ceño.

—Se trata de nuestra madre, nuestro hermano, y el cadáver en esa silla es el de nuestro padre… ¡No pretenderán que demos un paso a un lado y dejemos el asunto en manos de la Agencia!

Carpenter envaró la espalda.

—Es justo lo que pretendo, detective Bradbury. Este es un caso federal, que escapa de la jurisdicción del Departamento de Policía de Nueva York, el que por cierto, no tiene idea de sus actividades con respecto a este asunto. Su intervención es extraoficial, lo cual la hace todavía más inapropiada.

—Pero…

—Señor Bradbury, tiene frente a usted el resultado de su terquedad. Dos personas muertas, de las cuales, una era un testigo clave, y la otra era inocente. Así que se lo diré más claro: bajo ninguna excusa volverán a intervenir en este asunto. Si reciben cualquier información relacionada con su familia biológica, me lo harán saber enseguida. En caso de persistir en su actitud, ambos

serán acusados de obstrucción por interferir en un caso del FBI. Y créame que ya tenemos suficientes argumentos y evidencias para enviarlos a una prisión federal por algunos años.

Josh iba a responder, pero una mirada fulminante de su hermano lo hizo callar. Cody tomó la palabra.

—Lamentamos mucho que nuestra investigación tuviera este resultado, agente Carpenter. Puede tener la seguridad de que colaboraremos en lo que nos sea posible, y no volveremos a interferir.

—De acuerdo, en ese caso, haré lo posible por calmar los ánimos de mis compañeros y mis superiores, para que les den una oportunidad y no actúen contra ustedes.

Josh miró a una y otra pared, como si tratara de encontrar algo que no veía. Llenó sus pulmones de aire y lo dejó salir en un bufido.

—Agente Carpenter: Si su intención era hacernos sentir culpables, le aseguro que conmigo lo consiguió. Sus amenazas no me asustan, pero le prometo que me mantendré al margen para no poner en riesgo la vida de más personas, bien sean inocentes como Roxanne o culpables como Richard. Solo le pido que al menos, nos diga lo que sabe acerca de este asesinato. A fin de cuentas, Richard Nohrtrop era nuestro padre.

Capítulo 26

La agente Carpenter se quedó en silencio por algunos segundos. Luego de considerar sus opciones, asintió.

—De acuerdo, compartiré lo que tenemos hasta ahora con ustedes, pero no porque les asista ningún derecho, sino porque de esa forma les será más fácil colaborar.

Josh iba a protestar, pero el fruncimiento de ceño que le dedicó su hermano lo disuadió. Cody llenó sus pulmones de aire y dejó escapar la respuesta en un suspiro.

—Lo comprendemos y lo aceptamos.

—Muy bien, si todo está claro, les informaré lo que sabemos: El asesino consiguió entrar con facilidad en el teatro cuando ya estaba cerrado, así que debió usar ganzúas o una llave maestra. Tendremos que esperar los resultados del laboratorio para saberlo. Se llevó los casquillos, así que aún no disponemos de información acerca del tipo de arma o el calibre. Lo determinaremos cuando recibamos los resultados de balística. Otro dato interesante es que nadie escuchó el disparo, así que es muy probable que usara un silenciador.

—¿No están llegando a conclusiones apresuradas? —protestó Cody—. No se trata de una zona residencial. Si el asesino cometió el crimen cuando todos los teatros estaban cerrados, tal vez ya no había nadie cerca que pudiera escuchar las detonaciones.

Judy sacudió la cabeza.

—Por supuesto que tendremos la certeza cuando se determine la hora de la muerte, pero esto es Broadway, detective. Aquí la noche no termina. Le aseguro que dos disparos no habrían pasado desapercibidos. Además, no es el primer asesinato que se

relaciona con Spardise, y cuya víctima pertenece al mundo del espectáculo. Me temo que ya conocemos otros casos similares. Hace dos semanas, sus colegas de Manhatan recibieron el aviso del hallazgo de un cadáver en un apartamento de la Quinta Avenida. Se trataba de un productor de Broadway de apellido Ryder.

—¿Relacionado con Spardise? —preguntó Josh.

Carpenter asintió.

—Lo investigábamos por ese motivo, así que nos hicimos cargo después del asesinato.

—¿Por qué lo relacionan con este crimen? —preguntó Bradbury, al mismo tiempo que movía la mano en abanico para señalar los cadáveres de Richard y Roxanne.

—Por el *modus operandi* . Las dos escenas son muy parecidas, y no dejan duda de que estamos frente a un asesino profesional.

—¿Por qué?

—Usaron un arma de alto calibre con silenciador para asesinar a Ryder. El apartamento del productor tenía puerta de seguridad, pero no fue suficiente para detener al sicario, quién usó una ganzúa para entrar. La víctima recibió un disparo en el corazón mientras dormía.

Cody frunció el ceño.

—¿Están seguros? Abrir una puerta de seguridad con una ganzúa no es sencillo, a menos que lo haga un profesional con herramientas apropiadas.

—Es lo que sospechamos. Creímos haber desmantelado Spardise cuando arrestamos al Cazador y neutralizamos a los Hartell, pero me temo que estábamos muy equivocados. Si bien es cierto que la organización criminal recibió un fuerte revés, pronto comprendimos que estaba muy lejos de haber desaparecido. Las redes de tráfico de personas cambiaron de ubicación y estrategia, pero continuaron operando. Por otro lado, las personas que estaban involucradas y que eran susceptibles de ser descubiertas durante la investigación, comenzaron a aparecer muertas. No es necesario que les diga cuál era el *modus operandi* .

—Se trató del mismo asesino que estuvo aquí anoche —sentenció Cody—. Spardise contaba con un sustituto para los Hartell.

Judy asintió.

—Eso me temo.

Josh suspiró. Las palabras de Carpenter confirmaban sus

temores de que el asunto de la agencia de adopciones todavía estaba muy lejos de resolverse. Iba a hacer una pregunta, pero Cody se le adelantó.

—¿Encontraron algo sobre el asesino? ¿Saben quién es?

Judy se encogió de hombros.

—A pesar de que lo buscamos desde hace varias semanas, solo conocemos su apodo. Lo llaman el Ejecutor. Es mucho más hábil y astuto que los Hartell.

—¿Cómo averiguaron…?

—Cuando se enteraron de la muerte de Ryder, algunas personas que tuvieron contacto con Spardise comprendieron el peligro que corrían. Se acercaron a nosotros y declararon a cambio de protección.

—Entonces, la jugada le salió mal a la organización —opinó Josh—. Si arrojaron a los testigos en los brazos del FBI, significa que consiguieron el efecto contrario al que buscaban.

—Sí y no. Si bien es cierto que recibimos cierta información que no esperábamos, también debo reconocer que quiénes se nos acercaron no sabían lo suficiente. Se trataba de sujetos que estaban en la base de la pirámide. Los más comprometidos con la red se enfrentarían a condenas más severas, así que ninguno de ellos se entregó.

—Y entre esos podemos contar a Richard —sentenció Cody.

—Eso me temo. Por las declaraciones de estos «peones» supimos de la relación de Nohrtrop como reclutador de chicas embarazadas, durante los primeros años de la organización. Las enviaba directo al consultorio de Charles Pearson, quién a su vez derivaba hacia su clínica clandestina a aquellas que esperaban a más de un bebé. Cuando cerraron la clínica, el papel de Nohrtrop se volvió más macabro…

—¿Qué era lo que hacía?

—Identificaba a aquellas jóvenes que estaban solas, que tenían poco o ningún contacto con sus familias. Luego organizaba su secuestro, y las obligaba a escribir una nota de despedida. Debían decirle a sus amigos y compañeros de piso que regresaban a casa, porque Broadway no era lo que esperaban. De ese modo, se aseguraba de que nadie las echara de menos. Por supuesto que las jóvenes terminaban en una red de trata de blancas.

—¡Maldito hijo de…! —Josh se mordió los labios y expulsó el aire en un bufido—. Quizá el Ejecutor le hizo un favor al mundo,

después de todo.

Judy se le quedó mirando.

—Permítame recordarle que el asesino actuó para proteger a quiénes encabezan la organización criminal. Esperábamos que Nohrtrop nos condujera hasta sus jefes. Por eso lo eliminaron.

—No defiendo al Ejecutor —se justificó Bradbury—, pero tampoco voy a llorar por la muerte de este... sujeto.

Carpenter tensó los músculos.

—Supongo que no es necesario que les recuerde que toda esta información es confidencial, y que se las hice saber con el único objetivo de facilitar su colaboración en el caso. Si saben algo más que todavía no me hayan revelado, este es el momento de hablar.

Los gemelos intercambiaron una mirada. Cody fue quién respondió.

—Ya le contamos todo lo que sabemos.

—De acuerdo. A partir de ahora deben abstenerse de indagar nada que tenga relación con Spardise, y eso incluye a su familia biológica —Josh abrió la boca para protestar, pero una mirada de su hermano lo cortó en seco—. Sin embargo, soy consciente de que su relación consanguínea con Haylie y con el propio Nohrtrop, los ubica en una posición privilegiada para recibir información, aun sin buscarla…

—¿Adónde quiere llegar, agente?

—Si alguien descubre que son hijos de Haylie y les proporciona algún dato, si aparece ese hermano perdido o su tía recuerda algo más, se pondrán en contacto conmigo de inmediato, y me informarán con todo detalle.

Josh rechinó los dientes antes de hablar.

—Nos niega la posibilidad de buscar información acerca de nuestra propia familia biológica, pero quiere aprovechar nuestro parentesco con Haylie, en beneficio de sus propios intereses. ¿No le parece injusto, agente Carpenter?

Judy adoptó una postura erguida y un tono de voz autoritario.

—No sea impertinente, detective Bradbury. No se trata de mis intereses, y entérese de una vez, tampoco de los suyos. Se trata de desmantelar una organización criminal que lleva más de treinta y cinco años destruyendo las vidas de personas inocentes. Usted y su hermano lo saben mejor que nadie. Así que olvide su enorme ego

por un momento, y asuma esto como lo que es: un caso federal, en el cual usted, como detective del Departamento de Policía de Nueva York, no tiene jurisdicción.

—Nos ha quedado claro —afirmó Cody, mientras Josh se contenía, apretando los puños—. Este asunto es demasiado grande para nosotros. Le aseguro que si nos enteramos de algo, será la primera en saberlo.

Carpenter dio por buena la promesa de Cody, relajó los músculos y asintió. Les preguntó si querían ocuparse de los funerales de Nohrtrop después de que concluyera la autopsia. Ambos hermanos estuvieron de acuerdo: tal vez compartían el cincuenta por ciento del ADN de ese hombre, pero no tenían nada que ver con él.

Judy aceptó la decisión de los gemelos sin emitir ninguna opinión. Bradbury se preparó para recibir la orden de que se marcharan, pero la agente especial encaró a Josh, y cogió aire como si se preparara para un discurso:

—Ahora necesito que me hagan un favor. Aceptaré su propuesta con respecto a su padre adoptivo, detective Bradbury. Por eso quiero que sostenga una entrevista con él. Tal vez a usted le revele información que nos niega a nosotros. Sin embargo, deben tener claro que sin importar el resultado, ninguno de ustedes volverá a interferir en el caso Spardise.

Cody asintió, al mismo tiempo que Josh rechinaba los dientes.

—No quiere que intervengamos, pero al mismo tiempo nos pide ayuda. ¿A qué juega, agente Carpenter?

—No juego a nada, detective. Ya le di mis razones: Usted está en una situación privilegiada con respecto al Cazador, pero eso no significa que cedamos nuestra jurisdicción.

—Colaboraremos en lo que sea necesario y luego nos apartaremos a un lado —prometió Ryan.

—En ese caso, no perdamos el tiempo —dijo Judy.

—¿Ahora?

—No hay mejor momento que el presente.

Capítulo 27

Los detectives y Carpenter salieron del teatro Downtown, y se encaminaron a la sede del FBI en Broadway. Estaban bastante cerca, así que hicieron el recorrido a pie. Después de pasar los controles, la agente Carpenter los condujo hasta su oficina, y les ordenó que esperaran, mientras ella sostenía una conversación con sus superiores. Debió ser una discusión muy larga, pues pasaron más de treinta y cinco minutos hasta que regresó.

Ya trasladaron a Russell a la sala de interrogatorios. Reconozco que a mis jefes no les agrada la idea de su intervención, detective Bradbury, pero en vista del poco resultado que hemos tenido, aceptaron que lo intente.

Carpenter acompañó a los detectives hasta una habitación de vigilancia, desde donde se podía observar la sala de interrogatorios, y hacer una grabación de lo que allí ocurría. En ese momento, Russell se encontraba solo. No parecía nervioso ni preocupado, sino bastante dueño de la situación. Cody se quedó frente a las pantallas con Carpenter, mientras Josh acudía al encuentro de su padre adoptivo.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en el rostro de Russell cuando vio a su hijo.

—Vaya, me preguntaba cuándo te iban a traer. ¿O eres el otro?

—Soy Josh. ¿Me recuerdas? La última vez que tuve noticias tuyas, habías ordenado que me asesinaran.

—No seas quisquilloso, Josh. La orden no era contra ti, sino contra el otro… el que se quedó Ryan. Aunque conociéndote, debí imaginarme que eras tú quién estaba causando problemas en Nueva

York.

—¿Quién da las órdenes en Spardise? Después de tantos años de soberbia y prepotencia, resultaste una marioneta. ¿Quién mueve los hilos?

—No tengo por qué decirte nada. ¿Qué crees, que me conmueve que vinieras a visitarme? Pues lamento decepcionarte.

—Tú y Hartell asesinasteis a mi madre biológica. También me separaste de mis hermanos y trataste de matarme… Lo menos que me debes es responder a mis preguntas.

—No seas imbécil, no te debo nada. No tienes de qué quejarte. Jeanne y yo te dimos una vida de lujos y comodidades. Fuiste el más afortunado de los tres. El otro policía tuvo que crecer en un barrio miserable, y el tercero… bueno, eso es otra historia.

—¿Qué pasó con él? ¿Qué hicieron con el tercer hijo de Haylie?

—Estoy seguro de que no quieres saberlo.

—Necesito saberlo.

—Está muerto.

Josh sintió como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago.

—¿Lo asesinasteis?

—Claro que no. No era tan molesto como tú. De cualquier forma, qué importa ya. Sufrió un accidente hace cinco años.

—¿Qué tipo de accidente?

—¿Y cómo quieres que yo lo sepa? ¿Te interesa? Averígualo. Para eso eres policía, ¿no?

—Al menos, dime su nombre.

Russell dudó por unos momentos.

—Te lo diré, solo si te largas y me dejas en paz.

—No me iré hasta que me digas todo lo que sabes sobre Spardise.

—¿Me estás haciendo un pulso, mocoso? Les puedes confirmar a tus amiguitos del FBI que no conseguirán ninguna información de mi parte. ¿Quieres el nombre de tu hermano? Te lo diré si aceptas largarte de aquí y dejarme en paz.

Josh llenó sus pulmones de aire y miró a su alrededor como si buscara una respuesta de lo que tenía que hacer, hasta que por fin lo decidió.

—De acuerdo.

—Su nombre era Henry Eaton, y vivía en Boston.

Después de escuchar el nombre de su hermano perdido, Josh abandonó la sala de interrogatorios. Carpenter lo esperaba con el ceño fruncido.

—¿Esa es su idea de colaborar con nosotros? Esa información no nos sirve de nada.

Bradbury se encogió de hombros.

—Lo lamento, conozco bien a Russell. No dirá nada más. Les aconsejo que abran otras líneas de investigación.

—Ya veo que fue un error pedirle su colaboración. Será mejor que usted y el detective Ryan se alejen de todo lo relacionado con Spardise, y no vuelvan a interferir en nuestro trabajo.

Después de la corta discusión, los policías abandonaron la sede del FBI, recogieron el coche de Cody, y se encaminaron a la Estación. Para Josh resultó una experiencia incómoda. Hubiera preferido no volver a ver a su padre adoptivo, además de que la visita solo sirvió para acabar con cualquier esperanza de encontrar a su trillizo perdido.

Los detectives disponían del tiempo justo para llegar puntuales a la entrevista con Ranieri. Realizaron el trayecto en silencio. Bradbury experimentó una extraña sensación de irrealidad, acompañada de una mezcla de emociones difíciles de controlar. Descubrir que su hermano estaba muerto lo paralizó. Todos sus esfuerzos habían sido inútiles. Ya era demasiado tarde. ¿Henry habría dejado familia? Maldijo a Russell para sus adentros y se asqueó al pensar que en alguna ocasión llegó a llamarlo padre. Y, por si fuera poco, también tenía que afrontar la verdad acerca de su padre biológico. Desde que Josh descubrió su origen, tuvo claro que el hombre que lo engendró fue un canalla que abandonó a Haylie, pero la verdad resultó mucho peor: Richard Nohrtrop había sido un criminal sin escrúpulos. Y él llevaba su sangre. La decepción, el asco y el enojo invadieron a Josh en ese momento. Miró de reojo a su hermano. ¿Albergaría los mismos sentimientos? No se atrevió a preguntárselo. Cody, al menos, tenía el consuelo de haber crecido en una familia decente.

Aparcaron frente a la Estación. Cody miró el reloj, antes de abrir la puerta del coche para salir, apremió a su hermano:

—Vamos, tenemos el tiempo justo.

—Espera. ¿Eso es todo? ¿Damos carpetazo a nuestro pasado y seguimos adelante como si nada hubiera pasado?

—Si te refieres a Nohrtrop, ese delincuente no es nuestro

pasado. Ya escuchaste a Carpenter. Más nos vale no cabrear al FBI.

—Nos guste o no, era nuestro padre biológico. Es casi seguro que él arrojó a Haylie a las garras de Spardise, sabiendo lo que hacía. Él fue responsable de que nos separaran al nacer. ¿Cómo puedes desentenderte con tanta facilidad?

Cody frunció el ceño y miró a su hermano de frente.

—Tengo muy claro lo que dices, Josh. Y es probable que si Nohrtrop estuviera vivo, ya le hubiera exigido explicaciones, y habría hecho lo posible para que pagara por lo que hizo, pero está muerto. Además, a manos de sus propios cómplices. Yo no puedo hacer nada más al respecto ni tú tampoco. Es hora de comprender que no está en nuestras manos cambiar el pasado. Debemos seguir adelante.

—¿Y qué pasa con Henry? Él era nuestro hermano. ¿No te importa lo que le ocurrió?

—Nuestro hermano está muerto, Josh. Tuvo un accidente. Ya no tenemos nada que averiguar.

—¿Eso crees? Tal vez tenía familia. Quizá no sufrió una muerte accidental, sino que lo ejecutaron. ¿Vas a conformarte con lo que dijo Russell?

Cody apartó la mirada de Josh, cerró los ojos y suspiró, como si hiciera acopio de fuerzas. Entonces volvió a mirar a su hermano y apoyó una mano en su hombro.

—Escucha Josh, eres la persona más leal que conozco, y también la más testaruda y molesta cuando se te mete algo entre ceja y ceja. Tenemos que reconocer que nuestra interferencia tiró por tierra semanas de trabajo del FBI —Josh frunció las cejas—. Estábamos en nuestro derecho de investigar, y nuestra intención no era estorbar, pero fue lo que hicimos.

—¿Adónde quieres llegar?

—Respóndeme algo: ¿Quieres investigar la muerte de nuestro hermano o tomarle la delantera al FBI?

Bradbury enarcó las cejas como si hubiera recibido un puñetazo. Respondió en un murmullo:

—No me sentiré tranquilo hasta saber qué le pasó.

Cody asintió.

—Es lo que suponía. Lo que te ocurre es que no quieres perder el control.

—Supongo que no hablas en serio.

—Tu problema es que estás convencido de que nadie

investigará acerca de Spardise con el mismo empeño que nosotros.

—¿Y no es cierto?

—Tal vez lo sea, pero debes reconocer que los federales disponen de muchos más recursos, que un par de detectives que actúan por su cuenta. Así que lo mejor que podemos hacer es relajarnos, mantener la cabeza fría y no descuidar nuestros deberes. Estoy seguro de que si nuestra intervención llega a ser necesaria, Carpenter será la primera en llamarnos, así como hizo hoy. Y a pesar de su enfado, nos mantendrá informados acerca de lo que se relacione con nosotros en lo personal. Es lo que ha hecho hasta ahora.

Josh cerró los ojos, llenó sus pulmones de aire y lo soltó despacio.

—Muy bien, lo haremos a tu modo.

—Me alegra que entres en razón. Ahora será mejor que nos demos prisa. El caso Rowland nos espera.

Los gemelos bajaron del coche, entraron a la Estación de Policía y subieron al departamento de investigaciones. Evelyn los abordó en cuanto los vio llegar.

—Vaya, por fin aparecéis. Don Ranieri llegó hace diez minutos.

—Nos vendrá bien esa espera —opinó Josh—. Si está nervioso, bajará la guardia.

—Muy bien, vosotros sabréis. ¿Lo interrogaréis ahora?

Cody asintió.

—Subiremos enseguida.

Evelyn regresó a su escritorio, para dar la orden de que acompañaran al testigo hasta una de las habitaciones destinada a los interrogatorios, mientras los detectives recogían el expediente del caso.

Después de detenerse un par de minutos en la máquina del café del pasillo para engañar a sus estómagos, Cody y Josh cumplieron su palabra y subieron al tercer piso, dispuestos a interrogar a Ranieri.

Activaron la videograbación en la habitación de vigilancia, y entraron en la pequeña habitación donde esperaba el testigo. Don Ranieri era un hombre de considerable altura, que rondaba los cuarenta años. La camisa arrugada le daba una apariencia descuidada, y lo que más resaltaba de su aspecto, además del ceño

fruncido, eran sus ojeras. En cuanto los policías cruzaron la puerta envaró la espalda y entornó los ojos.

—¿Esto es una broma?

—¿Por qué piensa eso?

—No sé qué hago aquí. Recibí una citación para declarar hoy a las tres de la tarde, todavía no sé por qué. Y además de hacerme esperar más de quince minutos en este cuchitril sin darme ninguna explicación, ahora se presentan dos tíos iguales. Asumo que ustedes son los policías que me dirán a qué viene todo esto.

—Buena deducción, señor Ranieri —dijo Josh.

Los detectives se sentaron frente al testigo, y Cody abrió la carpeta con toda la parsimonia de la que fue capaz.

—Lo hemos citado para hablar acerca de las amenazas que profirió contra el señor Dustin Loman.

El ceño de Ranieri se frunció tanto, que sus cejas casi llegaron a tocarse.

—¿Ese desgraciado tuvo el atrevimiento de denunciarme?

—Es lo que suele ocurrir cuando se amenaza de muerte a alguien —sentenció Josh con tono sarcástico.

—¿Eso fue lo que les dijo? Yo nunca lo amenacé de muerte.

—¿Niega que entró a su oficina con intenciones de agredirlo? —preguntó Cody—. Es un hecho muy fácil de comprobar. Solo necesitamos preguntar a los agentes de seguridad de la agencia bancaria.

Don se inclinó hacia adelante y dejó escapar el aire.

—Reconozco que perdí los estribos cuando recibí la carta de rechazo del Banco. Era mi última esperanza de evitar la ruina absoluta. En el mismo mazo de correspondencia, el cartero había dejado un aviso de la Residencia donde se encontraba mi madre. Me daban cuarenta y ocho horas para pagar las cuotas atrasadas o la echarían a la calle. Me ofusqué y fui a por Loman, pero mi intención solo era gritarle lo que pensaba de él, que fue lo que hice. Nunca lo amenacé.

—¿Considera que cogerlo por el cuello de la camisa no es una amenaza?

—Ya le dije que perdí los estribos.

—Esa excusa le puede servir frente al jurado con respecto a su actitud agresiva en la agencia —afirmó Cody—, pero no justifica la llamada que le hizo a medianoche para amenazarlo.

—¿De qué habla? Yo nunca llamé a nadie. Y menos a Loman.

Ese tío graba todas las llamadas que recibe. No soy tan estúpido —Los policías se miraron entre sí—. Y, ¿qué es lo que quiere decir con enfrentar un jurado? ¿Loman me acusó? Quiero saber si necesito un abogado.

—Así que niega haber llamado por teléfono al señor Loman a su casa para amenazarle —precisó Ryan.

—¿Está sordo? Yo no llamé a nadie. Cuando me echaron de la agencia, regresé a casa. Tenía mucho que resolver: recoger a mi madre para que no terminara en medio de la calle, buscar dónde vivir, antes de que el Banco ejecutara el impago de la hipoteca, encontrar trabajo… No tenía tiempo para ocuparme del maldito gerente.

—¿Alguna vez visitó la casa de Loman, señor Ranieri? —preguntó Josh.

—Claro que no.

—Así que no sabe dónde vive… —insistió el detective.

—¿Está sordo o es estúpido? Ya le dije que no.

—Y para encontrar su casa tendría que buscar la dirección en Internet, ¿no es así?

—Eso supongo, pero nunca lo hice porque no tenía ningún interés en saberlo.

—¿Dónde estuvo el viernes pasado a las cinco y cuarenta y dos de la tarde? —preguntó Cody.

Don miró a los dos policías en forma alternativa.

—No sé a qué viene todo esto, pero no me está gustando. ¿Por qué quieren saberlo?

—Responda a la pregunta, por favor —insistió Josh—. Le conviene.

Ranieri respiró profundo antes de hablar.

—Estuve en casa. En la ratonera donde vivo ahora.

—¿Solo?

—Con mi madre.

—¿Ella confirmará su coartada?

—Lo dudo. Sufre de Alzheimer desde hace cinco años. Ni siquiera recuerda que soy su hijo.

Capítulo 28

A pesar del esfuerzo de los detectives para conseguir más información del interrogatorio a Ranieri, no avanzaron mucho. Quince minutos después, y agotadas ya todas las estrategias, dieron por terminada la entrevista. Antes de permitirle al sospechoso que se marchara, le advirtieron que no saliera de la ciudad sin avisar.

Una vez que abandonaron el habitáculo, se aseguraron de que la entrevista había quedado grabada e hicieron una copia en una memoria portátil. De vuelta en el departamento de investigaciones, Josh se detuvo en la pizarra, mientras Cody se acercaba a Evelyn para pedirle que enviara la memoria USB al Laboratorio. Necesitaban comparar la voz de Ranieri con la grabación de la llamada a Loman. Bradbury no necesitó apartar la mirada de la pizarra para sentir la presencia de su hermano a su espalda.

—¿Qué opinas? —preguntó Cody.

—Creo que el deseo de venganza de Don era más fuerte de lo que confiesa. Tuvo el motivo y la oportunidad. Me pregunto si dispondría de los medios. Si Ranieri es el asesino, su objetivo habría sido el gerente, y no tendría relación con los Rowland.

—Esa teoría no explicaría cómo habría llegado el rifle de James a sus manos.

—Todavía no tenemos la certeza de que esa fuera el arma homicida —argumentó Josh—. Quizá alguien lo robó por otros motivos. Ni siquiera sabemos cuánto tiempo lleva desaparecido o quiénes conocían de su existencia.

Cody dio su respuesta en medio de un suspiro.

—¿Lo que sugieres es que Ranieri usó un segundo rifle?

—Sería lógico, ¿no crees? —Josh se volvió para mirar a su hermano—. Vamos a suponer por un momento que una tercera persona sustrajo el rifle de James Rowland, aprovechando el descuido con el que lo guardó. Quizá el ladrón fue el mismo Phillip, motivado por su cleptomanía. Por otro lado, Ranieri decidió vengarse de la persona que consideraba corresponsable de su ruina…

—Dustin Loman.

Bradbury asintió.

—Correcto. Consideremos la posibilidad de que Ranieri indagara en Internet para encontrar la dirección del gerente, y en el mapa satelital de la ciudad apareció señalada la casa de los Rowland, así que se dirigió hacia allí, y cometió el doble homicidio…

Ryan sacudió la cabeza.

—Son demasiadas coincidencias, Josh. Lo único que está comprobado es el error de la dirección. Para que tu teoría fuera viable, tendríamos que aceptar que Ranieri usó el mismo tipo de arma que había desaparecido del garaje de James. También, que fue tan estúpido como para entrar en la casa de los Rowland, sin antes comprobar que estaba en el lugar correcto. Además, el objetivo de Don habría sido Loman. ¿Por qué matar a Matthew y a Emma?

—Así que no crees que fuera él.

—Creo que debemos comprobar si miente con respecto a la llamada a Loman, y que existe una remota posibilidad de que estés en lo cierto. Sin embargo, no lo consideraría el sospechoso más probable.

—Debo reconocer que tienes razón. Supongo que debemos volver a enfocarnos en el entorno de las víctimas.

—Es nuestra mejor opción. Y no solo por motivos estadísticos. Ambos hijos siguen siendo los más beneficiados por la muerte de sus padres. En pocas semanas disfrutarán de una independencia económica que no hubieran alcanzado en años, de haber esperado a que la naturaleza hiciera su trabajo.

—Y ese beneficio es extrapolable a Peter y a Phillip —reconoció Josh.

Cody asintió.

—Sin duda alguna. Creo que nuestro próximo paso debe centrarse en comprobar las coartadas de los cuatro.

Josh meditó por algunos segundos, antes de responder.

—¿Por quién empezamos?

—Diana y Phillip —afirmó Cody, al mismo tiempo que cogía el auricular de su teléfono.

Pocos minutos después, el encargado de la tienda donde la señora Green hizo sus compras aceptó colaborar, y entregarles las grabaciones de seguridad del viernes por la tarde. Bajo la atenta mirada de Josh, la siguiente llamada la hizo al cine en el que Phillip afirmó que había pasado la tarde. Recibieron la misma respuesta. Por razones obvias, no disponían de cámaras de vigilancia en el patio de butacas, pero sí en la antesala. Y por supuesto que las pondrían a disposición de las autoridades. En cuanto tuvo ambas confirmaciones, Cody usó la centralita para pedirle a Evelyn que enviara a alguien a recoger las evidencias.

—¿Quién sigue? —preguntó Josh, al mismo tiempo que su hermano colgaba—. ¿James?

—Peter. Desde que hablé con su amigo Stuart, tengo la sensación de que me mintió —reconoció Cody—. Tu idea de preguntar por el barrio me parece atractiva. Además, sospecho que la corroboración de la coartada de James será más laboriosa, así que será mejor dejarlo de último.

—De acuerdo, entonces vamos.

Media hora después, Ryan y Bradbury llegaban a la calle ochenta y cuatro. La casa de los Stuart, con fachada de obra vista, solo se diferenciaba del resto de construcciones de la calle en el número. Una escalera daba acceso a la puerta principal, que llevaba directo al segundo piso.

Los policías usaron el timbre, pero después de un par de minutos, comprendieron que no había nadie. Una vecina salió de su adosado, pero sin acercarse.

—¿Quiénes son ustedes? Nunca los había visto por el barrio.

Josh sacó su identificación y la levantó, al mismo tiempo que desplegaba su sonrisa más encantadora.

—Somos la Policía, señora. Necesitamos hablar con el señor Stuart.

La vecina entornó los ojos y fijó la mirada en la identificación que Bradbury sostenía en alto, como si fuera posible verla a esa distancia.

—¿Ron está en problemas?

Josh avanzó despacio a lo largo del pasillo que comunicaba ambos adosados. Cody lo siguió a dos pasos.

—No, señora. Solo necesitamos hacerle algunas preguntas como testigo.

—Pues tendrán que regresar por la noche. Tanto él como Madge vuelven tarde.

Los detectives se miraron entre sí.

—¿Ambos trabajan? —preguntó Cody.

—Por supuesto. ¿Qué esperaban?

—De lunes a viernes —precisó Josh.

La vecina asintió.

—Señora…

—Coke. Katherine Coke.

—Señora Coke. ¿Sabe si el señor Stuart estuvo en casa el pasado viernes por la tarde?

Katherine sacudió la cabeza.

—No.

—¿Está segura?

—Por supuesto. Ese día les preparé un pie de manzana a mis nietos, y quise darle un trozo a Madge para que lo probara. Tuve que esperar hasta las ocho treinta.

—¿Quién llegó primero?

—Llegaron juntos, como siempre. Trabajan para la misma empresa, así que salen y regresan en el mismo coche. ¿Por qué les interesa todo esto?

—No se preocupe, señora Coke —dijo Josh sin dejar de sonreír—. Es solo rutina.

Los detectives se despidieron de la vecina, y esperaron a llegar al auto para intercambiar opiniones.

—Creo que Peter Green y su amigo Stuart nos deben algunas explicaciones —afirmó Ryan.

—Sin duda alguna. ¿A quién presionamos primero?

Cody lo pensó por un momento.

—Stuart.

—De acuerdo. Le pediremos a Keen que lo cite a declarar. Estará más dispuesto a derribar la coartada de su amigo, si comprende que se enfrentará cargos de obstrucción por mentirle a la Policía.

El móvil de Ryan interrumpió la conversación. Cody miró la pantalla y frunció el ceño. Respondió de inmediato, al mismo tiempo que movía los labios, para hacerle saber a su hermano que quién llamaba era James.

—Detective Cody Ryan. ¿En qué puedo ayudarlo, señor Rowland?... Por favor, cálmese que no entiendo lo que dice… ¿Qué fue lo que ocurrió? Sí, comprendo. Escuche, deje todo como lo encontró y no lo vuelva a tocar… No entre a la casa. Espérenos, que vamos para allá.

Cody terminó la llamada, lanzó una mirada fugaz a su compañero y encendió el motor.

—¿Qué ocurre?

—James encontró una amenaza en su buzón.

Gracias a la sirena, los detectives llegaron a *Union Street* en menos de media hora. Encontraron a James sentado en las escaleras del frente. Tenía la espalda envarada y mantenía una actitud de alerta, con la mirada fija en la dirección de donde provenía el sonido de la sirena. En cuanto los detectives aparcaron frente a su casa, Rowland corrió hacia ellos. Se dirigió a Josh.

—¡Encontré la nota en el buzón y los llamé de inmediato! Volví a dejarla ahí como me lo indicó, detective Ryan.

—Él es Ryan, yo soy Bradbury —lo corrigió Josh.

James pareció confundido por un momento. Cody se adelantó a su hermano, sacó un guante y una bolsa de pruebas del bolsillo, y metió la mano en el buzón. Protegió la nota con la bolsa antes de leerla.

Ignorando las explicaciones nerviosas de Rowland, Josh leyó el anónimo por encima del hombro de su hermano. En grandes letras mayúsculas aparecía un mensaje corto, pero contundente: «Recibiste lo que mereces».

Capítulo 29

Después de leer la nota, Cody llamó a la Estación para que enviaran una patrulla con la misión de proteger al hijo de los Rowland y su familia. Como era de esperarse, el nerviosismo de James no le permitió explicarse con claridad. En medio del batiburrillo de palabras que soltó, Josh consiguió comprender un nombre y la palabra venganza.

—Será mejor que conversemos adentro y que se tome unos minutos para tranquilizarse, señor Rowland —sugirió Cody.

James asintió y abrió la marcha hacia el interior de la casa. Un par de minutos después, los tres se encontraban sentados en el salón, y Rowland había conseguido controlarse, a fuerza de respiraciones profundas.

—¿Se siente en condiciones de hablar con nosotros?

James acompañó sus palabras con un asentimiento.

—Sí, por supuesto. Discúlpenme. Es que cuando vi esta nota pensé en mis pobres padres, en mi familia, en lo que podría ocurrir, y yo…

—Lo comprendemos —le dijo Cody—, pero necesitamos que conserve la calma para que nos ayude a identificar a la persona que dejó el anónimo en su buzón. Tengo la impresión de que usted sospecha de alguien en particular.

Rowland asintió, y llenó sus pulmones de aire para hacer acopio de fuerzas.

—No tengo pruebas para acusar a nadie, pero…

—Pero sí tiene idea de quién pudo ser —lo animó Josh.

—Eso me temo —James dejó escapar el aire—. Por desgracia, un revés en mi trabajo me hizo perder una amistad…

—¿Podría ser más específico?

—De acuerdo, supongo que ya saben que soy bróker. Hace un par de meses le ofrecí un paquete de inversiones a un viejo amigo del instituto y… bien, las cosas no salieron como esperaba.

—¿Su amigo perdió dinero? —preguntó Bradbury.

Rowland asintió.

—Eso me temo.

—¿Cuánto?

—Cien mil dólares.

—Y no se lo tomó bien, por supuesto.

James bajó la cabeza y la sacudió.

—No pude hacerle comprender que este negocio es así. Algunas veces se gana y otras se pierde. Cuando invirtió, él asumió que tendría grandes ganancias en poco tiempo. No estaba preparado para perder.

—¿Cuál es el nombre de su amigo? —preguntó Cody, listo para tomar nota.

—Brian Doyle.

Josh se inclinó hacia adelante.

—Si no me equivoco, esta es una situación que es habitual en un trabajo como el suyo. ¿Por qué pensó en el señor Doyle cuando encontró la nota?

James se removió en el asiento.

—Brian hizo la inversión en agosto. Hace pocas semanas me pidió el reembolso de veinticinco mil dólares, porque pasaba por una crisis y los necesitaba para su negocio. Como les digo, las inversiones fueron mal, y yo esperaba que las acciones subieran para hablar con él…

—Espere —lo cortó Cody—. ¿Nos está diciendo que no le informó a su amigo acerca de la evolución del mercado?

—Yo le prometí que ganaría mucho dinero. No quería presentarme ante él con la noticia de que había perdido casi todo su capital.

Josh comprendió por qué Rowland estaba tan asustado.

—¿No cree que cuando comenzó a perder, el señor Doyle era quién debía decidir si continuaba arriesgando su dinero o no?

James palideció.

—Este negocio es así, detective. El mercado puede subir o bajar. Algunas veces, después de caer, remonta por encima de su valor inicial, porque anima a muchos inversionistas a comprar

barato… Yo solo esperaba que eso ocurriera.

Bradbury frunció el ceño.

—Lo que afirma es una posibilidad, no una norma.

—¿Qué quiere decir?

—Que lo que usted plantea como algo seguro, solo ocurre bajo ciertas circunstancias muy particulares. Muchas veces, las acciones que bajan no vuelven a subir.

—¿Cómo es que…?

—¿Se pregunta cómo un simple policía sabe esto? Mi padre adoptivo también era inversionista, señor Rowland, así que las sobremesas en mi casa eran aburridas, pero muy instructivas.

—No estamos aquí para juzgar su desempeño laboral —intervino Cody—, sino para encontrar evidencias que nos conduzcan a la persona que escribió la nota. Usted debe tener más clientes que perdieron dinero en esas inversiones. ¿Por qué pensó primero en Brian Doyle?

James sacó un pañuelo y se secó el sudor de la cara.

—Como les comenté, Brian necesitó un reembolso y no pude dárselo, así que se presentó aquí. Traté de explicarle la situación, pero no me escuchó. Dijo que había perdido todos sus ahorros, que era un estafador y que se lo pagaría de una u otra forma. Su actitud fue muy agresiva. Creí que iba a golpearme.

Bradbury meditó las palabras de James por un momento.

—Así que Brian se enteró de que había perdido sus ahorros porque pidió un reembolso —James asintió—. ¿Significa eso que sus demás clientes también perdieron su dinero, pero todavía no lo saben?

El labio superior de Rowland comenzó a temblar, y su voz subió medio tono.

—Yo no diría que perdieron su dinero, detective… Las acciones todavía pueden subir.

—Pero eso aún no ocurre.

James sacudió la cabeza, y los policías intercambiaron una mirada. Ambos se levantaron del sillón al mismo tiempo, y Rowland los imitó. Cody tomó la palabra.

—Enviaremos la nota al laboratorio, señor Rowland. También investigaremos a su amigo, pero no podemos excluir al resto de sus clientes, así que por favor háganos llegar una lista de todos los que perdieron dinero con sus inversiones.

—No quisiera que molestaran a mis clientes.

—¿No quiere que los molestemos o que se enteren de que perdieron todo el dinero que le confiaron? —preguntó Josh, con sarcasmo—. Alguno de ellos ya podría haberse enterado por otras vías, y quizá no fue tan expresivo como Doyle.

—De acuerdo, les daré la lista, pero por favor sean discretos.

—Una patrulla vigilará frente a su casa a partir de ahora —le anunció Cody.

—Gracias, que protejan a mi familia me tranquiliza. ¿Esto convierte a Brian en el principal sospechoso del homicidio de mis padres?

—Todavía es pronto para afirmar algo así —reconoció Ryan —, pero lo tendremos en cuenta.

Josh se quedó mirando a James a los ojos por algunos segundos.

—Por cierto, señor Rowland, ya que estamos aquí, ¿podría demostrar dónde estuvo el viernes por la tarde?

James palideció.

—¿Acaso soy sospechoso?

—Es solo rutina —se apresuró a tranquilizarlo Cody—. Ya hablamos con su amigo, el señor Riley, pero ¿conserva usted el tique de compra de la tienda de regalos que visitó esa tarde?

James asintió, sacó su billetera y le entregó un papel a Cody.

—Aquí está.

Los detectives intercambiaron una mirada. O James era muy previsor o tenía muy claro que iba a necesitar el tique como coartada.

Al abandonar la casa, Cody usó el móvil para llamar a Evelyn y solicitarle protección para la familia de Rowland. Cortó la llamada justo en el momento en que subió al coche. Josh ya lo esperaba en el asiento del copiloto.

—¿Qué opinas? —preguntó Bradbury.

—Que hay mucho más que no nos ha contado.

—Tuve la misma impresión. No sé si te ocurre lo mismo, pero mi interés por James Rowland aumentó bastante en los últimos minutos. Tengo la impresión de que no es el bróker exitoso que nos han querido hacer creer.

—¿Piensas que esconde algo turbio?

—Tal vez o quizá solo es torpe o tuvo una racha de mala suerte. En cualquier caso, creo que vale la pena investigar un poco más a fondo las finanzas de James. Estoy seguro de que no nos lo ha

contado todo.

Cody tocó la llave del encendido, pero la retiró enseguida para mirar a su hermano de frente.

—Aunque James Rowland no lo dijo con claridad, el mensaje está implícito en su declaración. Sugiere que Doyle asesinó a sus padres para vengarse de él. ¿Qué opinas de Brian como sospechoso?

Josh meditó su respuesta por algunos instantes.

—Cien mil dólares es mucho dinero. En especial cuando se trata de todos tus ahorros. Sin embargo, lo lógico sería que Doyle hubiera ido a por quién lo arruinó. No a por sus padres.

—A menos que no quiera resultar un sospechoso tan obvio —argumentó Cody.

Josh balanceó los hombros.

—No lo sé… El asesinato de los Rowland se ejecutó con una enorme sangre fría. No me encaja con un asesino ofuscado porque perdió todo su dinero…

—No creo que ese sea suficiente motivo para descartarlo.

—¿Opinas que debemos centrarnos en Brian Doyle?

Cody sacudió la cabeza.

—No, pero sí debemos investigarlo e interrogarlo. Además, se me despertó un interés inusitado por las finanzas de James. Es posible que el hijo modelo de los Rowland no sea tan perfecto como nos quisieron hacer creer.

—Estoy de acuerdo.

Cody sacó su móvil y pulsó una tecla bajo la mirada atenta de su hermano. Se comunicó con Evelyn y le pidió un favor.

—De acuerdo —respondió la secretaria—, dame unos momentos para averiguar la dirección que necesitas.

Ryan terminó la llamada. Cinco minutos después, Evelyn volvió a llamarlo:

—Brian Doyle es propietario de una tienda de autopartes en la Avenida Franklin.

—La conozco. En alguna ocasión he comprado allí. Gracias, Evelyn.

Cody guardó el móvil y le repitió las palabras de la asistente del jefe a su hermano.

—¿Y qué esperamos? —preguntó Bradbury, al mismo tiempo que se recostaba en el asiento.

Cody encendió el motor, y reincorporó el coche a la vía en dirección a la Avenida Franklin.

Capítulo 30

Los detectives tuvieron que superar un par de atascos antes de poder llegar a su destino. La tienda era pequeña, pero bien ubicada. Se encontraba en una esquina, junto a un enorme edificio de oficinas, que dejaba en evidencia la insignificancia de su tamaño. Antes de bajar del coche, ambos sacaron sus placas de identificación, quitaron el seguro a sus armas reglamentarias y destrabaron las cartucheras, pues no sabían con qué se iban a encontrar.

Cody y Josh se encaminaron con paso decidido hacia el negocio de Doyle. En cuanto entraron, los alcanzó el olor a neumático y aceite de motor. Para llegar hasta el fondo de la tienda tuvieron que cruzar por un laberinto formado por pequeñas exposiciones de repuestos y accesorios de todo tipo. Detrás del mostrador los esperaba un hombre con una calvicie más que incipiente, a pesar de que apenas debía estar en la treintena. Usaba unas gafas de pasta que ajustaba con frecuencia, en un gesto nervioso que con seguridad era innecesario.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarles? ¿Qué necesitan?

Cody fue el primero en mostrar su identificación, y quién respondió con un tono de voz severo:

—Detectives Josh Bradbury y Cody Ryan, de la Policía de Nueva York. Queremos hablar con el señor Bryan Doyle.

El hombre del mostrador palideció hasta la coronilla.

—Eh… Yo soy Bryan Doyle, pero no comprendo qué interés puede tener la Policía en mí.

—¿Conoce usted al señor James Rowland? —preguntó Josh.

El ceño de Doyle se frunció de inmediato.

—¿Ese estafador? ¡Por supuesto que lo conozco! Fuimos juntos al instituto, creí que era mi amigo y que podía confiar en él, pero por su culpa perdí todos mis ahorros, y estuve a punto de tener que cerrar mi negocio por no poder pagarle a los proveedores.

—Así que no lo tiene en muy buena estima.

—Por supuesto que no. Sin embargo, no comprendo qué relación tiene la Policía en todo esto.

—Según el señor Rowland, usted fue hasta su casa a amenazarlo.

—Así que es eso. Me estafa, me arruina, y además se atreve a denunciarme. Nunca hubiera imaginado que fuera tan rastrero.

—¿Reconoce entonces que es cierto que lo amenazó?

Bryan cambió el peso de su cuerpo de un pie a otro.

—No sé qué historia les contaría para hacerlos venir a amedrentarme…

—No estamos aquí para amedrentar a nadie, señor Doyle —lo interrumpió Cody—. Investigamos el asesinato de los padres del señor Rowland, así como una nota amenazante que recibió. Su nombre surgió durante las indagaciones y por eso hemos venido a hablar con usted.

Doyle dio un paso atrás, como si hubiera recibido un golpe.

—¡Espere un momento! No pretenderán involucrarme en ese asunto. Soy un hombre pacífico que se gana la vida con su trabajo. Ni siquiera sé usar una pistola ni mucho menos sería capaz de dispararle a nadie. Además, los padres de James no tenían la culpa de tener un hijo incompetente y tramposo.

—¿Y qué nos dice del anónimo? ¿Usted lo envió?

—No sé nada sobre ningún anónimo.

Josh clavó la mirada en Bryan.

—Señor Doyle, permítame recordarle que someteremos la nota a un peritaje. Si descubrimos que nos miente, será mucho peor para usted.

—Pueden hacer todos los peritajes que quieran. No tengo nada que ver con ninguna nota. Tampoco necesitaba hacer algo así. Después de todo, ya conseguí lo que quería.

Cody frunció el ceño.

—¿A qué se refiere?

—¿James no se lo dijo?... No, supongo que esa parte la ocultó. Muy propio de ese reptil.

—¿Podría decirnos de qué está hablando? —preguntó Cody,

sin disimular su enojo.

—Verán detectives, es cierto que cuando supe que James había perdido todo mi dinero en malas inversiones, me enfadé mucho y fui hasta su casa a reclamarle. Solo recibí excusas torpes. Lo amenacé, sí, pero con demandarlo por daños, debido a que no me informó cuando mis acciones comenzaron a perder valor.

—¿Y lo hizo? —preguntó Bradbury—. ¿Llegó a demandarlo?

—Por supuesto. No solo lo demandé, sino que el juez sentenció a mi favor.

Los policías intercambiaron una mirada. Josh comprendió que su hermano compartía su enfado. Al parecer, James «olvidó» mencionarles el detalle de la demanda.

—¿Cuál fue la sentencia del juez? —preguntó Cody.

—James deberá devolverme los cien mil dólares, más una indemnización de cincuenta mil. Además, le revocaron la licencia de bróker por malas prácticas.

—¿Qué plazo tiene Rowland para pagarle ese dinero? —preguntó Josh.

—El juez le concedió seis meses. En caso de no cumplir con el pago, su casa será embargada y subastada para cubrir la indemnización.

—Asumo que puede probar lo que nos está diciendo.

—Por supuesto. Si me acompañan…

Doyle cruzó una puerta que tenía a sus espaldas. Los detectives lo siguieron hasta su oficina, donde abrió un armario y dejó a la vista una pequeña caja fuerte. Después de teclear la combinación, la abrió y sacó una carpeta que le entregó a Bradbury. Josh la revisó con cuidado, luego fijó la mirada en su hermano antes de hablar:

—Dice la verdad —Bradbury le mostró el número del expediente a su hermano para que lo anotara, luego le devolvió la carpeta a Bryan—. Muy bien, señor Doyle. Solicitaremos una copia al juzgado para incluirla en el informe. No tendrá nada que temer si no está involucrado.

—Les aseguro que nunca tuve intenciones de agredir a nadie. Ejercí mis derechos como ciudadano, y exigí una compensación por los daños y perjuicios de los que fui víctima, pero lo hice dentro de la legalidad.

Después de darse por satisfechos con las respuestas de Bryan, Cody y Josh subieron al coche para regresar a la Estación. Josh se

sentía frustrado y enfadado, y por el ceño fruncido de Cody, comprendió que su hermano compartía sus sentimientos. La pregunta pugnaba por salir, y él no se contuvo.

—¿Tienes la misma sensación que yo de que Rowland trató de utilizarnos para quitarse de encima la demanda?

Cody lo miró de reojo y de inmediato volvió a centrarse en la vía.

—Es justo en lo que estaba pensando. Tú eres el experto en leyes. Si Doyle terminara acusado del doble homicidio, ¿afectaría en algo el resultado acerca de la demanda?

Josh sacudió la cabeza.

—En realidad, no. Se trata de dos casos diferentes, y ya se dictó sentencia. En teoría, uno no tendría por qué influir en el otro, pero en la práctica…

—¿Qué?

—Los jueces también son humanos, Cody. Si se acusara a Doyle del doble homicidio de los Rowland, James mejoraría sus probabilidades de ganar una apelación.

—¿Crees que aprovechó el anónimo para conducir nuestra atención hacia su demandante?

—De eso no tengo la menor duda —sentenció Bradbury—. Solo hay algo más que me preocupa…

—¿De qué se trata?

—El anónimo me parece demasiado oportuno… Tal vez deberíamos pedirle a Ellison que un grafólogo compare la letra con la del propio James.

—Estoy de acuerdo. ¿Crees que él mismo se envió el anónimo?

—Es posible…

Ryan asintió y ambos guardaron silencio. Cody centró la mirada en la vía. Al cabo de un par de minutos rompió la concentración de su hermano.

—Estaba pensando… Este asunto de la demanda…

—¿Sí?

—Creo que James Rowland se perfila como un sospechoso muy probable. Debió sentirse acorralado por la sentencia, y es posible que viera la muerte de sus padres como una forma de conseguir el dinero, y no perder su casa.

—Es un buen punto —reconoció Josh—. También pienso que no le hemos prestado la debida atención a James. Hubo demasiadas

distracciones.

Cuarenta minutos después, Ryan y Bradbury llegaban a la Estación de Policía de la avenida Class. Lo primero que hizo Cody fue comunicarse con Ellison, y pedirle que sus grafólogos hicieran una comparación entre la letra de la nota, y la firma de la declaración de Rowland.

Mientras tanto, Josh habló con Keen, le explicó la situación y le dijo que necesitaban una orden para investigar las finanzas de James. Ella estuvo de acuerdo, así que Bradbury regresó a su escritorio para redactar el informe en el que la fiscal fundamentaría sus argumentos. Mientras Josh escribía el documento, Cody salió a buscar algo para comer y reponer fuerzas. Regresó al cabo de media hora con dos bocadillos, que acompañaron con dos cafés de la máquina del pasillo.

Acababan de terminar su improvisado almuerzo, cuando el móvil de Bradbury comenzó a sonar. Él miró la pantalla y rechazó la llamada con un gesto de fastidio. Antes de que Josh tuviera tiempo de inventarse una excusa, Keen se acercó a ellos con un documento en la mano.

—Aquí está, la orden recién impresa. Ya podéis meter las narices en las cuentas de James Rowland.

Capítulo 31

Los gemelos aprovecharon para poner al día a Keen con respecto a Stuart y la falsa coartada que le proporcionó a su amigo.

—Me ocuparé de citarlo lo antes posible, para que haga una declaración oficial —dijo la fiscal—. Ustedes déjenle claro que si miente, lo acusaremos de obstrucción a la Justicia.

—Eso déjalo de nuestra cuenta —confirmó Josh, con una sonrisa maliciosa.

Natalie se despidió y regresó a su oficina. Los detectives se dispusieron a reiniciar sus investigaciones, pero antes de que pudieran ocuparse de las finanzas de James, Evelyn los llamó a través de la centralita. Les informó que en su ausencia, ella recibió evidencias que correspondían al caso Rowland. Se trataba de las grabaciones de las cámaras de vigilancia de una tienda de víveres y de un cine. Los detectives decidieron dividir el trabajo. Bradbury se ocuparía de comprobar las coartadas de Diana y Phillip, así como de llamar a la empresa donde trabajaba Ron Stuart para precisar si el viernes por la tarde cumplió con su jornada laboral. Por su parte, Ryan se ocupó de indagar en las cuentas de Rowland hijo. Cuarenta y cinco minutos después, Josh apartó los ojos de la pantalla y se estiró como un gato. Cody continuaba inmerso en su tarea. Bradbury se levantó y comenzó a escribir en la pizarra donde estaba expuesto el caso. Su hermano apartó la mirada del ordenador y le prestó atención.

—¿Llegaste a alguna conclusión? —preguntó Ryan.

—Que podemos descartar a Diana y Phillip. Las grabaciones de las respectivas cámaras de vigilancia confirman sus coartadas, así que podemos quitarlos de la lista de sospechosos. Sin embargo,

Stuart tiene mucho que explicar. El día que el afirma que estuvo con su amigo Peter, en realidad fue a trabajar, al igual que cualquier viernes.

—Eso pone a Peter Green de primero en la lista —opinó Cody.

—Stuart debe saber lo que arriesga por mentirnos en su declaración. ¿Por qué crees que lo hizo?

Cody se encogió de hombros.

—Tal vez está convencido de que su amigo es inocente o quizá Green lo extorsiona. También es posible que recibiera una compensación económica a cambio de su cooperación. Supongo que lo sabremos cuando hablemos con él.

Josh señaló el cuaderno de notas de Cody con un gesto de la cabeza.

—¿Cómo vas tú? ¿Hay algo interesante acerca de James?

—Bastante, pero todavía debo comprobar algunos detalles.

—¿Quieres que te ayude?

Cody sacudió la cabeza.

—Ya casi termino. Mientras tanto, ¿por qué no te ocupas de redactar el informe para Powers?

Josh torció la boca, encogió los hombros y regresó a su asiento con resignación. Poner al día a su jefe era la tarea más ingrata que se le podía ocurrir, pero alguien tenía que hacerla. Cuando por fin puso punto final al último párrafo y buscó con la mirada a su hermano, solo vio una silla vacía. Antes de que pudiera preguntarse dónde estaba Cody, vio una mano con un vaso de café.

—Con azúcar y sin leche.

—Gracias. ¿Cuándo terminaste?

—Hace cinco minutos, pero estabas tan concentrado, que no quise interrumpirte.

Josh le dio un sorbo a su café.

—De acuerdo, le envío esto a Powers y me dices qué averiguaste sobre James.

Cody regresó a su mesa de trabajo y le dio un par de sorbos a su propio café. Antes de comenzar su exposición, esperó a que Josh apagara su ordenador y centrara toda su atención en escucharlo.

—Bien, por lo visto estábamos en lo cierto. James Rowland no es el exitoso hombre de negocios que nos han dibujado. Por lo visto, el más preocupado por promocionar esa imagen era el propio Matthew, pero la verdad es que James es un auténtico fracaso. Sus

negocios han sido un desastre tras otro, y lo único que sabe hacer bien es perder dinero. De no ser por su padre, lo más probable es que habría terminado en la cárcel desde hace mucho tiempo. El señor Rowland siempre acudía en su auxilio a tiempo, y también se ocupaba de que no trascendieran los desaciertos de su hijo.

—¿Encontraste algún motivo para que Matthew lo protegiera de esa forma?

—Era su hijo —sentenció Cody, encogiéndose de hombros—. Supongo que es suficiente. La realidad es que James no hizo nada bien en toda su vida. El negocio inmobiliario no fue su único fracaso. Solo fue el más costoso.

—¿Y qué me dices de su última aventura?

—En esto se superó a sí mismo. Bryan Doyle solo es la punta del iceberg. Matthew presentaba a su hijo como un genio de las finanzas entre familiares y amigos, así que James los convenció de que le confiaran sus inversiones.

—¿A cuánto ascienden las pérdidas?

—Setecientos sesenta mil dólares, que pertenecían a cuatro inversionistas.

Josh dejó escapar un silbido.

—¿Y qué pasó con el dinero? ¿James los estafó?

Cody negó con la cabeza.

—Mucho peor. Se trató de simple estupidez. Rowland hijo se dejó llevar por «vendedores de elixir» financieros. Ya sabes, promesas de enormes beneficios en corto tiempo, esquemas de Ponzi, y otras trampas cazabobos. James cayó en varias, pero lo hizo con el dinero de sus clientes.

—Si Doyle fue el único que reaccionó, significa que los demás todavía no tienen noticia de sus pérdidas.

Cody se encogió de hombros.

—Lo más probable es que los mantenga entretenidos: «todo va bien, sería una lástima salir ahora que los beneficios están creciendo», etcétera.

Josh asintió.

—Los distrae, mientras espera una recuperación que nunca llegará. Puede funcionar, hasta que alguien necesita un reembolso de parte de su capital, como ocurrió en el caso de Doyle. Lo que me sorprende es que estos clientes no le exijan un balance de cuentas.

—Todos son amigos y familiares, así que confían en él.

Josh meditó las palabras de su compañero, y sacudió la

cabeza.

—No lo sé, Cody. Por mi experiencia, el dinero no conoce de lazos familiares o de amistad.

—¿Qué sugieres?

—Que tal vez James tranquiliza a sus clientes maquillando un poco los informes que les entrega.

—Si tienes razón, estaríamos hablando de una estafa.

—Creo que vale la pena averiguarlo.

Cody se recostó en el respaldo de su silla.

—Estoy de acuerdo contigo, pero todavía no te he contado todo sobre las andanzas de James.

Josh se inclinó hacia adelante.

—Te escucho.

—El sábado, es decir, al día siguiente del asesinato de sus padres, Rowland depositó un cheque por cincuenta mil dólares en su cuenta.

Bradbury se echó hacia atrás, sin quitarle la vista de encima a su hermano.

—¿Un nuevo cliente?

Cody sacudió la cabeza.

—El cheque lo firmó su padre.

—¿Qué fecha tenía?

—Era del viernes. El mismo día del crimen.

—Así que James se reunió con su padre el día de su muerte…

—Y olvidó comentárnoslo —dijo Cody con sarcasmo.

Josh se levantó, se acercó a la pizarra y anotó los nuevos datos debajo del nombre de James Rowland. La entrada de un mensaje en el móvil de Cody desvió su atención.

Ryan sacó el teléfono del bolsillo, y lo leyó de inmediato.

—Es de Ellison: la comparación entre la voz de Ranieri y la grabación de la amenaza a Loman, resulto negativa.

—Así que nos dijo la verdad. Él no amenazó al gerente.

—No lo descarta como sospechoso, pero reduce bastante sus probabilidades.

—En tanto que las de James aumentan cada vez más…

Cody cogió un bolígrafo y jugueteó con él.

—Coincido contigo en que Rowland es el principal sospechoso, pero hay algo que chirría… Se reunió con su padre el viernes, y Matthew le dio un cheque por cincuenta mil dólares, ¿qué razón tendría para asesinarlo?

—No conocemos los detalles de ese encuentro. Tal vez le dio el cheque, pero le advirtió que era el último. Quizá le entregó cincuenta mil, cuando James le había pedido mucho más… O James decidió que en lugar de pedirle ayuda a su padre, sería mejor ser el propietario de la mitad de su dinero.

Cody lo pensó por un momento.

—Puedes tener razón, pero no tenemos ninguna evidencia de que hubiera un cambio de la actitud de Matthew con respecto a James. Todo indica que era su hijo favorito, y que era capaz de apoyarlo bajo cualquier circunstancia.

—Si lo pensamos bien, todo lo que sabemos de Matthew es a través de las declaraciones de sus propios hijos…—argumentó Josh —. Creo que debemos indagar un poco más a fondo en este asunto.

—¿En qué estás pensando?

—En interrogar a alguien que conociera bien a Matthew, pero no tuviera ninguna relación con su familia.

—¿Un amigo?

Josh sacudió la cabeza.

—Rowland padre se preocupaba de mantener una imagen impecable de sus hijos en su medio social. Necesitamos encontrar una persona con la que se permitiera ser honesto, con respecto a sus verdaderos sentimientos.

—¿Tienes a alguien en mente?

Josh asintió.

—Una persona con la que todavía no hemos hablado, porque consideraba a Matthew como un padre, y sufrió una crisis de nervios cuando se enteró de su muerte.

Ryan hizo memoria antes de hablar.

—La secretaria de Rowland.

Josh asintió despacio.

—En ella estaba pensando. ¿Cuál es su nombre?

Cody pasó las hojas de su libreta, hasta que localizó la nota que buscaba.

—Michelle. Michelle Bellamy.

Capítulo 32

Después de acordar que era importante sostener una entrevista con la secretaria de Rowland lo antes posible, Cody llamó a Kasahor para asegurarse de que Michelle Bellamy ya se había reincorporado a su trabajo. Entonces, ambos detectives salieron de la Estación en dirección a la fábrica de cosméticos. Si se daban prisa podrían tener una corta conversación con la chica, y regresar a tiempo para el interrogatorio de Stuart.

Cody evitó los atascos, gracias a que hizo el recorrido a través de calles secundarias que para Josh eran desconocidas. Veinte minutos después, Ryan aparcó el coche frente a Kasahor. Michelle convino con ellos la entrevista, pero no pudo ocultar la sorpresa cuando los vio. Josh supuso que no esperaba a dos policías iguales. La chica tenía los ojos enrojecidos. Después de que le mostraron sus identificaciones, ella llenó sus pulmones de aire, y asintió.

—Haré lo que pueda para ayudarles a encontrar al monstruo que cometió el crimen. Ni el señor Rowland ni su esposa merecían lo que les hicieron. ¿En qué les puedo ayudar?

Bradbury tomó la iniciativa:

—Necesitamos conocer algunos detalles de la vida personal de su jefe, desde el punto de vista de alguien que no pertenezca a su familia.

—Comprendo —la joven se echó hacia atrás y entrelazó los dedos sobre la mesa—. El señor Rowland era más que un jefe para mí. Siempre me trató como un padre. En alguna ocasión me invitó a cenar a su casa y conocí a su esposa, quién también fue muy amable conmigo.

—¿Matthew Rowland llegó a tener conversaciones personales con usted? —preguntó Cody.

—Al principio era muy discreto, pero en la medida en que pasó el tiempo, llegó a confiar en mí —Michelle dejó escapar un suspiro—. Sí, reconozco que me contó algunos asuntos personales sobre su familia para desahogarse. No me malentiendan, no se trataba de críticas… Es solo que en ocasiones, no tenía nadie más con quién hablar.

—¿No confiaba en su mujer?

—¡Claro que sí! Eran un matrimonio muy bien avenido. Es solo que él no quería preocuparla.

—Preocuparla, ¿acerca de qué? —preguntó Josh.

—Acerca de la verdad sobre sus hijos, en especial sobre James.

—¿Cuál era esa verdad? —la presionó Bradbury.

Michelle suspiró, antes de revelar las confidencias que le hizo su difunto jefe:

—Todos sabíamos que Diana y su familia dependían de las transferencias que les hacía el señor Rowland. Tanto las mensuales como las extraordinarias.

—Con extraordinarias se refiere a…

—Ya sabe: el coche tuvo una avería, la niña necesita ortodoncia, queremos comprar una nueva estufa… Era un goteo constante.

—Usted mencionó a James —insistió Josh.

—En su caso, todo empeoraba. El señor Rowland ocultó a todos la verdad sobre James. Incluso Emma creía que su hijo era un portento de los negocios, pero la verdad era que su sustento y el de su familia también dependían de sus padres.

—Matthew pagaba sus cuentas en secreto —la secretaria asintió—, ¿por qué su caso era peor?

—Porque no solo se limitaba a cubrir sus necesidades. James siempre tenía un gran negocio en la cabeza… Una inversión que lo haría rico de la noche a la mañana. Y por supuesto, en cada aventura perdía más dinero… El dinero de su padre.

—¿Cómo es que Matthew toleraba esa situación? —preguntó Cody.

—Al principio, porque el señor Rowland no quería asumir la verdad: que James es un fracasado y un bueno para nada.

Josh enarcó las cejas.

—¿Esas son palabras suyas o de su difunto jefe?

—Fue lo que me dijo la noche anterior al día que murió. Estaba muy alterado. Nunca lo había visto así. Se enteró de que James invirtió el dinero de sus clientes, y se dejó seducir por vendedores de humo. Como era de esperarse, el resultado fue que lo perdió todo. Le escondió la verdad a su padre hasta que ya no pudo disimular, porque necesitó su ayuda con desesperación. Entonces le pidió una cantidad astronómica para salir del apuro.

—Setecientos sesenta mil dólares —precisó Josh.

Michelle asintió.

—Algo así.

—¿Matthew estaba dispuesto a darle el dinero?

—Esta vez, no. Por eso estaba tan alterado y habló conmigo para desahogarse. Me dijo que James y Diana lo iban a llevar a la ruina con sus exigencias, y que ya era suficiente...

—Ya era suficiente quiere decir… —la interrumpió Bradbury.

—Lo único que puede significar, detective. El señor Rowland decidió que ya no les daría ni un centavo más. Tendrían que resolver sus vidas por sus propios medios…

Los policías intercambiaron una mirada. Cody tomó la palabra:

—En una situación como la que nos describe, una decisión así es muy difícil de asumir… Usted conocía bien a Matthew Rowland. ¿Lo considera capaz de mantenerse firme en sus propósitos o cree que todo continuó igual después de desahogarse?

Bellamy meditó la pregunta del detective por algunos segundos.

—Estoy segura de que el señor Rowland no se retractó. Era un hombre firme en sus decisiones. Solo así se puede prosperar en un negocio tan competido como este.

—¿Sabe si consiguió hablar con sus hijos antes de morir?

—Lo lamento, pero eso no lo sé. Todo esto me lo confesó la noche del jueves, cuando ya nos preparábamos para regresar a casa. El viernes no vino a trabajar, así que no tengo idea de lo que ocurrió después.

—¿Estaría dispuesta a repetir esta declaración ante un juez?

—Por supuesto.

Cody adoptó una actitud formal.

—De acuerdo. Le rogamos que se acerque a la Estación de Policía de la calle Class, y pregunte por Evelyn Thorne. Repítale lo

que nos relató y firme la declaración.

—Se lo debo al señor Rowland, así que seguiré sus instrucciones.

—Muchas gracias, señorita Bellamy. Su colaboración nos resultará muy valiosa.

Apenas pusieron un pie fuera de Kasahor, Josh abordó a su hermano.

—¿Qué opinas?

—Que mi interés por James Rowland aumenta por momentos.

Josh asintió.

—Estoy de acuerdo. ¿Estás pensando lo mismo que yo?

—Tenemos que intentar desmontar su coartada… Vamos,

Capítulo 33

Los detectives subieron al coche y se ajustaron los cinturones de seguridad. Ryan consultó sus notas.

—El amigo a quién James ayudó a echar la lechada la tarde del viernes vive en Walton Street.

Cody encendió el motor y se incorporó a la vía. Al mismo tiempo, Josh sacó su móvil del bolsillo, desplegó el mapa de Brooklyn en la pantalla, y le pidió más detalles a su hermano:

—¿A qué hora salió de allí?

—Según su declaración, llegó a las doce y terminaron a las cinco treinta. Luego se fue a la tienda de regalos para comprar un ramo de flores a su esposa, por su aniversario.

—¿A qué hora hizo la compra?

—Lo anoté en el expediente.

Josh abrió la carpeta que tenía en la mano:

—Seis y dos de la tarde.

—A simple vista, parece que no dispuso de tiempo.

—No me daré por satisfecho hasta que lo comprobemos. En especial, después de lo que declaró la secretaria de Rowland.

Cody asintió.

Hicieron el resto del recorrido en silencio. Tuvieron que superar un par de atascos para llegar a Walton Street, pero al fin aparcaron frente a la casa del amigo de James. Ryan suspiró y expresó su inquietud en voz alta.

—Hay un factor que no será posible comprobar en este momento: el tráfico cambia de acuerdo con el día y la hora. Eso podría descalificar la validez de la comprobación frente a un juez.

—Al menos podemos determinar si es posible. Si es así,

siempre tendremos la oportunidad de repetirlo en la hora y día que corresponden a la coartada.

Ryan asintió.

—¿Tienes el cronómetro a mano?

Josh activó la función en su reloj.

—Listo.

Sin decir una palabra más, Cody se incorporó a la vía en dirección a Atlantic Avenue, mientras Josh seguía la trayectoria en el mapa, gracias al GPS. Cuando habían recorrido poco más de la mitad del camino, Josh llamó la atención de su compañero.

—Cruza a la derecha en esa esquina.

Cody obedeció y siguió las indicaciones de su hermano, hasta que llegaron a Adelphi Street. Aparcaron frente a la casa de los Rowland. Bradbury detuvo el cronómetro.

—Catorce minutos —declaró triunfal.

—Así que es posible que James saliera de casa de su amigo y llegara hasta aquí, a tiempo para asesinar a sus padres.

Bradbury se encogió de hombros.

—El tiempo sobrepasa en dos minutos, pero podrían explicarse por las diferencias en el tráfico, debido al día y la hora.

—Sabes que una suposición así no será suficiente para el juez.

—Estoy de acuerdo, y por eso tendremos que repetir la prueba —reconoció Josh—, pero es suficiente para mí, al menos para seguir considerando a James como sospechoso probable.

—Muy bien, activa de nuevo el cronómetro. Veamos en cuánto tiempo llegamos hasta la tienda de regalos.

Mientras Cody encendía el auto, Josh miró a su alrededor. Le llamó la atención una pequeña silueta en la ventana del piso superior de la casa vecina, pero desapareció enseguida, así que no le concedió importancia. Los policías volvieron a ponerse en movimiento en dirección a Atlantic Avenue, y aparcaron frente a la tienda de regalos, donde Cody apagó el motor.

—¿Y bien?

—Diez minutos.

Cody se recostó en el respaldo.

—Muy bien… Si sumamos el tiempo que estuvimos en movimiento desde Walton Street, serían solo veinticuatro minutos.

—Ocho menos de los que necesitó James —precisó Bradbury.

—Debo reconocer que no es una gran diferencia.

—Es una diferencia —insistió Josh—. ¿En qué empleó esos ocho minutos?

—¿En escoger el ramo que le regalaría a su mujer?

—Eso lo podemos averiguar con facilidad —afirmó Bradbury, al mismo tiempo que salía del coche.

Los detectives se encaminaron a la tienda, y después de identificarse, le solicitaron al gerente que les mostrara las grabaciones de seguridad del viernes por la tarde. El empleado no puso inconveniente para colaborar, y los acompañó hasta su oficina, donde encendió el ordenador. Enseguida localizó el archivo que les interesaba, y lo reprodujo a partir de las seis de la tarde.

—Aquí lo tienen.

El gerente giró la pantalla para que los detectives pudieran verla. En la grabación se veía la tienda desde un ángulo extraño, con algunos clientes deambulando entre los estantes. Uno de ellos se acercó a la caja con un objeto indeterminado en la mano, pagó y se marchó. Al cabo de dos minutos, James entró en la tienda a paso apresurado, cogió el ramo más cercano a la caja, lo pagó y salió. Cody y Josh intercambiaron una mirada, le dijeron al gerente que enviarían a alguien a recoger una copia de la grabación, y salieron de la tienda.

Una vez en el coche, Cody llamó a Ellison y lo puso al tanto de la nueva evidencia. El jefe de Criminalística le prometió que enviaría a alguien a recoger la grabación, cuidando no romper la cadena de custodia.

—¿Opinas lo mismo que yo? —preguntó Josh, en cuanto su hermano pulsó la tecla roja del móvil para terminar la llamada.

—Los ocho minutos no los empleó en seleccionar el ramo para su esposa…

—Y de acuerdo con el cronómetro, pudo llegar a Adelphi Street alrededor de la hora de la muerte de sus padres. Esos ocho minutos podrían ser el tiempo que empleó en asesinarlos.

Cody dejó escapar un suspiro.

—No te quito razón, Josh, pero sabes que no es suficiente… Rowland puede argumentar que encontró un atasco en su recorrido. Es una excusa creíble en Brooklyn. Aun cuando los resultados de la prueba se repitan el viernes a las cinco treinta, no descartan la posibilidad de un hecho puntual en el trayecto, que pudo retrasar a Rowland el día del homicidio.

—Si ese hecho puntual existió, debió quedar algún registro.

—Tienes razón. Lo consultaremos en cuanto lleguemos a la Estación, pero aun así, debemos reconocer que es una evidencia muy débil como para acusarlo de parricidio.

Josh frunció el ceño.

—Reconozco que por sí solo no es suficiente, pero la fragilidad de su coartada no es lo único que apunta a James —Bradbury comenzó a enumerar con los dedos—. Tenemos el rifle desaparecido, del mismo calibre del arma homicida… Luego está la decisión de Matthew de cortar el flujo de dinero, justo en el momento en que James se enfrentaba a una demanda que lo dejaría en la calle…

—Estoy de acuerdo contigo, pero siguen siendo pruebas circunstanciales. Además, no debemos olvidar a Green. Tendría más o menos el mismo motivo que James: el dinero. Al ser de la familia, tenía acceso al rifle. Es muy probable que supiera de su existencia y dónde encontrarlo… Y no olvides que nos mintió con respecto a su coartada. Con estos argumentos, cualquier defensor de medio pelo derribaría el caso contra James en cinco minutos. Si me presionas un poco, yo también tengo mis dudas acerca de que el asesino fuera James y no Peter.

Bradbury soltó el aire como si se desinflara.

—Tienes razón, si queremos precisar cuál de ellos cometió el crimen, tendremos que ubicarlo sin lugar a duda en Adelphi Street, en el momento del homicidio.

El timbre del móvil de Josh interrumpió la discusión de los detectives. En la pantalla apareció la foto de Keen.

—Natalie, ¿hay alguna novedad?

—Ya Ron Stuart recibió la citación para que lo entrevisteis. Le di carácter de urgencia, así que estará aquí en una hora.

Josh fijó la mirada en su hermano, mientras respondía a la fiscal.

—De acuerdo, gracias Keen. Vamos para allá.

Capítulo 34

Ryan y Bradbury se apresuraron en regresar a la Estación de Policía. La entrevista a Ron Stuart era de vital importancia para el avance del caso. Cuando salieron del auto, el teléfono de Bradbury comenzó a sonar. La insignia del FBI apareció en la pantalla. El detective no esperaba que Carpenter volviera a comunicarse con ellos, así que se apresuró a responder.

—Detective Bradbury. Supongo que mi llamada le habrá sorprendido.

—Bastante. ¿Ocurrió algo?

Del otro lado se escuchó un suspiro.

—No. Y reconozco que no debería llamarlo, cuando yo misma rechacé su intervención y la de su hermano en cualquier asunto relacionado con Spardise, pero… comprendo su situación, así que decidí informarle lo que averiguamos sobre Henry Eaton.

—¿Averiguaron las circunstancias de su muerte?

—El señor Eaton era aficionado a las motocicletas, y sufrió un accidente mortal hace cinco años.

—¿Están seguros de que fue un accidente?

—Por completo. El conductor del coche que colisionó con él está cumpliendo condena por homicidio culposo. Ya lo investigamos, y no tiene ninguna relación con Spardise. Supongo que esto aplacará su necesidad de intervenir en la investigación.

—No la aplaca, pero sí me deja más tranquilo. Gracias, agente Carpenter.

Judy terminó la llamada sin más explicaciones. Josh le contó los detalles de la conversación a su hermano, quién lo asumió con serenidad.

—Tal vez es hora de pasar la página sobre ese asunto y mirar al porvenir, Josh. Vamos, Stuart nos debe estar esperando.

Cuando entraron en el departamento de investigaciones, Evelyn les confirmó que el testigo acababa de llegar. Los detectives le dieron instrucciones para que lo llevaran a una de las salitas de interrogatorio.

Después de tomarse un café y discutir acerca de la estrategia que emplearían, Cody y Josh subieron hasta el tercer piso. Allí le preguntaron a uno de los guardias cuál era el cuarto asignado a Stuart. Antes de proceder al interrogatorio, entraron en la habitación de vigilancia correspondiente, y dedicaron los siguientes diez minutos a observar al testigo.

Ron parecía salido de un ring de lucha libre. Su contextura era tan fuerte, que Josh se preguntó si la frágil silla que ocupaba soportaría su peso. Cuando encendieron la cámara de vigilancia, Stuart estaba inclinado sobre la mesa, con la cabeza gacha. De vez en cuando lanzaba miradas huidizas a ambos lados, como si no pudiera creer su realidad. Una de sus piernas subía y bajaba sin cesar, en un gesto nervioso e inconsciente.

—Está asustado —afirmó Ryan.

—¿Asustado? Tiene más miedo que Pinocho en clase de bricolaje.

Cody lanzó una mirada de reojo a su hermano y suspiró.

—Vamos.

En cuanto los policías cruzaron la puerta, los alcanzó el olor a loción para afeitar. Ron detuvo el movimiento de la pierna y enderezó la espalda. Todos sus músculos estaban en tensión. Los detectives se movieron con parsimonia, y se sentaron frente al testigo. Cody abrió la carpeta que llevaba en la mano, y comenzó a pasar las hojas como si buscara un expediente. Ron lo observó y se mordió los labios. El detective rompió el silencio:

—Señor Stuart, ¿sabe por qué está aquí?

Ron negó con la cabeza. Esta vez fue Josh quién atacó.

—Encontramos algunas inconsistencias en su declaración acerca de la coartada de su amigo, el señor Peter Green.

—¿Inconsistencias? ¿Qué inconsistencia puede haber? Pasamos la tarde en mi casa, viendo el canal deportivo y tomando unas cervezas.

—No es lo que nos dijo su vecina, la señora Coke —le advirtió Cody—. Ella afirma que quiso hacerles un obsequio esa

tarde, pero no encontró a nadie en su casa.

—Esa vieja entrometida no sabe en qué día vive. Lo más probable es que haya confundido las fechas.

—¿En su trabajo también sufren de esas confusiones? —preguntó Josh, con sarcasmo.

La mirada que le dedicó Ron fue de absoluta indefensión. Su voz salió en un murmullo.

—¿De qué está hablando?

Cody se irguió en la silla, miró de frente al testigo y respondió:

—Tenemos la confirmación de su jefe de que el viernes por la tarde estuvo en su puesto de trabajo. ¿Cómo lo explica, señor Stuart?

—Y no nos diga que tiene el don de la ubicuidad.

Ron alternó la mirada entre los detectives como una presa acorralada. Después de meditar por algunos instantes, dejó escapar el aire y relajó los músculos como si se desinflara.

—De acuerdo, ustedes ganan. Peter me pidió que lo cubriera esa tarde.

Cody enarcó las cejas.

—¿Que lo cubriera? Entonces, ¿usted aceptó declarar en falso para proporcionarle una coartada?

Stuart palideció.

—Por supuesto que no. No es eso lo que quise decir. Solo fue un favor de un amigo a otro. Quiero decir… Yo no tenía idea de que ese día los suegros de Peter iban a morir asesinados.

—¿Bajo qué argumentos el señor Green le pidió que mintiera por él?

—Por su esposa. No quería que su esposa sospechara…

—¿Qué? —lo presionó Josh.

—Que tiene una amante. Yo… no tenía idea de lo que iba a ocurrir… No era la primera vez.

—¿Quiere decir que usted actuó como alcahuete en la relación de su amigo con su amante?

Stuart se removió en la silla. Josh temió que el endeble mueble no resistiera, y el testigo terminara en el suelo.

—De la forma en que usted lo dice, se oye muy mal… En realidad, solo le hice un favor a mi amigo… Su matrimonio cayó en el aburrimiento de la rutina. No me malentienda, él quiere mucho a su mujer y a sus hijos, pero necesitaba algo más.

—Una amante.

Stuart encogió un hombro. Josh se preguntó si trataba de justificar a su amigo o a sí mismo, por colaborar con aquel entramado de mentiras.

—Es una buena chica… Se sintieron atraídos, se enamoraron… pero él no quiere abandonar a su familia.

Cody frunció el ceño.

—Así que decidió convertir a esta chica en su amante, mientras disfruta de los beneficios del dinero de sus suegros… Y usted aceptó ayudarlo en ese doble juego.

—Yo solo le hice un favor a un amigo.

Josh decidió intervenir, antes de que el interrogatorio se descarrilara.

—No estamos aquí para hacer juicios morales sobre la conducta de su amigo con respecto a sus relaciones sentimentales. Ni siquiera nos interesa su papel de alcahuete en medio de esa situación. Lo que deberá explicarnos es por qué nos mintió acerca de la coartada del señor Green el día del homicidio de sus suegros.

Stuart se echó hacia atrás, con todos los músculos de la espalda tensos como cuerdas de guitarra.

—Yo… No supe qué hacer. Sé que Peter no es capaz de matar ni a una mosca… Esa tarde la pasó con Karen. Le dijo a su esposa que estuvo conmigo, y yo creí que mi deber de amigo era mantener la misma historia.

—¿Aun a costa de mentirle a la Policía? —preguntó Josh—. ¿Sabe que podría enfrentarse a cargos por obstrucción a la Justicia?

Stuart retorció sus manos y parecía a punto de estallar en lágrimas. Resultaba extraño y conmovedor en un grandulón como él.

—Yo… no creí que le hacía daño a nadie… Peter es inocente, y pensé que si lo descartaban desde el principio, eso les ayudaría a encontrar al asesino más rápido.

El ceño de Cody se frunció tanto, que sus cejas casi se juntaron.

—Así que según usted, al mentirnos nos hizo un favor, y deberíamos agradecerle por evitarnos perder el tiempo investigando a su amigo. ¿Es eso lo que quiere decir, señor Stuart?

—No… Eh. No es lo que dije.

—¿Por qué está tan seguro de que Peter es inocente? —intervino Josh.

—Es mi amigo, lo conozco. Sé que nunca haría algo así. Peter es un pacifista convencido. Detesta las armas y todo lo que se relacione con ellas.

Bradbury enderezó la espalda y frunció el ceño.

—Eso significa que usted y él hablaban de algo más que de amantes y de deportes —Ron eludió la mirada del policía—. ¿En qué contexto hablaron de armas, señor Stuart?

Ron encogió los hombros y habló en murmullos.

—Peter siempre se pronuncia contra la venta libre de armas. En una ocasión me comentó que su cuñado era un irresponsable, y que guardaba un rifle en el garaje, al alcance de su hijo adolescente o de cualquiera que supiera que estaba allí.

Cody y Josh intercambiaron una mirada. Ron acababa de poner un clavo más en el ataúd de Peter Green. Cody lo emplazó con la mirada y habló con voz firme:

—Si no quiere que lo acusemos de obstrucción, deberá firmar la declaración de todo lo que confesó. Además, nos proporcionará el nombre y los datos personales de la amante del señor Green.

—Pero, ella no tiene nada que ver con todo esto…

—Eso lo decidiremos nosotros —sentenció Josh.

Stuart soltó un suspiro de resignación.

—Está bien. Su nombre es Karen Lyon, y vive en Dana Avenue.

Capítulo 35

Cuando los detectives regresaron a sus mesas de trabajo, lo primero que hizo Ryan fue llamar al número de teléfono que les proporcionó Stuart y conectar los altavoces. Karen respondió al segundo timbrazo. Después de que Cody se identificó, y le asomó la posibilidad de citarla a la Estación para una entrevista, ella accedió a responder a sus preguntas.

—¿Dónde y con quién estuvo el viernes por la tarde?

—Mi novio y yo fuimos de compras al centro comercial.

—¿Podría decirme cuál es el nombre de su novio?

A medida que respondía, la voz de la chica se hacía más firme, hasta adquirir un tono desafiante:

—Peter Green.

—¿A qué hora se reunió con él?

—Pasó a buscarme a las cuatro treinta, y estuvimos comprando hasta las ocho.

—¿En cuál centro comercial hicieron las compras?

—En el *Benjamin´s Center* .

—¿Dispone de alguna prueba?

—Sí… Las facturas de lo que compramos están en mi bolso.

—Muy bien, señorita Green. Deberá presentarse lo antes posible en la Estación de Policía de Class, y preguntar por Evelyn Thorne. Ella transcribirá su declaración. No olvide traer esas facturas.

—Lo haré… Dígame detective…

—Ryan.

—Detective Ryan, dígame por favor, ¿Peter está en problemas?

—Lo lamento, pero no puedo responder esa pregunta. Violaría la confidencialidad de la investigación.

Cody colgó el teléfono, antes de que la chica pudiera reaccionar. Sin soltar el auricular, se comunicó con Evelyn, y la puso al tanto de la conversación que acababa de sostener, para que se ocupara de tomarle declaración a la nueva testigo. Entonces colgó, levantó la mirada hacia su hermano y le repitió la conversación.

—Parece que tenemos un sospechoso menos —sentenció Josh.

—Si comprobamos que la chica dijo la verdad, tendremos que reconocer que Peter Green es un canalla, pero es inocente del asesinato de sus suegros.

—Parece que lo lamentas.

Cody encogió un hombro.

—Reconozco que me sacan de quicio estos individuos que se valen de cualquier excusa para traicionar a su mujer y sus hijos.

—Te recuerdo que no estamos aquí para juzgar la moralidad de nadie, Cody. Buscamos a un asesino, no a un adúltero.

Ryan suspiró.

—Ya, lo tengo claro. La chica respondió con firmeza, y mi impresión es que fue honesta. De cualquier forma, será fácil comprobarlo con las facturas y las grabaciones de vigilancia del centro comercial.

Cody volvió a descolgar el teléfono. Mientras su compañero se comunicaba con la gerencia del *Benjamin´s Center* , Josh se levantó de la silla, metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se plantó frente a la pizarra. Dio voz a sus pensamientos en el momento en que Ryan colgó el teléfono:

—Así que no fue Peter. Por lo visto, el cerco se cierra en torno a James.

—Tuvo el motivo, los medios y la oportunidad…

La luz que entraba por las ventanas declinaba poco a poco, y alrededor de los gemelos, sus compañeros comenzaron a apagar los ordenadores y recoger las chaquetas. Poco a poco, los fueron dejando solos.

Josh lanzó una rápida mirada a su alrededor. Ya todos los escritorios estaban vacíos.

—Lástima. Se termina la jornada, justo cuando comenzábamos a avanzar.

Cody sacudió la cabeza.

—No sé lo que opinas tú, pero yo no pienso marcharme hasta que comprobemos si James es el asesino.

Bradbury se volvió hacia su hermano.

—Pensé que querrías irte a casa con Eleonora y los niños.

—Por supuesto que quiero, pero no podemos parar aquí y seguir mañana. Si estamos en lo cierto, y James fue capaz de asesinar a sus propios padres por su dinero, nada impide que esté dispuesto a librarse de su hermana, para quedarse con toda la herencia.

—Tienes razón, todas las evidencias apuntan en su dirección, pero me temo que lo que tenemos contra él sigue siendo circunstancial. La realidad es que todavía no encontramos nada concreto para acusarlo.

—Él fue quien encontró los cadáveres, ¿no es así?

Josh asintió.

—¿Adónde quieres llegar?

—A que él avisó al 911, y por lo tanto, debe existir una grabación de esa llamada.

—Tienes razón. Tenemos que escuchar esa grabación…

Ryan usó la extensión de su escritorio para comunicarse con Evelyn, quién por suerte, también estaba haciendo horas extras. Ella le prometió que se ocuparía, así que mientras esperaban que la eficiente secretaria cumpliera con los trámites burocráticos, Josh se acercó al pasillo a por un par de cafés, y Cody llamó a Eleonora para avisarle que llegaría tarde.

Mientras aguardaban, cada uno con un vaso de café en la mano, ambos centraron su atención en la pizarra. Josh fue quien puso sus razonamientos en palabras:

—Yo lo veo muy claro. Tenemos un sujeto a quién su propio padre convenció de que era un genio de las finanzas, así que estaba acostumbrado a llevar sus ideas a la práctica, por descabelladas que fueran. Si algo salía mal, papá venía al rescate...

—Así que se metió en mucho más de lo que podía controlar… Y debió considerar como una traición la negativa de Matthew a seguir ayudándolo.

—Su padre pasó de ser su tabla de salvación a convertirse en un estorbo en su vida… Si no conseguía el capital suficiente a tiempo, perdería su casa, y si los demás clientes exigían que les devolviera su dinero, era posible que terminara en la cárcel…

El timbre de la centralita interrumpió los razonamientos de Bradbury. Cody atendió de inmediato: era Evelyn para avisarles que la grabación de la llamada al 911 ya debía estar en sus ordenadores. Los policías la escucharon con atención una y otra vez.

—Hay pánico en su voz —comentó Cody.

—Sí, es cierto, pero observa un detalle: Se preocupa más de justificar su presencia en el lugar de los hechos que de pedir ayuda…

—Le importa más lo que se piense de él, que el propio asesinato.

Bradbury meditó por un momento.

—Su actitud refuerza nuestra teoría, pero también es cónsona con el carácter egocéntrico de James. Un buen defensor derribaría nuestros argumentos sin mucho esfuerzo.

—Así que sabemos que fue él, pero no podemos hacer nada al respecto.

Josh sacudió la cabeza.

—Podemos, pero lo más probable es que la acusación no progrese. Necesitamos una evidencia más concreta que lo ubique en el lugar y el momento del crimen. Que no quede ningún resquicio de duda acerca de su culpabilidad.

Cody resopló.

—Sabes que si esa evidencia existiera, ya Científica la habría encontrado.

La entrada de un mensaje en el móvil de Ryan interrumpió la discusión. El policía lo leyó y miró a su compañero a los ojos.

—Es del jefe Ellison: el departamento de grafología determinó que la amenaza que recibió James corresponde con su propia caligrafía.

Josh dio un golpe con la palma sobre el escritorio.

—¡Ya lo tenemos! ¿Qué esperamos? Vamos a por él.

Capítulo 36

Después de comprobar que Keen ya no estaba en su oficina, Josh la llamó a su móvil y le explicó la situación.

—Déjame asegurarme de que comprendí: descubrieron que Rowland se envió una nota de amenaza a sí mismo, y quieren que pida una orden de arresto por simulación de delito. ¿Es así?

—Tienes la idea.

—¿Y no podéis esperar hasta mañana por la mañana? Tampoco se trata de un asunto de vida o muerte.

—En eso te equivocas.

Bradbury le explicó a la fiscal las conclusiones a las que llegaron él y Cody, y su temor de que James atentara contra su propia hermana.

Del otro lado del teléfono se escuchó un suspiro.

—De acuerdo, volveré a la Estación, redactaré un informe y buscaré un juez de guardia que emita la orden de arresto. Quiero que toda la información sobre este asunto se encuentre sobre mi escritorio para cuando llegue a mi oficina. Powers tiene una llave.

—Muy bien.

Sin más preámbulos, Natalie terminó la llamada. Cody no le quitaba la vista de encima a su hermano.

—¿Qué te dijo? —le preguntó, en cuanto comprendió que ya había terminado la conversación.

—Vendrá. Ahora tenemos que darnos prisa en redactar el informe que necesita para solicitar la orden de arresto al juez.

—Muy bien. Ocúpate tú. Yo comprobaré si el viernes por la tarde hubo algún incidente de tráfico en la zona que justifique los ocho minutos perdidos en la coartada de James. No quiero

sorpresas de última hora.

Los detectives se ocuparon de sus respectivas tareas. Quince minutos después, Josh escribió la última línea e hizo clic en el comando de impresión. Cody aguardó con paciencia a que terminara.

—¿Qué averiguaste? —preguntó Bradbury.

—Parece que esta vez estamos bien encaminados… El viernes por la tarde no hubo ningún incidente ni obstáculo en el recorrido de James.

—Así que deberá justificar los ocho minutos que sobran en su itinerario.

—Será interesante escuchar lo que tiene que decir.

Josh asintió, y se levantó para recoger el informe de la bandeja de la impresora. Luego se encaminó en dirección a la oficina de Powers. Un par de minutos después, Bradbury regresó con Evelyn. Ella siguió de largo hacia la oficina de Keen, al mismo tiempo que el detective regresaba a su escritorio.

—Ya está en marcha, colega.

Cody asintió, descolgó el auricular del teléfono de su escritorio y organizó la logística para la detención. Luego colgó, y clavó la mirada en su hermano.

—Ahora solo resta tener paciencia.

La espera se les hizo interminable. Cuarenta minutos después, Keen cruzó el umbral del departamento de investigaciones. Llevaba un sobre en la mano.

—Aquí lo tenéis. La orden de arresto contra James Rowland por simulación de delito —Ryan cogió el sobre, sacó el documento que contenía y le echó una rápida ojeada—. Os advierto que a su abogado no le será difícil conseguir que lo liberen bajo fianza.

—Lo sabemos —reconoció Josh—, pero James comprenderá que está bajo sospecha, lo cual debería disuadirlo de cometer otro crimen.

—Espero que tengáis razón. Ahora me voy a casa. Ya me contaréis mañana.

Después de un escueto «buenas noches», Natalie se volvió, y abandonó la sala. Los detectives se pusieron en movimiento para ejecutar la orden contra James. Cody y Josh llegaron a la dirección del sospechoso acompañados por una patrulla. Rowland se mostró sorprendido y hasta ofendido, pero no se resistió al arresto.

De vuelta en la Estación, Cody y Josh aguardaron con

paciencia a que el detenido pasara por los procedimientos rutinarios correspondientes a un arresto. Eran más de las ocho de la tarde cuando por fin entraron al cuarto de interrogatorios. A Rowland lo acompañaba su abogado.

James permanecía erguido en la silla y trataba de disimular el miedo, pero la expresión de su rostro lo traicionaba. Era evidente que nunca se hubiera imaginado a sí mismo en esa situación. El defensor frunció el ceño en cuanto los policías cruzaron la puerta.

—Esta vez se excedieron, detectives. El señor Rowland no ha cometido ningún delito y no debería estar aquí. No tienen ningún derecho…

—Usted leyó la orden de arresto, abogado —lo interrumpió Bradbury—. De acuerdo con el informe de Grafología, su defendido se envió a sí mismo una nota de amenaza. Al hacerlo, involucró a la Policía en una falsa investigación. La última vez que consulté la jurisprudencia, eso seguía siendo un delito.

—No lo hice con mala intención. Solo me puse nervioso y reconozco que cometí un error. La nota solo me afectaba a mí. Por eso no creí que fuera un delito.

Josh enarcó las cejas.

—¿En serio pretende hacernos creer que no sabía lo que hacía?

—¿Por qué estaba nervioso, señor Rowland? —preguntó Cody.

—¿Qué?

—Acaba de decir que se puso nervioso. ¿Por qué?

—No tiene obligación de responder a esa pregunta —le advirtió el abogado.

—Tiene razón —reconoció Bradbury—. No necesita responderla. Puede dejar que nosotros imaginemos cuál es la respuesta.

James perdió el color, al punto de que parecía que iba a desmayarse de un momento a otro.

—Yo… se lo diré… Es que… Me preocupó la desaparición del rifle, y luego… mi amigo Thomas me dijo que estuvieron comprobando mi coartada… y sabía que se iban a enterar de la demanda de Bryan. Yo… temí que creyeran que…

Una mirada fulminante del abogado interrumpió a James, quién se mordió los labios.

—¿Qué era lo que temía que creyéramos? —lo presionó Josh.

La única respuesta de Rowland fue bajar la cabeza. El abogado tomó la palabra.

—Mi defendido reconoció que cometió un error al escribir la nota. Estaba bajo mucha presión, confundido, acababa de perder a sus padres en un crimen espantoso… Bajo esas circunstancias, es humano cometer una estupidez. Mi cliente se declarará culpable de la simulación de delito. Es su primera falta, y bajo sus circunstancias, estoy seguro de que le conmutarán la sentencia por una multa y trabajos comunitarios. Descuide, señor Rowland. Mañana a primera hora tramitaré su libertad bajo fianza, y estoy seguro de que regresará a su casa.

Josh y Cody intercambiaron una mirada. Bradbury tomó la palabra.

—Muy bien, abogado. Será como usted dice, pero antes de que haga todo eso que le garantizará un final feliz a la situación de su cliente, queremos que nos explique un detalle interesante sobre su coartada.

—¿De qué está hablando? —preguntó James, antes de que el defensor tuviera oportunidad de mandarlo a callar.

Cody expuso los resultados de la indagación que hicieron de la coartada de James.

—Como puede comprobar, hay ocho minutos de diferencia a los que no les encontramos explicación. ¿Podría usted aclararnos qué hizo durante ese tiempo?

—¡Eso es absurdo! —exclamó el abogado—. Ocho minutos son insignificantes. Un simple atasco podría explicarlos. Y tenemos bastantes de esos en Brooklyn.

—Pero no hubo ninguno en el trayecto que recorrió el señor Rowland el viernes por la tarde —aclaró Cody—. Ya lo comprobamos.

Los detectives clavaron una mirada inquisitoria en James, quién se encogió y bajó la cabeza. Luego de lanzar una rápida ojeada a su abogado, llenó sus pulmones de aire y soltó las palabras en un suspiro.

—Está bien. Tienen razón. En el trayecto hacia la tienda me detuve en la casa de mis padres… pero yo no los maté —Las lágrimas rodaban por las mejillas de James—. Tienen que creerme… Fue horrible… Llegué a su casa, y los encontré muertos… Olía a pólvora y… fue espantoso…

—¿Por qué no llamó al 911 en ese momento?

—Me ofusqué. Fui hasta allí para hablar con mi padre y pedirle que me ayudara, porque necesitaba dinero con urgencia… Y entonces los encontré… muertos. Perdí la cabeza… busqué el talón de mi padre y escribí un cheque a mi nombre.

—¿Falsificó su firma?

—Cuando trabajábamos en la inmobiliaria, yo siempre firmaba los cheques por él con su autorización. No fue difícil.

Las cejas de Cody estaban tan fruncidas, que tenía un surco entre ellas.

—Así que falsificó un cheque de su padre junto a su cadáver y el de su madre, y salió de allí sin decirle nada a nadie…

—Ya se lo expliqué… Estaba desesperado y no sabía lo que hacía.

—Esperó todo el fin de semana, hasta que le avisaron desde el trabajo de su madre que no se podían comunicar con ella. Y solo entonces simuló «el descubrimiento» de los cuerpos de sus padres. ¿Fue así?

James suspiró y asintió.

—Me reservo mi opinión sobre usted en el caso de que su declaración sea cierta —sentenció Cody, y desvió su mirada hacia el abogado—. Tengo la impresión de que no le va a resultar tan sencillo liberar a su cliente… Yo en su lugar, no perdería el tiempo en intentarlo.

Capítulo 37

Después de ordenar que trasladaran a James Rowland a la celda dónde pasaría la noche, los detectives regresaron al departamento de investigaciones. Cada uno ocupó su escritorio con la disposición de concluir la jornada. El ceño de Cody seguía fruncido.

—¿Por qué tengo la impresión de que James consiguió enfadarte? —preguntó Josh.

Ryan clavó la mirada en su hermano, quién alzó las manos en gesto de rendición. Solo entonces, Cody suspiró y relajó las facciones.

—Llevo años en la Policía, Josh, y te juro que he visto lo que mi imaginación no era capaz de concebir…

—¿Dónde crees que he trabajado yo? ¿En «*Disneylandia* »?

—Lo sé. Y no estoy seguro de cuál es tu experiencia, pero yo nunca había conocido a alguien tan rastrero como James Rowland. ¡Demonios! ¡Ese sujeto falsificó un cheque junto a los cadáveres todavía calientes de sus propios padres! No podemos permitir que se salga con la suya. Tenemos que demostrar que es un parricida.

Josh se encogió de hombros, lo que consiguió que el ceño de su hermano volviera a fruncirse. Bradbury llenó sus pulmones de aire antes de hablar.

—Tenemos que ir con cuidado con este asunto, Cody.

—¿A qué viene ese tono de pastor, dando un sermón?

—A qué te estás dejando arrastrar por tus valores morales. Y eso puede desvirtuar tu imparcialidad.

Cody se levantó de la silla, apoyó las manos en la mesa y se inclinó hacia su compañero.

—¿Cómo te atreves a dudar de mi profesionalidad? Yo no

permito que mis sentimientos influyan en mi trabajo.

—Así que la conducta reprochable de James con respecto a sus padres muertos no influye en tu convicción de que él los asesinó.

—¡Espera un momento! ¿Qué quieres decir con «tu convicción»? Creí que estabas de acuerdo conmigo en que ya teníamos al asesino. ¿Cuándo cambiaste de opinión?

—No he cambiado de opinión, Cody. Aún creo que James es el sospechoso más probable… pero todavía no estoy listo para descartar otras opciones.

—¿Qué diablos pasa contigo? —gritó Ryan—. Antes de interrogarlo, estabas tan seguro como yo de su culpabilidad. ¡Confesó que estuvo presente en el lugar y a la hora del crimen, y que falsificó un cheque de su padre! ¿Y después de eso tienes dudas?

Josh habló con un tono de voz pausado, que contrastaba con la irritabilidad de su hermano.

—Esa confesión es lo que me hace dudar —A Bradbury no le hubiera sorprendido ver salir humo de las orejas de su hermano—. Te lo explico: no creo que James sea tan estúpido como para reconocer su presencia en la escena del crimen, siendo culpable. Pudo haber inventado cualquier excusa para justificar esos ocho minutos: que iba a poca velocidad, que el coche tuvo una pequeña avería… Cualquier cosa.

—Eso solo significa que no estaba preparado para el interrogatorio y que tiene poca velocidad mental. En ningún caso demuestra su inocencia.

—¿Y si dice la verdad?

—No estás hablando en serio.

—¿Por qué no? Vamos a suponer que en realidad encontró muertos a sus padres cuando los visitó. Seguiría siendo un canalla sin escrúpulos, pero no el asesino que buscamos. Si no descartamos otras opciones, y resulta que James no apretó el gatillo, estaríamos dejando libre a un criminal que mató a sangre fría a dos ancianos en su propia casa. Yo no podría dormir con esa posibilidad.

Cody se dejó caer en el asiento.

—Maldito seas, Josh. Tienes razón. ¿Qué hacemos ahora?

Bradbury dejó escapar el aire con alivio.

—Lo único que podemos hacer es seguir indagando. Tenemos que demostrar sin lugar a duda que James es un parricida o

descubrir quién fue el verdadero asesino, pero ya no será hoy —reconoció Josh, echándole una ojeada al reloj—. Concluyamos el informe del interrogatorio y vámonos a casa.

Ambos detectives colaboraron para redactar el documento. Mientras se encontraban ocupados, el taconeo en la sala vacía los alertó de que alguien se acercaba. Cuando levantaron la mirada, encontraron a Evelyn.

—Me consuela comprobar que no soy la única pringada que trabaja después de la hora.

—¿Por qué no te has ido a casa? —le preguntó Cody.

—Powers me pidió que lo ayudara en la elaboración de unos documentos. Aproveché un descanso para venir a informaros: la amiga de Peter Green ya declaró —Thorne le entregó un folio a Cody—. Aquí lo tenéis. También recibimos las grabaciones de vigilancia de un centro comercial. Las tenéis en vuestra bandeja de entrada.

—Gracias, Evelyn. Eres fabulosa.

—Me alegra poder ayudaros, chicos. Y ahora me voy, antes de que Powers me eche de menos.

Después de que Evelyn regresó a sus labores, los detectives se repartieron las nuevas evidencias. Cody revisó la declaración de Karen, mientras Josh comprobaba las grabaciones. Terminaron casi a la vez. Josh estiró los músculos y señaló a su hermano con la cabeza.

—¿Y bien?

—La declaración coincide con lo que afirmó por teléfono: Karen pasó toda la tarde con Peter Green. ¿Qué encontraste en las grabaciones?

—Confirman esa declaración. No debemos perder más el tiempo con Green. Mientras asesinaban a sus suegros, él estaba en el centro comercial de paseo con su amante, así que no puede ser el asesino.

—Volvemos a James.

—Sin duda alguna —confirmó Josh—, pero ya no será hoy.

Cody estuvo de acuerdo en que debían concluir la jornada, así que recogieron sus chaquetas y se marcharon.

—¿Quieres acompañarme a casa? —preguntó Cody—. Estoy seguro de que Eleonora y los niños se alegrarán de verte.

Josh sacudió la cabeza.

—¿Has visto la hora? Son más de las nueve. Si todavía están

despiertos, solo tendrán deseos de verte a ti antes de irse a dormir. Ya los visitaré el fin de semana.

—En ese caso, te llevaré a casa.

—Más bien, déjame en tu calle y yo me iré andando a mi piso desde allí. El paseo me servirá para aclarar las ideas.

—¿Estás seguro?

—Por supuesto.

La oscuridad recibió a los gemelos cuando abandonaron la Estación. Ryan había aparcado a media manzana, y se encaminaron hasta allí. Subieron al automóvil, y Cody encendió el motor. A los pocos minutos se incorporaron a Brooklyn *Queens Express Way* . Iban sumidos en sus pensamientos y recorrían el trayecto en silencio, hasta que Josh se dio cuenta de que su hermano conducía en forma temeraria, encendiendo las luces intermitentes y sobrepasando a los demás coches. Bradbury echó una ojeada al velocímetro: rozaba el límite permitido. Le pareció demasiado para el tráfico que sorteaban.

—¿No vas demasiado rápido? ¿Dónde es el incendio? —. Ryan se mordió los labios y apretó con más fuerza el volante. Solo entonces, Josh se dio cuenta de que su compañero estaba pálido y sudoroso—. Cody, ¿qué ocurre?

Ryan le respondió en un murmullo.

—Será mejor que te sujetes, Josh. No tenemos frenos.

Capítulo 38

Las palabras de Cody dejaron mudo a Josh, quién se aseguró de que su cinturón de seguridad estuviera bien colocado, se enderezó en el asiento y se sujetó lo mejor que pudo. Un silencio tenso se apoderó de la cabina. Josh no quería distraer a su hermano, así que se limitó a observar sus esfuerzos por evitar un accidente fatal.

Por suerte, no había atascos a la vista, pero los guardarraíles laterales eran lo único que los separaba de una caída mortal. Cody bombeó los frenos con la esperanza de que respondieran, pero fue inútil. Se acercaron demasiado a una furgoneta de reparto, y Josh se aferró al reposabrazos, mientras Cody la adelantaba, después de un par de bocinazos que fueron ignorados, y a los que siguió una maldición. Josh apretó la mandíbula y sintió que el miedo ascendía desde su pelvis hasta su garganta. Cada vez era más difícil sortear al resto de los coches que circulaban por la amplia autopista, y Bradbury se preguntó si ese sería el final.

Cody tenía los músculos tensos como la cuerda de un arco. Josh estuvo tentado de tirar del freno de mano, pero sabía que con ello solo conseguirían perder el control, así que se contuvo. Gracias a su entrenamiento, ambos tenían claro que apagar el motor tampoco era una opción. Si lo intentaban, la dirección quedaría bloqueada, y terminarían muertos. Solo quedaba una vía.

—¿Por qué no usas la caja de cambios?

—Es lo que pretendo —reconoció Ryan con voz tensa—, pero todavía no encuentro la oportunidad.

Cody volvió a bombear el freno. El paso de «D» a tercera hizo que el automóvil corcoveara como si fuera un potro salvaje. Josh se sujetó con más fuerza. La maniobra no consiguió casi ningún efecto

en la velocidad, pero todavía tenían suficiente vía para seguir intentándolo. Adelantaron a un turismo por la izquierda y un autobús por la derecha. A los pocos metros, Cody repitió el proceso y pasó de tercera a segunda. Un nuevo salto, una protesta del motor, y una pequeña reducción de la velocidad.

—Está funcionando, Cody. Lo estás haciendo bien.

Ryan no respondió. El sudor corría por su frente y sujetaba el volante con todos los músculos en tensión, sin apartar la vista de la vía. Cody se mordió los labios y se preparó para el último salto: de segunda a primera. Ya el coche había moderado su velocidad. Entonces, la poca suerte que les restaba los abandonó: se encontraban a pocos metros de una chica en una motocicleta, y la distancia se acortaba por momentos.

Josh abrió mucho los ojos, y por reflejo condicionado empujó el pie en un freno que no existía. Cody hizo lo mismo, pero en su caso, aunque sí había freno, este era inútil. La chica continuaba en la vía, ignorante del peligro que la acechaba.

—¡Cuidado! —gritó Josh.

El impacto sacudió a Bradbury como si estuviera dentro de una coctelera, y durante algunos segundos no supo qué había ocurrido. En cuanto su mente se aclaró, comprendió la situación. Del capó salía un chorro de vapor de agua. Con el coche ya detenido, su hermano había soltado el volante y permanecía recostado en el asiento con los ojos cerrados, y los brazos colgando a los lados. Josh se quitó el cinturón de seguridad y lo sujetó por los hombros.

—¡Cody! ¿Estás bien?

Su compañero respondió en un murmullo:

—Dime que lo conseguí… Dime que no arrollé a la chica.

Josh miró hacia la autovía. Ya se había formado un atasco alrededor del accidente. Los rodeaban los coches que se detuvieron para ayudar, así como los curiosos. No había señales de la joven, que nunca fue consciente del peligro que corrió. En el último momento, Cody consiguió desviar el coche, para impactarlo contra uno de los guardarraíles. Eso los detuvo.

—Creo que todo está bien —afirmó Josh, al mismo tiempo que palmeaba el hombro de su compañero.

Bradbury se apeó y echó una ojeada al coche. Uno de los hombres que se detuvo a ayudar lo increpó en cuanto lo vio aproximarse:

—¿Están borrachos? ¿Saben a qué velocidad iban? Casi causan una desgracia…

—Perdimos los frenos —le informó Josh, el hombre dio un respingo y se alejó con prisa.

Josh sintió la humedad en su sien, tocó su cabeza y notó la viscosidad de la sangre en los dedos. Sin decir una palabra, regresó junto al coche. Cody no había movido ni un músculo.

—Nadie resultó herido —le confirmó—. Todo terminó en un susto.

Ryan dejó escapar el aire en un suspiro de alivio y por fin abrió los ojos.

—Esta vez estuvo muy cerca, Josh.

—Ya lo creo.

—Tú estás herido.

—No es nada. No te preocupes. ¿Estás bien?

Su hermano asintió.

—Ningún hueso roto, creo.

Josh miró a su alrededor y suspiró. Alguien no tardaría en llamar al 911, si es que no lo habían hecho ya.

—¿Tienes una linterna? —le preguntó a Cody.

—¿Qué?

—¿Llevas una linterna en el coche?

—Sí… Eh… En la guantera.

—Dámela, por favor.

Cody obedeció sin protestar. Sacó la linterna de la guantera y se la dio a su compañero. Josh se tendió en el pavimento junto al vehículo, y enfocó la luz hasta que encontró el goteo revelador. Entonces, volvió a incorporarse.

—Hay una fuga de líquido de frenos.

Cody parpadeó al comprender lo que Josh sugería.

—¿Crees que fue deliberado?

—Creo que vale la pena comprobarlo.

—¿Quién puede querer vernos muertos?

—Ojalá lo supiera. A ti, ¿se te ocurre alguien?

Cody sacudió la cabeza.

—De momento, no.

—A mí, si… Spardise.

—Pero ¿por qué?

—Por si tenemos la intención de seguir investigando —sentenció Josh.

Ryan lo meditó por un momento.

—Es posible que tengas razón, pero te estás apresurando en sacar conclusiones. Ni siquiera estamos seguros de que se trató de un atentado. Tal vez la fuga se debió a causas mecánicas.

—Lo sabremos pronto.

Josh sacó su móvil y llamó a Powers para informarle de la situación.

—¡Demonios! ¿Es que tú y Cody no pensáis dejar de meteros en problemas?

—Yo diría que los problemas son los que nos buscan a nosotros, jefe.

—Yo todo lo que quiero es llegar a la jubilación en paz, para largarme a un lago apartado a pescar, pero tenían que tocarme en suerte estos dos, para amargarme la vida en mis últimos años laborales… Bien, supongo que no tengo alternativa: me ocuparé de enviar una ambulancia y un coche a recogeros.

—Eh… jefe…

—¿Qué?

—Cody y yo sospechamos que se trató de un atentado.

Powers guardó silencio por algunos segundos. Entonces, respondió con un tono de voz más profesional.

—No permitáis que nadie se acerque a vosotros. Voy para allá con varias patrullas que garanticen la seguridad. Levantaremos un perímetro alrededor del lugar del accidente. También hablaré con el jefe Ellison, para que Criminalística recoja el coche. ¡Ni se os ocurra mover un dedo!

Capítulo 39

La ambulancia llegó antes de diez minutos. Los sanitarios se dividieron el trabajo para atender a cada uno de los gemelos.

Un coro de sirenas precedió a las patrullas. Powers se apeó de la que encabezaba la caravana para acercarse a sus subalternos a paso apresurado. Al mismo tiempo, los agentes se ocuparon de alejar a los curiosos, y levantaron un perímetro de seguridad alrededor del lugar del accidente.

—¿Estáis bien?

—Más asustados que un pavo en el Día de Acción de Gracias —respondió Josh—, pero al menos seguimos de una pieza.

—¿Alguien resultó herido? —Powers señaló a Bradbury con el pulgar, en forma despectiva—. ¿Aparte de esto?

Esta vez fue Cody quien intervino:

—Casi arrollamos a una motociclista, pero por suerte conseguí esquivarla. Siguió su camino, sin siquiera darse cuenta del peligro que corrió.

Powers asintió y contempló la escena. Luego suspiró.

—Tengo que reconocer que lo hiciste bien, Ryan. Conservaste los nervios, y es posible que por ello salvaras la vida de esa chica, y también las de vosotros mismos.

—Gracias, señor.

—Espero que tengas un buen seguro, porque me parece que tu coche es irrecuperable.

Antes de que Cody pudiera responder, el móvil de Josh los interrumpió. El policía comprobó quién llamaba, conectó los altavoces y respondió. Entonces se escuchó una voz, cargada de tensión:

—Me alegra poder localizarlo, detective Bradbury.

—Agente Carpenter, ¿qué ocurre?

—Localizamos el «nido» del Ejecutor, aunque por desgracia, no lo encontramos a él. Sin embargo, es evidente que no esperaba que descubriéramos su escondite, así que dejó algunas evidencias interesantes.

Josh intercambió una mirada con su hermano, quién también tensó los músculos de la espalda. Powers frunció el ceño en cuanto escuchó la voz de la agente federal.

—¿Qué encontraron?

—Una carpeta que contiene varias fichas reveladoras.

—¿Qué tipo de fichas?

—Informativas. Incluyen el nombre, la dirección y los hábitos de varias personas. En concreto: Richard Nohrtrop, Ryder…

—¿Ryder?

—Sí, se trata del productor de Broadway relacionado con Spardise que asesinaron algunas semanas antes que a Nohrtrop.

—Así que es una lista de víctimas —sentenció Josh, clavando la mirada en el rostro preocupado de Cody.

—De eso no hay duda, pero hay más…

—La escuchamos.

—Encontramos también dos fichas con los datos suyos y del detective Ryan. Me temo que el Ejecutor también va a por ustedes —Josh guardó silencio por algunos segundos—. ¿Me escuchó, detective Bradbury?

—Con toda claridad, agente Carpenter. Me temo que ya nos enteramos… por la vía más difícil.

—¿De qué está hablando?

Josh informó a Judy de los últimos acontecimientos.

—… así que me temo que su advertencia llega tarde.

La agente federal hizo una pausa y dejó escapar un suspiro.

—Al menos consiguieron salir con vida. ¿Hay algún herido?

Josh tocó el apósito que cubría su sien.

—Nadie de gravedad.

Powers intervino, sin poder contenerse más.

—Agente Carpenter, soy Lyndon Powers. ¿Me recuerda?

—Por supuesto, capitán.

—Ese sujeto a quién llama «el Ejecutor» … Parece que este par de calamidades «olvidó» mencionarme su existencia. ¿Podría decirme de quién se trata?

Judy le reveló a Powers la información que ya había compartido con los gemelos.

—… Y es todo lo que sabemos hasta ahora.

—Creí que el asunto de Spardise había quedado resuelto cuando atraparon al sujeto que llamaban el Cazador.

—Eso creímos nosotros también —reconoció la agente—, pero me temo que la realidad nos desmintió. Spardise se reorganizó y continuó funcionando. Entonces comprendimos que Russell Bradbury era un elemento importante dentro de la organización, pero no la cabeza. Él era una marioneta a las órdenes de gente mucho más poderosa.

—¿Cómo es que la Agencia no ha podido desmantelar todavía esa mafia?

—Son astutos y tienen mucho poder. Además, nadie se atreve a traicionarlos, pues no tienen reparos en eliminar a cualquiera que represente una amenaza para ellos.

—Comprendo. ¿Y por qué dos de mis hombres siguen siendo objetivo de estos criminales? —Judy se quedó en silencio por algunos segundos—. ¿Agente Carpenter?

—Los detectives Ryan y Bradbury se han interesado por gente relacionada con Spardise. Son posibles testigos, y a estos sujetos no les gusta que dos policías indaguen en sus asuntos.

—Ya lo veo. Así que todo se trata de que mis detectives han estado metiendo las narices en un caso federal, por su propia cuenta —sentenció Powers, al mismo tiempo que miraba en forma alternativa a los gemelos.

Cody frunció el ceño, y Josh trató de poner cara de inocente.

—Me temo que es algo así —respondió Judy.

—Comprendido. ¿Y qué saben ustedes sobre este… Ejecutor?

—No mucho —reconoció la agente—. Apareció en escena después de la muerte de Hartell. Lo hemos relacionado con al menos siete homicidios alrededor del mundo. Todos los asesinados tenían algún nexo con Spardise de una u otra forma: bien como cómplices o como víctimas. El Ejecutor es astuto y está muy bien entrenado. Sospechamos que perteneció a alguna fuerza militar especial de algún país, pero hasta ahora no hemos encontrado nada concreto acerca de él. Ni siquiera sabemos su nacionalidad.

Josh no pudo contenerse e intervino en la conversación, ignorando la mirada fulminante de su jefe.

—Agente Carpenter, no nos había contado que el Ejecutor

también va a por las víctimas de Spardise… Eso quiere decir que tal vez fue el responsable de la muerte de nuestro hermano.

—¿Hermano? ¿Qué hermano? —preguntó Powers, confundido.

El tono de Judy perdió formalidad.

—Comprendo su preocupación, detective Bradbury, pero todas las evidencias apuntan a que su hermano sí murió en un accidente.

—Aun así, su condición de víctima de Spardise amerita que las circunstancias se investiguen a fondo.

Judy dejó escapar un suspiro de impaciencia.

—Spardise tampoco va a por todas sus antiguas víctimas. Se centra en aquellas que representan un peligro para su seguridad. No tenemos ningún indicio de que su trillizo hubiera sido un riesgo para la organización en ningún momento.

—¿Trillizo? —preguntó Powers, sin disimular su confusión.

En pocas palabras, Judy le informó al capitán acerca del descubrimiento que hizo el FBI en los documentos de Spardise, y como había constancia de que el parto de Haylie había sido de trillizos. También le notificó acerca de la muerte accidental del tercer hermano. Después de prometerles que les informaría de cualquier dato que se relacionara con su seguridad, la agente Carpenter terminó la llamada.

Powers resopló como un toro, y murmuró para sí mismo:

—¡Lo que me faltaba! Como si no tuviera suficientes problemas, vosotros os metéis en asuntos que competen a los federales.

—Se trata de nuestra familia —argumentó Josh—. Tenemos derecho a indagar sobre nuestro pasado.

Powers empleó su tono más autoritario.

—A lo único que tenéis derecho ahora, es a evitar que os maten. Supongo que os dirigíais a casa —los gemelos asintieron—. Si estáis en la mira de un asesino, ese será el primer lugar donde os buscará. Así que creo que lo mejor será que durmáis esta noche en la Estación. Allí estaréis seguros.

Cody palideció.

—Tiene razón, jefe, pero tengo que proteger a mi familia.

—Descuida, Ryan. Ya había pensado en eso. Ahora mismo les enviaré protección y los llevaremos a un piso franco, hasta que todo esto termine.

—Gracias, señor. Eso me deja más tranquilo.

—Muy bien, ahora regresaréis a la Estación conmigo. Me aseguraré de que no causéis más problemas. Al menos por esta noche.

Capítulo 40

Esa fue la noche más larga de la que Josh tenía memoria. Powers cumplió su palabra y regresó con ellos a la Estación. El detective tuvo que reconocer que el capitán era un buen interrogador, pues en el trayecto les sonsacó el resto de la historia.

—A ver si me entero… ¿Me estáis diciendo que os habéis entrometido en una investigación federal, y que además, lo hicisteis con mi autorización, haciéndome creer que el FBI os había pedido colaborar?

Cody se mordió los labios, pero Josh no estaba dispuesto a rendirse con tanta facilidad.

—Está sacando las cosas de contexto, jefe.

—Ah, ¿sí? Pues soy todo oídos —lo retó Powers, al mismo tiempo que se removía un poco en el asiento.

Ryan lanzó una mirada de advertencia a su hermano, pero Josh la ignoró.

—Entienda que nos preocupaba el destino de nuestro hermano desaparecido… Por eso, yo tenía que visitar a esa testigo en Arizona… Ella podía saber algún detalle que nos acercara a descubrir la verdad. Reconozco que no fuimos del todo honestos con usted, pero era muy importante que hiciera ese viaje, y necesitábamos su autorización.

Cody miró a su hermano con los ojos abiertos como platos e hizo un pequeño movimiento de cabeza para negar, pero Josh iba en bajada sin frenos, y no estaba dispuesto a retractarse.

—Esto es muy interesante, Bradbury. Así que me hicisteis creer que tu viaje a Arizona era idea de la Agencia, cuando la verdad era que os estabais entrometiendo en su jurisdicción. ¡Y con

mi autorización!

—Fue por una buena causa.

—¡Una buena causa! —gritó Powers, enarcando las cejas—. Me convencisteis de que ese viaje tenía carácter oficial, cuando solo respondía a vuestro interés personal.

—Dicho así, suena muy mal, jefe. Solo queríamos encontrar a nuestro hermano.

Powers clavó la mirada en Cody.

—¿Y tú lo respaldaste en esta jugarreta, Ryan? Nunca lo hubiera creído de ti.

Cody suspiró y bajó la mirada. Josh esperaba que su hermano consiguiera excusarse. Al menos así, solo él cargaría con las consecuencias. Su gemelo clavó la mirada en su jefe y habló con tono firme.

—No solo lo respaldé, capitán, sino que estuve de acuerdo en que hiciera esa visita en Arizona. Nuestra madre biológica murió a manos de esos asesinos. Nosotros mismo fuimos víctimas de los manejos de Spardise. Hasta hace pocos meses, ninguno sabía de la existencia del otro, porque nos separaron al nacer. De repente nos enteramos, no solo de nuestro parentesco, sino de que nuestra madre biológica y nosotros mismos fuimos víctimas de una organización criminal, y de que teníamos un hermano del cuál desconocíamos su destino, pero que creíamos que podía necesitar nuestra ayuda. Por eso apoyé a Josh en su decisión de indagar en nuestro pasado, y lo volvería a hacer. Lo único que lamento es no haber sido sincero con usted.

Powers meditó por un par de segundos y retomó la palabra con un tono de voz más comedido:

—¿Quién es la testigo a la que fuiste a entrevistar?

—Es la hermana de Haylie… de nuestra madre —respondió Josh—. Esa visita nos permitió localizar a nuestro padre biológico.

—¿Y él os proporcionó alguna información?

—Por desgracia, Spardise se nos adelantó, enviando a un asesino —reconoció Cody—. Lo encontraron muerto antes de que pudiéramos llegar a él.

—Y ahora también os quieren muertos a vosotros.

—Temen que encontremos la verdad.

—No seas presuntuoso, Bradbury. No dispones de la mitad de los recursos con los que cuenta el FBI. Tal vez os consideren molestos, pero dudo que lleguéis a ser un verdadero peligro para

esa organización. En especial, si es tan poderosa como parece.

Josh frunció el ceño.

—Tal vez no contemos con los recursos, pero tenemos la pasión suficiente como para no rendirnos ante los contratiempos que encontremos en el camino.

—¿Estás diciendo que no vas a desistir?

—Usted lo ha dicho, jefe. No desistiré, hasta que tenga la seguridad de que Spardise ha sido desmantelada.

Powers suspiró, y luego sacudió la cabeza:

—Muy bien. Sois un par de atolondrados, pero reconozco que vuestra situación es muy peculiar… Sin embargo, después de lo que pasó esta noche, tampoco estoy dispuesto a permitir que os metáis en la boca del lobo por pura cabezonería. Hasta que el FBI neutralice a ese asesino os mantendréis alejados de este asunto. ¿Está claro?

—Spardise nos convirtió en huérfanos y es posible que también fuera responsable de la muerte de nuestro hermano. No podemos abandonar ahora.

—¡No me contradigas, Bradbury! Ya os habéis complicado la vida al actuar por cuenta de vuestras emociones. Es el momento de ponerle un poco de cabeza fría al asunto. Permaneceréis en la Estación hasta nueva orden. Yo me ocuparé de la seguridad de la familia de Ryan. Y será mejor que no intentéis volver a manipularme.

Al llegar a la Estación de Policía, el capitán dictó instrucciones precisas acerca de la protección de Ryan y Bradbury. Solo les permitiría abandonar el recinto con su autorización previa, y acompañados por una escolta. Josh se sintió como si estuviera bajo arresto, aun cuando agradecía el esfuerzo de Powers por resguardar su vida y la de su hermano.

Pasaron la noche en la pequeña habitación de descanso, que estaba disponible para quienes estuvieran de guardia, y en la que solo había una litera de dimensiones casi infantiles. Josh cedió la cama de abajo a su hermano, y por sus constantes movimientos, estuvo seguro de que Cody tampoco había pegado ojo en toda la noche.

Bradbury permaneció despierto hasta el amanecer. En su cabeza se repitieron las experiencias de ese extraño día. Comprendió que su reencuentro con Russell fue lo que sacudió sus emociones con mayor fuerza. Incluso por encima del atentado.

Aunque ya hacía mucho tiempo que no se hablaba con su padre adoptivo, Josh sufrió un fuerte impacto cuando se enteró de que ese hombre que lo llamaba hijo era en realidad un monstruo, a quién el FBI buscaba con ahínco.

En su momento, el arresto de Russell Bradbury fue un consuelo, pero ahora resultaba que su padre adoptivo solo era una marioneta, y hasta que no detuvieran al que movía los hilos, Spardise continuaría destruyendo vidas. Además, sin importar lo que Carpenter quisiera hacerles creer, él estaba seguro de que la organización criminal estaba involucrada en el accidente que acabó con la vida de su trillizo.

En vista de que no podía dormir, Josh pasó el resto de la noche pensando en los años que convivió con los Bradbury. Era muy probable que él mismo conociera al verdadero capo. Debía tratarse de alguien que había pisado su casa. Una persona de la confianza de Russell. Los nombres y los rostros habituales de su infancia lo mantuvieron despierto toda la noche. Tres de ellos resaltaron entre los demás: Arthur Dyer, presidente del club donde Russell jugaba golf, Jonathan Bloxam, contador y amigo de los Bradbury, y Chad Brewer, el banquero de la familia. Para cuando la noche toco a su fin, Josh ya se había convencido de que uno de ellos era la cabeza invisible de Spardise.

Capítulo 41

La luz del amanecer se asomó con timidez por la ventana de la pequeña habitación, y Josh la recibió con alivio. La noche había sido muy larga. Se incorporó con cuidado para no despertar a su hermano, pero su precaución resultó inútil.

—Tú tampoco pudiste dormir, ¿verdad? —le preguntó Cody.

Josh saltó de la litera.

—No pegué ojo en toda la noche.

—Pues ya somos dos —Cody consultó su reloj—. Estoy preocupado por Eleonora y los niños.

—Déjalos dormir un poco más. Estoy seguro de que Powers puso todo su empeño en protegerlos.

—Sí, tienes razón. Vamos, en mi casillero tengo algo de ropa que estoy seguro de que te servirá.

—¿Guardas suficiente ropa para ambos en el casillero? —Cody asintió—. ¿Cómo es que eres tan previsor?

—Soy el hermano responsable.

Josh iba a responder con una impertinencia, pero ya Cody había salido del pequeño cuarto. Después de darse una ducha y cambiarse, ambos se encaminaron al departamento de investigaciones. Se detuvieron frente a la máquina expendedora de café. Mientras Josh conseguía las bebidas, Ryan llamó a Eleonora a su móvil. Después de comprobar que su familia estaba a salvo en un piso franco de la Policía, el detective terminó la llamada con un suspiro de alivio.

—¿Todo bien? —preguntó Bradbury, al mismo tiempo que le entregaba el café a su hermano.

—Bien, aunque no puedo dejar de sentirme culpable.

Eleonora y los niños no deberían sufrir las consecuencias de mi trabajo. Esta situación altera su rutina. No es justo para ellos.

—Tienes razón, pero la amenaza no es consecuencia de nuestro trabajo, sino de nuestra condición de víctimas de Spardise…

—Y de nuestro empeño de desenmascararlos.

Josh dio un sorbo cuidadoso a la bebida caliente.

—¿Qué sugieres? ¿Que nos olvidemos del asunto y pasemos a otra cosa?

—No es lo que estoy diciendo. Sabes que tengo tanto interés como tú en descubrir la verdad, pero quisiera poder mantener a mi familia al margen.

Josh apoyó la mano en el hombro de su hermano.

—Te comprendo, pero sabes que nadie estará del todo seguro hasta que Spardise quede desmantelado por completo.

Cody suspiró con desconsuelo.

—Me pregunto si ese día llegará. Esa organización ha demostrado ser muy poderosa, y con más tentáculos que un pulpo.

—No podrán con nosotros. Vamos, nos espera el caso Rowland.

Cody arrugó el vaso vacío y lo tiró a la papelera. Josh continuó bebiendo la infusión despacio, al mismo tiempo que seguía a Ryan. Cada uno ocupó su correspondiente mesa de trabajo y encendió su ordenador.

—¿Dónde nos quedamos anoche? —preguntó Cody.

—James.

—De acuerdo. ¿Cómo demostramos que es culpable?

—O inocente —sugirió Bradbury.

—Cómo te gusta llevarme la contraria.

—Reconozco que es divertido —respondió Josh, con una sonrisa de picardía—. Vamos, Cody, cambia esa cara. Estamos vivos, ¿no? Spardise no pudo con nosotros. Aquí seguimos.

—Sabes que no dejarán de intentarlo.

Bradbury encogió un hombro.

—El FBI ya encontró el escondite del Ejecutor y están sobre su pista. Eso significa que su captura solo es cuestión de tiempo.

—Te veo demasiado optimista hoy. Tal vez estés en lo cierto y los federales estén a punto de dar caza al asesino. ¿Y qué? Nuestro problema no es el Ejecutor como no lo era Hartell. Si arrestan a este asesino enviarán a otro. Esto no se terminará hasta que Spardise quede desarticulada. Y me temo que falta mucho para eso.

—No es que sea optimista, Cody. Es que avanzo de un paso a la vez. Lo primero es quitarnos de encima la presión del asesino que va a por nosotros.

—De acuerdo, pero me temo que eso no está en nuestras manos. Tendremos que esperar a que el FBI lo consiga. Mientras tanto, será mejor que nos centremos en el caso Rowland.

Josh iba a replicar, pero se encontró sin argumentos.

—Muy bien, Ocupémonos de James —aceptó Bradbury con resignación.

—Yo diría que para acusarlo solo necesitamos redactar un buen informe —Cody comenzó a enumerar sus planteamientos con los dedos, conforme hablaba—. Recibirá una cuantiosa herencia, así que se beneficia de la muerte de sus padres; el arma homicida coincide con la que él tenía registrada a su nombre y que está desaparecida…

—El rifle calibre 22.

Cody asintió y continuó su exposición.

—Así que tuvo los medios, y por si fuera poco, reconoció haber estado presente en la escena del crimen alrededor de la hora en que sucedió… Ahí tenemos la oportunidad. No hay por qué buscarle más patas al gato. Mientras más pienso en ello, más convencido estoy de que James asesinó a sus padres.

—Te daría la razón, si no fuera por el cheque que falsificó.

—¿Estás hablando en serio? Eso lo hace todavía más sospechoso.

—Es que no puedo creer que alguien sea tan torpe.

—Pues si algo ha demostrado James desde el principio, es torpeza. Si quieres una demostración, ahí tienes la amenaza anónima que él mismo se envió.

—Sí, tengo que reconocer que nunca me había encontrado con un sospechoso tan estúpido, pero…

—Pero ¿qué? ¿Quieres decirme de una vez cuál es tu verdadera objeción?

Josh dejó escapar un suspiro antes de hablar.

—Te lo diré: mi reticencia a acusarlo no se debe a que lo crea inocente, sino a que todas las evidencias son circunstanciales. Es cierto que se beneficia de la muerte de sus padres, al igual que su hermana y su cuñado…

—Ellos tienen coartada.

—Un buen defensor podría argumentar que él también la

tenía antes de que la desmontáramos.

—Dudo que a ningún defensor le resulte fácil explicar que James reconoció haber estado presente en la escena del crimen a la hora en que se cometió.

—Claro que podría explicarlo —argumentó Josh—. El propio James lo declaró: llegó a la casa de sus padres, los encontró muertos y se ofuscó. Cometió la tontería de falsificar un cheque, y eso en sí mismo es un delito, pero no demuestra que él fuera el asesino. Sigo… el rifle 22 nunca apareció, así que no podemos asegurar que el registrado a nombre de James se usara para cometer el crimen…

—El rifle ya debe estar en el fondo del río Hudson —protestó Cody—. Lo importante es que coincide con el arma homicida.

—Como miles de rifles allá afuera. Si yo estuviera en el lugar del abogado de James, haría lo posible para que se desestimara ese dato. En un juicio, lo más probable es que el jurado nunca llegara a enterarse de la existencia del rifle.

—Estás hablando como un abogado.

—Estuve a punto de serlo. Solo te explico por qué no estoy seguro de avanzar en la acusación, todavía.

—De acuerdo. Entonces, ¿qué sugieres?

Josh meditó por algunos segundos. Sabía que se le escapaba algo importante. Hizo un repaso mental de todos los pasos que llevaron a cabo durante la investigación. Entonces se dio cuenta de qué era lo que había pasado por alto.

—La casa vecina.

—¿Qué?

—Ayer, cuando desmontamos la coartada de James y llegamos hasta la casa de los Rowland… ¿Lo recuerdas?

—Sí, claro, ¿qué hay con eso?

—Antes de abandonar la calle Adelphi, vi algo en el piso superior de la casa vecina a la de los Rowland.

—¿Algo? —preguntó Cody, cada vez más confundido—. ¿Algo como qué?

—Una sombra, una silueta… un posible testigo.

Capítulo 42

A Josh no le resultó fácil convencer a Cody de la conveniencia de volver a la calle Adelphi. Después de consultar sus notas, Ryan negó con la cabeza.

—Aquí está. Yo mismo interrogué a la vecina de los Rowland: la señora Audrey Driscoll. Pasó la tarde del viernes en casa de una amiga, así que su testimonio no aportó ninguna información.

—No perdemos nada por volver a preguntar.

—Perdemos el tiempo —protestó Cody—. ¿Esperas que cambie su declaración? Que vieras una silueta en la ventana del piso superior ayer, no significa nada con respecto al momento del crimen.

—Lo sé, pero quiero estar seguro. Alguien nos vigiló ayer, oculto detrás de la cortina. Con un poco de suerte, esa persona podría tener la costumbre de mirar por la ventana.

—En ese caso, el posible testigo ya nos habría llamado para informar lo que vio.

—Tal vez no sea consciente de que lo que sabe es importante para nosotros. O quizá tiene miedo de involucrarse.

Ryan dejó escapar un suspiro.

—No vas a parar hasta que lo consigas, ¿verdad?

—¿Qué crees?

—Que será mejor que vayamos a hablar con Powers, para que nos autorice a regresar a la calle Adelphi —sentenció Ryan, al mismo tiempo que se ponía de pie.

—¿Sabes que tu obediencia a las reglas te hace demasiado predecible y aburrido? —comentó Josh, mientras acompañaba a su

compañero en dirección a la oficina del jefe.

Cody le dedicó un fruncimiento de ceño, que hizo sonreír a Josh.

Convencer a Powers de que les autorizara abandonar la Estación de Policía fue más fácil de lo que esperaban. Tan solo les puso por condición que se desplazaran en un coche oficial, en compañía de dos agentes.

No tardaron demasiado en llegar al barrio de los Rowland. Cuando la vecina les abrió la puerta, no pudo disimular su sorpresa. Ambos le mostraron sus credenciales, con lo cual la sorpresa se convirtió en desconcierto. Aun así, los invitó a pasar.

—¿En qué puedo ayudarles, detectives?

Bradbury tomó la palabra.

—Investigamos el asesinato de sus vecinos, los Rowland. Venimos a hacerle algunas preguntas.

—Ya le dije todo lo que sabía a uno de ustedes. Me disculpan, pero no sé a cuál…

—Fue a mí —intervino Cody—. Solo queremos precisar algunos detalles.

La señora Driscoll asintió y los invitó a sentarse.

—Lo que les ocurrió a los pobres señores Rowland todavía no me deja dormir por las noches. Por supuesto que colaboraré en lo que sea necesario. ¿Qué quieren saber?

—¿Vive usted sola? —preguntó Josh. Audrey frunció el ceño y él se apresuró a explicarse—. Sabemos que usted no estaba en casa, pero tal vez alguien de su familia pudo ver algo…

—No, no vivo sola —reconoció la señora Driscoll con reticencia—. Soy viuda, pero comparto esta casa con mi hija y mi nieto.

—¿Su yerno…?

—Mi hija es divorciada.

—Comprendemos —afirmó Bradbury—. Así que tal vez su hija…

—Ella tampoco estuvo en casa ese día.

—¿Está segura?

—Por supuesto. Trabaja jornada completa, y llega después de las ocho.

—¿Qué edad tiene su nieto? —preguntó Cody.

—Trece años.

Bradbury intercambió una mirada con su hermano

—¿Cuál es su habitación?

—Es la que está al frente y da a la calle…

Josh reinició la entrevista después de algunos segundos.

—¿Podríamos hablar con él?

Audrey palideció, cogió aire y lo retuvo en los pulmones por un par de segundos, cuando comprendió lo que pasaba por la cabeza de los policías.

—Aguarden un momento, por favor.

La señora Driscoll abandonó la sala y regresó un par de minutos después, con un chico larguirucho de mirada huidiza.

—Este es mi nieto —entonces apoyó la mano en el hombro del chaval—. Jimmy, por favor responde a las preguntas de estos señores. Es importante que les digas la verdad.

Jimmy asintió despacio, con el desconcierto pintado en el rostro.

—Siéntate, hijo —le dijo Cody, en tono amistoso—. Y no tengas ningún temor. Solo queremos hacerte algunas preguntas sencillas.

El chiquillo se sentó frente a los policías y clavó la mirada en la punta de sus zapatos. Su abuela ocupó el asiento a su lado y le pasó el brazo por los hombros para reconfortarlo. Josh se inclinó hacia él, y trató de emplear el tono más amable que pudo.

—Escucha, Jimmy. Quiero que sepas que no estás en problemas, ¿de acuerdo? —El chico asintió y levantó la mirada para fijarla en los detectives—. ¿Estuviste en casa el viernes pasado por la tarde? —Jimmy asintió— ¿En tu habitación?

El chico miró a su abuela, quién lo animó con un gesto de la cabeza.

—Sí. Hacía los deberes… de mates.

—Vaya, recuerdo que cuando tenía tu edad detestaba las matemáticas —afirmó Josh—. No había manera de que me concentrara. ¿Te ha pasado?

Jimmy abrió mucho los ojos y clavó la mirada en el policía con sorpresa.

—¿A usted tampoco le gustaban las mates?

—Las detestaba.

El chico lanzó una mirada fugaz a su abuela antes de hablar:

—Son muy aburridas.

—Ya lo creo —lo respaldó Josh—. Dime algo, Jimmy. ¿En algún momento miraste por la ventana?

El chiquillo miró de nuevo de reojo a su abuela y se mordió los labios.

—Di la verdad, Jimmy —intervino la señora Driscoll—. Esto es importante y te prometo que no te castigaremos.

La relajación del chaval fue evidente. Entonces, clavó la mirada en Josh y asintió.

—Estaba resolviendo un problema muy difícil, que no me salía, y entonces me enfadé y lo dejé… miré hacia las casas del frente, y vi una ardilla trepar al comedero que está en el patio de los Johnson. Me quedé mirándola hasta que se marchó.

—¿Viste algo más que te llamara la atención?

Jimmy hizo memoria por algunos segundos. Luego asintió.

—Sí, recuerdo que cuando la ardilla se fue, miré hacia la calle, pero no creo que lo que vi tenga ninguna importancia…

—No te preocupes por eso, Jimmy. Nosotros decidiremos si es importante o no. ¿Qué fue lo que viste?

—Había un coche aparcado a media manzana. Me llamó la atención porque era muy viejo, y nunca lo había visto por aquí. Además, el tío que se bajó de él era muy extraño.

—¿En qué sentido era extraño?

El chico se encogió de hombros.

—No lo sé… Usaba una sudadera con capucha y llevaba el estuche de un instrumento musical al hombro.

—¿Qué tipo de instrumento?

—Una guitarra, un bajo o algo así.

Cody se entusiasmó con las palabras del chico.

—¿Lo viste bien? ¿Podrías describirlo?

Jimmy sacudió la cabeza.

—No, lo siento. Tenía la capucha puesta y la cabeza baja. No le vi la cara.

—¿Él te vio a ti? —preguntó Josh, con preocupación.

—No, señor. En ningún momento miró hacia nuestra casa.

—De acuerdo, Jimmy. Volvamos al automóvil. ¿Recuerdas la marca?

—Era un Camry blanco viejo, aunque no sé de qué año.

—¿Viste la matrícula?

—La vi, pero no la recuerdo. No sabía que fuera importante.

—No te preocupes por eso. Lo estás haciendo muy bien. ¿Pudiste ver qué casa visitó el dueño del Camry?

Jimmy volvió a encogerse de hombros.

—Como no me pareció interesante, volví a mis deberes. Mi madre me advirtió que no podría jugar con la consola hasta que los terminara, así que lo intenté de nuevo.

—¿Escuchaste algo extraño después de eso? —preguntó Cody.

—Solo el martilleo de la calle de atrás. Era muy fuerte.

Los policías se quedaron en silencio por unos segundos, mientras asimilaban la nueva información. Josh retomó el interrogatorio.

—¿Volviste a mirar por la ventana?

—Sí. Conseguí resolver el problema de mates, y lo celebré tomándome un descanso.

—¿Cuánto tiempo había pasado?

—Unos diez minutos.

—¿Qué fue lo que viste entonces? ¿El Camry se había marchado?

—No, seguía aparcado en el mismo lugar, pero ahora también había una camioneta frente a la casa de los Rowland. La camioneta de James.

—¿Estás seguro de que era la de James?

—Por supuesto. La he visto muchas veces. La reconocería en cualquier lugar.

Josh cogió aire y lo retuvo en sus pulmones, al mismo tiempo que intercambiaba una mirada con su hermano. La declaración del chico lo cambiaba todo. Tenían que averiguar quién era el misterioso sujeto del Camry, que además portaba el estuche de un instrumento musical, donde era posible que llevara oculto un rifle 22.

Capítulo 43

Después de agradecer a los Driscoll por su ayuda, los detectives dieron instrucciones a Audrey para que llevara a su nieto hasta la Estación. Solo tendría que repetir lo que les había contado. Siendo menor de edad, su identidad quedaría protegida.

Los detectives regresaron a la calle Class en un silencio tenso, pues se mantuvieron alerta durante todo el trayecto. No era probable que el Ejecutor se quedara conforme con su fracaso. Aun así, llegaron a la Estación de Policía sin contratiempos.

Una vez en el departamento de investigaciones, Cody se sentó a su mesa de trabajo, mientras Josh cogía un rotulador para anotar las últimas novedades en la pizarra.

—Tenemos que identificar al sujeto de la capucha —sentenció Bradbury—. Esto podría cambiarlo todo.

—O podría distraernos de la solución del caso —argumentó Ryan—. No tenemos ningún indicio de que el destino de ese hombre fuera la casa de los Rowland. El chico no fue capaz de precisarlo.

—¿No te parece demasiada coincidencia que estuviera allí a la hora del crimen? Además, no te olvides del estuche del instrumento musical.

—Tal vez es músico. Quizá dentro del estuche solo había una guitarra o un bajo…

—O un rifle 22.

—¿Quiere decir que olvidas todas las evidencias que tenemos contra James, solo por lo que el chico dice que vio?

—¿Dice que vio? ¿Crees que miente?

—Por supuesto que no, pero creo que estaba más atento a las ardillas, que a lo que ocurría en la calle. Además, ¿qué nos

garantiza que la fecha es correcta? Quizá el músico visitó la calle otro día cualquiera y el chaval se confundió. Ya lo escuchaste. Para él no tenía importancia.

—No confías en su declaración porque tiene trece años.

—Lo reconozco.

—Pues déjame decirte que esa es justo la razón por la que es más confiable para mí. Estoy seguro de que nos dijo lo que vio, sin cálculos ni dobleces. Y confío en que su memoria es más fiable que la de una persona adulta.

—Así que ya no crees en la culpabilidad de James.

—No es lo que dije —Josh echó una ojeada a la pizarra, suspiró y volvió a centrarse en su hermano—. Por supuesto que mi principal sospechoso sigue siendo James. Sin embargo, la aparición de este sujeto de la capucha cambia la situación. No podemos ignorarlo.

—Sé que no podemos ignorarlo, pero tampoco creo que cambiar el foco sea una buena idea. Bastará con tratar de identificarlo y comprobar que no tenía relación con los Rowland.

—Estás llegando a conclusiones apresuradas, Cody. Estoy de acuerdo contigo en que no vamos a pedirle a Keen que retire los cargos contra James, pero tampoco podemos cerrarnos a la posibilidad de que el dueño del Camry tenga algo que ver con el crimen. Además, si Rowland llega a juicio, estoy seguro de que su defensor hará todo lo posible para que el jurado escuche la declaración de Jimmy. Y esto sería suficiente para una duda razonable.

Cody se quedó en silencio por algunos instantes, mientras meditaba los argumentos de su hermano.

—Detesto cuando tienes razón.

—Me alegra que estemos de acuerdo.

—No será fácil identificar a este sujeto.

—Nadie dijo que nuestro trabajo fuera fácil —afirmó Josh, con una sonrisa—. Supongo que podemos empezar por el Camry.

—¿Sabes cuántos Camry blancos hay en esta ciudad?

—Demasiados, pero no creo que los dueños de muchos de ellos conocieran a los Rowland. En lugar de indagar quiénes tienen un Camry, podemos centrarnos en qué autos están registrados a nombre de las personas relacionadas con las víctimas.

Cody cogió aire y lo retuvo.

—No es mala idea. ¿Y si el asesino es un sicario?

—Tendremos que volver a comenzar en la forma más difícil.

Los detectives se repartieron el trabajo. Cody se ocupó de investigar a todos los relacionados con Matthew, y Josh se encargó de los conocidos de Emma. Veinte minutos después, Bradbury gritaba ¡Eureka!

—¿Lo tienes?

Josh asintió.

—Stefan Gardyner, el ayudante de Emma en el Refugio de Menores es dueño de un Camry blanco, del año 2010.

Cody se recostó en el respaldo de la silla.

—¡Gardyner! Ni siquiera lo tuvimos en cuenta como sospechoso. ¿Crees que pudo ser cómplice de James?

—Según la declaración de Jimmy, los coches de ambos coincidieron en la escena del crimen —razonó Bradbury—, aunque debo reconocer que eso por sí solo no demuestra que estuvieran de acuerdo.

—¿Cuál es tu teoría?

Josh se acercó a su hermano.

—Uno de los dos acudió a casa de los Rowland con un rifle 22 y los asesinó… ¿de acuerdo?

—Y James tenía registrado un rifle de esas características que desapareció.

—Sí, pero de acuerdo con la declaración de Jimmy, era Gardyner quién portaba un estuche en el que cabría un rifle.

—No descartes a James —insistió Cody—. El testigo solo vio su camioneta, así que no sabemos si llevaba un arma.

Josh sacudió la cabeza.

—¿Qué sentido tendría llevar dos rifles? Si eran cómplices, estoy seguro de que el arma homicida iba en ese estuche.

Cody se levantó de la silla y comenzó a pasearse frente a la pizarra.

—Muy bien. Vamos a suponer por un momento que James contrató a Gardyner para asesinar a sus padres y cobrar la herencia… para eso, le entregó el rifle con anterioridad.

Josh sacudió la cabeza.

—Lo siento, Cody, pero no lo veo. Si James contrató a Gardyner como sicario, ¿qué sentido tendría que se presentara en la escena del crimen? Lo lógico hubiera sido que se mantuviera lo más alejado posible, armando una buena coartada.

—Quizá se vio obligado por la necesidad.

—¿La necesidad?

—Recuerda el cheque. James lo falsificó antes de que se enfriaran los cadáveres de sus padres.

—Es cierto, pero tampoco le encuentro lógica. Pasaron tres días entre el asesinato y el «descubrimiento» de los cuerpos. Si el crimen se hubiera desarrollado como propones, James hubiera podido falsificar ese cheque en cualquier momento del fin de semana, con mucho menos riesgo.

—Entonces, ¿cuál es tu teoría?

—Vamos a suponer por un instante, solo por un instante, que James es un estafador, pero no un parricida… —Cody frunció el ceño— Solo dame una oportunidad.

—De acuerdo, te escucho.

—Bien, digamos que Gardyner tenía algo contra los Rowland y que decidió asesinarlos… Se presenta en su casa y les dispara. En ese momento, llega James con la intención de pedirle dinero a su padre. Gardyner se esconde. Recuerda que James declaró que la casa todavía olía a pólvora cuando él llegó…

—Sigue…

—Gardyner habría esperado a que James se marchara para salir de allí. En ese momento en que coincidieron los dos, fue cuando Jimmy se asomó por la ventana y vio la camioneta de Rowland, y que el Camry seguía aparcado donde Gardyner lo dejó.

Cody volvió a sentarse, se echó hacia atrás en el asiento y jugueteó con un bolígrafo que cogió de la mesa, mientras se imaginaba la escena.

—No lo sé… Encuentro un fallo en tu teoría.

—¿Cuál?

—El motivo. ¿Por qué Gardyner querría asesinar a los Rowland?

Josh agitó el rotulador en dirección a su hermano.

—Eso es justo lo que tú y yo debemos averiguar.

Cody se inclinó hacia adelante, dispuesto a levantarse.

—En ese caso, vamos a hablar con Gardyner.

—Espera, no creo que eso sea buena idea ahora —Cody se quedó congelado a medio camino y frunció el ceño—. Tú lo dijiste antes: a Gardyner ni siquiera lo hemos tenido en consideración. Si lo interrogamos ahora, se excusará con mucha facilidad, y estará sobre aviso de que sospechamos de él.

—De nuevo tienes razón. Tenemos que investigarlo primero.

—A él y su relación con Emma. Tal vez no era tan cordial como pretendieron hacernos creer en el Refugio —sugirió Josh—. Creo que debemos consultarlo con alguien más…

Cody lo meditó por unos segundos:

—Con Diana —dijo con seguridad—. Si Emma tuvo algún problema en el Refugio, es probable que lo comentara con su hija.

Capítulo 44

Los policías le solicitaron a Diana Green que acudiera a la Estación y respondiera a algunas preguntas. La hermana de James llegó al cabo de una hora, durante la cual, Josh se dedicó a investigar a Stefan Gardyner, mientras Cody se acercaba a la oficina de Powers, para presentarle un informe de sus avances. Apenas Ryan había regresado a su mesa de trabajo, cuando les avisaron que la señora Green estaba en la recepción. Diana llegó al departamento de investigaciones acompañada de un agente. Había dejado atrás su actitud desafiante.

—Vine tan pronto como pude. ¿Cuáles son esas preguntas que quieren hacerme? ¿Tienen que ver con James?

—Señora Green, siéntese, por favor —la invitó Cody, al mismo tiempo que le ofrecía una silla frente a su escritorio—. No es de su hermano de quién queremos hablar.

—Estoy segura de que cometen un error, y que James no tiene nada que ver con la muerte de nuestros padres.

—No lo detuvimos por el doble homicidio —intervino Josh—, sino por simulación de delito…

—Sé que a veces James puede ser un poco inmaduro, y dejarse llevar por sus ocurrencias, pero estoy segura de que no quería hacer mal a nadie.

Cody cogió aire y habló con tono severo:

—No estamos hablando de un adolescente que hizo una travesura, señora Green. Su hermano cometió un delito y debe responder por ello, pero no estamos aquí para discutir ese asunto.

—Entonces, ¿por qué me hicieron venir con tanta premura?

—Queremos que nos aclare algunos detalles sobre las

relaciones sociales de su madre —dijo Josh—. En concreto, queremos saber si le hizo algún comentario acerca del personal del Refugio.

—¿El personal del Refugio? Mi madre era feliz dedicándole tiempo a ese trabajo. ¿Se refieren a alguien en concreto?

Cody se inclinó hacia adelante.

—¿Sabe si tuvo algún problema con el señor Gardyner?

—¿Con Stefan? Por supuesto que no. Mi madre lo quería como a un hijo. En más de una ocasión lo invitó a cenar a su casa, y hasta lo ponía de ejemplo cuando James y yo no llenábamos sus expectativas.

—Eso debía ser muy incómodo para ustedes —opinó Josh.

—Bastante, pero así eran las cosas.

—¿Sabe por qué su madre tenía esa preferencia por su ayudante? —preguntó Josh.

Diana se envaró en la silla.

—No sé si está insinuando algo, detective, pero si es así, se equivoca. Pienso que mi madre se sentía conmovida, pues Stefan le recordaba a mi hermano muerto. Tenían la misma edad.

—¿Su hermano muerto?

—Me temo que James y yo tuvimos un hermano que murió a los pocos minutos de nacer. Era el primogénito. Mi madre nunca lo superó. Hubiera tenido más o menos la edad de Stefan.

—¿Conoce usted al señor Gardyner?

Diana acompañó su respuesta con un asentimiento.

—Sí, pero no llegamos a entablar una amistad. Mi madre me lo presentó durante una reunión en su casa. Celebrábamos su cumpleaños y ella lo invitó. Solo lo vi en esa ocasión, pero reconozco que no me agradó. Su conducta era arrogante, y actuaba como si en verdad fuera hijo de mis padres.

Después de comprobar que Diana no sabía nada más, los detectives le agradecieron su colaboración y le permitieron marcharse.

—¿Y bien? —preguntó Josh, en cuanto la señora Green abandonó la sala—. ¿Qué opinas?

—Si te soy honesto, esperaba más de esta entrevista. La única conclusión a la que llegué es que Emma y Gardyner se llevaban muy bien, y que ella lo trataba como a un hijo. No hay ningún motivo aparente para un asesinato.

—No te des por vencido, apenas empezamos.

—¿Qué averiguaste sobre el pasado de Gardyner?

—No tiene antecedentes criminales, pero su historia es interesante… Cuando nació, sus padres lo abandonaron en el hospital…

—¿Sus padres?

—Sí, ambos progenitores estuvieron involucrados. Eran una pareja de adolescentes, dieron un nombre falso… y al día siguiente del parto, desaparecieron.

—Planificaron el abandono.

Josh asintió.

—Los Servicios Sociales llegaron a la misma conclusión. A Gardyner lo dieron en adopción, pero no tuvo suerte. Antes de que cumpliera los cinco años, sus padres adoptivos murieron en un accidente, y Stefan terminó en un orfanato. No volvieron a adoptarlo, así que creció en la institución.

—¿Tuvo problemas de conducta?

Josh sacudió la cabeza.

—Los informes lo describen como taciturno y poco sociable, pero nunca mostró señales de agresividad.

—No es suficiente para concluir que se trata del perfil de un asesino —reconoció Cody.

Josh se encogió de hombros, al mismo tiempo que jugueteaba con el bolígrafo. Al cabo de unos segundos, retomó la palabra:

—Estaba pensando…

—¿Qué?

—¿Y si los Rowland eran en realidad los padres de Stefan? ¿Y si fueron ellos quienes lo abandonaron, y él lo descubrió? Tal vez la historia del hermano muerto solo era eso, una historia para justificar un hecho deleznable.

Cody frunció el ceño.

—¿Estás hablando en serio?

—¿Por qué no?

—¿Sabes cuáles son las probabilidades de una coincidencia como esa? Casi nulas.

Josh se inclinó hacia adelante.

—El punto está en el «casi». ¿Qué probabilidad había de que tú y yo nos encontráramos y fuéramos compañeros?

—¿Tengo que recordarte que eso no fue coincidencia, que tú me buscaste?

—Sí, pero que ambos escogiéramos ser policías, sí fue una coincidencia.

—Con muchas más probabilidades que lo que sugieres con respecto a Stefan y los Rowland. Además, por lo que sabemos de Matthew y Emma, no eran el tipo de personas que abandonarían a su hijo en el hospital.

—Vamos, Cody. Sabes que ese no es un argumento. No tenemos idea de cómo fueron los Rowland en su juventud.

—Estás sacando la situación de contexto, Josh.

—Creo que vale la pena investigar un poco más a fondo.

Cody extendió las manos hacia arriba.

—De acuerdo, ¿qué propones?

—Averigüemos acerca de las circunstancias del nacimiento del primer hijo de los Rowland. Quizá encontremos alguna coincidencia con la historia de Gardyner.

—De acuerdo, aunque estoy seguro de que será una pérdida de tiempo.

Josh se comunicó con Keen para que consiguiera una autorización del juez que les permitiera indagar en la historia médica de Emma Rowland. Siendo una de las víctimas, no resultó difícil.

El mayor inconveniente lo tuvieron en el hospital, bastante reacio a ceder la información de su antigua paciente, aun cuando existiera una orden judicial. Sin embargo, gracias a la firmeza de Keen, algunas horas después, la información sobre el parto del primer hijo de Emma llegó a manos de los detectives.

Bradbury lo abordó con entusiasmo, Ryan con escepticismo. Después de leer en voz alta los detalles, Josh dejó escapar el aire con decepción.

—Esto tira por tierra tu teoría —sentenció Cody—. Gardyner y el hijo de los Rowland nacieron el mismo día, pero en hospitales diferentes.

—Estaba tan seguro…

—No le des más vueltas, Josh. James asesinó a sus padres para heredar. Gardyner no tenía ningún motivo para matar a los Rowland.

Capítulo 45

Josh no estaba dispuesto a rendirse con tanta facilidad. Su intuición le decía que la coincidencia que descubrieron era importante, así que las palabras de su hermano no lo convencieron.

—No lo veo tan claro, Cody.

—Tú también estabas convencido de que James cometió el doble homicidio. ¿Qué te hizo cambiar de opinión?

—La declaración del chico, y la presencia de Gardyner en el lugar y el momento del crimen.

—Si somos honestos, no tenemos la certeza de que el dueño del Camry fuera Gardyner —protestó Cody—. Existen muchos Camry blancos en Brooklyn. Además, recuerda que el ayudante de Emma tiene coartada. Por eso lo descartamos en las primeras indagaciones.

Josh parpadeó. Estaba tan seguro de que Gardyner estaba involucrado, que olvidó que él mismo había comprobado su coartada.

—Es cierto. Recuérdame los detalles.

Cody rebuscó en la carpeta, hasta que dio con el expediente correcto y lo leyó en silencio. Luego miró a su compañero, que esperaba con expectación.

—Gardyner pasó la tarde del viernes en su oficina del Refugio. Llegó a las tres de la tarde y se marchó a las seis. Su secretaria lo confirmó, así que él no pudo ser el sujeto del Camry.

—¡Demonios! Eso significa que tendremos que investigar a todos los propietarios de un Camry blanco.

Cody parpadeó.

—Supongo que no tenemos otra alternativa, aunque siempre

es posible que el chico se confundiera.

—Sabes que eso es muy poco probable… Que la declaración de Jimmy no encaje en nuestras hipótesis no descalifica al testigo, sino a nosotros.

Cody lo meditó por un momento.

—Detesto reconocerlo, pero tienes razón. Así que un chico de trece años derribó en diez minutos todo nuestro trabajo de los últimos días. ¿Qué hacemos ahora?

—Pensar con lógica en lo que señalan las evidencias y replantear nuestras hipótesis en base a ello.

—Muy bien, comencemos por los hechos concretos y demostrados: James reconoció haber estado presente en la escena del crimen a la hora en que se cometió… Además, es propietario de un rifle 22 desaparecido, y heredará un capital importante… Nada de eso ha cambiado.

—Lo que no podemos explicar es qué hacía allí el dueño del Camry —dijo Josh.

—Ten en cuenta que no tenemos la certeza de que su destino fuera la casa de los Rowland. Tal vez no tiene nada que ver con nuestro caso, y solo se trata de alguien que visitó a uno de los vecinos.

—O tal vez fue el verdadero asesino, y James escogió el peor momento para visitar a sus padres.

Cody se inclinó hacia adelante y se apoyó en la mesa.

—Podemos pasar todo el día discutiendo teorías sin llegar a ninguna conclusión… Tenemos que identificar al dueño del Camry.

Josh asintió.

—Y Gardyner sigue siendo nuestra mejor apuesta —sentenció Bradbury. Levantó la mano para evitar que su hermano lo interrumpiera—. Ya sé que tiene coartada, pero creo que vale la pena indagar un poco más al respecto.

Cody asintió, al mismo tiempo que levantaba el auricular del teléfono de su escritorio, y comenzaba a marcar un número.

—Esta vez estoy de acuerdo contigo.

—¿A quién llamas?

—A la secretaria de Gardyner —Cody dejó de prestarle atención a su hermano, para centrarse en el teléfono—. ¿Señorita Sands? Sí, soy el detective Cody Ryan, del departamento de investigaciones de la Policía de Nueva York… Me complace que me recuerde… Tengo una pregunta importante para usted… Gracias. Se

trata de su declaración acerca de dónde estuvo el señor Stefan Gardyner la tarde del viernes… Sí, es lo que dice el informe. Debo preguntarle si usted permaneció todo el tiempo en la antesala de la oficina de su jefe…Comprendo… —Cody levantó la mirada hacia Josh, y cogió un bolígrafo para anotar—. ¿Recuerda a qué hora fue eso? Sí… ¿Está segura? ¿Es habitual? Muy bien. ¿Podría acudir a la Estación para agregar ese dato a su declaración? Sí, es importante. Muchas gracias.

Cody colgó el teléfono y Josh enarcó las cejas.

—¿Qué averiguaste?

—Gardyner llegó a las tres de la tarde, como ella dijo en su primera declaración, y se fue a las seis, pero…

—Pero ¿qué?

—A las cinco, su jefe le pidió que fuera a recoger el expediente de uno de los chicos, cuyo trámite de adopción está en proceso. La señorita Sands tuvo que desplazarse hasta el tribunal, y ya sabes cómo es esta ciudad. Regresó cinco minutos antes de las seis.

—A tiempo para ver salir a Gardyner de su oficina, y poder declarar que pasó la tarde allí.

—No es lo único interesante… Lo habitual es que esperen a que un mensajero del tribunal les lleve el expediente, pero Gardyner insistió en que ella fuera a recogerlo.

—Así que quería librarse de ella… ¿Sigues pensando que no tiene nada que ver con el doble crimen?

—No, reconozco que tenías razón… Stefan Gardyner está metido en este asunto hasta las orejas. Lo difícil será probarlo. Si lo piensas bien, no tenemos ninguna evidencia concreta contra él.

Josh asintió.

—Sí, con lo que tenemos hasta ahora, cualquier abogado principiante derribaría la acusación en diez minutos.

Cody dejó escapar el aire con desánimo.

—¿Actuó solo o en complicidad con James?

—No lo sé… No termino de ver clara la complicidad. ¿Qué hubiera ganado James al involucrar al ayudante de su madre en el crimen, si de cualquier forma estuvo presente?

—Tal vez no tenía el valor de halar el gatillo —sugirió Cody.

—Y Gardyner, ¿sí? ¿Por qué? Emma lo trataba como a un hijo, y él no se beneficiaba de su muerte…

—Eso no lo sabemos. Es posible que James le ofreciera un

pago por su colaboración. Pudo hacerlo por dinero.

Josh lo meditó por unos instantes. Luego sacudió la cabeza.

—No, no lo creo. No hablamos de un delincuente, para quién cometer un crimen es una opción en función de los riesgos y los beneficios. Gardyner es un ciudadano, con trabajo y sin antecedentes. Una persona así no se involucra en un doble asesinato porque le ofrezcan un pago… Hay algo que se nos escapa.

—Un motivo que sacudió los cimientos de su vida —Cody se puso de pie, cogió el rotulador y escribió el nombre de Gardyner en la pizarra—. Dinero, celos o venganza. Son las principales razones por las que se cometen los crímenes.

—Podemos descartar los celos —opinó Josh—. La relación entre Emma y Gardyner era fraterno–filial.

—De acuerdo. Si no lo hizo por dinero o celos, solo queda la venganza.

Josh sacudió la cabeza.

—¿Te das cuenta de que estamos construyendo castillos en el aire, Cody? La cruda realidad es que no tenemos nada contra Gardyner, salvo que es propietario de un Camry blanco, y que envió a su secretaria a hacer un recado el viernes por la tarde.

—¿Ahora me vienes con eso? —protestó Ryan, con el ceño fruncido—. Tú eres quién insiste en que el ayudante de Emma está involucrado. Y sí, es cierto que lo que tenemos contra él es circunstancial, pero también es significativo.

—Necesitamos saber más acerca de él.

—Por fin estamos de acuerdo en algo. ¿Dónde creció?

—En el *Child Care Center* , un orfanato que cerró sus puertas en el año dos mil seis.

—¿Quién lo administraba?

—Dependía de la iglesia católica, y pertenecía a la Arquidiócesis de Brooklyn.

—En ese caso, hagamos una visita a la oficina del obispo.

Capítulo 46

Después de conseguir una orden judicial y la autorización de Powers, los detectives se desplazaron hasta la Diócesis de Brooklyn en un coche patrulla. Se apearon frente a un enorme edificio de obra vista, con el escudo papal sobre el dintel de la entrada principal. Cuando cruzaron la puerta, los alcanzó el olor a lavanda del desinfectante, y el mármol del suelo relució bajo sus pies. Los recibió un joven con el cabello muy corto y un alzacuellos.

—Bienvenidos, caballeros. ¿En qué podemos ayudarles?

Cody se identificó a sí mismo y a su compañero. La sorpresa se reflejó en el rostro del joven sacerdote.

—Necesitamos su colaboración con respecto a un caso que investigamos —anunció Ryan—. Se refiere a uno de los huérfanos que crecieron en el *Child Care Center* . Queremos acceder a sus archivos.

—Un momento, por favor —El recepcionista usó la centralita, y habló en susurros, en una conversación que no duró ni dos minutos. Después de colgar, dejó escapar un suspiro—. El padre Shepard los recibirá. Es el auxiliar del obispo. Síganme, por favor.

Con el sacerdote a la cabeza, los tres llegaron al ascensor, y subieron hasta el quinto piso. Sin decir una palabra, el joven los acompañó hasta una oficina sencilla, pero cómoda y bien iluminada. Detrás del escritorio encontraron a otro sacerdote. Su edad delataba su jerarquía. Josh calculó que no podía tener menos de setenta años. El recepcionista se despidió y se marchó.

—El padre Lewis me dice que ustedes son policías.

Cody volvió a ocuparse de la identificación y las presentaciones. También repitió su solicitud de acceder a los

archivos, y le entregó la autorización del juez al sacerdote.

El padre Shepard recibió la información con un fruncimiento de ceño.

—Ese orfanato cerró hace muchos años. Si existe una denuncia que involucre a la institución o alguno de sus miembros, solicitaremos la asistencia de nuestros abogados.

Josh perdió la paciencia.

—No es lo que cree. No investigamos al orfanato ni a ninguno de sus miembros, así que no debe preocuparse. Estamos interesados en uno de los chicos que creció allí.

El ceño del cura no cedió un ápice.

—No sé qué es lo que quiere decir, detective. No me preocupa ninguna investigación acerca del *Child Care Center* . Sin embargo, tanto las personas que laboraron en ese lugar como los chicos que protegimos, merecen que se respete su privacidad.

—Por eso hemos traído una autorización del juez —argumentó Cody—. No se trata de vulnerar la privacidad de nadie, sino de avanzar en la investigación de un doble homicidio.

—¡Homicidio! —repitió el sacerdote—. Muy bien, los acompañaré hasta los archivos. Allí reposa toda la documentación del Centro.

Los detectives volvieron a recorrer los pasillos de la Diócesis, y esta vez bajaron al tercer piso. A pesar de la amplitud del edificio, Josh sintió que el ambiente era opresivo. Creció como protestante, y se inclinaba hacia el agnosticismo, así que tal vez su percepción se debía a sus prejuicios acerca de la Iglesia Católica. Llegaron por fin a los archivos, donde los recibió otro sacerdote, todavía más viejo que Shepard.

El auxiliar del obispo lo presentó como el padre Olson, le dio una corta explicación al archivista acerca de lo que querían los policías, y se marchó sin demasiada ceremonia.

El viejo sacerdote leyó la orden judicial, y luego miró a los gemelos desde su corta estatura.

—Según este documento, debo entregarles todos los archivos que hacen referencia a uno de nuestros huérfanos… Stefan Gardyner. ¿No es así?

—Así es, padre. ¿Tiene algún problema con ello?

—Ninguno, hijo, ninguno —respondió el sacerdote, con una sonrisa sarcástica—. ¿Quién soy yo para llevarle la contraria a un juez? ¿Saben en qué año salió este huérfano del Centro?

Los detectives intercambiaron una mirada. Cody respondió:

—No lo sabemos, padre. ¿Le serviría su fecha de nacimiento?

—Por supuesto. Los chicos huérfanos que nadie adoptó fueron acogidos hasta que cumplieron la mayoría de edad, así que su fecha de nacimiento me da una idea del año de su egreso.

Cody no necesitó recurrir a sus notas para recordar la fecha.

—Stefan Gardyner nació el diez de septiembre de 1982.

—Muy bien, en ese caso, habría abandonado el Child Care Center en el año dos mil… Esos archivos no están digitalizados, así que tendré que encontrar las carpetas. Me llevará algunos minutos. Aguarden aquí, por favor.

Antes de que los policías pudieran responder, Olson desapareció de su vista para internarse en los pasillos repletos de documentos viejos. Cinco minutos después, reapareció con una carpeta en la mano.

—¿La encontró? —preguntó Josh, con un punto de ansiedad.

—Por supuesto. Aquí está. Según la orden del juez, debo ponerla a disposición de las autoridades.

—La leeremos aquí —anunció Cody—, y si contiene información importante para la investigación, la enviaremos a buscar con un mensajero del departamento de criminología.

—¿No se la llevarán ustedes?

Josh negó con la cabeza.

—No debemos romper la cadena de custodia.

El padre Olson se encogió de hombros y le entregó la carpeta a Cody.

—De acuerdo.

Ryan revisó cada documento de su contenido, con Josh leyendo sobre su hombro. Stefan Gardyner había sido un chico taciturno y retraído. Nunca dio muestras de agresividad. Al contrario, solía ser víctima de los abusadores, debido a su carácter tímido y su apariencia insignificante. Estaba bajo la supervisión del psicólogo del Centro, pues a sus maestros les preocupaba su retraimiento excesivo, y el rencor que manifestaba hacia sus padres biológicos.

Los detectives intercambiaron una mirada, pero no hicieron ningún comentario frente al archivista. Cody le devolvió la carpeta.

—Por favor, manténgala a mano, padre. La enviaremos a buscar.

—¿Encontraron algo importante?

—Me temo que no podemos hacer comentarios al respecto —dijo Cody, en tono respetuoso—. El mensajero que la recoja traerá una identificación oficial.

El padre Olson cogió la carpeta y guardó silencio, con la curiosidad pintada en el rostro.

Los gemelos abandonaron la diócesis, y no hablaron sobre el asunto hasta que estuvieron de vuelta en el coche.

—Parece que ya encontramos el motivo —sentenció Josh—. Gardyner alberga un resentimiento hacia sus padres biológicos que raya en el odio.

—¿Y qué? Ya comprobamos que no tenía ninguna relación consanguínea con los Rowland —argumentó Cody—. Al mismo tiempo que Stefan nacía en un hospital, Emma tenía a su hijo en otro.

—Lo sé, pero ¿lo sabía Gardyner?

—¿Qué quieres decir?

—Que quizá el ayudante se enteró de la coincidencia de la fecha de su nacimiento con la del primogénito de los Rowland… Un hijo que ellos decían que murió al nacer…

—Y así fue. Tú y yo vimos el certificado de defunción.

—Por supuesto, pero ¿Gardyner lo creyó?

—¿Me estás diciendo que ese sujeto asesinó a los Rowland porque creía que era su hijo y que lo abandonaron?

—¿Por qué no? ¿Recuerdas lo que declaró Diana? Actuaba con los Rowland como si en realidad fueran sus padres.

—¿Y en qué basó su convicción, según tu teoría? ¿Solo en la coincidencia de una fecha?

—Estás pensando como policía, Cody.

—¿Y cómo quieres que piense? ¿Como albañil?

—Solo métete en los zapatos de Gardyner por unos momentos… Un rencor como el que alimentó durante toda su vida no es fácil de sobrellevar, a menos que…

—A menos que, ¿qué?

—A menos que pudiera dar rienda suelta a su sed de venganza, pero tenía un obstáculo casi infranqueable… No tenía idea de quiénes fueron sus padres biológicos ni como encontrarlos. De repente se da de bruces con los Rowland, quiénes le contaron la historia de un hijo que murió al nacer y que no solo hubiera tenido su edad, sino que nació el mismo día que él… Convencerse a sí mismo de que él era ese hijo habría sido la solución para dar rienda

suelta a su deseo de venganza.

Cody meditó las palabras de su hermano y sacudió la cabeza.

—No lo sé… Me parece que estás elucubrando demasiado.

—¿Por qué no le damos una oportunidad a mi teoría?

—¿Y qué papel jugaría James en todo esto?

—Sería el pringado que se presentó en el lugar y momento equivocados.

—Después de conocer a James, eso no se me hace tan difícil creerlo. ¿Qué propones ahora? Tu teoría es muy interesante, pero no tenemos ni una mísera prueba que la sustente. Todo lo que apunta en esa dirección es circunstancial.

Josh lo pensó por un momento.

—Tienes razón… Creo que nos hemos desentendido demasiado del arma homicida.

—Ese rifle ya debe estar oxidándose en el fondo del río Hudson.

—Sin duda alguna. Y por el descuido con el que James lo guardaba, no me sorprendería que Gardyner se hubiera apoderado de él, pero recuerda que según el propio Rowland, él no tenía municiones, así que el asesino debió comprarlas en algún lugar.

—Estás asumiendo que el asesinato lo cometió Gardyner con el rifle de James.

—Es lo que queremos probar, ¿no es así?

—Muy bien. En ese caso, habrá que consultar a todas las armerías de la ciudad, pedirles la lista de los compradores de municiones para un rifle 22, y cruzar los dedos para que tu teoría sea cierta.

—Estoy seguro de que esta vez estamos en el camino correcto —sentenció Josh, al mismo tiempo que el coche patrulla aparcaba frente a la Estación de Policía.

Capítulo 47

Ryan y Bradbury pasaron las siguientes dos horas indagando en todas las armerías de Nueva York sin ningún resultado.

—Otra teoría que se va por el desaguadero —sentenció Cody.

Josh se quedó pensativo por algunos segundos.

—No podemos darnos por vencidos tan pronto. Estoy seguro de que estamos en el camino correcto.

Cody soltó el bolígrafo sobre la mesa y se recostó en el respaldo.

—Reconócelo, Josh. Seguimos sin tener nada contra Gardyner. No podemos demostrar que él fue el hombre que Jimmy vio a través de la ventana, no tiene armas registradas a su nombre ni antecedentes ni un verdadero motivo para cometer un crimen como ese. Lo único que tenemos es una teoría descabellada y una serie de coincidencias mal hiladas. En todo el estado, jamás encontraríamos un juez dispuesto a emitir una orden de arresto contra él.

—Dime la verdad. ¿Tú no lo crees culpable?

—Yo ya no sé qué pensar, pero si soy honesto, veo más claro el caso contra James.

—¿Y cómo explicas el Camry o el hombre que vio Jimmy a través de la ventana?

—El auto pudo ser de cualquiera. Tal vez el sujeto solo estaba de visita en el vecindario, y no tiene nada que ver con los Rowland ni con el doble homicidio.

Josh se quedó en silencio, pero sacudió la cabeza.

—Un extraño visita el barrio al mismo tiempo que ocurre un asesinato. Y además lleva el estuche de un instrumento que

albergaría un rifle 22 sin ningún problema. ¿Y nosotros aceptamos que es una coincidencia? Además, no olvides que James tenía el rifle, pero no encontramos ningún registro que demostrara la compra de proyectiles. De acuerdo con tus deducciones, si James cometió el homicidio, ¿de dónde sacó las municiones? —preguntó Bradbury—. Su nombre tampoco aparece en las listas de las armerías.

—¿Mintió al decir que no las tenía o alguien más las compró para él? Además, tampoco hay ninguna evidencia de que Gardyner se haya acercado a una armería… ¿Cómo lo explicas?

—Tal vez uno de ellos se aprovisionó con un nombre falso.

Cody parpadeó y se inclinó hacia adelante.

—Lo que propones no es posible, Josh. Sabes que para comprar en una armería tendría que haber mostrado su licencia de conducir o cualquier otra identificación.

Bradbury se encogió de hombros.

—Quizá no adquirió las municiones en una armería.

—¿Estás pensando en el mercado negro?

—¿Por qué no?

—¿Un sujeto como Gardyner sabría cómo acercarse siquiera a un vendedor de armas ilegal? —preguntó Cody con escepticismo.

—No olvides dónde trabaja. Muchos de los chicos del Refugio provienen de familias disfuncionales, y algunos de sus padres tienen antecedentes…

—Lo que estás sugiriendo es…

—Un favor por un favor —dijo Josh, al mismo tiempo que se inclinaba hacia adelante y gesticulaba, con el bolígrafo en la mano —. Supón por un momento que alguno de estos «padres» con conexiones en el mundo delictivo, necesitara un pequeño favor del custodio de su hijo…

—Y el pago habría sido conseguirle las municiones para el rifle —Cody asintió—. Por un momento, voy a suponer que estás en lo cierto. Solo hay una forma de comprobarlo…

—Un informante —confirmó Bradbury—. ¿Se te ocurre alguno? Yo todavía soy demasiado nuevo en la ciudad.

—Sí, tengo una idea. Demos un paseo.

Lo difícil no fue convencer a Powers de que tendrían que salir de nuevo, sino de que necesitaban hacerlo en un automóvil civil, y sin escolta. Después de mucho argumentar, consiguieron que les asignara uno de los coches camuflados. Una hora después, Cody

aparcaba en el barrio latino, frente a una tienda de tatuajes.

Josh siguió a su hermano hasta el interior de la tienda. Un chico que rondaba la veintena, con la cabeza afeitada a ambos lados y los brazos llenos de tatuajes, salió a recibirlos.

—Hacía mucho tiempo que no lo veía, detective Ryan. ¿Qué lo trae por aquí? —El joven se quedó inmóvil cuando vio a Josh—. Usted… ¿Quién…? ¿Tiene un hermano gemelo? ¿Cómo es que nunca me lo había comentado?

—Pues ya ves, Tony. Yo tampoco lo sabía. Te presento a mi hermano, el detective Josh Bradbury.

—¿También es policía? ¿Cómo es que tienen apellidos diferentes si son gemelos?

—Otro día te cuento la historia, Tony. Ahora necesito tu ayuda.

—De no ser porque usted creyó en mí y me dio una oportunidad, ahora estaría en la cárcel. Si puedo ayudarlo, lo haré.

Josh miró a su hermano con curiosidad, pero Cody evitó darse por enterado.

—Te lo agradezco, Antonio. Necesitamos saber si en las últimas semanas, alguien compró munición para un rifle 22 en el mercado negro.

—¿Está seguro, detective?… Lo que quiero decir es que… no es el tipo de mercancía que se mueve en ese mercado.

—Lo sabemos, y sí, estoy seguro.

—Muy bien… conozco a la persona indicada para responder esa pregunta. Si me da un par de horas, se lo averiguo. Sin embargo, no le puedo prometer el nombre del comprador.

—Dime quién vendió la munición, y yo me ocuparé del resto.

—Lo llamaré cuando lo sepa.

En cuanto los policías salieron de la tienda, Josh interrogó a su hermano acerca del favor que Tony le debía. Ryan encendió el automóvil, mientras le respondía.

—No es asunto tuyo.

—Vamos, Cody. Ese tipo de lealtad hacia un policía no es nada común. ¿Por qué no me lo cuentas?

—¿Sabes que eres un cotilla?

—Por algo soy policía, ¿no?

—¿Regresamos a la Estación?

—¿Para tener que volver a pedirle permiso a Powers para salir? Disfrutemos un poco de nuestra recién recuperada libertad.

¿Qué te parece si comemos algo? Me muero de hambre —Cody asintió y se incorporó a la vía—. ¿No piensas contarme acerca de Tony?

—No me vas a dejar en paz hasta que te lo diga, ¿verdad?

—Por supuesto que no.

—De acuerdo, pero no hay mucho que contar: Tony ingresó a una pandilla cuando tenía trece años. No era un mal chico, tan solo era una forma de sobrevivir en su barrio. Teníamos evidencias de que dos de los sujetos del grupo estaban involucrados en el asalto a mano armada a una tienda. El dueño recibió un disparo y quedó herido de gravedad. Murió un par de días después, así que ya nos enfrentábamos a un homicidio. Recibimos un chivatazo acerca de dónde se ocultaban. Organizamos un allanamiento y los pillamos. Esos dos sujetos le habían «regalado» el arma al novato. Y durante el procedimiento, se la encontramos encima.

—Y le hubieran «cargado el muerto» de no ser por ti.

—Me resultó difícil creer que el chiquillo fuera el asesino. Era un pececillo en medio de un cardumen de tiburones. Así que me esmeré en descubrir a los verdaderos culpables.

—Y al hacerlo, lo libraste de pasarse más de la mitad de su vida en prisión. Es comprensible que se sienta agradecido.

—El tiempo me demostró que no me equivoqué… Después de comprender la forma en que sus «colegas» lo habían traicionado, Tony colaboró con nosotros, cambió el rumbo de su vida y aprendió un oficio honesto.

La respuesta de Josh se vio interrumpida por el timbre del móvil de su compañero. Cody accionó la función manos libres.

—Detective Ryan… Hice algunas preguntas y encontré la respuesta antes de lo que esperaba. Hace quince días, un traficante al que llaman Orangután le vendió una caja de municiones calibre 22 a un sujeto muy extraño.

Capítulo 48

Tony le dio a Cody el nombre del traficante al que apodaban Orangután. Se trataba de Phillip Trenton. Lo que el joven tatuador no pudo precisar fue su dirección.

El detective terminó la llamada, lanzó una mirada de reojo a su compañero, y volvió a centrar su atención en la vía. Josh comprendió de inmediato, y dejó escapar un suspiro de resignación.

—Parece que tendremos que aguantar el hambre un poco más —comentó, al mismo tiempo que buscaba un contacto en su móvil—. Evelyn, soy Bradbury.

—¿Por qué estoy segura de que me arrepentiré de haber atendido esta llamada?

—Cody y yo necesitamos que nos hagas un favor.

—¡Lo sabía! ¿Tenéis una idea del trabajo que tengo?... ¿De qué se trata?

—Debemos localizar a un traficante. Su nombre es Phillip Trenton, y sospechamos que le vendió la munición al asesino de los Rowland. Estamos seguros de que tiene antecedentes y está fichado.

—¿Y por qué no lo averiguáis vosotros mismos? Es parte de vuestro trabajo.

—Estamos lejos de la Estación. Nos ahorrarías tiempo… Si Trenton se entera de que preguntaron por él, podría volar del nido.

Del otro lado de la línea se escuchó un suspiro.

—De acuerdo, me ocuparé… Os avisaré en cuanto sepa algo.

Josh terminó la llamada y levantó la vista hacia su hermano.

—Toca esperar. Qué tal si mientras tanto, comemos algo.

Cody no respondió, pero entró en el primer restaurante de comida rápida que encontró. Compraron sin salir del coche, y se

detuvieron en el amplio aparcamiento para comer. No habían terminado, cuando Evelyn les devolvió la llamada. En la pantalla apareció el escudo de la Policía de Nueva York. Josh respondió de inmediato.

—Phillip Trenton vive en el 2030 de la Avenida Brooklyn, frente al cementerio. Salió de prisión hace seis meses.

—¿Condicional?

—No, ya cumplió su condena por tráfico de estupefacientes. Tres años, seis meses y catorce días.

—Pues volvió al negocio pronto, aunque cambió de género.

—Lo demás queda de vuestra cuenta. Yo ya cumplí.

—Gracias, Evelyn. Te aseguro que no lo olvidaremos.

La secretaria de Powers terminó la llamada sin responder. Josh repitió la información para Cody, quién frunció el ceño con determinación.

—Vamos.

Bradbury recogió las hamburguesas a medio comer, lo metió todo de vuelta en las bolsas, y salió del coche para tirarlas al contenedor más cercano, mientras Cody encendía el motor. Apenas Josh volvió a entrar en el auto, su compañero salió del aparcamiento para reincorporarse a la vía.

Recorrieron el trayecto en silencio, hasta que llegaron a la dirección que Evelyn les señaló. Se encontraron frente a una pequeña casa de color beige y tejas marrones, bastante deteriorada. La rodeaba una cerca metálica oxidada, de las que se compran por metro en cualquier ferretería. Al frente se encontraba el cementerio de Brooklyn, con su reja verde y su hilera de cipreses que parecían montar guardia, cual centinelas de la muerte. Algunas de las lápidas eran visibles desde la calle.

Los detectives se apearon del coche. Josh se sintió un poco desvalido. El chivatazo del informante no era una prueba suficiente para presionar a Trenton, y la realidad era que no tenían nada concreto contra él. Dependían de su voluntad de colaborar, una circunstancia en la que el policía no albergaba muchas esperanzas.

Aun así, se encaminaron hacia la puerta. Cody llamó al timbre con contundencia. Lo mantuvo presionado el tiempo suficiente como para despertar a uno de los muertos de la calle del frente.

—¡Ya voy! Joder, qué poca paciencia —La puerta se abrió con violencia, y ante ellos apareció un sujeto con barba poblada, el

cabello hasta los hombros y apariencia de oso—. ¿Quiénes sois y qué queréis?

Ambos policías llevaban sus identificaciones en la mano, y se las mostraron al mismo tiempo. A Josh lo alcanzó el mal olor a sudor de Orangután, y tuvo que contenerse para no taparse la nariz. Cody se ocupó de responderle.

—¿Phillip Trenton? —el tío se quedó mudo, pero su expresión lo delató: sin lugar a duda, era el sujeto a quién apodaban Orangután—. Policía, queremos hablar con usted. Necesitamos hacerle algunas preguntas.

Ni Ryan ni Bradbury vieron venir el golpe. De un instante al otro, Cody había caído al suelo aturdido, y un chorro de sangre salía de su nariz. Trenton, por su lado, cerró la puerta con violencia y pocos segundos después, salió por una de las ventanas traseras de la casa. Josh se agachó junto a su hermano, sin perder de vista al fugitivo, que ya saltaba la reja del cementerio.

—Estoy bien —le aseguró Cody—. ¡No lo dejes escapar!

Josh cruzó la calle sin quitarle la vista de encima a Orangután, evitó por poco que lo arrollaran, saltó la reja, y corrió, haciendo lo posible por esquivar las lápidas que se atravesaban en su camino. Por suerte, Trenton tuvo la misma dificultad, hasta que consiguió alcanzar uno de los caminos que cruzaban el cementerio. Entonces aumentó la velocidad. Cuando Josh superó los obstáculos, el traficante le llevaba una ventaja considerable. El detective recordó a su hermano tendido en el suelo, sangrando, y consiguió la adrenalina que necesitaba. En pocos segundos salvó la distancia que le separaba del fugitivo y saltó sobre él. Trenton se removió, pero en una lucha cuerpo a cuerpo no tenía nada que hacer. El policía estaba entrenado, y eso marcó la diferencia.

Un par de minutos después, Josh escoltaba a Phillip Trenton fuera del cementerio. Una vez sometido, Orangután avanzó sin oponer resistencia, con la mirada baja y los grilletes en las muñecas.

Cody los esperó junto al coche, mientras mantenía la cabeza hacia atrás y sostenía un pañuelo en la nariz.

—¿Estás seguro de que estás bien? Tal vez sea mejor que llame a una ambulancia.

—Estoy bien —respondió Ryan con voz gangosa—, pero estaré mejor cuando vea a este tío tras las rejas.

—Yo no hice nada —protestó Orangután—. ¿Tienen una orden de arresto o algo así? Seguro que no.

—No necesitamos una orden para arrestarte por golpear a un policía, genio —le respondió Josh.

—Me asusté. Creí que venían a por mí para devolverme a la cárcel.

—¿Por qué? ¿No dices que no has hecho nada?

—Quiero un abogado.

—Descuida, lo tendrás.

Bradbury llamó a la Estación para que les enviaran el coche patrulla que se encontrara más cerca. También se aseguró de que Keen consiguiera una orden de registro para la casa de Trenton. Pocos minutos después, Josh le entregó la custodia a los oficiales que acudieron a su solicitud.

—Ahora vamos al hospital.

—Ya te dije que estoy bien.

—Te creo, pero necesitamos pruebas para presionar a Orangután. Un informe que corrobore la agresión nos resultará muy útil.

Cody suspiró con resignación.

—Muy bien, tienes razón. Vamos al hospital y consigamos ese informe.

Después de que Cody pasó por una serie de comprobaciones, los médicos de Urgencias se dieron por satisfechos, y le permitieron marcharse con el codiciado informe. Josh lo aguardó en la sala de espera. Cuando vio a su hermano, hizo un esfuerzo por disimular su alivio.

—¿Y bien?

—Ya te lo había dicho. Nada serio.

—¿Tienes el informe?

—Por supuesto.

Una hora después, ambos detectives recogieron el expediente de Phillip Trenton de manos de Evelyn, y subieron al tercer piso. Uno de los oficiales les informó cuál era la habitación donde el detenido esperaba con su abogado. Ryan y Bradbury se entretuvieron unos minutos, mientras leían los antecedentes de Orangután. Ya contaba con dos condenas: la primera por participar en un asalto a mano armada, la cumplió en un reformatorio cuando tenía dieciséis años. La segunda, por tráfico de estupefacientes, concluyó seis meses atrás.

—Con estos antecedentes, la agresión a un policía podría costarle un par de años más en prisión —señaló Josh.

—No sé si eso será suficiente para que se sienta presionado…

Un mensaje en el móvil de Ryan interrumpió la conversación de los detectives. Cody lo leyó y asintió.

—Es de Ellison: encontraron un arsenal en la casa de la avenida Brooklyn. Todas las armas tienen los seriales limados.

—Lo tenemos —dijo Josh.

Capítulo 49

Los detectives entraron en la habitación donde esperaban Trenton y su defensor. El olor de Orangután ya dominaba el ambiente. Josh se compadeció del abogado, que llevaba más de media hora encerrado con su cliente.

Los policías se sentaron frente a los dos hombres, y Cody abrió la carpeta con movimientos ceremoniosos.

—Esta vez te metiste en un buen lío, Phillip.

Orangután no respondió. Era evidente que ya había recibido las instrucciones de su abogado. Este fue quién tomó la palabra:

—Mi cliente se acogerá a su derecho de no declarar.

Ryan se encogió de hombros.

—Como quiera. Tampoco importa mucho: podemos demostrar la agresión a un policía y es un delincuente reincidente, así que nadie lo salvará de pasar dos o tres años más en prisión.

—Será mi cliente quién los denuncie por acoso —los amenazó el abogado—. Fueron a buscarlo a su casa para amedrentarlo sin ningún motivo. Él reaccionó en defensa propia.

Josh dejó escapar una risotada sarcástica, y Cody se quedó mirando de frente al abogado.

—¿En serio que en eso consiste su defensa? —Ryan dejó de prestarle atención al abogado para dirigirse a Trenton—. Te veo mal, chaval… En primer lugar, no íbamos a por ti… Sabemos que le vendiste cierta mercancía a un sujeto de nuestro interés, así que fuimos a hacerte unas preguntas sobre esa transacción. Eso fue todo.

—¿No iban a por mí?

—Estamos más interesados en uno de tus clientes —intervino

Josh.

—¿Clientes? Yo no sé de qué clientes habla —protestó Orangután, mientras se removía en el asiento—. Solo soy un herrero que no ha conseguido trabajo.

—Señor Trenton, le sugiero que no diga una palabra más —le advirtió el abogado.

—Siendo tú, yo seguiría los consejos de mi abogado. De cualquier forma, ya no importa.

Trenton miró a su alrededor como un animal acorralado.

—¿Qué quiere decir eso de que ya no importa?

Cody le respondió con voz parsimoniosa.

—Lo que quiere decir mi compañero es que da igual que declares o no. Tu agresión hacia mí te delató, Phillip. Era evidente que escondías algo, así que el juez autorizó el registro de tu casa… y ya sabes lo que encontramos.

—Parece que van a ser más de dos o tres años —dijo Bradbury—. ¿Qué dice usted, abogado? ¿Cuánto cree que pueden darle por tráfico ilegal de armas?

Trenton palideció, y su defensor se removió incómodo en el asiento. Su reacción fue inmediata.

—¿Por qué nadie me dijo nada al respecto?

—Porque acabamos de recibir el informe del CSI, así que se lo estamos notificando ahora.

El defensor cogió aire y lo retuvo.

—Quiero hablar a solas con mi cliente.

Los detectives intercambiaron una mirada, antes de que Cody respondiera.

—De acuerdo, le daremos cinco minutos.

Cody y Josh salieron de la habitación y se encaminaron hasta el rincón donde se encontraba la máquina de café. En cuanto abandonaron el cuartucho, Josh respiró el aire limpio de la sala con alivio.

—A ese tío deberían declararlo «arma de destrucción masiva». ¡Qué olor! Debe tenerle más aversión al agua que un gato.

—No insultes a los gatos —protestó Cody—. Son animales muy aseados.

—Tienes razón, mis excusas para los felinos.

Bradbury introdujo varias monedas en la ranura y presionó los botones correspondientes. La máquina dejó caer un vaso y de inmediato lo llenó. Josh se lo entregó a su hermano.

—Con leche y sin azúcar.

Cody lo recibió y comenzó a beber a pequeños sorbos, mientras Josh repetía el proceso para conseguir su propio café: con azúcar y sin leche. Se tomaron las infusiones con tranquilidad, y regresaron al cubículo del interrogatorio.

A Josh le pareció que el mal olor de Orangután era más fuerte. Quizá por el tiempo que llevaba encerrado allí o porque el miedo intensificaba su sudor. En cualquier caso, Bradbury tuvo que hacer un esfuerzo para no abandonar la habitación. El abogado fue el primero en hablar.

—Mi cliente colaborará con ustedes en el asunto que los llevó hasta su casa, con la condición de que su buena disposición se tenga en cuenta a la hora de presentar su caso al juez.

Cody y Josh intercambiaron una mirada.

—Si la información que nos proporciona es útil, dejaremos constancia de su colaboración en el informe que enviaremos al juez.

—¿Qué es lo que quieren saber?

—Hace dos o tres semanas le vendiste municiones calibre 22 a un nuevo cliente.

—Lo recuerdo… Era un tío muy extraño.

—¿Por qué era extraño? —quiso saber Josh.

—Porque no era el tipo de persona que suele comprar esa mercancía.

—¿Cuál era su nombre?

—No lo sé. No les pregunto el nombre. Llegó hasta mí con la recomendación del amigo de un amigo.

—Así que tampoco tienes muy claro quién te lo envió.

Orangután se encogió de hombros.

—Sabía que no era policía. Era suficiente para mí.

—Si te mostramos una foto, ¿podrás reconocerlo? —preguntó Cody.

—Por supuesto.

Ryan miró a su compañero, quién comprendió y salió de la pequeña habitación. Josh se apresuró en llegar hasta su mesa de trabajo y preparar una serie de fotografías, entre las cuales estaban la de Gardyner, la de James, y cuatro más que cogió al azar de los archivos. Regresó a la habitación donde se llevaba a cabo el interrogatorio, y sin decir una palabra, puso las fotografías frente a Trenton.

Orangután miró los rostros uno por uno, y al final sacó una

foto del montón.

—Este fue el sujeto.

Trenton acababa de señalar a Stefan Gardyner. El abogado no perdió el tiempo para presionar a los policías:

—Mi defendido ya colaboró con ustedes. Ahora esperamos que cumplan su palabra.

Ninguno de los policías respondió. Guardaron el material en la carpeta y salieron a toda prisa de la habitación. Llegaron a la oficina de Keen en tiempo récord. La fiscal frunció el ceño en cuanto los vio aparecer.

—¿Por qué tengo la impresión de que me daréis trabajo extra?

—Porque es verdad —sentenció Josh, y se ganó una mirada fulminante.

Cody no se amilanó ante la recepción, así que le explicó la situación a Natalie en pocas palabras.

—¡Aguardad un momento! Ya tenemos un caso bien estructurado contra James Rowland, a quién ayer considerabais culpable sin lugar a duda y a quién estaba a punto de acusar de parricidio. ¿Ahora me venís con que es inocente y que el culpable es este… Gardyner?

Josh cambió el peso de un pie a otro, antes de responder:

—James es un imbécil con ínfulas, y maneja el dinero de sus clientes con poca claridad. Es un estafador, y puedes seguir adelante con esa acusación, pero no mató a sus padres.

—Gardyner lo hizo.

—¿Estáis seguros? No quiero deciros cómo debéis hacer vuestro trabajo, pero no creo que sea una buena idea cambiar de caballo en medio del río.

—No se trata de eso —argumentó Cody—. Durante la investigación surgieron evidencias… Dos semanas antes del crimen, Gardyner acudió al mercado negro para comprar el mismo tipo de munición que se usó en el asesinato de los Rowland.

—¿Dónde consiguió el arma?

—Estamos seguros de que usó el rifle de James. El muy imbécil lo guardaba en el garaje.

—¿Y dónde está ese rifle ahora?

—Lo más probable es que en el fondo del río Hudson —afirmó Josh.

—«Lo más probable» —repitió Natalie—. ¿Sabéis cómo suena

eso en un juicio? Sería un fracaso seguro. No puedo solicitar una orden de arresto con semejante argumento. Me jugaría mi trabajo. Además, el supuesto motivo de Gardyner me parece absurdo.

Josh sintió que lo dominaba la impaciencia.

—Tal vez para ti sea absurdo, pero no para Gardyner. Su historial psicológico lo deja muy claro: su odio y deseo de venganza hacia sus padres biológicos rayaba lo patológico.

—Pero ustedes acaban de reconocer que Gardyner no era hijo de los Rowland, sino que su hijo murió al nacer.

Esta vez fue Cody quién respondió:

—Y así fue, pero la coincidencia en la fecha de nacimiento se habría convertido en una válvula de escape para la ira mal contenida de Gardyner.

Keen se quedó pensativa por algunos segundos.

—¿Y eso lo habéis consultado con un psiquiatra o llegasteis vosotros solitos a esa conclusión? —El silencio de los detectives fue suficiente respuesta—. Ya veo, ¿y en esas condiciones queréis que le solicite una orden de arresto al juez? ¡No tenéis nada concreto!

—¿Te parece poco concreto el reconocimiento que hizo Orangután?

—«Orangután» … lo que me parece es poco confiable. Ese sujeto habría reconocido a su madre para reducir la condena que le espera.

—Estoy de acuerdo —admitió Cody—, pero Trenton identificó a Gardyner en un paquete de fotografías, sin dudarlo por un momento.

Natalie dejó escapar un suspiro:

—Muy bien, confiaré en vosotros y espero no arrepentirme, pero no tenemos suficiente evidencia para solicitar una orden de arresto, así que lo intentaremos con un registro a la vivienda y la oficina de Gardyner. Y veremos qué surge de ahí.

Josh frunció el ceño.

—Pero…

—Y podéis daros por satisfechos.

Capítulo 50

Josh experimentó una sensación agridulce cuando salieron de la oficina de Keen. Si bien no se iban con las manos vacías, sus argumentos no consiguieron persuadirla del todo. Y eso significaba que tampoco tenían suficientes evidencias para convencer a un juez. Mientras recorrían los pasillos en dirección al departamento de investigaciones, Bradbury compartió su inquietud con su hermano.

—No me agrada la idea de poner sobre aviso a Gardyner, sin tener la posibilidad de controlar sus movimientos.

—No nos queda otra opción que correr el riesgo. Tendremos que esmerarnos en el informe, esperar los resultados de Criminalística y subsanar el error que cometimos.

—¿Qué error?

—Keen tiene razón: llegamos a conclusiones acerca de la conducta de Gardyner, sin haber consultado a un especialista en psiquiatría forense.

—Vamos, Cody. Las evidencias que tenemos son suficientes para…

—No lo son, Josh. Al menos, no frente a un juez.

Bradbury dejó escapar un suspiro.

—Supongo que tienes razón.

Después de trazar un plan de acción, los gemelos se encaminaron a la oficina de Powers para hablar con Evelyn. Ella los vio llegar y puso los ojos en blanco.

—Y ahora, ¿qué queréis?

—Necesitamos que nos consigas una cita urgente con el psiquiatra de la Policía.

—Hasta que os disteis cuenta.

Josh torció la boca.
—Muy graciosa. Tenemos que hacerle algunas preguntas acerca del caso Rowland.
Evelyn dejó escapar un suspiro de resignación, y cogió el auricular de la centralita. Después de una corta conversación, miró a los gemelos sin retirar la mano del teléfono.
—Os concederá quince minutos, y debéis estar en su consultorio en media hora.
Cody y Josh salieron de inmediato, después de conseguir la autorización de Powers. Veinticinco minutos después, llegaron a la Avenida Pensilvania, y entraron en el aparcamiento de un centro de atención familiar. Se apearon, y pasaron frente a una farmacia y un consultorio odontológico, antes de llegar al local que albergaba los consultorios médicos. Los recibió una chica joven y menuda, que los observó con curiosidad.
—El doctor Larson se encuentra en el segundo piso. ¿Tienen cita?
—Nos está esperando —afirmó Josh.
Siguiendo las instrucciones de la recepcionista, los detectives llegaron hasta la oficina señalada. En la sala de espera solo había dos personas. La secretaria del psiquiatra asintió cuando se identificaron.
—El doctor me avisó que vendrían. Los recibirá en cinco minutos.
A Josh, esos cinco minutos se le hicieron interminables, y los pasó removiéndose en la silla, bajo la mirada reprobadora de su hermano. Cuando el reloj marcó cinco minutos exactos, la puerta se abrió, y una mujer de mediana edad salió del consultorio enjugándose las lágrimas, al mismo tiempo que sonreía y se deshacía en palabras de gratitud hacia el hombre que la acompañó hasta la salida.
La secretaria abordó al psiquiatra, antes de que este pudiera volver a cerrar la puerta.
—Doctor Larson, los detectives que esperaba ya están aquí.
—Pasen, pasen, caballeros. La señora Thorne me dijo que necesitaban hablar conmigo acerca de un caso, y que era urgente.
Los detectives siguieron al médico, quién se aseguró de cerrar la puerta y los invitó a ocupar las sillas frente a él. Luego se sentó, y se inclinó hacia adelante sobre el escritorio.
—¿En qué puedo ayudarles?

Cody le entregó los archivos que les proporcionó la Arquidiócesis. Luego le explicó todo lo referente al caso Rowland y las evidencias que tenían contra Gardyner. Larson escuchó con atención, leyó los informes del psicólogo, y meditó durante algunos segundos.

—Muy bien, detectives, quiero dejar claro que no puedo emitir un diagnóstico sin tener contacto directo con el paciente...

—¿Quiere decir que no nos puede ayudar? —preguntó Josh.

—Lo que quiero decir es que solo puedo darles mi opinión, pero que esta no es en modo alguno vinculante. Para que lo fuera, tendría que entrevistar al señor Gardyner en forma oficial. Hasta entonces, solo puedo teorizar.

—Comprendemos, doctor —afirmó Cody, al mismo tiempo que le lanzaba una mirada de reproche a su impaciente hermano—. ¿Cuál es su opinión sobre el sospechoso?

—Pienso que no están muy desencaminados en sus conclusiones. Aunque los informes no lo expresan con claridad, estoy seguro de que el psicólogo del orfanato consideraba que Gardyner era un psicópata retraído. Lo insinúa en algunas de sus descripciones clínicas.

—¿Eso qué significa?

—Que Stefan no era capaz de sentir empatía, que albergaba un odio patológico hacia sus padres biológicos, y que no tenía límites de contención.

—Así que podría ser el asesino de los Rowland —sentenció Josh.

—Le repito que esta opinión se basa en la observación de terceros, y por lo tanto, no tendría peso frente a un juez.

—Lo tenemos claro, doctor Larson —lo tranquilizó Cody—. En base a estos datos, ¿considera posible que Gardyner se convenciera a sí mismo de que los Rowland eran sus padres, basándose solo en la coincidencia de la fecha de nacimiento?

El psiquiatra meditó por algunos segundos, y luego asintió.

—Sin duda alguna. Es humano creer aquello que nos resulta conveniente, y que concuerda con nuestras ideas preconcebidas. En este caso, para Gardyner habría resultado satisfactorio identificar a los padres que lo abandonaron, porque así podría vengarse. No habría necesitado pruebas concretas para llegar a la conclusión de que los encontró. Con una leve sospecha sería suficiente.

—Gracias, doctor —dijo Cody, al mismo tiempo que se

levantaba y le estrechaba la mano a Larson—. Le avisaremos en cuanto consigamos arrestar a Gardyner.

Josh también se levantó y estrechó la mano del psiquiatra, después de Cody.

—Estaré disponible cuando me necesiten, detectives. Y tengan cuidado… Ese sujeto es más peligroso de lo que parece.

Los policías salieron del consultorio y se encaminaron hacia el coche. Antes de que Ryan pudiera encender el motor, su móvil comenzó a sonar. Después de una corta conversación, Cody dejó escapar un suspiro y le informó a su hermano acerca de la llamada.

—Criminalística ya completó los registros. No encontraron nada en la oficina de Gardyner, pero…

—Pero ¿qué?

—Hallaron el estuche de un bajo en su casa, aunque no encontraron el instrumento por ninguna parte. Según Gardyner, se lo regaló a un amigo.

—¿Le regaló el instrumento y guardó el estuche? —preguntó Josh—. Es él.

—Sin ninguna duda. Le pedí a Ellison que se diera prisa con el procesamiento de las evidencias.

—Ya Stefan está sobre aviso, podría desaparecer para cuando Criminalística concluya su trabajo… Si es que encuentran algo.

—¿Y qué propones? No tenemos nada concreto contra él. No es tan estúpido como James para darnos una justificación para arrestarlo.

—Podemos vigilarlo. Al menos así sabremos dónde encontrarlo cuando Criminalística concluya sus análisis.

—¿Y si no encuentran nada?

—Supongo que tendremos que volver a empezar —respondió Josh—, y asegurarnos de no perderle la pista.

Capítulo 51

Los detectives salieron de la oficina del psiquiatra y se encaminaron a la dirección de Stefan Gardyner. Aparcaron a media manzana de su casa y se prepararon para una larga vigilancia.

—¿Cómo sabemos que esto no es una pérdida de tiempo? —preguntó Ryan, al cabo de una hora.

Su compañero estiró los músculos, tanto como le permitía el pequeño habitáculo del coche.

—¿Tienes algo mejor que hacer?

—¿Mi trabajo? —respondió Cody, con tono sarcástico—. Quizá deberíamos delegar la vigilancia, y dedicarnos a buscar pruebas contra Gardyner.

—De acuerdo, es posible que tengas razón. Esperaremos media hora más, y si no pasa nada para entonces, llamaremos a Evelyn y… ¡Ahí está!

En ese preciso momento se abrió la puerta del garaje de Gardyner, para permitir la salida de un Camry blanco viejo. Stefan retrocedió con cautela y se incorporó a la calle. Cody encendió el motor sin decir una palabra.

—¿Sigues pensando que es una pérdida de tiempo? —lo increpó Josh.

—¡Cállate! Detesto cuando tienes razón, aunque todavía no sabemos si solo va camino del Refugio.

—Te apuesto cien dólares a que trata de escapar.

—Apostar dinero sin licencia es ilegal.

—Solo si te pillan.

Cody lanzó una mirada de reojo a su compañero y dejó ver una media sonrisa. Quince minutos después, el destino del ayudante

de Emma resultó evidente.

—Se dirige a La Guardia.

—Te lo dije.

En efecto, una hora después, el Camry llegó al aeropuerto, con el automóvil de los policías siguiéndolo a pocos metros. Stefan aparcó bastante lejos de la puerta de acceso, y después de recuperar una pequeña maleta, se encaminó con prisa hacia el edificio.

—Si consigue salir del estado, lo perderemos —anunció Josh.

—Salir del estado no impedirá el arresto por homicidio.

—No seas ingenuo, Cody. El siguiente paso será salir del país y hacerse con una nueva identidad. Podríamos no volver a encontrarlo.

Cody clavó la mirada en su compañero con el ceño fruncido.

—Creo que ya te lo dije: detesto cuando tienes razón. ¡Vamos!

Los policías se bajaron del coche y siguieron los pasos de Gardyner. Una vez dentro de la terminal, se dirigieron a la oficina de la Policía de Nueva York del aeropuerto. Se identificaron con la oficial que se encontraba de guardia en la recepción.

—¿En qué podemos ayudarles, detectives?

—Necesitamos su colaboración para evitar la evasión de un sospechoso —anunció Cody.

La joven les pidió que la excusaran y se fue a buscar a su jefe. Reapareció con su superior, quién se presentó como el capitán Durant, y los invitó a pasar a su oficina. Cody le explicó la situación a su colega.

—Comprendo su preocupación, detectives, pero solo puedo detener a un ciudadano si existe una orden de arresto o si comete un delito dentro de las instalaciones, así que no sé cómo podría ayudarlos.

Josh intervino:

—No puede detenerlo, pero sí retenerlo.

El capitán frunció el ceño.

—¿Quiere explicarse, detective?

—Usted acaba de recibir la información de que este «ciudadano» es sospechoso. Podría hacerle esperar bajo vigilancia, mientras se aclara la situación. Forma parte de su trabajo.

—Eso es cierto, en el caso de que el pasajero sea sospechoso de terrorismo o de tráfico de drogas.

—¿Por qué tendría que ser diferente con el homicidio?

Durant iba a responder, pero no encontró argumentos.

—¿Y cuánto tiempo pretenden que lo retenga?

—Solo unos minutos —respondió Cody—. Esperamos resultados del laboratorio de Criminalística que definirán si tenemos algo concreto contra él.

El capitán asintió y les pidió que lo acompañaran. Los llevó hasta una sala, donde un operario vigilaba media docena de monitores que cubrían todo el aeropuerto.

—Carver, estos detectives de la Policía de Nueva York necesitan nuestra colaboración.

Durant le explicó a su subalterno lo que quería de él.

—¿Hace cuánto tiempo llegó su sospechoso al aeropuerto?

—Diez minutos.

—Entonces, apenas habrá tenido tiempo de comprar el billete.

Carver señaló uno de los monitores para que Cody y Josh centraran su atención en él. Gardyner estaba en la fila de una aerolínea que vendía billetes para un avión que salía en una hora, con destino a Texas.

—Este es —lo señaló Josh—. Su intención es llegar a Texas y cruzar la frontera por tierra.

Durant llamó a dos de sus hombres, les mostró el monitor y les dio instrucciones. Minutos después, los detectives observaron cómo sus colegas sacaban a Gardyner de la fila y lo escoltaban fuera de la zona vigilada. El capitán explicó el procedimiento a sus colegas.

—Lo llevarán hasta una habitación, bajo la excusa de que su descripción coincide con una llamada anónima de alerta. Podremos retenerlo por unos veinte minutos, pero les advierto que si en ese tiempo no recibo una acusación formal, tendré que dejarlo continuar su viaje.

—Lo comprendemos, capitán —afirmó Cody—, y le agradecemos su colaboración.

Durant acompañó a los detectives hasta una oficina, desde donde podían mantener la vigilancia sobre el sospechoso. Alcanzaron a escuchar las amenazas de Stefan contra los oficiales que interrumpieron su viaje. En cuanto se quedó solo, Gardyner comenzó a pasearse por la habitación. Se sentaba y de inmediato volvía a ponerse de pie, miraba a su alrededor y volvía a sentarse. Parecía una fiera enjaulada.

—Me está poniendo de los nervios —confesó Josh.

—Es probable que no se tragara la excusa de la alerta de seguridad, y sospeche que nosotros estamos detrás de la interrupción de su viaje.

—Espero que Ellison se dé prisa. Si Stefan consigue salir de esta y llegar a Texas, no volveremos a verle el pelo.

—Todavía no sabemos si Criminalística encontrará algo concreto. Este sujeto ha demostrado ser muy cuidadoso.

Josh meditó las palabras de Cody por algunos segundos.

—Encontrarán algo. Este malnacido asesinó a una pareja de ancianos que lo trató como a un hijo, solo para satisfacer un deseo de venganza que en realidad, ni siquiera era contra ellos. Y estoy seguro de que en el fondo lo sabía. ¡Maldita sea! Ellison y su equipo tienen que encontrar algo.

Los detectives continuaron la vigilancia atenta de los movimientos de Gardyner, hasta que Durant llegó para avisarles.

—Lo lamento, caballeros, pero ya no puedo retrasar el viaje del sospechoso durante más tiempo. Nos arriesgaríamos a violar sus derechos.

—¡Denos solo un par de minutos más, por favor! —le rogó Josh.

—Detective, comprenda…

Cody dejó escapar un suspiro de desaliento.

—Lo comprendemos, capitán… Usted hizo lo que pudo y se lo agradecemos. Al menos lo intentamos.

Durant le hizo una seña a los oficiales que retuvieron a Gardyner, y ellos se dispusieron a liberarlo para que siguiera su camino. En ese momento, la entrada de un mensaje en el móvil de Ryan atrajo la atención de todos. Cody lo leyó de inmediato y sonrió con satisfacción.

—Es del jefe Ellison… Hallaron restos de pólvora en el estuche del bajo que Gardyner guardaba en su casa.

—¡Por fin, ya lo tenemos!

Capítulo 52

Josh hubiera calificado los siguientes minutos como frenéticos. De inmediato, Cody llamó a Keen, le explicó la situación y la apremió para que consiguiera una orden de arresto. La fiscal protestó y los insultó, pero se puso manos a la obra de inmediato. Diez minutos después, los llamó para decirles que había conseguido convencer al juez de guardia de autorizar el arresto. Después de terminar la llamada, los detectives procedieron a detener a Gardyner.

Stefan tensó los músculos del cuello cuando los vio llegar.

—Así que son ustedes quiénes están detrás de este atropello. Debí suponerlo. Los demandaré por daños y perjuicios. ¿Con qué derecho retrasan mi viaje?

—No lo retrasamos, Gardyner —precisó Josh—. Lo impedimos. Usted viene con nosotros.

—¿De qué están hablando? Ahora no tengo tiempo de responder a sus preguntas. Mi vuelo sale en cinco minutos.

Esta vez fue Cody quién le respondió:

—Se acabó, Gardyner. Queda arrestado por el asesinato de Matthew y Emma Rowland…

Cody le leyó sus derechos, aunque Josh dudaba que lo estuviera escuchando. Por la expresión de Stefan, Bradbury dedujo que Gardyner no se creía que lo hubieran descubierto.

Los policías le dieron las gracias al capitán Durant y sus hombres por su colaboración, y llevaron al detenido hasta la Estación. El ayudante no opuso resistencia. Mientras esperaban la llegada del abogado defensor, prepararon los informes para Keen y para Powers.

Ya la noche comenzaba a caer, en un día que les estaba resultando interminable. Las mesas de trabajo se fueron vaciando a su alrededor.

—Parece que tenemos otra jornada con horas extras —dijo Josh.

—No me lo digas a mí, que llevo dos días sin ver a mi familia.

—¿Alguna vez has pensado cambiar de profesión?

—Casi todos los días. Al menos, los días como hoy.

—¿Y?

Cody encogió los hombros y sacudió la cabeza.

—Es como cuando quieres dejar de fumar… Te lo propones… hasta el siguiente cigarrillo.

Josh sonrió y se disponía a responder, cuando una llamada en su móvil lo interrumpió. Después de mirar la pantalla, borró la sonrisa y frunció el ceño. Rechazó la llamada y volvió a centrarse en su hermano.

—¿Todo bien? —le preguntó Cody.

—Bien… Veamos qué tiene que decir Stefan en su favor.

Cody no insistió. Ambos subieron al tercer piso, y entraron a la habitación de vigilancia, desde donde observaron a Gardyner y su abogado a través del monitor. El expediente del caso que le habían entregado al defensor reposaba sobre la mesa. Abogado y cliente conversaban en susurros. El detenido parecía tranquilo.

Cuando los policías entraron en la habitación donde se llevaría a cabo el interrogatorio, Gardyner estiró las piernas bajo la mesa, cruzó los brazos, y lanzó una mirada de desafío a los detectives. Josh se preguntó qué le habría dicho el abogado.

Los policías se sentaron frente al sospechoso, y Cody abrió la carpeta que llevaba en la mano.

—Señor Gardyner, ¿tiene claros los motivos por los que lo arrestamos?

El abogado fue quién respondió:

—A mi cliente lo están usando como chivo expiatorio en un caso que la Policía no es capaz de resolver, y se acogerá a su derecho de guardar silencio.

—Comprendo. ¿Su abogado le explicó que tenemos pruebas concretas contra usted, y que al momento de emitir la sentencia, el juez podría tener en cuenta su falta de colaboración?

—¿Qué sentencia? —preguntó el defensor—. Este caso ni

siquiera llegará a juicio. El señor Gardyner no tiene nada que ver con la muerte de los Rowland. Sus «pruebas concretas» son el testimonio de un chiquillo de trece años, y restos de pólvora en el estuche de un instrumento musical. Su acusación es insostenible en un juicio.

Cody clavó la mirada en el abogado.

—Eso lo decidirá el juez. ¿Cómo explica la pólvora en el estuche del bajo, señor Gardyner?

—A mi cliente lo invitaron a un campo de tiro, le prestaron un arma y no teniendo dónde guardarla, la dejó dentro de ese estuche viejo. Eso no es un delito.

—Ya lo veo. ¿Quién lo invitó a esa práctica? ¿Cuándo? ¿Quién le prestó el arma? ¿Esa persona confirmará su declaración? ¿Hay registros en el campo de tiro?

Conforme Cody iba soltando preguntas, Gardyner iba palideciendo y enderezándose en la silla. El abogado se removió en su asiento, y bajó la agresividad de su tono de voz.

—No es necesario sacar este asunto de contexto, detective. Que encontraran restos de pólvora en el estuche de un bajo, no convierte a mi cliente en un asesino.

—Al contrario —sentenció Ryan—, esa pólvora demuestra que en ese estuche se guardó un arma recién disparada. Y no olvide que además de la declaración del chico, también tenemos la del traficante de armas que le vendió la munición.

El abogado respondió de inmediato, pero con voz titubeante.

—Estamos hablando de las afirmaciones de un delincuente, que además es reincidente. Todos aquí sabemos que un sujeto así acusaría a su propia madre, con tal de conseguir beneficios del juez.

—Coincidimos en su desconfianza hacia el señor Trenton —intervino Josh—, pero en este caso, el testigo reconoció la fotografía del señor Gardyner entre un grupo bastante heterogéneo, que además incluía una foto de James Rowland.

—Tiene que reconocerlo, abogado —dijo Cody—, la acusación contra su cliente es sólida, y lo más probable es que llegue a sentencia.

El silencio se apoderó de la habitación por algunos segundos, hasta que el propio Stefan lo rompió:

—Está bien, ustedes ganan: Yo maté a los Rowland.

El abogado se removió como si hubiera recibido una bofetada.

—Señor Gardyner, habíamos acordado…
—Ya los escuchó: tienen pruebas y todo está muy bien atado. Si confieso, el juez lo tendrá en cuenta a la hora de emitir sentencia. Si voy a juicio, pasaré el resto de mi vida en prisión.
El defensor llenó sus pulmones de aire y asintió. Cody no perdió la oportunidad de animar al sospechoso.
—Adelante, lo escuchamos.
—Supongo que ya sabrán que crecí en un orfanato, porque mis padres biológicos me abandonaron —los policías asintieron—. Todo comenzó el diez de septiembre… el día de mi cumpleaños. Entré en la oficina de Emma para pedirle que me firmara unos documentos, y la encontré llorando. Cuando le pregunté qué le pasaba, me contó que era el aniversario de la muerte de su primogénito. Entonces me confesó que ella y Matthew tuvieron un hijo antes de casarse, siendo muy jóvenes. Me contó que se sentía culpable porque fue un embarazo no deseado, y el niño murió a los pocos minutos de nacer. Entonces lo comprendí: yo era ese niño, y ellos me habían abandonado… Sé que no me comprenderán, pero el mundo se volvió rojo en ese momento…
Josh iba a intervenir, pero una mirada de su hermano lo disuadió.
—Continué —dijo Cody.
—A partir de ese momento tracé un plan. Sabía que el imbécil de James guardaba un rifle deportivo en el garaje. La propia Emma me lo contó un día, porque estaba preocupada por la negligencia de su hijo. Yo también sabía que escondían una llave de la casa bajo una piedra falsa en un macetero. Los propios Rowland me lo dijeron una noche que fui a cenar en su casa. Según ellos, debía saberlo por si se presentaba una emergencia, y sus hijos no estaban localizables.
Gardyner hizo una pausa, y Ryan asintió para animarlo a seguir declarando.
—Siga.
—Sustraer el rifle de la casa de James fue muy fácil. El muy estúpido es tan vago, que deja la puerta del garaje abierta cuando va a volver a salir. Solo necesité estar vigilante, para encontrar el momento oportuno.
—¿Cómo consiguió las municiones? —preguntó Josh.
—A través del padre de uno de los chicos del Refugio. Tiene prohibido visitar a su hijo, porque intentó secuestrarlo. Le permití

verlo durante veinte minutos, a cambio de que me facilitara conseguir las municiones. Él me puso en contacto con Trenton. Entonces fui a una venta de garaje, y compré el viejo estuche del bajo. Era perfecto para llevar el rifle sin llamar la atención. Cuando ya tenía todo a punto, solo esperé el momento más oportuno, preparé mi coartada y ejecuté mi venganza.

Los detectives se miraron entre sí. Josh no pudo contenerse.

—Tú sabes que los Rowland no eran tus padres biológicos, ¿no es así?

—Por supuesto que lo eran… La coincidencia de fechas…

—Es solo eso, una coincidencia. Tenemos registros de tu nacimiento en un hospital y el del hijo de los Rowland en otro.

En fracción de segundos, por el rostro de Gardyner cruzaron la ira, el desconcierto y la desesperación.

—Eso no es posible, yo lo sé, lo percibí.

—Pues tu percepción fue equivocada —insistió Josh, dispuesto a no permitir que Gardyner se saliera con la suya—. La verdad fue que asesinaste a una pareja que te trató como a un hijo, sin que lo fueras. Irás a la cárcel por ello, pero además, tus verdaderos padres biológicos siguen allá afuera en algún lugar, muy lejos de tu alcance.

Capítulo 53

Después de asegurarse de que la confesión había quedado grabada, los detectives se acercaron a la oficina de la fiscal para ponerla al día acerca de las novedades. Ella escuchó con atención hasta el final de su exposición sin interrumpirlos, meditó por unos segundos, y luego expresó su opinión.

—Creo que tenemos suficiente para conseguir la perpetua, pero necesitamos esa confesión firmada.

—La transcribiremos enseguida.

—Hay otro detalle que me preocupa… ¿Estáis seguros de que Gardyner no era hijo de los Rowland?

—Por supuesto —respondió Josh.

—En ese caso, además de los documentos que lo sustenten, solicitaré al juez una comparación de ADN entre Gardyner y los Rowland sobrevivientes.

Josh intervino sin ocultar su indignación:

—¿Qué importancia tendría que Gardyner resultara ser el hijo de los Rowland? Asesinó a una pareja de ancianos a sangre fría, en su propio hogar. No existe justificación para ese crimen.

—Lo sé —admitió Keen—, pero no quiero sorpresas de última hora que conviertan al asesino en una víctima frente al jurado.

—Tienes razón —opinó Ryan con un asentimiento.

—También tendré que retirar la acusación que hice contra James por parricidio.

—Supongo que eso no significa que levantarás todos los cargos contra él —protestó Josh—. El tío está metido en delitos hasta las orejas.

—Por supuesto que no. Continuaré adelante con las acusaciones por simulación de delito y fraude. Estoy segura de que calmó los ánimos de sus clientes con informes falsos. Hablaré con Powers para que le transfiera el caso al departamento de crímenes financieros.

Josh asintió.

—Me parece bien. No sería justo que se fuera de rositas.

—Se puede decir que matasteis dos pájaros de una pedrada. Reconozco que hicisteis un buen trabajo, así que supongo que querréis iros a casa. Podéis ocuparos del papeleo mañana.

Cody negó con la cabeza.

—Eso nos gustaría, pero no podemos hacerlo hasta que el FBI concluya su trabajo.

—¿El FBI?

—Es una larga historia —dijo Josh—. Tendremos que dormir aquí otra noche, así que quizá lo mejor será que adelantemos el papeleo.

Natalie frunció el ceño.

—¿Hay algo que queráis contarme, chicos?

Cody sacudió la cabeza.

—No te preocupes. Son cosas nuestras. Te prometo que a primera hora de mañana tendrás los informes sobre tu escritorio.

—De acuerdo, pero no olvidéis que si necesitáis mi ayuda, estoy a vuestra disposición.

Después de darle las gracias a Natalie, los detectives se acercaron a las máquinas dispensadoras. Se hicieron con un par de bocadillos, y los devoraron en sus mesas de trabajo. Una vez terminada la improvisada cena, decidieron ocuparse del papeleo. Cody se hizo cargo de transcribir la confesión de Gardyner, mientras Josh redactaba los informes que les entregarían a Powers y Keen.

Un par de horas después, Josh puso el punto final al último informe, apartó la mirada de la pantalla y se estiró cuan largo era. Ryan continuaba tecleando, con los cascos en las orejas y la atención puesta en el trabajo. Bradbury imprimió los documentos que acababa de redactar, los firmó, y se quedó mirando a su hermano. Cody tardó algunos segundos en notarlo. Entonces se quitó los cascos y lo desafió.

—¿Qué?

Josh se encogió de hombros.

—Nada, es solo que te ves muy concentrado en el trabajo. No quería interrumpirte.

—Ya lo hiciste. De cualquier forma, acabo de terminar. ¿Y tú? —Bradbury asintió—. ¿Quieres decirme qué diablos te pasa? Me recuerdas a mis hijos cuando quieren pedirme algo y no se atreven.

—Es que estaba pensando…

—¿En serio? Me das miedo cuando piensas.

—Muy gracioso. Pensaba en nosotros, en que no podemos regresar a casa, en que tú no puedes ver a tu familia… Nada de eso es justo.

—Pues te agradezco que te preocupes por mí, pero la seguridad de Eleonora y los niños está por encima de mis ganas de verlos.

—No es eso a lo que me refiero.

—¿Entonces a qué?

—Solo me preguntaba cómo es posible que Spardise consiguiera sustituir a Hartell con tanta facilidad.

—Vamos, Josh. ¿Quién es el ingenuo ahora? Son una mafia que tiene tentáculos a nivel internacional. ¿Creías que solo contaban con un asesino a sueldo?

—A eso me refiero… Hartell entrenó a su nieto y lo convirtió en un asesino al servicio de sus jefes. ¿Y si Benjamín no fue el único discípulo del viejo?

—¿Lo que quieres decir es que Hartell también habría entrenado al Ejecutor?

—¿Por qué no?

Cody se quedó pensativo y luego sacudió la cabeza.

—Tal vez tengas razón o tal vez no, pero en cualquier caso, no nos corresponde a nosotros averiguarlo. Es un asunto del FBI.

—No puedo creer que digas eso, Cody. Ese sujeto pretendió asesinarnos, y por su culpa no puedes reunirte con tu familia. Ha trastocado nuestras vidas, ¿y tú pretendes que no es asunto nuestro?

—Por supuesto que es asunto nuestro, pero la investigación le corresponde al FBI. Ellos cuentan con más recursos que nosotros.

—Cuentan con más recursos, pero ¿crees que le pondrán el mismo empeño? Carpenter y sus colegas ya deben estar camino a sus casas para reunirse con sus familias, mientras que nosotros tenemos que escondernos en esta Estación como conejos asustados, quién sabe por cuánto tiempo. Ya cerramos el caso Rowland. Creo que nos ganamos el derecho de resolver nuestra situación.

—Ahora comprendo a qué se refería mi madre cuando me advertía sobre las malas influencias. ¿Qué sugieres?

—Vamos a suponer que Hartell entrenó a más de un asesino en su granja de Long Island: Benjamín, su propio nieto, y el Ejecutor, quienquiera que fuera.

—Es una opción o quizá Russell Bradbury contrató al Ejecutor en el otro extremo del mundo. ¿Qué importancia puede tener eso?

Josh sacudió la cabeza.

—Conozco bien a mi padre adoptivo, Cody. Tal vez esto te suene extraño, pero es un hombre «familiar». Siempre prefiere trabajar con gente conocida y que considera de confianza. No creo que en este caso fuera diferente.

—Quizá no tuvo otra alternativa. Además, Russell no tuvo mucho margen de maniobra después de la muerte de Hartell, y quién lo sustituyó en la organización tal vez tenga otros puntos de vista.

—Tal vez, pero creo que vale la pena averiguarlo.

—¿Averiguar qué?

—No te hagas el tonto. Averiguar si Hartell entrenó a alguien más que a su nieto.

Cody dejó escapar un suspiro.

—¿Cómo pretendes que lo hagamos? ¿Tengo que recordarte que no tenemos acceso a los expedientes ni autorización para intervenir? ¡Demonios! Ni siquiera tenemos la opción de salir de aquí sin permiso.

—A eso me refiero. Yo no sé tú, pero yo no estoy dispuesto a aceptar con tranquilidad esta situación, mientras espero que los federales muevan pieza. Es cierto que no tenemos acceso al caso, pero contamos con una ventaja.

—¿Cuál?

—Carpenter. Estoy seguro de que ella nos escuchará. Si le cuento mi idea, es posible que pueda indagar algo al respecto.

Cody lo pensó por un momento, y luego se encogió de hombros.

—Supongo que no perdemos nada por probar.

Antes de que su hermano tuviera tiempo de arrepentirse, Josh cogió el móvil y marcó el teléfono de la agente especial del FBI.

Capítulo 54

Carpenter se demoró tanto tiempo en responder, que Josh estuvo a punto de cancelar la llamada. Ya apartaba el móvil de su oreja, cuando escuchó la voz de Judy.

—Detective Bradbury, ¿ocurrió algo?

—No hay ninguna novedad por nuestro lado. ¿Qué me dice del de ustedes?

—Seguimos investigando.

Bradbury llenó sus pulmones de aire, y lo dejó escapar despacio en un largo suspiro.

—Espero que eso no sea todo lo que tiene que decirme.

—Estoy muy ocupada. ¿Su llamada tiene algún objetivo concreto?

A Josh lo habían llamado pesado muchas veces, pero nunca en forma tan sutil. Le explicó su teoría a Carpenter sin más rodeos, y esperó su reacción.

—Es un planteamiento interesante —reconoció la agente especial—. Hartell estaba rodeado por un halo de falsedades, comenzando por el nombre que usaba. Hasta ahora solo existen indicios del entrenamiento de su propio nieto, pero debo reconocer que todavía quedan muchas dudas acerca de él. Haré indagaciones con respecto a su teoría, y me comunicaré con ustedes en cuanto sepa algo.

Con el móvil todavía en la oreja, Josh asintió en dirección a su hermano, quién no perdía ninguno de sus gestos. Cuando terminó la llamada, Josh le repitió a Cody las palabras de Carpenter.

—En ese caso, solo queda esperar —sentenció Ryan, y

consultó su reloj—. Será mejor que tratemos de dormir unas horas. Intuyo que mañana será un día complicado.

A regañadientes, Josh aceptó la propuesta de Cody. Si hubiera sido por él, habría dedicado la noche a investigar a Hartell, sin importar lo que opinara el FBI, pero comprendió que sería inútil tratar de hacer nada a esa hora. Tendría que esperar hasta el día siguiente.

Los detectives se fueron a dormir a las habitaciones destinadas al personal de guardia, y ocuparon la misma litera que el día anterior. Josh no pegó ojo en toda la noche, y por las vueltas que su hermano daba en la cama de abajo, comprendió que Cody tampoco.

Con el caso Rowland resuelto, los pensamientos de Bradbury se centraron en Spardise. La organización criminal marcó sus vidas desde su nacimiento, al punto de que treinta y cinco años después, seguía perjudicándolos. Tenía la sensación de que Spardise asumía que ellos le pertenecían de algún modo, y eso lo desquiciaba.

La noche transcurrió lenta, y demasiado calurosa para ser otoñal. Josh recibió con gratitud los primeros rayos de luz que se filtraron por la ventana. Bajó de la litera con cuidado para no despertar a su hermano. En cuanto puso los pies en el suelo, comprendió que su esfuerzo había sido inútil.

—¿Qué hora es? —le preguntó Cody.

Josh miró su reloj antes de responder.

—Las siete y cinco.

Cody se levantó y estiró los músculos.

—Tú tampoco has dormido, ¿verdad?

Bradbury sacudió la cabeza.

—Creo que no podré dormir hasta que recuperemos una vida normal. Somos más prisioneros que los delincuentes que pasaron la noche en las celdas. Ellos al menos saben qué pueden esperar.

Después de darse una ducha, los detectives se vieron obligados a ponerse la misma ropa del día anterior, lo que solo consiguió empeorar el mal humor de Josh. El café de la máquina del pasillo no fue suficiente para atemperarlo.

Lo primero que hicieron fue entregar los documentos del caso Rowland a Keen, y presentarle un informe a Powers. El jefe les hizo preguntas sobre la investigación, hasta que se sintió satisfecho acerca de que la acusación contra Gardyner estaba bien atada.

Ya era casi mediodía cuando los gemelos regresaron a sus

mesas de trabajo. Antes de que pudieran alcanzarlas, el móvil de Josh comenzó a sonar.

—Es Carpenter —le dijo a su hermano, en cuanto vio la pantalla.

—Detective Bradbury, lo llamo porque tengo novedades.

—Buenos días, agente Carpenter. ¿De qué se trata?

—Tenía razón. Norman Hartell no era un lobo tan solitario como creíamos. Durante los años en que vivió como granjero, Norman contrató a una pareja para que lo ayudaran como aparceros: los Martins. Tenían un hijo.

—¿Qué edad tendría hoy el chico? —preguntó Josh, tensando los hombros.

—Todavía no encontramos el certificado de nacimiento, pero por su registro escolar, tendría la edad aproximada del nieto de Hartell.

—Es él. Es el Ejecutor —sentenció Josh—. ¿Cuál es su nombre?

—Dillon Martins. No debemos apresurar conclusiones, detective. No tenemos ningún indicio de que los Martins fueran otra cosa que empleados de Hartell.

—Usted sabe muy bien que Norman nunca hubiera aceptado a nadie ajeno a Spardise en su propiedad. Estoy seguro de que los Martins formaban parte de la organización, y que pusieron a su hijo a su disposición a cambio de beneficios. ¿Los han localizado?

—Me temo que eso no es posible. La pareja murió en un accidente automovilístico hace diez años, y Dillon está en paradero desconocido desde entonces.

—Ya no le resultaban útiles a Spardise y los quitaron del medio.

—Es muy arriesgado llegar a conclusiones con tan pocas evidencias.

—No llego a conclusiones —se defendió Josh—. Solo planteo hipótesis. ¿Qué pasó con la propiedad?

—El terreno donde se encontraba la granja, ahora pertenece a uno de los barrios más lujosos de Long Island. Hartell la tenía registrada bajo el nombre de Quentin Thomson, su alias. Thomson desapareció hace tres años y la abandonó. Debido al impago de impuestos, la municipalidad embargó las tierras.

—Así que no se necesita una orden para registrar la antigua granja.

—Como supondrá, ya lo hicimos cuando Hartell murió, pero me temo que no encontramos nada. Norman fue muy cuidadoso, y evitó dejar rastros. Todos los documentos que encontramos correspondían a Quentin Thomson. También borró toda evidencia de la existencia de los Martins.

—Entonces, ¿cómo dieron ustedes con ellos?

—Cuando usted me planteó la posibilidad de que Hartell no estuviera solo en la granja con su nieto, decidimos localizar a los que fueron sus vecinos en esa época. Conseguimos identificar a dos personas y los interrogamos con respecto a Hartell.

—¿Qué más les dijeron?

—Norman Hartell era un vecino hosco y poco sociable, como era de esperarse. La comunidad no lo tenía en buena estima. Los chicos crecieron como hermanos, pero tampoco se relacionaban con los demás chavales.

—¿Qué puede decirme sobre Dillon?

—Apenas comenzamos a investigarlo, pero es un fantasma… Desapareció al mismo tiempo que Hartell, y sospechamos que cambió su identidad, al igual que su mentor.

—¡Su mentor! Entonces reconoce que Martins podría ser el Ejecutor.

—Las evidencias apuntan en esa dirección. Sin embargo, todavía no tenemos nada concreto contra él. Seguimos investigando. En cuanto sepa algo más, se lo comunicaré.

Josh le agradeció a Judy por la información y terminó la llamada. Entonces clavó la mirada en su hermano.

—¿Qué? —le preguntó Cody con actitud expectante.

—Tenemos trabajo que hacer.

Capítulo 55

Josh le repitió a su hermano lo que le informó Carpenter, y luego le expuso sus intenciones, Cody sacudió la cabeza.

—No creo que sea una buena idea, Josh. El FBI está a cargo, y nuestra intervención podría echar por tierra sus esfuerzos.

—¿En serio pretendes que dejemos nuestra suerte en manos de los federales?

Cody se irguió y frunció el ceño.

—Son profesionales y cuentan con los mejores recursos, además de que están en capacidad de analizar las evidencias de manera imparcial. Algo que nosotros no podemos hacer.

—¿Tengo que recordarte que hasta que el Ejecutor sea arrestado no podrás ver a tu familia? Tú deberías ser el más interesado en que esto se resuelva.

—¿Y qué crees? ¿Qué no es así? Si los federales solicitaran nuestra colaboración, yo sería el primero en salir a participar, aunque fuera con una diana pintada en el pecho, pero el FBI nos quiere fuera del caso. Cualquier intento de nuestra parte de ir por libre, podría resultar en obstruir su trabajo. Eso es lo que más me preocupa.

—¿Y qué tal si en lugar de dificultar la resolución del caso, nuestra intervención la cataliza? Se nos puede ocurrir alguna idea que a los federales no se les haya pasado por la cabeza. Ya ves que nunca pensaron en la posibilidad de que el Ejecutor hubiera sido un discípulo de Hartell.

Cody se quedó pensando por algunos segundos. Luego sacudió la cabeza.

—No sé cómo te las arreglas para convencerme siempre de ir

contra mi naturaleza y seguirte en tus desvaríos.

Josh dibujó una sonrisa de satisfacción.

—Es porque soy muy listo y planteo buenos argumentos.

—No lo sé. Quizá no es que tú seas muy listo, sino que yo soy muy tonto. Ahora explícame cómo vamos a meter las narices en la investigación del FBI, si no podemos abandonar la Estación sin permiso. Con el caso Rowland cerrado, dudo mucho que consigamos convencer al capitán.

—Powers no tiene por qué enterarse.

—No seas iluso, Josh. El jefe podría salir a buscarnos en cualquier momento, para hacernos una pregunta o para encargarnos una nueva investigación.

Bradbury miró su reloj.

—Déjalo de mi cuenta.

Josh se acercó al colega de un escritorio aledaño.

—Prescott, ¿puedes hacernos un favor?

—Tú dirás, Bradbury.

—Si el jefe pregunta por nosotros, dile que fuimos a almorzar.

—Vale. ¿Algo más?

—Solo eso. Será suficiente.

Prescott asintió y continuó a lo suyo. Cody murmuró entre dientes al oído de su hermano.

—¿Será suficiente? Será suficiente para que nos cuelgue de las orejas.

—Vamos, Cody, no seas agorero. Saldremos con discreción. Powers ni siquiera se enterará de que nos ausentamos.

Los gemelos se encaminaron hacia la salida. Cody volvió a protestar.

—¿Cómo vamos a eludir a los agentes que nos asignaron como escolta?

—De la única forma posible… mintiendo.

Cuando los detectives llegaron a la puerta de la Estación, dos agentes se acercaron a ellos.

—Tenemos órdenes de acompañarlos a donde vayan, señor —argumentó el de mayor edad.

—¿Evelyn no les avisó? —preguntó Josh con su cara más dura.

El agente sacudió la cabeza.

—¿Qué tenía que avisarnos?

—Vamos a ocuparnos de una tarea especial para el capitán, y tenemos que ir solos.

—Pero las órdenes que tenemos…

—Han sido revocadas. Si suben a hablar con Evelyn, ella se los explicará.

Cody y Josh aprovecharon la confusión del agente para salir de la Estación.

—¿Esa es tu idea de una salida discreta de la que Powers no se iba a enterar?

Josh se encogió de hombros.

—Las circunstancias obligaron. Ya lo resolveremos a la vuelta.

—A la vuelta nos encontraremos con una sanción por indisciplina. Eso si no tropezamos primero con el asesino que nos tiene en la mira.

—Vamos, Cody. ¿En serio prefieres quedarte aquí con los brazos cruzados, mientras esperas que alguien se ocupe de resolver nuestra situación?

Ryan frunció el ceño.

—No, pero las reglas…

—Olvídate de las reglas. Se hicieron para romperse. Lo importante ahora es encontrar a Martins y neutralizarlo.

Cody suspiró con resignación.

—De acuerdo, lo haremos a tu modo. De cualquier forma, ya no tenemos alternativa.

Llegaron hasta el automóvil que Powers les asignó para el caso Rowland, y pusieron rumbo a Long Island. Se desató un corto chaparrón mientras recorrían el trayecto, y se demoraron casi dos horas en llegar, a causa de los atascos. La antigua granja de Hartell se encontraba en Island Park. Recorrieron las amplias avenidas con chalés a ambos lados.

—No parece un lugar apropiado para una granja —comentó Bradbury.

—Lo era hace cuarenta años. Supongo que la proliferación de construcciones desvirtuó las ventajas que la propiedad tenía para Hartell.

Josh asintió.

—Dejó de estar aislada, así que ya no le servía. Continúa hacia el sur.

—¿Cuál es la dirección?

—La propiedad que buscamos está en Railroad Place. Está abandonada, así que no debe ser difícil identificarla.

Los detectives continuaron el recorrido en silencio, guiados por el GPS. Identificaron su destino en cuanto lo tuvieron a la vista. En medio de una urbanización de chalés, cada uno más lujoso que el otro, el terreno plagado de malas hierbas y rodeado de una cerca barata, resaltaba como una mancha negra sobre un lienzo blanco.

La pregunta que se hizo Josh acerca de cómo los vecinos de esa calle tan elitista toleraban semejante pegote, quedó respondida en cuanto se acercaron. Un enorme letrero de la municipalidad anunciaba la próxima construcción de un centro deportivo para la comunidad.

—Parece que llegamos a tiempo —comentó Bradbury—. Cuando comiencen a limpiar este lugar, no quedará ni sombra de la granja de Hartell.

Cody mostró su conformidad con un asentimiento, y aparcó a una manzana de la antigua granja, al mismo tiempo que hacía un comentario:

—Supongo que hace cuarenta años, esto estaba bastante aislado.

—Debió ser un buen escondite.

—Ya el FBI barrió este lugar. ¿Qué esperas que encontremos?

—Cualquier pista que nos proporcione información sobre Dillon. Recuerda que cuando el FBI registró la granja, a quién investigaba era a Hartell. Todavía no tenían idea de la existencia de los Martins.

—En ese caso, no perdamos más el tiempo —sentenció Ryan.

Los detectives se apearon del coche y se acercaron al terreno baldío. Una puerta metálica mimetizada con la cerca les dio paso. La municipalidad ni siquiera se molestó en poner un candado. Allí no había nada que proteger. Cuando comenzaron a internarse entre las altas hierbas, Josh pensó que era el lugar ideal para una emboscada. El policía tuvo la sensación de que entraban a una jungla, y se preguntó si podrían volver a salir.

Las nubes bajas y grises amenazaron con descargar su contenido sobre las cabezas de los policías. En la medida en que se adentraban en el terreno, el olor a petricor se hacía más intenso. Avanzaron en silencio, hasta que se encontraron con dos viejas construcciones abandonadas, y separadas entre sí por un patio. A pocos metros de la más pequeña había una caseta, que daba fe de

las precarias condiciones sanitarias en las que vivieron los aparceros de Hartell. Cody y Josh se encaminaron hacia la casa de mayor tamaño y la recorrieron en pocos minutos. Se trataba de una vivienda rústica, cuyo único lujo era disponer de una habitación y un baño.

—Esta debió pertenecer a Hartell —sugirió Cody.

—Debo reconocer que no vivía en la opulencia.

—No creo que ese fuera su objetivo.

—La cabaña del otro lado del patio debió dar albergue a los Martins —opinó Josh.

—En ese caso, debemos empezar por allí.

El móvil de Ryan los interrumpió. Después de comprobar quién llamaba, Cody levantó la mirada hacia su hermano.

—Es de la Estación.

—No respondas. No llegamos hasta aquí para que nos ordenen regresar sin haber conseguido lo que vinimos a averiguar.

Ryan asintió y guardó el móvil sin mucha convicción.

—Vamos, no perdamos el tiempo. Este lugar me pone los pelos de punta.

Josh se mostró conforme con su compañero, y abrió la marcha en dirección a la segunda vivienda. Si la casa de Hartell era cutre, el cuchitril de los Martins se llevaba la palma. En cuanto entraron, los alcanzó el olor a madera podrida. Por instinto, Cody miró hacia el techo. No le hubiera sorprendido que la vieja cabaña se desmoronara de un momento a otro. Solo esperaba que aguantara lo suficiente para no hacerlo sobre sus cabezas.

—Esto no es una cabaña. Ni siquiera tiene cuarto de baño —opinó Cody—. En sus orígenes debió ser el granero.

—Y luego lo reconvirtieron en una vivienda miserable —confirmó Bradbury—. No emplearon mucho esfuerzo en hacerlo habitable.

La cabaña contaba con un solo espacio, separado por cortinas de cuentas, que sin ningún éxito pretendían dar intimidad a dos «habitaciones». La única iluminación provenía de un ventanuco junto al techo. No les alcanzaba la luz del sol a pleno día. Era una «casa» húmeda, oscura y sin ventilación, que no reunía las condiciones mínimas para ser habitable.

—Si el Ejecutor creció aquí, no me sorprende que terminara siendo un asesino profesional —comentó Josh.

—En especial si estuvo bajo el tutelaje de Hartell. ¿Qué

diablos buscamos en este agujero?

—Cualquier pista que nos ayude a encontrar a Dillon Martins.

—Si existe algo parecido, estoy seguro de que ya se lo llevó el propio Martins. Aquí no hay espacio para esconder nada.

Josh frunció el ceño.

—Supongo que no te darás por vencido antes de empezar.

Ryan dejó escapar un suspiro.

—Muy bien, ya estamos aquí y pagaremos un precio alto por ello. Revisemos este zulo y terminemos con este asunto. No puedo imaginar un mejor lugar para una emboscada.

Josh se mostró conforme, y pusieron manos a la obra. Tuvieron que emplear sus linternas, pues la escasa luz que llegaba del exterior no les alcanzaba para ver lo que estaban haciendo, y la electricidad dejó de ser una opción muchos años atrás.

Buscaron en los pocos armarios, movieron muebles y vaciaron cajones, sin encontrar nada. Ya estaban a punto de decidir que habían perdido el tiempo, cuando Josh dejó escapar un grito.

—¡Aquí hay algo!

Cody se volvió hacia su hermano, y vio que sostenía un colchón delgado y sucio.

—¿Qué encontraste?

—Aquí adentro hay algo. Puedo palparlo… parece una carta, una nota o algo así.

Bradbury sacó una navaja y rasgó la tela del colchón, mientras su hermano lo ayudaba a sujetarlo y lo alumbraba con la linterna. Después de hurgar en el relleno, el detective rescató lo que había encontrado. A la luz de la linterna, ambos pudieron ver una fotografía. Bradbury tiró el colchón al suelo, mientras su hermano alumbraba la instantánea, revelando la estampa de una pareja y un niño. Los gemelos intercambiaron una mirada, y las manos de Josh comenzaron a temblar.

Capítulo 56

El chasquido de la corredera de una pistola atrajo la atención de los detectives. Una sombra se dibujó en la oscuridad, y la voz que salió de ella era profunda y pausada.

—Será mejor que dejéis las linternas en el suelo. También las armas. Despacio… no intentéis nada.

Los policías obedecieron. Aunque no podían ver el rostro del asesino, ambos eran capaces de adivinarlo, y también sabían que estaba armado.

—Nos seguiste —afirmó Cody.

—Solo esperé mi oportunidad, y vosotros me la propiciasteis. Creo que esa fotografía me pertenece. Os agradecería que me la devolvierais.

—Sabes quiénes somos.

—Por supuesto.

Josh le entregó la codiciada foto.

—Ya nos has visto con anterioridad —insistió Josh.

—Si lo que preguntas es si sabía que somos trillizos, lo tengo claro desde hace mucho tiempo. Me lo informaron cuando me encargaron la misión de eliminaros.

—¿Y recibir la orden de asesinar a tus propios hermanos no representó un problema para ti? —preguntó Josh, con incredulidad.

El Ejecutor se encogió de hombros.

—¿Por qué iba a representar un problema? Tal vez compartamos genes, pero para mí sois desconocidos. Pasé mi prueba de fuego cuando me ocupé de los Martins. A ellos sí los conocía bien. Aunque en realidad, no fue tan difícil. Para mí fueron más carceleros que padres.

—¿Qué hicieron contigo, Dillon? ¿En qué te convirtieron? —preguntó Cody, más conmovido que asustado.

—Esta charla ya dura demasiado. Solo cumplo órdenes, así que terminemos de una vez.

El asesino avanzó un paso y lo alcanzó la luz del ventanuco. Dejó de ser una sombra anónima, y los detectives pudieron ver su propio rostro reflejado en el de su hermano perdido, y mal hallado.

Martins apuntó al pecho de Cody, y se preparó para ejecutarlo. Josh se interpuso.

—¡No dispares, Dillon! Cody tiene familia y además es tu hermano. No tienes que obedecer una orden tan cruel. Entrégate y haremos lo posible para interceder por ti ante el juez. Eres una víctima más de Spardise. Ellos te modelaron desde que naciste para convertirte en una máquina de matar a sangre fría. No es tu culpa. Déjanos ayudarte.

—¿Entregarme? No seas estúpido. Tengo una misión que cumplir. De cualquier forma, la orden es acabar con los dos —Martins encogió un hombro—. Si quieres morir primero, por mí está bien.

—¿No lo comprendes? —insistió Bradbury, con desesperación— Spardise es el enemigo. Ellos asesinaron a Haylie, a nuestra verdadera madre, para apoderarse de nosotros y usarnos en su beneficio. No sigas sus órdenes. Baja el arma y te ayudaremos.

Dillon meditó las palabras de su hermano por algunos segundos.

—¿Cuál eres tú?

—Soy Josh.

Martins hizo una mueca, sin dejar de apuntarle.

—Es gracioso que seas tú, un Bradbury, quién apela a la familiaridad para convencerme.

—No escogí a los Bradbury como mis padres adoptivos. Repudio a Russell, y ni siquiera he querido responder a las llamadas insistentes de mi madre. Yo fui capaz de romper mis lazos con mi familia adoptiva, y con cualquiera que se relacione con Spardise. Tú puedes hacer lo mismo.

—Eso explica muchas cosas —sentenció Dillon, sin precisar a qué se refería. Estiró el brazo para apuntar mejor al corazón de Bradbury.

—No te esfuerces, Josh —le pidió Cody—. Martins está perdido. Y apártate. Lo único que conseguirás al tratar de

protegerme, es que nos mate a los dos con una sola bala.

—Yo que tú, escucharía a tu hermano —se burló Dillon.

—No me moveré. Si vas a disparar, hazlo. Dejaremos de ser un incordio para Spardise, y tú habrás acabado con tu única oportunidad de salir del foso séptico en el que te hundieron Hartell y los Martins.

Dillon parpadeó, y la indecisión cruzó su rostro por décimas de segundo. Tan solo transcurrieron instantes, antes de que se escuchara el disparo.

Capítulo 57

El olor a pólvora inundó la pequeña cabaña. Josh se tocó el pecho. No le dolía nada, pero no comprendía cómo podía seguir vivo y de pie. Era imposible que Dillon hubiera fallado a esa distancia. ¡Dillon! Su trillizo yacía en el suelo, y un manantial de sangre brotaba de su espalda y su pecho. Bradbury parpadeó, en un esfuerzo por comprender lo que había ocurrido.

Desde la oscuridad se aproximó una figura corpulenta, que solo pudo identificar cuando la alcanzó la luz del ventanuco. Lo primero que vio fue la cabeza, calva como una rodilla, y de inmediato supo que él y Cody estaban en problemas. ¿Cody? Josh se volvió. Su hermano permanecía de pie a su espalda, pálido como un fantasma, y con el desconcierto pintado en el rostro. Josh supuso que él mismo debía tener una expresión parecida. A la figura que se aproximaba se le sumaron dos más, que se movieron con precaución y siguiendo un protocolo. En pocos segundos, la pequeña cabaña se llenó de policías.

En la medida en que Powers se acercaba a ellos con el ceño fruncido y su arma en la mano todavía humeante, la realidad cayó sobre Josh como un jarro de agua helada. Dillon era su hermano. El trillizo que tanto habían buscado yacía a sus pies, malherido o muerto. Josh se puso en cuclillas junto a él, y buscó su pulso. Todavía latía… débil, pero presente. La desesperación se apoderó del detective. Desesperación, porque todavía había un hilo de esperanza, pero se alejaba con cada latido.

—¡Está vivo! ¡Llamen a una ambulancia!

Josh se quitó la chaqueta y la colocó bajo la cabeza de Martins, cuyo rostro perdía color por momentos. Entonces presionó

la herida, en un intento infructuoso de detener la hemorragia. Escuchó la voz de Powers lejana, como si le llegara a través de un elemento más denso que el aire. Su jefe les ordenó a los agentes que montaran guardia afuera, y pidió una ambulancia, mientras él se esforzaba en mantener con vida a su hermano.

Los ojos de Josh se llenaron de lágrimas, y lo arroparon la desesperación y la impotencia.

—Dillon, aguanta, hermano. Ya viene la ambulancia —murmuró con voz entrecortada.

Martins entreabrió los ojos y clavó la mirada en el rostro de Josh. Movió los labios en un intento de hablar, pero estaba demasiado débil por la pérdida de sangre. Josh acercó su oído a los labios del herido, y escuchó lo que tenía que decir.

—Tal vez hubiera valido la pena conocerte… Me alegro de no haber terminado mi tarea.

Y eso fue todo. Dillon perdió la consciencia, su pulso se apagó, y la sangre dejó de brotar a mares. Josh abrazó a su hermano y se permitió llorar su pérdida. Comprendió que la vida de su trillizo quedó marcada en el momento en que lo escogieron como pupilo de Hartell. Spardise arrancó todo vestigio de humanidad del tercer hijo de Haylie, para convertirlo en una máquina asesina a su servicio. Bradbury sabía que él y Cody pudieron haber corrido la misma suerte.

Josh lloró a mares por Dillon, por la oportunidad que su hermano nunca tuvo. Escuchó a Powers dando órdenes a los agentes que lo acompañaban, para que se aseguraran de que Martins había llegado solo.

A Josh no le importaba lo que ocurría a su alrededor. Toda su atención estaba centrada en su trillizo y en su pérdida. Sintió la presión de una mano sobre su hombro, y al volverse vio a Cody.

—Déjalo ir, Josh. Ya no podemos hacer nada por él. Dillon se perdió hace muchos años.

Bradbury asintió, miró con turbación sus manos ensangrentadas y se apartó del cuerpo con lentitud. Ryan le dio un pañuelo, con el que Bradbury se quitó la sangre de las manos. Luego usó la manga de su camisa para limpiarse las lágrimas. Antes de recomponerse, abrazó a Cody, y se aferró a él como si temiera que fuera a desaparecer.

Ryan lo consoló, y pocos minutos después, Josh recuperó su presencia de ánimo. La sirena de la ambulancia les alertó de que se

encontraba cerca. Bradbury regresó a la realidad. Entonces reparó en la mirada preocupada y el ceño fruncido de su jefe.

—¿Te encuentras mejor, Bradbury?

—Sí, señor… Lo siento… Es que…

—Lo comprendo.

—Gracias, capitán.

—Martins ya no necesita una ambulancia —reconoció Powers—, pero vosotros, sí. Que os examinen.

—Estamos bien, señor —protestó Josh.

—Es una orden, Bradbury. No quiero sorpresas desagradables.

Josh bajó la cabeza en señal de sumisión.

—Esto le traerá problemas, señor —señaló Ryan.

Powers asintió.

—Lo sé. Se abrirá una investigación, pero vosotros y los agentes que llegaron conmigo sois testigos de que no había otra forma de evitar que Martins os asesinara.

—Es cierto. Su intervención nos salvó la vida, señor —reconoció Cody—. ¿Cómo supo…?

—Tenéis más suerte de la que merecéis. Cuando los agentes que os asigné como escolta comprendieron que les habíais dado esquinazo, lo reportaron. Entonces comencé a preguntar, y Prescott me informó lo que le dijisteis. Por supuesto que no me lo creí. No ibais a desobedecer una orden para largaros a almorzar. Ni siquiera vosotros sois tan imbéciles. Se me ocurrió que vuestra indisciplina tenía que ver con el caso del FBI, en el que ya os habíais entrometido…

—No se trató de indisciplina, señor. Es solo que…

—¡No me interrumpas, Bradbury! Sé lo que es. Como venía diciendo, comprendí que cerrado el caso Rowland, de nuevo estabais metiendo las narices en los asuntos del FBI. De modo que llamé a la agente Carpenter…

—Pero ella no sabía que veníamos a investigar —volvió a interrumpirlo Josh—. No se lo dijimos a nadie.

—Lo cual fue una estupidez más por vuestra parte. No te olvides que yo también soy policía. ¿O crees que llegué a capitán por obra y gracia de mi hada madrina? ¡Y como me vuelvas a interrumpir, voy a pedir que te trasladen a Alaska hasta el próximo verano! A ver si se te enfrían las ideas.

Bradbury se mordió los labios y bajó la cabeza. Powers era

muy capaz de cumplir su amenaza.

—Continúe, señor —lo animó Cody, al mismo tiempo que lanzaba una mirada de advertencia a su hermano.

—Pues como os venía diciendo, Carpenter me contó vuestra última conversación, y que os habíais interesado en Hartell y esta granja. Me di cuenta de que os estabais metiendo en la boca del lobo, así que organicé un operativo para venir a buscaros. Parece que llegué a tiempo.

—Muy a tiempo, señor —reconoció Cody—. Martins estaba decidido a meternos una bala en el cuerpo.

—Supongo que este es el hermano que buscabais.

Cody asintió, y puso a Powers al día acerca de todos los detalles que todavía no conocía con respecto a Spardise. El capitán escuchó con atención y estupor.

—Comprendo la situación, y quizá en vuestro lugar yo hubiera hecho lo mismo, pero no puedo ignorar una conducta contraria a la disciplina. Sería un mal ejemplo que pagaría caro después. Me temo que tendré que sancionaros.

Cody llenó sus pulmones de aire y asintió.

—Puedo vivir con eso. Sé que hablo por los dos si le digo que lo comprendemos, capitán. Y también aceptaremos el castigo que decida aplicarnos.

Powers decidió que debían salir para no alterar la escena del crimen. Cuando llegaron a la puerta, uno de los agentes les avisó que la ambulancia ya había llegado.

—Vamos —ordenó Powers—. Me quedaré más tranquilo cuando me asegure de que estáis bien.

Capítulo 58

Powers tuvo que imponerse para que Josh permitiera que uno de los sanitarios lo examinara. Cody se sometió sin protestar.

—No están heridos —anunció el jefe de los paramédicos—, pero nos gustaría que nos acompañaran al hospital. Acaban de pasar por una experiencia muy traumática, y todavía se encuentran en estado de choque.

Josh quiso protestar, pero no tuvo la oportunidad. El siseo de las altas hierbas que los rodeaban alertó a los policías, que en un acto reflejo sacaron sus armas. Los sanitarios palidecieron y retrocedieron un par de pasos. En pocos minutos, el patio quedó rodeado por hombres armados, ataviados con trajes oscuros. Al frente iba la agente especial Carpenter.

—¿Pueden explicarme qué demonios hacen aquí?

Josh frunció el ceño y respondió con firmeza.

—Tratábamos de evitar convertirnos en blanco de Spardise.

—¿Y pretendían lograrlo metiéndose solos en la boca del lobo? Tienen ustedes una lógica muy extraña. Además, creí que había quedado claro que no volverían a intervenir en nuestro caso. ¿Por qué tiene sangre en las manos, detective?

Josh iba a responder, pero Cody se le adelantó. En pocas palabras, le contó a Carpenter todo lo que ocurrió después de que hablaron con ella por teléfono.

—¿Dillon Martins era su trillizo? —preguntó la agente especial con un tartamudeo—, pero…

—Es evidente que mi padre me mintió —sentenció Josh—. No sé quién sería Henry Eaton, pero le aseguro que no tenía nada que ver con Haylie ni con nosotros.

La agente quedó desconcertada por algunos momentos, pero se recuperó de inmediato.

—De acuerdo, las declaraciones de Russell nos desviaron del camino correcto, pero eso no justifica que ustedes intervinieran, cuando tenían prohibición expresa de hacerlo.

—Gracias a nosotros, ya no tienen que preocuparse del Ejecutor —la desafió Josh.

Judy rechinó los dientes.

—Gracias a ustedes, Dillon Martins está muerto. Lo queríamos vivo, detective. Le hubiéramos ofrecido un acuerdo si delataba a sus jefes. ¿Tengo que recordarle que Spardise sigue en pie?

Josh acusó el golpe. Carpenter tenía razón: si él no hubiera insistido en entrometerse, tal vez el FBI habría capturado vivo a Dillon, y quizá su hermano hubiera tenido una oportunidad. Cody debió comprender lo que pasaba por la cabeza de su compañero, porque intervino para contradecir a la agente federal.

—Martins también pudo haberse salido con la suya y luego desaparecer, con lo cual, nosotros habríamos terminado muertos, y el FBI con las manos vacías. Tiene que reconocer que en esta ocasión, la Agencia se quedó a la zaga.

—Será mejor que no repita eso, detective. Mis jefes ya están bastante cabreados con ustedes.

Esta vez fue Powers quién salió en defensa de sus hombres.

—Cabreados o no, tienen que reconocer que la intervención de Ryan y Bradbury fue la que les permitió avanzar en un caso que estaba estancado.

—No esperaba que usted los respaldara en su indisciplina, capitán.

Powers llenó sus pulmones de aire.

—Respaldaré a mis hombres en cualquier circunstancia, agente Carpenter. Otro asunto diferente es que ignore su falta. Le aseguro que recibirán una sanción disciplinaria, pero seré yo quien la determine.

—Después de lo que ocurrió aquí, es muy probable que mis jefes presenten cargos contra ellos.

Josh frunció el ceño y agitó la mano.

—¡Hey! Estamos aquí. ¿Podrían hablar con nosotros y no de nosotros?

—¡Cállate, Bradbury! Ya la has liado bastante —el tono de

Powers tuvo la suficiente autoridad para conseguir su objetivo—. Con respecto a este asunto, agente Carpenter. Estoy seguro de que podré llegar a un acuerdo con sus jefes.

—¿Necesito recordarle que hubo un tiroteo, y falleció una persona?

—Esta persona apuntaba al pecho de dos policías, y estaba a punto de halar el gatillo. No había muchas alternativas.

Judy se quedó pensativa por algunos momentos, y buscó con la mirada a su colega más cercano. Su compañero se limitó a encogerse de hombros.

—Muy bien, capitán. Hablaré con mis superiores para tratar de salvarles el pellejo a sus detectives, pero estoy segura de que necesitaré su respaldo.

—Cuente conmigo.

—Usted también enfrentará problemas serios.

—Actué en defensa de la vida de mis hombres. Saldré adelante.

—Si quieren tener una oportunidad, será mejor que abandonen la escena del crimen. Nosotros nos ocuparemos a partir de ahora.

Josh frunció el ceño.

—Pero…

—¡Cállate, Bradbury! Será como usted dice, agente Carpenter. Este caso les pertenece desde el principio.

—Gracias, capitán. Nuestros técnicos se harán cargo.

Los policías regresaron a la Estación. Powers decidió que Ryan y Bradbury no estaban en condiciones de ocuparse del papeleo, así que le asignó la tarea a uno de los agentes que lo acompañó a la cabaña.

En cuanto llegaron, el capitán condujo a los detectives a su oficina. Ambos comprendieron que nada los salvaría de la bronca.

—A ver, par de calamidades. No solo desobedecisteis una orden directa mía, sino que además desafiasteis al FBI, que os prohibió intervenir en su investigación.

Josh no se contuvo:

—¿Y qué esperaba, capitán? No podíamos quedarnos de brazos cruzados, mientras un asesino profesional iba a por nosotros.

—¡Ese asesino tenía a todo el FBI detrás de él!

—¿Y qué? Llevan meses investigando a Spardise, sin ningún resultado concreto.

—Vosotros mismos me dijisteis que Spardise funciona desde hace más de treinta y cinco años, y tiene tentáculos por todas partes. No podíais pretender que el FBI desmantelara la red en un par de semanas.

—¡Y usted no podía pretender que nosotros permaneciéramos encerrados en esta Estación, hasta que los federales resolvieran el caso!

El jefe Powers frunció el ceño y respondió en tono de advertencia.

—Bradbury… cada vez veo con mejores ojos ese traslado a Alaska. ¿Qué demonios voy a hacer con vosotros? Sois mis mejores detectives, pero al mismo tiempo, los que más quebraderos de cabeza me ocasionan.

—¿Cómo dijo, jefe? —saltó Josh.

—Que son los que me causan más dolores de cabeza…

—Eso no, lo otro —una sonrisa de complicidad se dibujó en el rostro de Josh—. ¿Admite que somos sus mejores detectives?

Powers miró a un lado y otro, como si buscara una salida a su metedura de pata.

—¡Maldición! Sí, tengo que reconocer que hacéis un equipo extraordinario. Aunque tu influencia ha sido muy negativa para Ryan.

Cody y Josh fruncieron el ceño a la vez.

—Entonces…

—¡Cállate de una vez, Bradbury! No os hice venir a mi oficina para felicitaros, sino todo lo contrario. Desobedecisteis una orden directa, mentisteis a vuestros compañeros y desafiasteis mi autoridad. Ambos quedaréis suspendidos de empleo y sueldo por una semana —Los gemelos enarcaron las cejas. Josh esperaba una sanción más severa, y estaba seguro de que Cody también—. ¡Y ahora largaros de aquí! Quiero perderos de vista cuanto antes.

Cuando los detectives abandonaron la oficina del jefe, Josh experimentó una extraña sensación de vacío. Si bien se quitaron de encima la amenaza del asesino, Spardise seguía en pie, y nada impedía que enviaran a alguien más a terminar el trabajo inconcluso. Además, su esperanza de reunirse con su trillizo quedó truncada de la peor forma posible. Él y Cody recogieron sus mesas de trabajo y se encaminaron a la salida.

Mientras esperaban un taxi que los llevara a casa, Cody fijó la mirada en su hermano, y se mordió los labios antes de comenzar

a hablar:

—Tengo algo importante que decirte, Josh…

—¿Qué ocurre? —preguntó Bradbury, alarmado.

—Cuando Dillon me apuntó, tú te interpusiste… Estabas dispuesto a sacrificarte por mí.

Josh se encogió de hombros.

—Nos iba a matar a los dos. Actué por instinto… Tú tienes familia, Cody. Solo pensé en Eleonora y los niños.

—La razón no importa. Te arriesgaste a morir para salvarme… Y no fue la primera vez. Nadie había hecho algo así por mí.

—Para eso somos hermanos, ¿no?

Cody asintió.

—Es adónde quiero llegar… Me alegra haberte encontrado, hermano.

Ocurrió en forma espontánea. Sin haberlo previsto, ambos gemelos se fundieron en un abrazo. A partir de ese instante, Josh comprendió que sin importar lo que ocurriera, nunca volvería a estar solo.

Epílogo.

Al finalizar la semana de sanción, Ryan y Bradbury regresaron al trabajo. Durante ese tiempo, Keen se ocupó de poner los puntos finales al caso Rowland. El departamento de crímenes financieros encontró evidencia de que James mantenía a sus clientes tranquilos con informes falsos que reflejaban ganancias inexistentes, así que lo procesaron por estafa. Cuando se vio perdido, se declaró culpable, y tan solo esperaba la sentencia. La fiscal estaba segura de que le darían al menos dos años y tendría que indemnizar a las personas que engañó. Eso iba a representar casi toda su herencia.

El juez le negó la fianza a Gardyner debido a su intento de fuga, así que esperaba el juicio en prisión preventiva. Su abogado apostaba por la estrategia de declararlo inocente porque no era dueño de sus actos, bajo el argumento de que cometió los asesinatos como consecuencia de los sufrimientos que padeció durante su infancia. La fiscal estaba segura de que el esfuerzo del defensor no prosperaría. Los crímenes se cometieron a sangre fría, fueron planificados y las víctimas eran sustitutos de los verdaderos objetivos. Natalie tenía la certeza de que la fiscalía conseguiría de veinticinco años a perpetua para Stefan Gardyner.

Powers no se conformó con suspender a sus detectives durante una semana. A su regreso, les asignó todas las tareas administrativas pendientes del departamento. Los gemelos terminaron sepultados en papeles. Josh se preguntó si no hubiera sido mejor que lo hubieran enviado a Alaska.

Pocos días después de su regreso, Bradbury estaba centrado en su ordenador, más aburrido que una garrapata en un peluche, cuando su hermano llamó su atención con un siseo. Josh respondió

al gesto de Cody para que mirara hacia la puerta, cogió aire, y lo retuvo cuando descubrió qué era lo que su compañero le estaba señalando.

Carpenter se acercó con paso firme. La seriedad de su rostro convenció a Bradbury de que traía noticias. Y por el ceño fruncido, no eran buenas. Después de los saludos de cortesía pertinentes, entraron en materia.

—Antes que nada, quiero disculparme por mi reacción en la granja de Hartell. Reconozco que fui muy cruel con usted, detective Bradbury.

—Olvídelo. Todos estábamos muy alterados ese día. Y usted tenía buenas razones para enfadarse con nosotros.

—Me alegra que lo comprenda.

—Es evidente que Russell me mintió para desviar nuestra atención de Dillon, pero ¿averiguaron quién era Henry Eaton y qué relación tenía con Spardise.

Judy asintió.

—Solo fue una víctima más de la organización. Él y su hermano nacieron en la clínica clandestina dos días después del parto de Haylie. No tenía ninguna relación con ustedes. Russell se aprovechó de su muerte en un accidente para confundirnos. Y me temo que lo consiguió.

—Gracias por venir, agente Carpenter —dijo Josh.

Cody no había dejado de observar el rostro de la agente especial, hasta que decidió romper el silencio.

—No vino hasta aquí para disculparse, ¿verdad?

Judy sacudió la cabeza.

—Traigo noticias. Algunas son buenas y otras no.

—Necesitamos una alegría en nuestras vidas —dijo Josh—. Comience por las buenas.

—Martins era un elemento clave dentro de la organización, así que mantenía contacto directo con la cabeza de Spardise. Solo recibía órdenes del jefe máximo. Su móvil nos proporcionó nombres interesantes. Nos movimos deprisa, antes de que se hiciera oficial la noticia de su muerte. De ese modo pudimos sorprenderlos.

—¿Quiere decir que desmantelaron Spardise? —preguntó Cody, con incredulidad.

—Esta vez, sí. Tenemos la certeza de que cayó la cúspide de la pirámide. La organización quedó decapitada. Arrestamos a los jefes y sus miembros huyen en desbandada.

—¡Eso es excelente! —exclamó Josh—. Habló de una mala noticia. ¿Se les escapó alguien?

Judy sacudió la cabeza.

—No, todos cayeron.

—¿Entonces…?

—Me temo que es una mala noticia para usted, detective Bradbury… La persona que daba las órdenes en Spardise era su madre adoptiva.

—¡¿Mi madre?! —chilló Josh. Todos a su alrededor se volvieron a verlo.

—Eso me temo. El verdadero fundador de la organización fue su abuelo, Bertrand Mills…

—Murió cuando yo tenía dos años… Casi no lo conocí, pero recuerdo que mi madre lo idolatraba y lo mencionaba con mucha frecuencia.

—Bertrand era el jefe de Spardise y Russell su lugarteniente. Así fue durante los primeros años. A la muerte de Mills, el testigo pasó a Jeanne, quién siempre mantuvo un control férreo sobre la organización. Ella era el verdadero poder y quién tenía los contactos heredados de su padre. Russell Bradbury era una marioneta en sus manos.

Josh parpadeó, mientras se esforzaba en asimilar las noticias.

—¿La arrestaron?

—Está bajo custodia del FBI desde hace una semana.

—Eso explica que no volviera a intentar comunicarse conmigo.

—¿Era ella quién te llamaba con tanta insistencia? —preguntó Cody.

Josh asintió.

—Creí que quería hacer las paces conmigo y quizá darme alguna explicación, pero yo no estaba preparado todavía para hablar sobre el tema.

Carpenter sacudió la cabeza.

—Lo que en realidad buscaba era organizar una emboscada para facilitarle el trabajo a Martins. Me temo que usted se convirtió en un incordio para su madre adoptiva, detective. Y ella no dudó en quitarlo del medio.

Josh y Cody enarcaron las cejas al mismo tiempo.

—¿Me está diciendo que mi madre quería matarme?

—Es duro, pero estoy segura de que no es el primer caso de

homicidio intrafamiliar con el que se encuentran. Jeanne Mills es incapaz de sentir afecto por nadie. Solo se preocupa de sí misma.

Josh sintió que la tierra se abría bajo sus pies. Desde que descubrió su adopción irregular, tuvo claro que sus padres adoptivos lo habían comprado, y que él solo había sido un trofeo para Jeanne Bradbury, pero de ahí a que fuera capaz de ordenar que lo asesinaran, había un abismo. Su mirada se encontró con la de Cody.

—Sabes que puedes contar conmigo, ¿verdad? Eleonora, los chicos y yo, somos tu familia.

Tal vez por primera vez en su vida, a Josh le quedó todo claro.

Nota de autor: Querido lector, espero que hayas disfrutado el libro. Si te gustó la historia y quieres hacerme alguna pregunta o comentario, así como recibir información acerca de nuevas publicaciones y promociones, puedes seguirme en Goodreads. También puedes contactarme en la siguiente dirección: m.j.fernandezhse@gmail.com. O bien unirte a mi canal en Telegram: @MJ_Fernandez. Me complacerá mucho responder a cualquier inquietud que quieras plantearme. Gracias.

M.J. Fernández

RYAN Y BRADBURY

Cuando Josh Bradbury, detective de la Policía de Florida, pide traslado a Nueva York con la finalidad de indagar acerca de sus orígenes, no imagina el remolino en el que está a punto de sumergirse. Los acontecimientos lo arrastrarán a él y su compañero a través de un laberinto de intrigas y traiciones, al mismo tiempo que deben investigar los crímenes más desconcertantes de sus carreras.

EL DEMONIO DE BROOKLYN (Ryan y Bradbury 01)

Josh Bradbury, detective en el Estado de Florida, atraviesa por una crisis cuando por coincidencia descubre una verdad desconcertante que lo afecta en forma directa. Solicita traslado a Nueva York, donde se encuentra con la mayor sorpresa de su vida. Además, el mismo día de su llegada descubren el cuerpo de una joven que ha sido violada y asesinada en un parque. Es el primero de una serie de homicidios que sembrarán el miedo en la ciudad. La relación entre las víctimas es desconocida, salvo que se trata de mujeres jóvenes violadas y asesinadas por asfixia y que todas han sido encontradas en parques de Nueva York. Josh se ocupa del caso junto con Cody Ryan, un respetado detective de Brooklyn. Al mismo tiempo, debe convencer a su compañero de investigar un suceso acaecido mucho tiempo atrás que les concierne a ambos, mientras un poderoso criminal pone precio a sus cabezas. Una historia que mantiene la intriga desde el principio, aumentando según se acerca a un desenlace inesperado.

El ALIENTO DEL CUERVO

El pasado todavía acecha…

Ryan y Bradbury deberán resolver el asesinato a sangre fría de una pareja de ancianos en su propia casa. Lo que parecía una

investigación rutinaria, se convierte en un desafío para los detectives. Si quieren encontrar al asesino, tendrán que desenmarañar un entramado de intereses, mentiras y falsas apariencias. Pero ese no será su único desafío: la poderosa organización criminal que asesinó a su madre biológica sigue activa, y su tercer hermano continúa desaparecido. Si quieren encontrarlo y reparar las heridas del pasado, Cody y Josh deberán desafiar a quiénes condicionaron sus vidas, aunque saben que sus enemigos están dispuestos a lo que sea necesario para impedir sus indagaciones. Incluso al homicidio de dos policías entrometidos. Los detectives gemelos también tendrán que hacer frente al FBI y a sus propios jefes, que no verán con buenos ojos su interferencia en un caso federal. Los riesgos son muy elevados, pero evadirlos no es una opción…

Books In This Series

SERIE DEL INSPECTOR SALAZAR

Rodeado por los fértiles viñedos de la Rioja Alta, el extravagante y poco convencional inspector Salazar se ocupa de investigar los crímenes que turban la paz de la ciudad de Haro con la colaboración del equipo de detectives de la comisaría de San Miguel, al mismo tiempo que afronta las vicisitudes de su compleja vida personal, y supera su eterna soledad con la compañía de la pequeña felina que lo adoptó como su humano.

NO ES LO QUE PARECE: Un caso del inspector Salazar.

El peculiar inspector Salazar y su nueva compañera reciben una llamada rutinaria. Juan José Belmonte, quien fuera el candidato con más opciones para ganar la alcaldía de Haro, se disponía a dar su discurso de campaña cuando cayó muerto en medio de sus colaboradores y rodeado de la multitud. Todo indica que se trata de una muerte natural, pero el levantamiento del cadáver exige la presencia de las autoridades, y los acontecimientos dan un giro inesperado…
El simple trámite se convierte en una investigación criminal cuando Salazar descubre que el caso que tienen entre manos no es lo que parece. Belmonte murió asesinado, y detrás de ese homicidio existe una complicada red de delitos que deben resolver... pero pronto descubren que no es una tarea sencilla, pues los involucrados en ese entramado están dispuestos a matar para protegerse. Nadie estará a salvo, ni siquiera los policías que se ocupan de descubrir la verdad...

Juego mortal. (Inspector Salazar 02)

«La sirena de la ambulancia rompió el silencio de la noche de Haro,

mientras las luces de emergencia destellaban en la oscuridad. Dentro del área de tratamiento, un médico y un enfermero se afanaban en detener la hemorragia del paciente que yacía sobre la camilla. Sofía se esforzaba en contener las lágrimas, mientras contemplaba el rostro cada vez más pálido de Salazar. El gotero, puesto a chorro, alimentaba las venas del herido, en un intento de mantenerlo con vida…»
Durante la celebración de la Semana Santa en Haro, lo que en un principio parecía un hecho puntual, el suicidio de un adolescente, se convierte en una pesadilla para el inspector jefe Salazar y sus compañeros, cuando comienza a suceder repetidamente entre jóvenes que no mostraban ningún indicio que hiciera sospechar esa tendencia. Mientras Salazar se concentra en hallar la respuesta para que no sigan muriendo chicos inocentes, la subinspectora Garay se embarca en una investigación para detener a un asesino profesional que ha jurado que Néstor Salazar será su próxima víctima.

Aquí hay gato encerrado. (Inspector Salazar 03)

La comisaría de «San Miguel» concentra sus esfuerzos en la investigación del secuestro de un niño en Haro, mientras el inspector Salazar se encuentra en una asignación especial. Cuando el desarrollo de los acontecimientos culmina en un desenlace y uno de los secuestradores aparece muerto con una nota suicida atribuyéndose la culpa, el comisario Ortiz comienza a recibir presiones para que cierre el caso. Ante su negativa él mismo resulta extorsionado y se ve obligado a llamar a Néstor para pedirle ayuda. Salazar abandona la asignación para ayudar a su hermano, pese a las consecuencias que puede acarrearle tal decisión y se avoca a una investigación contra el tiempo que no admite fracaso porque está en juego la vida de alguien muy importante para él…

GATO POR LIEBRE. (Inspector Salazar 04)

Mientras Haro se prepara para las fiestas navideñas, una llamada rutinaria se convierte en un caso de dimensiones insospechadas que pone a prueba la astucia del inspector jefe y la eficiencia de sus compañeros de la comisaría de "San Miguel". La puesta en escena de un triple homicidio para que parezca un accidente dispara todas las alarmas, iniciando un despliegue de actividad por parte de todo el

equipo. Deben resolverlo deprisa, porque de ello depende la salvación de muchos inocentes. Al mismo tiempo, la vida personal de Salazar se ve sacudida por un acontecimiento inesperado que le imprime un giro desconcertante. Nada volverá a ser lo mismo.
Vuelven el inspector Salazar y sus compañeros en un relato de suspense e intriga que no dejará indiferente a ningún lector, con nuevos personajes, anécdotas y situaciones que ponen en aprietos al entrañable inspector. La historia además de intriga proporcionará emociones a quien acompañe a los personajes a las calles de la ciudad, para compartir esta nueva aventura policíaca.

LO QUE EL GATO SE LLEVÓ. (Inspector Salazar 05)

El inexplicable asesinato de una anciana enfrenta a Salazar a una situación difícil cuando su mejor amigo es acusado y detenido. Deberá emplear toda su inteligencia y experiencia para convencer a sus colegas de la inocencia de Gyula. Mientras Néstor se esfuerza en ayudar a su compañero de infancia, su hermano Santiago recibe amenazas a causa de un oscuro secreto de su pasado que también afecta al inspector, y cuya investigación los conducirá a un resultado desconcertante y peligroso.

LOS GATOS CAEN DE PIE (Inspector Salazar 06)

Salazar deberá enfrentarse a un crimen desconcertante, al mismo tiempo que atraviesa por uno de los momentos más difíciles de su vida personal.
En un barrio elegante de Haro asesinan a toda una familia durante la celebración del cumpleaños de uno de sus miembros. Todos los Acosta están muertos excepto el hijo menor, a quien encuentran en su habitación drogado, dormido y con el arma homicida en la mano. A pesar de la brutalidad del crimen, la resolución parece muy sencilla a primera vista, hasta que Salazar encuentra evidencias que le hacen sospechar que hay mucho más detrás del aparente parricidio y fratricidio.
Conforme avanza la investigación, los detectives de «San Miguel» descubren que los Acosta ocultaban secretos inconfesables que los convertirían en el objetivo de la venganza de un gran número de personas, algunas en extremo peligrosas… Incluso para el propio Salazar.

Al mismo tiempo, don Braulio le pide ayuda a Néstor para encontrar a dos jóvenes que se fugaron y perdieron el contacto con sus familias. Lo que en un primer momento parece una chiquillada sin importancia, adquiere carácter oficial con la aparición de un cadáver. Dependerá de Salazar y su equipo detener al homicida antes de que haya nuevas víctimas…

SIETE VIDAS Y UN GATO (Inspector Salazar 07)

Porque la vida puede volverse del revés en pocos minutos.

Salazar se enfrentará a uno de los casos más desconcertantes de su carrera cuando encuentran el cadáver de un hombre sin identificación al pie de los Riscos de Bilibio. ¿Se trató de un suicidio? ¿Un homicidio? ¿Quién era y por qué su vida acabó así? A medida que el inspector jefe y su equipo avanzan en las investigaciones, afloran descubrimientos inesperados que trascienden fronteras. Salazar deberá concentrar sus esfuerzos y hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para centrarse en el caso, al mismo tiempo que trata de encontrar y detener al asesino de policías que atentó contra una persona muy importante para él. Con su peculiar estilo, el inspector deberá desentrañar la madeja, aun cuando sabe que en la medida en que se acerque a la verdad, su vida correrá más peligro.

NO TODOS LOS GATOS SON PARDOS (Salazar 08)

Un crimen escalofriante sacude Haro. Se trata del asesinato a sangre fría de un famoso abogado, cuyo cadáver aparece marcado con un cuchillo. Todo indica que se trata de un crimen ritual, y que involucró a más de una persona. ¿Escogieron a la víctima al azar? ¿Quién será el próximo? El miedo se apodera de la ciudad frente a la posibilidad de nuevas víctimas. Nadie se siente seguro, y la responsabilidad de la investigación recae sobre los policías de San Miguel.

El comisario Ortiz le asigna el caso a Salazar, quien a pesar de los graves problemas que enfrenta, deberá concentrar todos sus esfuerzos en encontrar al escurridizo criminal. Para desesperación de Néstor y su nuevo compañero, todas las indagaciones conducen a callejones sin salida. El inspector jefe deberá dejar a un lado sus

propias preocupaciones, para resolver la que podría ser su última investigación.

Serie Argus del Bosque

El insociable y adusto comisario Argus del Bosque se enfrenta a los casos más difíciles, en aquellos lugares donde sus habilidades especiales, que son producto de un entrenamiento poco convencional, lo convierten en el investigador ideal. Al mismo tiempo deberá enfrentarse a un pasado que habría preferido olvidar, pero que irrumpe en su vida y la cambiará para siempre.

MUERTE EN EL PARAÍSO (Argus del Bosque 01)

María muere apuñalada en el lugar más seguro del mundo: la isla privada de Antonio Abelard. Argus del Bosque, un talentoso comisario de la Policía Nacional, recibe la orden de encargarse de la investigación. El crimen tiene un carácter ritual, lo que despierta el temor en la familia Abelard de que se trate de una secta que ya actuó contra ellos en el pasado. El destino de la joven acaba con la tranquilidad de todos los habitantes de la isla. Argus debe resolver el misterio para que Marañón vuelva a ser un refugio seguro, pero conseguir su objetivo significará enfrentarse a intrigas, prejuicios, testigos hostiles, fuerzas naturales, y un asesino que está dispuesto a todo para evitar que lo descubran. Incluso a volver a matar.
Durante la investigación, Argus volverá a encontrar el amor y se enfrentará a fantasmas que ya creía olvidados, pero que irrumpirán en su vida para seducirlo y atormentarlo por igual. Después de su paso por Marañón no volverá a ser el mismo, si consigue salir con vida…

ENIGMA. (Argus del Bosque 02)

El homicidio de una anciana es el primero de una serie de crímenes diabólicos que desconciertan a la Policía de Calahorra. La inspectora Luisa Burgos deberá ocuparse de la investigación en una carrera contra el tiempo. Junto a cada cadáver encuentran una nota con un acertijo, donde el asesino usa palabras crípticas para señalar

quién será la próxima víctima. Tienen veinticuatro horas para descifrarlo, o un nuevo inocente morirá.
Desesperado, el comisario de «San Celedonio» le pide ayuda a su viejo amigo Bejarano, quien decide enviar a Del Bosque, pero se enfrenta a un problema, pues Argus dimitió de su cargo a su regreso de Marañón. Su jefe decide presionarlo para que colabore con la Policía de Calahorra, a cambio de permitirle avanzar en su extraña investigación personal. Si Argus quiere descifrar su pasado y también acabar con la ola de asesinatos que azota a la ciudad riojana deberá descubrir quién es Enigma y detenerlo, aunque para ello deba sobreponerse a la resistencia de la inspectora encargada del caso, mientras enfrenta a un asesino que no tiene reparos en eliminarlos a su compañera y a él.

EL BAILE DE LOS ESCORPIONES (Argus del Bosque 03)

Un hombre muere asesinado en plena Gran Vía de Madrid… Y solo es el comienzo. La Policía se enfrenta a una serie de homicidios que tienen un factor en común. En cada uno, el asesino firmó con una runa y demostró habilidades poco comunes en la ejecución de sus crímenes. Todas las evidencias apuntan a un solo sospechoso: el comisario Argus del Bosque.
Inmerso en la búsqueda de la verdad con respecto a su pasado, Argus será el blanco de la persecución de sus propios compañeros, al mismo tiempo que se convierte en la presa de un despiadado asesino. Aun siendo fugitivo de la Policía y la Guardia Civil, y reticente a involucrar a su familia, Argus deberá afrontar la investigación más difícil de su carrera, al mismo tiempo que conjura los fantasmas de su traumática infancia. Contra todo pronóstico, estará obligado a tener éxito o perderá su libertad y tal vez, hasta su vida.

Books By This Author

LOS PECADOS DEL PADRE

A lo largo de veinticinco años, en cuatro países de Europa, un asesino en serie acaba con la vida de parejas jóvenes, engañando a la policía para que crean que el muchacho en cada una de ellas es el culpable. Michael Sterling, comisario de Scotland Yard que conoce su modus operandi, obsesionado con detenerlo, emplea todos sus esfuerzos en descubrirlo. La investigación la lleva a cabo un equipo policial que involucra dos países, Inglaterra y España, mientras un pecado familiar surge del pasado para exigir su expiación…

TRAMPA PARA UN INOCENTE

Luis Armengol despierta en una pensión de mala reputación con el cadáver de una joven desconocida a su lado. Sus manos ensangrentadas y el cuchillo con el que la chica fue apuñalada en el suelo lo señalan como culpable, al mismo tiempo que la Policía llama a su puerta. En un acto desesperado consigue escapar, pero conservará su libertad por poco tiempo a menos que encuentre las pruebas de su inocencia. ¿Quién le ha puesto esa trampa? ¿Por qué? De hallar las respuestas a estas preguntas depende su futuro. Deberá desentrañar el misterio antes de que lo encuentre la Policía, o los hombres que lo buscan para matarlo…

LA VENGANZA

Samuel es un joven brillante con un prometedor futuro. Cuando la oportunidad de cumplir su sueño llama a su puerta, todo se derrumba al ser acusado del brutal asesinato de su novia. Su vida es truncada por la confabulación de tres hombres, que por diversos motivos se benefician de su desgracia, pero no es el único. Con la misma perfidia destruyen la vida de otros inocentes sin llegar a

sentir el menor remordimiento.
Veinte años después, cuando los tres se sienten más seguros, el pasado resurge y sus víctimas, aún después de la muerte y el olvido, unen sus fuerzas y regresan dispuestas a cobrar venganza. ¿Hasta dónde pueden llegar para castigar a quiénes destrozaron su futuro?

LOS HIJOS DEL TIEMPO

Un hombre nacido en la Edad Media se ve obligado a recorrer el mundo. La búsqueda de la respuesta a un misterio del cual depende su supervivencia, lo lleva de las iglesias y castillos de la Europa medieval, hasta los confines de la ruta de la seda en el Lejano Oriente, en una época en la que las supersticiones dictaban el comportamiento de la sociedad. En el año 2010, la desaparición de un empresario y la muerte de un librero son las claves de una lucha entre colosos que se desarrolla a lo largo de los siglos, cuyo origen se encuentra en la respuesta a aquel mismo misterio.